MUERTE ES LA SENTENCIA

ANTHONY HOROWITZ

¿Qué significaban esos números en la pared? ¿Por qué había mentido Stephen Spencer?

ANTHONY HOROWITZ

Muerte es la sentencia

Detective Daniel Hawthorne Nº2

Traducción de Julia Osuna Aguilar

Catedral

Sinopsis

'No deberías estar aquí. Es muy tarde…'

Estas fueron las últimas palabras que registró el teléfono móvil de Richard Pryce, un prestigioso abogado especializado en divorcios, antes de ser golpeado hasta la muerte con una botella de Château Mounton valorada en unos cuantos centenares de libras.

Lo más curioso del caso es que Richard Pryce ni siquiera era un buen bebedor. ¿Qué hacía ahí la botella, entonces? ¿Y por qué esas últimas palabras grabadas en la memoria de su teléfono? La policía tampoco sabe interpretar los tres dígitos pintados en la pared, y los sospechosos para matar a Richard Pryce son numerosos.

Daniel Hawthorne asume la investigación con la ayuda de Anthony Horowitz, otra vez en el papel de Watson de un Holmes moderno. Conforme ambos personajes se adentran en la oscura madeja del crimen, Horowitz se dará cuenta de que su compañero tiene secretos inconfesables que quiere mantener lejos de la luz a toda costa. Algunos de ellos quizá deban verla, pese a que eso ponga en juego la vida del autor.

Título Original: *The Sentence is Death*
Traductor: Osuna Aguilar, Julia
©2018, Horowitz, Anthony
©2018, Catedral
ISBN: 9788418059216
Generado con: QualityEbook v0.87

MUERTE ES LA SENTENCIA

ANTHONY HOROWITZ

Traducción del inglés a cargo de Julia Osuna Aguilar

catedral

En memoria de Peter Clayton, el mejor amigo posible.
(20 de junio de 1963 —18 de junio de 2018)

1 Escena 27

Normalmente disfruto cuando voy de visita a los rodajes. Me encanta lo emocionante que es ver a tantos profesionales trabajando juntos —decenas de miles de libras mediante— para materializar una visión nacida en mi cabeza nueve o diez meses antes. Me encanta formar parte de algo así.

La vez que nos ocupa, sin embargo, fue distinta. De entrada se me pegaron las sábanas y tuve que salir de casa a todo correr. Para colmo, no encontraba el móvil y una jaqueca amenazaba en el horizonte. Ya cuando me bajé del coche aquella mañana de octubre pasada por agua supe que había hecho mal en salir de la cama.

Era un día importante: rodábamos una de las escenas iniciales de la séptima temporada de *Foyle's War*, en concreto la primera aparición de Sam Stewart, la conductora de Foyle. Interpretada por Honeysuckle Weeks, se había convertido en un puntal de la serie y era una de mis actrices favoritas. Cuando escribía sus líneas, siempre me la imaginaba a ella diciéndolas. El comienzo de la temporada nos la presentaría casada y retirada del Cuerpo, pero trabajando para un científico nuclear. Había querido darle una gran entrada y tenía ganas de estar presente para demostrarle mi apoyo.

Aquí lo que escribí:

27 EXT. CALLE LONDRES DÍA
(1947)

SAM baja del autobús, con bolsas de la compra. Acaban de darle una mala noticia y se detiene unos instantes, pensando en las implicaciones. Le sorprende ver a ADAM esperándola.

SAM
¡Adam! ¿Qué haces aquí?

ADAM
Esperándote.

Se besan.

ADAM
(CONT'D)
Déjame que te lleve eso.

Le coge las bolsas de la compra y echan a andar juntos camino de

casa.

Puede que sobre el papel no parezca gran cosa, pero yo sabía desde el principio que sería un buen quebradero de cabeza. Mi mujer, Jill Green, era la productora, y bastaban aquellas dos palabras —«CALLE LONDRES»— para hacerla refunfuñar. Rodar en Londres es siempre un horror, ya que tiene unos costes prohibitivos y las complicaciones surgen como setas. A veces parece que la ciudad entera se confabula adrede para hacer todo lo posible por impedir que las cámaras graben: aviones que pasan por encima, taladradoras y alarmas de coche que cobran vida a mala fe, coches de policía y ambulancias que pasan corriendo con las sirenas a todo trapo. Y da igual la de carteles que pongas avisando de que vas a rodar allí, que siempre alguien se olvida de cambiar el coche de sitio o, peor aún, lo deja aposta con la esperanza de que le paguen por quitarlo. La gente da por sentado que las productoras de cine y televisión están forradas pero, por desgracia, nada más lejos de la realidad; quizá Tom Cruise pueda cortar como si tal cosa el puente de Blackfriars o medio Piccadilly Circus para rodar, pero no ocurre lo mismo en la mayoría de cadenas de televisión británicas, para las que hasta una escena tan corta como la que había escrito puede resultar imposible.

Cuando me bajé del coche, me vi entrando en un túnel del tiempo. Estábamos en 1947. Producción había conseguido hacerse con dos calles de casas victorianas y había trabajado duro para convertirlas en una perfecta reproducción del Londres de posguerra. Habían escondido antenas y parabólicas con hiedra o tejas de plástico. Las puertas y ventanas modernas habían desaparecido tras marcos que se habían medido y construido semanas antes. Se habían camuflado señales de tráfico y farolas mientras que las rayas amarillas de la calzada estaban tapadas con sacos de una especie de arcilla conocida como tierra de batán. Habíamos llevado incluso mobiliario urbano propio —una cabina roja reluciente, una parada de autobús—, además de escombros suficientes para simular los típicos estragos de los bombardeos a los que tan habituados estaban los londinenses de los años de la posguerra. Si se ignoraba a la gente con plumones, las luces, las *dollys* y la infinidad de cables serpenteantes, habría pasado perfectamente por auténtico.

Tenía toda una muchedumbre a mi alrededor, esperando pacientemente a que empezara el rodaje. Junto al equipo había unos treinta extras, todos con trajes y peinados de época. Eché un vistazo a los vehículos de escena, que el segundo ayudante de dirección estaba colocando en posición: había un Austin Princess, un Morgan 4 × 4, un carro tirado por un caballo y, el protagonista de la escena, el autobús de dos plantas AEC Regent II del que se bajaba Sam Stewart. Honeysuckle estaba de pie al otro lado de la calle, con su marido en la

ficción, y al verme me saludó con la mano. Pero no sonrió. Fue entonces cuando supe que había problemas.

Busqué la cámara y vi a Jill enfrascada en una conversación con el director, Stuart Orme, y el resto del equipo de dirección. Tampoco por allí abundaban las sonrisas. Empezaba a sentirme culpable. El guion que yo había escrito para ese episodio, «El Círculo Eternidad», se abría con unas pruebas nucleares en Nuevo México. (Stuart había conseguido filmarlo en una playa al amanecer, comprimiendo la escena en las dos horas que había antes de que subiera la marea.) De ahí pasaba a la embajada de Rusia en Londres, los muelles de Liverpool y, seguidamente, Whitehall y el cuartel general del MI6. Fue pedir demasiado, y seguramente la escena 27 había sido la gota que colmó el vaso. Sam podía haber ido andando a su casa y aparecer directamente en la puerta de la calle.

Stuart me vio y se acercó. A pesar de ser solo un año mayor que yo, era un hombre que me intimidaba un poco, con la barba y el pelo blancos. Pero ya habíamos trabajado antes juntos en otro episodio y me alegraba de que hubiese querido repetir.

—Esta escena no se puede rodar —me dijo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté luchando con la preocupación irracional de que, pasara lo que pasase, acabaría siendo culpa mía.

—Muchas cosas. Hemos tenido que retirar dos coches. El tiempo nos ha estado complicando la vida. —Acababa de parar de llover—. Aunque de todas formas la policía se negaba a dejarnos rodar antes de las diez. Y el autobús se ha averiado.

Me volví para mirar: estaban remolcando el AEC Regent II fuera de plano. Había llegado otro autobús para sustituirlo.

—Ese es un Routemaster.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Stuart parecía agobiado: ambos sabíamos que los primeros Routemaster no llegaron a las calles de Londres hasta mediados de la década de los cincuenta—. Pero es lo que nos ha mandado la agencia —prosiguió—. No te preocupes, podemos arreglarlo en posproducción con CGI.

Efectos especiales digitales. Tenían un coste muy elevado, pero a veces podían ser nuestro mejor aliado: nos conseguían escenas de un Londres bombardeado o nos permitían pasar junto a la catedral de San Pablo aunque estuviésemos a kilómetros.

—¿Y qué más?

—Pues mira, que tengo noventa minutos para rodar la escena, a las doce tendríamos que habernos largado de aquí y por ahora tenemos cuatro cambios de cámara. No voy a poder. Así que, si no te importa, me gustaría ahorrarme el diálogo. Nos limitaremos a grabar a Sam cuando baja del autobús y luego cortaremos, y aparecerá ella encontrándose con Adam al llegar a casa.

En cierto modo, me sentí hasta halagado. Como ya he dicho antes, el guionista es la única persona del set que no tiene nada que hacer, una de las razones por las que suelo quedarme al margen. Tengo la mala costumbre de estar siempre metiendo la pata. Si suena un móvil en pleno rodaje, tiene todas las papeletas de ser el mío. Pero ahí tenía al director pidiéndome realmente ayuda, y comprendí al momento que su sugerencia tampoco suponía ningún cambio sustancial en el episodio.

—Yo lo veo bien.

—Bueno, esperaba que no te importara.

Acto seguido se dio media vuelta y se alejó, y entendí entonces que, en realidad, él ya había tomado la decisión antes de mi llegada.

Así y todo, la cosa iba a estar apurada hasta sin diálogo. Stuart pretendía hacer un solo ensayo antes de intentar la toma, pero aun así era un movimiento de cámara complicado. Habían montado un carril de veinte metros, lo que permitiría que la cámara se deslizara por la primera calle mientras el autobús se acercaba en perpendicular por la segunda. El vehículo tenía que doblar la esquina y detenerse. La cámara seguiría su trayecto para llegar a la parada justo cuando bajaban dos o tres pasajeros, con Sam a la zaga. Al mismo tiempo tenían que pasar otros vehículos en ambos sentidos de la calzada, incluida la carreta con el caballo. En las aceras tenía que haber niños jugando y varios peatones pasando de largo: una mujer con un carrito de bebé, una pareja de policías, un hombre con una bici y otros personajes por el estilo. Iba a requerir una sincronización muy precisa si se quería grabar todo en una única toma.

—¡Prevenidos, por favor!

Al actor que interpretaba al marido de Sam lo mandaron de vuelta a su caravana, no muy contento que digamos; seguramente estaba en pie desde antes del amanecer. Informaron al conductor del Routemaster de lo que se esperaba de él. Los extras tomaron posiciones. Yo me alejé y me puse detrás de la cámara, para asegurarme de no molestar. El primer ayudante de dirección miró de reojo a Stuart, que asintió.

—¡Acción!

El ensayo fue un desastre.

El autobús llegó antes de tiempo y la cámara demasiado tarde. Sam se perdió entre el gentío. Una nube escogió ese preciso momento para tapar el sol. El caballo se negó a moverse. Vi que Stuart intercambiaba unas palabras con su director de fotografía y sacudía la cabeza con vehemencia. No estaban listos para grabar, al final iban a necesitar otro ensayo.

Eran ya las once y diez. Es lo que pasa con los rodajes. Hay grandes lapsos de tiempo en los que da la impresión de que nadie está

haciendo nada, seguidos de breves estallidos de actividad muy concentrada cuando se realiza la grabación en sí. Pero las agujas del reloj nunca paran. Yo personalmente no puedo soportar esa clase de estrés. Cuando Stuart decía que tenía que terminar a las doce, se refería a las doce en punto. Al fondo de la calle había dos agentes de policía de verdad que estaban reteniendo el tráfico y que tendrían que irse a su hora. Los dueños de las casas nos habían dado permiso para rodar durante un tiempo determinado. El encargado de localizaciones estaba allí, con cara de preocupación. Yo ya estaba arrepentido de haber ido.

El ayudante de dirección cogió el megáfono y empezó a ladrar nuevas instrucciones:

—¡Primeras posiciones!

Lenta, tercamente, los pasajeros volvieron al autobús y el Routemaster echó marcha atrás. Condujeron a los niños a sus puestos. Le dieron un terrón de azúcar al caballo. Por suerte, el segundo ensayo fue algo mejor. El autobús y la cámara se encontraron en la esquina, tal y como estaba planeado. Sam bajó y se alejó. El caballo entró justo a tiempo, aunque afeó un poco el asunto saliéndose de la calzada para subirse en la acera. Por suerte, no hubo heridos. Stuart y el cámara intercambiaron unas cuantas palabras entre murmullos y decidieron que estaban preparados. Jill estaba mirando el reloj. Eran ya las once y treinta y cinco.

Como era una escena grande en la que se habían invertido muchos costes de producción, teníamos a nuestro propio fotofija, así como a un par de periodistas que pensaban entrevistarnos a Honeysuckle y a mí. La ITV había mandado a dos altas ejecutivas, que estaban siguiendo toda la operación con el corazón en vilo, junto a la gente de seguridad y los técnicos del servicio de ambulancias Saint John. Por lo demás, estaba el típico ejército de eléctricistas, iluminadores, primer, segundo y tercer ayudante de dirección, maquilladores, utileros... todo un batallón allí plantado, a la espera de ver una secuencia que ya teníamos menos de media hora para rodar.

Se hicieron las últimas comprobaciones, hubo algún fallo técnico, seguido de un silencio que pareció durar una infinidad. Me sudaban las manos. Hasta que por fin oí la letanía familiar que acompaña todas las tomas.

—¿Sonido?

—¡Graba!

—¿Cámara?

—¡Graba!

—Escena veintisiete. Toma uno.

El chasquido de la claqueta.

—¡Acción!

La cámara empezó a deslizarse hacia nosotros. El autobús arrancó con un traqueteo. Los niños se pusieron a jugar, mientras que, muy obediente y con paso enérgico, el caballo echaba a andar tirando de la carreta.

Y entonces, de la nada, apareció un vehículo, contemporáneo, un taxi del siglo XXI, y ni siquiera era de los negros, cosa que podría haberse ajustado luego con CGI, igual que el autobús. Estaba pintado de blanco y amarillo y tenía un anuncio de una nueva aplicación en rojo chillón con el eslogan «Consiga un descuento de 5 £ en su próxima carrera», en las puertas trasera y delantera. Para más inri, la ventanilla estaba bajada y por la radio sonaba Justin Timberlake a todo trapo. Se paró, justo en medio de la toma.

—¡Corten!

Stuart Orme era por lo general un tipo agradable y de trato fácil. Pero cuando levantó la vista del monitor para ver qué había pasado su cara era un poema de furia. No podía ser, claro que no. La policía tendría que haberle bloqueado el paso. Había gente del equipo en cada punta de la calle, reteniendo a los peatones. Era imposible que hubiera podido pasar un vehículo.

Pero yo ya empezaba a escamarme. Tenía un mal presentimiento sobre lo que acababa de pasar.

Y no me equivocaba.

La portezuela del taxi se abrió y se apeó un hombre, aparentemente ajeno al gentío que lo rodeaba, muchos en trajes de época. Despedía una especie de alegre confianza en sí mismo, que en realidad venía de lo desalmado que era, un hombre centrado únicamente en sus necesidades propias, a expensas de las de los demás. No era ni alto ni fornido, pero daba la impresión de que nunca perdería una pelea, daba igual por qué medios. Llevaba el pelo, que tenía entre castaño y gris, muy corto, sobre todo por las orejas. Los ojos, de un castaño más oscuro, miraban con inocencia desde una cara pálida de aspecto ligeramente enfermizo. Se veía que no pasaba mucho tiempo al sol. Iba vestido con un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata fina, ropas que seguramente había escogido para que no traicionaran nada de su persona. Los zapatos estaban recién abrillantados. Mientras echaba a andar, iba ya buscándome con la mirada, y no pude evitar preguntarme ¿cómo leches había sabido que estaba yo allí?

Antes de darme tiempo a agacharme tras el monitor, me encontró.

—¡Tony! —me llamó en tono afable y lo suficientemente alto como para que lo oyera el resto del equipo.

Stuart se volvió para mirarme, echando chispas por los ojos.

—¿Conoces a ese hombre? —me preguntó.

—Sí —admití—. Se llama Daniel Hawthorne, es investigador.

Los del equipo de dirección me miraban fijamente. Las dos mujeres de la ITV se pusieron a mascullar entre ellas, no se lo podían creer. Jill se les acercó para intentar darles una explicación. Todo el mundo en la calle estaba paralizado en sus puestos, como si de pronto se hubieran convertido en una de esas postales del «Londres histórico». Hasta el caballo parecía molesto.

Con todo, al final sí que lograron hacer una segunda toma antes de que se agotara el tiempo y, para cuando acabó la jornada, tuvieron metraje suficiente para montar una escena entera. Si alguien la ve, podrá fijarse en la cabina, la carreta con el caballo, los dos policías (en la distancia) y Sam alejándose. Por desgracia, la cámara dejó fuera a la mayoría de extras, incluida la mujer con el carrito y el hombre de la bicicleta. Sam lleva una bolsa de la compra, pero eso tampoco se ve.

Y al final nos quedamos sin dinero y cuando llegamos a posproducción no pudimos hacer nada con ese maldito autobús.

2 Un asesinato en Hampstead

Dejé a Hawthorne en mi despacho —o más bien en la caravana Winnebago que había aparcada en mitad de una bocacalle— mientras yo iba a la camioneta del *catering* a por dos cafés. Cuando volví me lo encontré sentado a la mesa, hojeando el último borrador de «El Círculo Eternidad», cosa que me molestó porque desde luego yo no le había invitado a leer mi trabajo. Por lo menos no se había puesto a fumar. Hoy en día casi no conozco a nadie que fume, pero Hawthorne seguía metiéndose un paquete al día entre pecho y espalda, razón por la cual casi siempre quedábamos en cafeterías con terraza.

—No te esperaba —le dije mientras subía a la caravana.

—No pareces muy contento.

—Bueno, si te digo la verdad, estoy bastante ocupado... Aunque seguramente no te diste cuenta cuando decidiste entrar con el taxi en medio del rodaje.

—Tenía que verte. —Esperó a que me sentara enfrente—. ¿Cómo va el libro?

—Ya lo he terminado.

—Sigue sin gustarme el título.

—Sigue sin ser decisión tuya.

—¡Vale, vale! —Levantó la vista para mirarme, como si yo, vete tú a saber por qué, le hubiera ofendido; pese a tener los ojos marrón cieno, me sorprendía que aun así consiguieran parecer tan diáfanos, tan inocentones—. Ya veo que te has levantado de mal humor, pero yo no tengo la culpa de que te hayas quedado dormido.

—¿Quién te ha dicho que me he quedado dormido? —le pregunté, cayendo en su descarada trampa.

—Y sigues sin encontrar el móvil.

—¡Hawthorne...!

—En la calle no lo has perdido —prosiguió—, así que seguramente lo encuentres en casa. Y te daré un consejo: si a Michael Kitchen no le gusta tu guion, a lo mejor deberías pensar en contratar a otro actor. ¡Pero no la pagues conmigo!

Me quedé mirándolo mientras volvía a reproducir en mi cabeza lo que acababa de decir y me preguntaba qué pruebas podía tener él de nada de eso. Michael Kitchen era el protagonista de *Foyle's War*, y aunque era cierto que habíamos discutido bastante sobre el episodio nuevo, yo no se lo había dicho a nadie, aparte de a Jill, quien de todas formas se hubiera enterado. Y desde luego tampoco había hablado con nadie sobre mis hábitos de sueño ni comentado que esa mañana al

despertarme no encontré el móvil.

—¿Qué haces aquí, Hawthorne? —exigí saber (nunca lo he llamado por su nombre de pila desde que nos presentaron, siempre por el apellido, y dudo mucho de que alguien lo llame por el nombre) —. ¿Qué quieres?

—Ha habido otro asesinato —me dijo, acentuando mucho las eses («otro *asssessinato*»), como si paladeara la palabra.

—¿Y?

Parpadeó varias veces: ¿no era evidente?

—Creía que querrías escribir sobre el tema.

Quien haya leído *Asesinato es la palabra* sabrá que conocí al inspector de policía Daniel Hawthorne cuando colaboró como experto asesor en una serie de televisión que escribí, *Injustice*. Había trabajado para Scotland Yard, pero tuvo que dejar el Cuerpo después de un incidente en el que un sospechoso, un hombre que traficaba con pornografía infantil, se había caído por un tramo de escaleras de hormigón. Hawthorne estaba justo detrás de él en el momento de la caída. Lo echaron por culpa de eso y desde entonces había tenido que ganarse la vida como autónomo. Podría haber hecho carrera en el campo de la seguridad, como hacen muchos expolicías, pero en lugar de dedicarse a eso puso su talento al servicio de productoras de cine y televisión que rodaban policiacos, y así nos habíamos conocido nosotros dos. Pero, como no tardé en descubrir, resultó que en realidad la policía no había cortado los lazos con él. No del todo.

Le pedían su colaboración cuando surgía lo que ellos llamaban un «entuerto», o sea, un caso que presentaba dificultades obvias desde el primer instante. La mayoría de asesinos son unos salvajes que actúan sin pensar; el típico matrimonio que se pelea, puede que hayan bebido más de la cuenta, hasta que uno coge un martillo y, ¡pum!, hasta luego. Entre las huellas dactilares, las salpicaduras de sangre y el resto de pruebas forenses, todo acaba resolviéndose en un plazo de veinticuatro horas. Y hoy en día, con la cantidad de cámaras de seguridad que hay por doquier, cuesta incluso escapar del lugar de los hechos sin dejar una bonita instantánea detrás.

Son mucho menos frecuentes los asesinatos premeditados, aquellos en los que el autor de los hechos se molesta en pensar mínimamente los crímenes, y por curioso que parezca, a los policías actuales les cuesta más resolverlos, quizá por lo mucho que dependen de la tecnología. Me acuerdo de una pista que puse en un episodio de *Agatha Christie: Poirot* cuando escribí el guion para la ITV. En el lugar de los hechos aparece un guante de mujer con la letra «H» bordada. Los policías actuales serían capaces de decirte dónde y cuándo se fabricó, de qué tela es, qué talla tiene y todo lo que ha tocado en las últimas dos semanas. Pero quizá nunca se darían cuenta de que en

realidad la «H» es una «N» mayúscula en el alfabeto cirílico, ni de que lo dejaron caer adrede en la escena del crimen para incriminar a otra persona. Para esa clase de penetración esotérica necesitaban a alguien como Hawthorne.

El problema era que no le pagaban gran cosa y, después de hacer *Injustice* juntos, se puso en contacto conmigo para preguntarme si me interesaba escribir un libro sobre él. Me hizo una propuesta comercial sin rodeos: solo aparecería mi nombre en la cubierta, pero dividiríamos los beneficios a medias. Supe desde el principio que era una mala idea. Yo me dedico a inventar historias, y prefiero no tener que seguirles la pista por toda la ciudad. Y lo que es más, me gusta tener el control de mis libros. No tenía ningún interés en convertirme en un personaje y, menos aún, en uno secundario, el eterno escudero.

Pero, no sé ni cómo, terminó convenciéndome y, a pesar de que por poco acabo muerto, literalmente, ya había finalizado el primer libro, aunque todavía le quedaba un tiempo para ver la luz. Existía, además, otra cuestión. Mi nueva editora —Selina Walker, de Random House— había insistido en que cerrásemos un contrato por tres libros, a lo que yo había accedido, apremiado por mi agente. Creo que cualquier escritor habría hecho lo mismo, independientemente de sus ventas. Un contrato por tres libros te garantiza una estabilidad, supone que puedas planear tus tiempos y saber con exactitud qué estarás haciendo... pero también que te comprometes a escribirlos. No hay cabida para incertidumbres.

Por supuesto, Hawthorne estaba al corriente de esta circunstancia, así que me había pasado todo el verano esperando a que sonara el teléfono, y al mismo tiempo deseando que no llamara. Tenía una cabeza extraordinaria, de eso no me cabía duda. Había resuelto el primer misterio como si fuera un juego de niños, mientras que yo no había visto ni una de las pistas que se me habían puesto por delante. Pero, en el plano personal, era una persona muy difícil. Era sombrío y solitario, se negaba a contarme nada sobre sí mismo pese a que, en teoría, yo era su biógrafo. Algunas actitudes suyas me desconcertaban, por decirlo suavemente. Se pasaba el día soltando palabrotas, fumando y llamándome «Tony». Si yo hubiera querido robarle un protagonista a la vida real, no lo habría escogido a él, eso seguro.

Y allí lo tenía, acosándome una vez más cuando hacía apenas unas semanas que había terminado de escribir *Asesinato es la palabra*. Todavía no había leído el manuscrito ni sabía cómo había quedado retratado. Por mi parte, cuanto más tiempo siguiera siendo así, mejor.

—Bueno, ¿y a quién han matado? —pregunté.

—Richard Pryce, se llama. —Hizo una pausa como si esperase que yo supiera de quién me hablaba, pero no era el caso—. Es abogado, de

familia. Ha salido bastante en la prensa. Ha tenido clientes muy conocidos, famosos y esas cosas.

Mientras me lo contaba me di cuenta de que en realidad sí que me sonaba. Habían estado hablando de él en la radio cuando iba camino del rodaje pero, medio dormido como estaba, no presté ninguna atención. Richard Pryce vivía en Hampstead, que es un sitio por el que suelo pasear al perro. Según el informe, fue asesinado en su propia casa, golpeado hasta la muerte con una botella de vino. Y había algo más. Tenía un apodo. ¿«Magnolia de Acero»? No, ese era el mote que le pusieron a Fiona Shackleton, la abogada que se había hecho famosa por representar a Sir Paul McCartney en su dramática separación de Heather Mills. A Pryce se le conocía como «el Cuchillo de la Verdad». Yo no tenía ni idea de por qué.

—¿Quién lo ha matado?

Hawthorne me miró con cara de pena.

—A ver, colega, si lo supiera, no estaría aquí. —En una cosa tenía razón: no estaba yo muy fresco.

—¿Te ha pedido la policía que investigues por tu lado?

—Sí, eso mismo. Me han llamado esta mañana, y he pensado en ti al instante.

—Qué amable por tu parte. Pero ¿qué tiene de especial?

Por toda respuesta, Hawthorne se sacó un puñado de fotografías del bolsillo interior de la chaqueta. Me preparé para lo peor. Había visto muchas imágenes de lugares de los hechos para documentarme, pero nunca superaré del todo lo violentas que me resultan y lo mucho que me impresionan. Parecen tan naturales, con esa forma de mostrarlo todo sin sensibilidad alguna. Influye también la ausencia de color; la sangre parece más horrible si cabe cuando es de un negro oscuro. Los cadáveres que se ven en la pantalla de un televisor no son más que actores tumbados de costado, no tienen casi nada que ver con los cadáveres reales.

Con todo, la primera fotografía estaba bien: era un retrato de Richard Pryce posando todavía con vida, y mostraba a un hombre apuesto y bien plantado, con nariz aquilina y un pelo largo y cano retirado de una frente ancha. Vestía un jersey de punto y esbozaba una media sonrisa, como si estuviera contento consigo mismo (y desde luego no parecía presentir que fuera a acabar siendo la víctima de un caso de homicidio). Tenía la mano izquierda sobre el brazo derecho y me fijé en que llevaba una alianza de oro en el anular..., luego, estaba casado.

En las siguientes fotografías, ya había muerto. Aparecía con las manos extendidas por lo alto de la cabeza, sobre un suelo de parqué desnudo, contorsionado como solo un cadáver puede estarlo. Estaba rodeado de trozos de cristal y una cantidad importante de un líquido

que parecía demasiado claro para ser sangre y que resultó ser una mezcla de sangre y vino. Las fotografías estaban tomadas desde la izquierda, desde la derecha y desde arriba, y dejaban poco margen a la imaginación. Seguí pasándolas: laceraciones en cuello y garganta, ojos fijos en el vacío, dedos como garras. Primeros planos de muerte. Me pregunté cómo había podido obtenerlas con tanta rapidez, pero supuse que se las habrían mandado por correo y las habría impreso en su casa.

—Richard Pryce fue golpeado con una botella de vino llena, tanto en la glabela como en la zona frontal del cráneo —explicó Hawthorne; era interesante la rapidez con la que cambiaba a su jerga profesional (esa pasiva, por ejemplo, o esa «glabela», que buenamente podía haber salido de un glosario de carpintería)—. Presenta contusiones severas y una fractura en forma de telaraña en el hueso frontal, pero eso no le causó la muerte. La botella se quebró, lo que hizo que se dispersara la energía. Pryce cayó al suelo y el asesino se quedó con el cuello mellado de la botella en la mano. Lo utilizó a modo de cuchillo y se lo clavó en la garganta. —Señaló uno de los primeros planos—. Aquí y aquí. El segundo impacto penetró la vena subclavia y se internó en la cavidad pleural.

—Se desangró vivo.

—No. —Negó con la cabeza para recalcarlo—. Yo diría que no le dio tiempo y que sufrió una embolia gaseosa en el corazón, y eso fue lo que lo remató. —La compasión brillaba por su ausencia en la voz de Hawthorne: se limitaba a relatar los hechos.

Cogí el café con la intención de darle un sorbo pero, al ver que era del mismo color que la sangre de la fotografía, volví a dejarlo en su sitio.

—Era un hombre rico que vivía en una casa cara. Podría haber querido robarle cualquiera. Sigo sin ver qué tiene de especial.

—Pues varias cosas, en realidad —contestó animado Hawthorne —. Pryce había estado trabajando en un caso gordo... un acuerdo extrajudicial por una suma de diez millones de libras. Aunque la dama en cuestión no se llevó gran cosa. Akira Anno, ¿te suena de algo?

Por razones que se revelarán más adelante, he tenido que cambiarle el nombre, pero la conocía bastante bien. Era una escritora de narrativa y poesía, ponente habitual de todos los festivales de primera fila. Había estado dos veces nominada al premio Man Booker y había ganado el Costa Book, el T. S. Eliot, el Women's Prize for Fiction y, más recientemente, el Pen/Nabokov por sus logros a escala internacional y, cito textualmente, «su voz única y la delicadeza de su prosa». Era colaboradora —escribía sobre temas feministas y política de género— del *Sunday Times* y otras cabeceras serias. También trabajaba con regularidad en la radio, la había escuchado en tertulias

como *The Moral Maze* y *Loose Ends*.

—Le tiró una copa de vino por encima a Pryce —dije.

La noticia había aparecido en todas las redes sociales y la recordaba perfectamente.

—No solo eso, colega, le amenazó con pegarle con la botella. Y en medio de un restaurante lleno de gente. La escuchó todo el mundo.

—¡Entonces lo mató ella!

Hawthorne se encogió de hombros y supe qué quería decirme: en la vida real habría sido evidente, pero en el mundo que él habitaba —y que quería compartir conmigo— admitir la culpabilidad podía significar perfectamente todo lo contrario.

—¿Tiene coartada? —pregunté.

—Ahora mismo no está en su casa. Nadie parece conocer su paradero.

Mi socio sacó un cigarro del paquete y le dio vueltas en los dedos antes de encenderlo. Le arrimé mi vaso de corcho blanco; tenía todavía medio café y podía usarlo de cenicero.

—Vale, muy bien, tienes una sospechosa. ¿Qué más?

—¡Si me dejas, te lo cuento!... Estaba redecorando la casa y había un montón de botes de pintura en el vestíbulo. Por supuesto, nada normalito en plan Dulux ni marcas por el estilo. Tenía que comprar esos colores de mariposón en Farrow & Ball, a ochenta pavos la lata, con nombres como Vert de Terre, Hiedra o Arsénico. —Espetó los nombres con un desagrado manifiesto.

—Lo de Arsénico te lo has inventado —dije.

—No, el que me he inventado es el de Hiedra. Los otros dos aparecen en el catálogo. En realidad el que él había escogido se llama Humo Verde. Y ahí está el tema, Tony, que después de pegarle de botellazos al señor Pryce y dejarlo desangrarse sobre su suelo pijo de roble americano, el asesino cogió una brocha y se puso a pintar un mensaje en la pared: un número de tres dígitos.

—¿Qué dígitos?

Me pasó otra fotografía y lo vi por mí mismo.

—Uno cero uno.

—¿Supongo que no tendrás ni idea de lo que significa? —le pregunté.

—La línea 101 de autobús va del este al norte de Londres (aunque algo me dice que el señor Pryce no era de usar mucho el transporte público), también es el nombre de un tailandés que hay en Hammersmith, o incluso tres letras si fuera un mensaje de móvil..., un interceptor supersónico...

—Vale, vale —lo paré—. ¿Y estás seguro de que lo dejó el asesino?

—A ver, podrían haber sido los decoradores, pero lo dudo.

—¿Qué más?

Hawthorne se quedó quieto con el cigarro a medio camino de la boca y los ojos desafiantes.

—¿No te vale con eso?

—No sé —dije.

Era verdad. Ya estaba viendo el asesinato de Richard Pryce desde el punto de vista del escritor y lo cierto era que, por horrible que suene, al menos de momento no tenía claro que me intrigara quién lo había matado. Evidentemente Akira Anno era la principal sospechosa, y eso estaba bien porque, aunque no había conseguido leer ninguno de sus libros, tenía muy presente su nombre. Pero lo más importante del tema era lo siguiente: si pensaba escribir un segundo libro sobre Hawthorne, necesitaba llegar por lo menos a ochenta mil palabras, y empezaba a dudar de que el material diera para tanto. Akira lo había amenazado con una botella, lo habían matado con una botella, había sido ella, fin de la historia.

También me preocupaba que la víctima fuera un abogado de familia. No es que tenga nada en contra de los abogados, pero al mismo tiempo siempre me he cuidado mucho de evitarlos. No entiendo de leyes, y nunca he sido capaz de comprender cómo un asunto sencillo —el registro de una marca comercial, por ejemplo— puede acabar comiéndose varios meses de mi vida y miles de libras. Incluso hacer testamento me resultó una experiencia traumática y, cuando los abogados acabaron conmigo, me quedé con un buen pellizco menos que dejarles a mis hijos. Me lo había pasado bien escribiendo sobre Diana Cowper, la madre intachable de un famoso actor, pero ¿qué clase de inspiración iba a encontrar en Richard Pryce, un hombre que se ganaba el pan con las desgracias de los demás?

—Hay otra cosa... —masculló Hawthorne, que había estado observándome con detenimiento, como si pudiera leerme el pensamiento... cosa que, como ya había demostrado, en realidad era muy capaz de hacer.

—¿Y qué es?

—La botella de vino. Era un Château Mounton Rothschild, un Pauillac, de 2011. —Hawthorne lo pronunció como si cada palabra fuera un insulto—. ¿Entiendes de vinos?

—No.

—Yo tampoco, pero según me han dicho ese podría haber costado casi mil libras.

—Muy bien, Richard Pryce tenía gustos caros.

Hawthorne sacudió la cabeza.

—No, era abstemio. No bebía ni una gota de alcohol.

Medité unos instantes: una amenaza más que pública de una conocida escritora feminista, un enigmático mensaje en pintura verde,

una botella de vino increíblemente cara. Ya estaba imaginándomelo todo junto en la contracubierta del libro. Pero aun así...

—No sé, ahora mismo estoy muy liado.

Se le cambió la cara.

—¿De qué vas, colega? Yo creía que ibas a flipar.

—¿Me das tiempo para pensarlo?

—Voy ahora de camino.

No respondí al momento.

—Lo que me gustaría saber —mascullé, casi para mis adentros— es de dónde te has sacado todo eso que has dicho. Sobre Michael Kitchen... y mi móvil. ¿Cómo lo sabías?

Entendió adónde quería ir a parar.

—Eso no ha sido nada.

—Bueno, a mí me interesa. —Hice una pausa—. Si vamos a hacer otro libro...

—Vale, colega, aunque no puede ser más simple. —Yo no estaba dispuesto a cambiar de parecer y él lo sabía—. Te has vestido corriendo, tienes el segundo botón de la camisa metido en el tercer ojal, algo bastante típico, si te digo la verdad. Esta mañana al afeitarte te has dejado unos cuantos pelos bajo la nariz. Se te ve por ahí, en ese lado, y no te queda muy bien, para qué te voy a decir lo contrario. También tienes un manchurrón de pasta de dientes en la manga, lo que significa que te has vestido antes de ir al baño. O sea, te has levantado, has saltado de la cama, te has vestido del tirón, y a mí eso me suena a que no te ha sonado la alarma.

—Yo no me pongo alarma.

—Pero tienes un iPhone y puede que tuvieras alguna puesta porque tenías una cita importante (como visitar un rodaje), pero, por alguna razón, no lo has usado.

—Eso no significa que el teléfono esté perdido.

—Bueno, pero te he llamado un par de veces para avisarte de que venía y no me lo has cogido. Además, si hubieras tenido el móvil, el conductor podría haberte llamado para avisarte de que iba de camino o estaba esperándote fuera y no te habrías vuelto tan loco. Por cierto que no ha contestado nadie, pero tampoco ha saltado directamente el contestador, lo que significa que sigue encendido. Todo apunta a que lo tienes en silencio y acabarás encontrándolo en tu casa.

Hawthorne no estaba en el rodaje cuando yo llegué, no tenía manera de saber cómo había ido hasta allí.

—¿Qué te hace pensar que me han puesto un coche? —quise saber—. He podido venir perfectamente en metro.

—Eres el guionista estrella de *Foyle's War*, ¡cómo no van a ir a recogerte! Además, esta mañana ha llovido a mares, hasta hace poco más de una hora, y se te ve muy seco. ¡Mírate los zapatos! Hoy no has

ido andando a ninguna parte.

—¿Y qué pasa con Michael Kitchen? ¿Has estado hablando con él?

—No ha hecho falta. —Tamborileó con los dedos sobre el guion que había cerrado al entrar yo por la puerta—. Las páginas rosas son de la última revisión, ¿no? Le he echado un vistazo rápido y todas y cada una están relacionadas con escenas en las que casualmente aparece él. Da la impresión de que es el único al que no le convence tu trabajo.

—Le convence y mucho —refunfuñé—. Solo he estado puliéndolo un poco.

Hawthorne miró hacia la papelera, que estaba llena de bolas de papel arrugado.

—Pues ahí hay bastante pulido —comentó.

Ya no había razones para seguir en el rodaje. Y después de lo ocurrido, prefería que no me vieran con Hawthorne.

—Venga, vale, vamos.

3 Heron's Wake

La casa de Richard Pryce estaba en Fitzroy Park, una de las calles más exclusivas de todo Londres, recostada en una punta de Hampstead Heath. En realidad no tiene mucho aspecto de calle. Cuando se entra desde el parque, sobre todo en los meses de verano, se pasa por una verja antigua que bien podría haberla pintado Arthur Rackham, con tanta vegetación por todas partes que cuesta creer que estás en una ciudad. Árboles, arbustos, rosas, clemátides, glicinas, madreselvas y alguna que otra trepadora se pelean por hacerse un hueco en la versión norte de Londres del País de Nunca Jamás, y hasta la luz está teñida de verde. Las casas son todas independientes y hacen todo lo posible por no parecerse entre sí. Hay todo un abanico de estilos, desde el falso isabelino hasta el *art déco* o el Cluedo puro —todo chimeneas, aleros inclinados y gabletes—, con el Coronel Rubio pasando el cortacésped y la Señorita Amapola tomándose el té con el Padre Prado.

Como para contradecir todo esto, la casa de Pryce era de una modernidad casi agresiva, diseñada quizá por alguien que había pasado demasiado tiempo en el National Theatre. Era de la misma arquitectura brutalista, con paneles prefabricados de hormigón y ventanas de triple altura más adecuadas para algún tipo de institución que para la casa de alguien. Hasta las espadañas de estilo japonés del jardín estaban plantadas a intervalos exactos y podadas a la misma altura. Había una balconada de madera en la primera planta, pero era de pino o abedul escandinavo, nada que ver con los árboles que crecían en la zona.

La casa no era gigante —calculé que tendría tres o cuatro dormitorios—, pero la forma en que estaba construida, todo cubos, rectángulos y tejados voladizos, la hacía parecer más grande por fuera. No me habría gustado vivir allí. No tengo nada en contra de la arquitectura moderna en sitios como Los Ángeles o Miami pero ¿en un barrio de Londres, al lado de un club de bolo césped? Me parecía un tanto excesivo.

Hawthorne y yo habíamos cogido un taxi en Bermondsey, e íbamos subiendo por Hampstead Lane, en dirección a Highgate, cuando de pronto el coche dobló y empezó a bajar por una cuesta empinada que nos alejó de la realidad y nos adentró en aquel fantástico *rus in urbe*. La pendiente nos llevó hasta un cruce donde un letrero señalaba recto hacia el Club de Bolo Césped del Norte de Londres. Giramos a la derecha. La casa de Pryce se llamaba Heron's

Wake, y no pasaba desapercibida. Era la que tenía los coches patrulla delante, el precinto de plástico ante la puerta de entrada, los agentes de la Científica enfundados de blanco y moviéndose en una aparente cámara lenta por el jardín, los policías de uniforme y las bandadas de periodistas. En Fitzroy Park no había ni aceras ni farolas. Algunas casas tenían alarmas antirrobo, pero llamaba la atención que hubiera tan pocas cámaras de seguridad. En resumidas cuentas, era difícil escoger una localización mejor para cometer un crimen.

Cuando nos bajamos, Hawthorne le dio órdenes al taxista de que nos esperara. Debíamos de componer una extraña pareja: él parecía elegante y profesional con su traje y su corbata, mientras que yo, que hasta ese momento no caí en la cuenta de que venía del rodaje, llevaba puestos unos vaqueros y un chaquetón acolchado con *Foyle's War* bordado en la espalda. Un par de periodistas me miraron de reojo, así que, temiendo acabar en la portada del periódico local, entré de perfil, con la idea de ocultarles la espalda del chaquetón y pensando que debería haberme cambiado antes.

Entretanto Hawthorne se había olvidado de mí y estaba ya enfilando el camino de entrada como si fuera un hijo pródigo que vuelve al hogar familiar. Los homicidios siempre tenían ese efecto en él, arrastrarlo a la exclusión de todo lo demás. No creo que haya conocido a nadie más centrado que él. Se detuvo unos instantes a examinar dos coches que había aparcados uno al lado del otro. Uno era un Mercedes coupé clase S negro, una berlina robusta. El otro, que comparado con el primero parecía un hermano más pequeño y vivaracho, era un MC Roadster clásico de los setenta, un coche de coleccionista, rojo carmesí con la capota negra y las ruedas de radios relucientes. Le vi poner una mano sobre el capó y me apresuré a llegar a su altura.

—No lleva aquí mucho tiempo.

—El motor aún está caliente...

Asintió.

—Las pillas al vuelo, Tony.

Echó un vistazo a la ventanilla del copiloto, que estaba abierta unos centímetros, olisqueó el aire y luego prosiguió hacia la puerta de entrada y el agente que la custodiaba. Pensé que iba a entrar sin más, pero algo llamó su atención en el parterre perfectamente rectangular que había junto a la entrada. Había uno a cada lado, con las espadañas más tiesas que un palo, como soldados en un desfile. Hawthorne se agachó y me fijé en que había varios tallos partidos a la derecha de la puerta, como si alguien los hubiera pisoteado. ¿El asesino? Antes de poder preguntarle nada, se volvió a incorporar, le dio su nombre al agente y desapareció en el interior del edificio.

Puse sonrisa de circunstancias, nervioso ante la posibilidad de que

me impidieran el paso, pero el agente parecía estar esperándome a mí también. Entré.

Heron's Wake no tenía la distribución de una casa corriente. Las estancias principales no estaban divididas por paredes y puertas, sino que una zona parecía metamorfosearse en la otra, con un vestíbulo muy amplio que se abría a una cocina de última generación a un lado y un espacioso salón al otro. La pared del fondo era casi toda de cristal, con unas vistas preciosas al jardín. No había moqueta, solo unas cuantas alfombras caras de distintos tamaños desperdigadas con gusto sobre el parqué de roble americano. El mobiliario era moderno, de diseño, y los cuadros de las paredes abstractos en su mayoría. Era evidente que se había derrochado mucho cuidado en el interior, por mucho que diera una impresión general de sencillez. Todas las manijas de las puertas y los interruptores de la luz, por ejemplo, eran de acero pulido, y no de plástico, con ecos de París o Milán. Tenían toda la pinta de haber sido encargados por catálogo y escogidos con mucho esmero. La mayor parte de la casa era blanca, pero Pryce había decidido hacía poco darle unas cuantas pinceladas de color. Había botes de pintura y brochas dispuestas sobre unas mantas de pintor en el vestíbulo. Una puerta abierta daba a un guardarropa que se había tornado de un amarillo canario muy llamativo. Las ventanas de la cocina estaban ahora enmarcadas en un rojo terracota. Yo había dado por sentado que el abogado estaba casado, pero la casa daba más bien una impresión general de guarida de soltero bien cara.

Llegué donde estaba Hawthorne justo cuando aparecía una mujer grande y poco atrayente que salía a codazos de la cocina e iba vestida con un traje pantalón malva chillón y un jersey negro de cuello vuelto. ¿Por qué lo de poco atrayente? No era por su ropa ni su tamaño, aunque tenía sus kilos de más, con una espalda rotunda y una cara rolliza y mofletuda. No, era más que nada por su actitud. Aún no había intercambiado una palabra con nosotros y ya nos estaba poniendo mala cara. No sé si sería por sus gafas demasiado grandes o unos ojos demasiado pequeños, pero el caso es que se las arreglaba para irradiar un halo mezquino y hostil, con esa forma que tenía de escudriñar el mundo con una maldad incrustada, como quien se pinta con rímel. Así y todo, lo que más me llamó la atención fue su pelo. Estoy convencido de que era auténtico, pero se parecía a esas pelucas baratas que llevan los maniquíes de los grandes almacenes, negro azabache y reluciente como el nailon. Daba la impresión de que no pertenecía a la cabeza. Para rematar, llevaba un collar de oro y, por debajo, un cordón con una acreditación que reposaba en horizontal sobre un pecho generoso y la identificaba como la inspectora de policía Cara Grunshaw, de la Metropolitana. Sus movimientos eran rápidos, agresivos, como un luchador entrando en el ring. De haber

sido un criminal, me habría echado a temblar: ya me había puesto nervioso y eso que yo no había hecho nada malo.

—Hola, Hawthorne —dijo (me sorprendió que, pese a su aspecto, tuviera un talante bastante alegre)—. Me habían dicho que venías de camino.

—Hola, Cara.

Se conocían y parecían llevarse bien.

—Esta es la inspectora Cara Grunshaw —me explicó mi socio, aunque no hacía mucha falta.

No se molestó, en cambio, en presentarme a mí, y ella tampoco pareció muy interesada.

—¿Te han mandado los detalles? —Fue directa al grano, sin cháchara superficial; tenía una voz grave e inexpresiva, sin ningún acento en particular—. ¿El atestado inicial? ¿Fotografías?

—Sí.

—¡No han perdido el tiempo! Lo han encontrado esta mañana.

—¿Quién lo encontró?

—La limpiadora. Búlgara, Mariella Petrov. Puedes hablar con ella si quieres, pero es perder el tiempo. No sabe nada. Solo lleva seis semanas trabajando para Pryce... La contrató a través de una agencia seria de Knightsbridge. Vive en Bethnal Green con su marido y sus dos hijos. Lo primero que hacía era venir desde Highgate con pan del día y leche fresca para el desayuno. Así que esta mañana se metió en la cocina y lo dejó todo preparado. Luego fue al estudio y allí se lo encontró. Nos hemos llevado ya el cuerpo, pero si quieres puedes echar un vistazo.

—Claro.

—Ten... —Había sacado unos patucos de plástico para que nos los pusiéramos en los zapatos y nos los tendió como si tal cosa, como si nos diera unas servilletas antes de comer.

Me quedé un poco desilusionado. Yo albergaba la secreta esperanza de que el encargado del caso fuera el inspector Meadows. Lo había conocido cuando mataron a Diana Cowper y luego hasta me había tomado una copa con él en mi club, porque me interesaba su relación con Hawthorne. Habían trabajado juntos y era evidente que no se profesaban mucho afecto. Quería saber más sobre mi socio y, aunque Meadows no se había sincerado conmigo —pese a lo cara que me había salido la gracia (me había cobrado por su tiempo)—, estaba convencido de que podría haberme dado más información.

Además, habría sido un personaje muy útil si realmente pensaba seguir escribiendo sobre Hawthorne. Holmes tenía a Lestrade, Poirot a Japp. Morse solía discutir con Strange, su superior. Es ley de vida que todo detective privado inteligente necesita a un agente de policía mucho menos inteligente, igual que una fotografía necesita tanto de la

luz como de la oscuridad, si no, no hay definición. Y, por cierto, no estoy diciendo que Meadows sea corto de entendederas, pero sí que se empeñó en que a la señora Cowper la había matado un ladrón, y eso fue una buena metedura de pata.

Si me hubieran dado a elegir, me habría encantado toparme con Meadows en todos los lugares de los hechos que visitara, pero, por supuesto, en Londres hay más de treinta mil agentes de policía y las probabilidades de que apareciera tanto en Chelsea (donde se cometió el primer crimen) como en Hampstead eran igual de improbables. Mientras atravesaba el salón tras los pasos de Grunshaw, ya había decidido que aquella mujer me daría menos juego. Se la veía muy pragmática y parecía saber lo que se hacía. No había mostrado el más mínimo interés por mí.

Atravesamos la zona de estar y bajamos los dos escalones que conducían al estudio, que, entre el suelo de madera y la decoración minimalista, parecía más bien una sala de reuniones. No había escritorio. Solo cuatro sillas de acero y cuero dispuestas alrededor de una mesa de cristal flanqueada por estanterías con libros a un lado y ventanas al otro. A lo largo del techo se extendía otra cristalera que dejaba pasar mucha luz. Había dos latas de Coca-Cola en la mesa, una estaba abierta.

Aunque ya se habían llevado el cuerpo de Richard Pryce no cabía duda de que lo habían matado allí. Un charco rojo oscuro y pegajoso se extendía por el suelo, aquella mezcla de vino tinto y sangre. Me estremeció distinguir la cabeza del abogado, los hombros y un brazo extendido en la silueta que había dejado el cadáver al levantarlo. La botella rota, con algunas partes unidas aún por la etiqueta, descansaba en medio del desaguisado.

Los ojos se me fueron a la pared entre ambas estanterías: allí delante tenía el número de tres dígitos que Hawthorne me había enseñado, pintarrajeado a toda prisa en verde: 101. La pintura había goteado, como en un póster de una película de miedo. Los números eran burdos e irregulares, con el cero más pequeño que los unos. La brocha que habían usado para pintarlos estaba en el suelo y había dejado un manchurrón verde sobre el parqué.

—Lo mataron entre las ocho y las ocho y media. Estaba solo en la casa, pero sabemos que tuvo visita justo a las ocho menos cinco. Un vecino, Henry Fairchild, estaba paseando al perro y vio que salía alguien del parque. Estoy segura de que querrás hablar con él. Vive al fondo de la calle. Es una casa rosa... Rose Cottage. Aquí las casas no tienen ni número. Sería una vulgaridad para estos putos pijos. —Sonrió por unos instantes—. Solo tienen nombres de fantasía... como Heron's Wake... porque ¿qué leches significa eso, si puede saberse? De todas formas, el señor Fairchild está jubilado y es un encanto de

hombre. Seguro que te gustará charlar con él.

—¿Pryce estaba solo en casa?

—Anoche sí. Estaba casado, pero su marido no estaba. Tienen otra casa en Clacton-on-Sea. Volvió como hace una hora y nos encontró a todos aquí, imagínate, ha tenido que quedarse bastante tocado. Ahora mismo está arriba. —Eso explicaba el MG rojo con el motor todavía caliente—. No está para fiestas. Solo he hablado unos minutos con él, pero no he sacado nada en limpio. Estaba llorando como una magdalena y he tenido que mandar que le subieran un té o algo. —Hizo una pausa y olisqueó—. Ha pedido manzanilla.

Escuché aquel último comentario con una sensación de horror. Recordaba perfectamente que uno de los rasgos menos entrañables de Hawthorne era su homofobia incorregible, que yo había conocido cuando fuimos juntos a ver a un sospechoso en nuestro primer caso. Y por la manera en que Cara Grunshaw había pronunciado la última palabra, posiblemente cojeaba del mismo pie. Aunque, quién sabe, quizá solo le tenía manía a la gente de Hampstead en general.

—El marido se llama Stephen Spencer —prosiguió—. Todavía no te puedo contar mucho sobre él. No hemos podido hablar en condiciones, pero sí parece bastante seguro que fuera la última persona en hablar con Pryce antes de morir.

—¿Llamó por teléfono?

—Anoche a las ocho en punto. —Grunshaw se quedó mirando cómo digería aquello Hawthorne—. Sí, el asesino debía de estar rondando por fuera, o cerca, cuando se produjo la llamada. El vecino, el señor Fairchild, vio que alguien entraba más o menos sobre esa hora, aunque no ha podido darnos ninguna descripción. Estaba demasiado oscuro y él, bastante lejos. Pryce colgó y le dejó pasar… al parecer era alguien a quien conocía. Le ofreció algo de beber.

Miré de reojo las dos latas de Coca-Cola sobre la mesa de cristal.

—Entonces nadie bebió vino —comentó Hawthorne

—La botella no llegó a abrirse. ¿No has visto el atestado? ¡Tenía una etiqueta de casi mil libras! —Grunshaw sacudió la cabeza—. Así va el país. En el norte están con los bancos de alimentos y aquí en Hampstead hay gente que no se lo piensa dos veces a la hora de gastarse una fortuna en una puta botella de vino. No tiene ningún sentido.

—Richard Pryce no bebía.

—Según Spencer, se la regaló un cliente. Eso al menos se lo he podido sacar. Se llamaba Adrian Lockwood, el cliente.

—El marido de Akira Anno —dije, porque recordaba el nombre del boletín de la radio.

—El ex. Pryce lo representó a él en la demanda de divorcio y por lo visto ella no quedó muy contenta con el resultado.

La escritora había amenazado con pegarle con una botella de vino. Parecía una coincidencia extraordinaria. Y aun así, si había declarado tal cosa en público, en medio de un restaurante lleno, sin duda habría sido una locura absoluta cumplir la amenaza matándolo con ese mismo método.

Entretanto Hawthorne había dirigido su atención a las cifras verdes pintadas en la pared.

—¿Qué te dice a ti esto? —le preguntó a Grunshaw.

—¿Un ciento uno? No tengo ni pajolera idea. —La inspectora sorbió por la nariz—. Tendrías que alegrarte de verlo, Hawthorne. Si te han llamado ha sido por eso. Está claro que estamos ante un cabronazo que se cree muy listo y muy gracioso. —Plegó sus enormes brazos sobre el pecho—. Tal y como yo lo veo, hay dos posibilidades. Una es que lo pintara el propio Pryce, con la idea de dejarnos un mensaje, pero habría tenido que hacerlo antes de que le machacaran la cabeza. O, lo que es más probable, lo pintó el asesino después de matarlo. Pero, si te soy sincera, no me cuadra mucho. ¿Qué clase de asesino deja una pista tan evidente? Ya puestos, podría haber firmado con sus iniciales. —Hizo una pausa—. Lo que sí me pregunto es si tendrá algo que ver con el vino.

—Un Château Mounton de 2011 —dije.

—Son los mismos números, solo falta el dos. —Grunshaw me miró de reojo, como si me viera por primera vez, y posó por unos instantes sus ojillos en mí, lo que me incomodó sobremanera, para luego apartarlos sin más—. Eso mejor que lo saques tú, Hawthorne —siguió—. A mí la verdad es que los asesinatos con tantas tonterías no me gustan nada. Eso se lo dejo aquí al amigo *Foyle's War*.

Se había fijado en la espalda de mi chaquetón a pesar de que yo había hecho lo posible por ocultárselo. Me pregunté si Hawthorne le habría contado quién era yo.

—¿Huellas? —quiso saber mi compañero.

La inspectora sacudió la cabeza.

—Ni una. Lo han limpiado todo, hasta la lata de Coca-Cola sin abrir. Pryce fue el único que bebió. Tenemos su ADN en la lata y restos del líquido en sus labios.

—Bueno, ¿y cómo lo ves tú?

—¿De veras crees que pienso decírtelo? —La inspectora miró a Hawthorne a los ojos aunque en realidad no había malicia en su voz —. Os dejo solos para que os ganéis vuestra tarifa diaria —siguió—. Si los de arriba creen que os necesitan (cosa que por cierto a mí no me lo parece), por lo menos que le vean el rédito a su dinero. —Se quedó allí plantada, tamborileando con los dedos en el brazo. Luego pareció transigir—. A mí me da que la primera puerta a la que vamos a llamar es a la de Anno. Todavía no hemos podido localizarla (tiene el móvil

apagado), pero te avisaré en cuanto sepamos dónde está. Voy a subir a hablar con el marido de Pryce, puedes acompañarme si quieres. Después deberías ir a charlar con el vecino. Si me necesitas, ya sabes mi número, pero el trato es el siguiente, Hawthorne —dijo señalándole con un dedo regordete—: quiero saber lo mismo que tú, ¿estamos? Me mantienes al tanto si hay algún avance y quiero ser yo la que haga el arresto. Como me entere de que me has estado ninguneando, te arranco los huevos y juego con ellos a las canicas. ¿Ha quedado claro?

—No tienes que preocuparte por mí, Cara —dijo Hawthorne con una sonrisa inocente, casi beatífica—. Solo estoy aquí para ayudar.

No lo creí en absoluto, mi socio era un lobo solitario como el que más. Tuve el absoluto convencimiento de que la inspectora Grunshaw no se enteraría del arresto hasta que no lo leyera en la prensa.

—Pues entonces vamos al lío.

Grunshaw se puso en marcha y yo me alegré de poder seguirla. El olor enfermizo del cuarto, la mezcla de sangre y vino, empezaba a poder conmigo y me estaba mareando, y sabía que como acabara vomitando en el lugar de los hechos iba a meterme en un buen lío. Estaba deseando salir de allí. Pero Hawthorne no parecía tener intención de moverse.

—Yo que tú me andaría con ojo con ella —masculló.

—¿Con la inspectora?

—Haz el favor de no decir nada delante de ella. Hazme caso, no es una tía legal.

—A mí no me ha dado mala impresión.

—Porque no la conoces.

Subimos a la planta de arriba.

4 Últimas palabras

Los escalones que llevaban arriba eran losas blancas que salían de la pared sin apoyo visible alguno. Una barandilla de acero corría en paralelo, para poder agarrarte a algo mientras subías. Cara Grunshaw los subió ruidosamente mientras Hawthorne iba a la zaga con un paso más suave, y por fin llegamos a una especie de tribuna con vistas al salón de abajo y, en la misma planta, varias puertas que se abrían a ambos lados.

Allí nos esperaba otro policía, apoyado en una de las columnas que evitaban que las visitas acabaran de cabeza en el salón. Era más delgado y bajo que Grunshaw, con mechones de pelo pajizo y bigote. Llevaba una chaqueta de cuero marrón que parecía inspirada en una vieja serie de televisión, tipo *Starsky y Hutch*.

—Está allí dentro, jefa.

—Gracias, Darren.

Grunshaw entró la primera, ignorando los cuadros de las paredes, que eran muy distintos a los de abajo. Como estudié Historia del Arte en la universidad, reconocí una acuarela de Eric Ravilious y una serie de xilografías de Eric Gill, una colección de Erics. La planta de arriba era mucho más formal, con el suelo enmoquetado y una distribución más compartimentada. Grunshaw llamó a la puerta que le había indicado Darren y, sin esperar respuesta, entró en una habitación que resultó ser una biblioteca, llena del suelo al techo de estanterías separadas tan solo por dos ventanas que daban al camino de entrada y una pantalla grande de televisión instalada en la pared. Había dos sofás de cuero blanco, varias mesitas de cristal y una alfombra de piel de cebra falsa —¿o debería decir *fausse*?— en el suelo.

Stephen Spencer estaba hundido en la punta de uno de los sofás, rodeado de fotos enmarcadas de Richard Pryce, de sí mismo y de los dos juntos. Llevaba una camisa de lino arrugada, pantalones de pana azul claro y mocasines. No tendría más de treinta y pocos años, unos diez más joven que el marido, y habría pasado por guapo si no hubiera sido por los ojos hinchados de llorar, las mejillas enrojecidas y el pelo claro aplastado y sudado. Era muy delgado y tenía un cuello de cisne con una nuez muy marcada. Apretaba un pañuelo en una mano y me fijé en la alianza de oro que llevaba en el anular, idéntica a la que había visto en la foto de Richard Pryce que me había enseñado Hawthorne.

La habitación se quedó pequeña en cuanto entramos los cinco. La inspectora se dejó caer en el otro sofá, con las piernas separadas.

Hawthorne se apostó junto a la ventana mientras yo me quedaba al lado de la puerta, con la espalda pegada a la pared, en un gesto calculado para esconder el bordado del chaquetón. Darren también nos había seguido y se había plantado allí en medio con una pose muy desenfadada, aunque con una libreta y un boli bien visibles en la mano.

—¿Cómo se encuentra, señor Spencer? —le preguntó Grunshaw, en un intento por mostrarse compasiva, aunque la pregunta sonó forzada y condescendiente, como si hablara con un niño que se hubiera caído y se hubiera magullado la rodilla en el parque.

—Todavía no me lo creo —dijo Spencer, con la voz cargada por el duelo; se aferró al pañuelo con más fuerza que nunca—. Lo vi el viernes. Le dije adiós. En la vida habría imaginado... —Se le quebró la voz y no pudo seguir.

Darren tomó nota de todo.

—Tendrá que entender que no nos queda más remedio que hablar con usted ahora —prosiguió Grunshaw en un tono no especialmente delicado—. Cuanto antes podamos conseguir las respuestas a nuestras preguntas, antes podremos proceder con la investigación. —El hombre asintió sin decir nada—. Dice que ha vuelto hoy de Suffolk...

—De Essex, de Clacton-on-Sea. Tenemos allí una segunda residencia —dijo señalando una fotografía donde aparecía una casita como de juguete, blanca, estilo década de los treinta, con balcones curvos y tejado plano, que parecía casi de mentira.

—¿Por qué fue usted solo?

Spencer tragó saliva.

—Richard no quiso venir, decía que tenía mucho trabajo. Además había quedado aquí en casa el sábado por la tarde. Yo fui a ver a mi madre, que está en una residencia en Frinton.

—Seguro que se alegró de verlo.

—Tiene alzhéimer. Es probable que ni siquiera se acuerde de que fui.

—¿Cuándo ha vuelto?

—Esta mañana después de desayunar. He recogido la casa y lo he dejado todo cerrado. Yo diría que a eso de las once.

—¿No llamó al señor Pryce antes de salir?

Darren había estado garabateando los detalles en la libreta pero se detuvo entonces, con el boli sobrevolando la página. Entretanto yo había sacado el iPhone (y por cierto que Hawthorne no se había equivocado: lo recogí en mi piso de camino allí) y encendí la grabadora sin hacer ruido. Me pregunté si sería ilegal grabar un interrogatorio policial, pero pensé que tarde o temprano me enteraría.

—Sí que probé a llamar, pero no lo cogió. —Spencer volvió a llevarse el pañuelo a la cara para enjugarse el rabillo del ojo—.

Tendría que haberse venido conmigo. Llevamos nueve años juntos. Lo hacíamos todo juntos. La casa la compramos entre los dos. No puedo creer que alguien quisiera hacerle algo así. Es que, de verdad, Richard era uno de los hombres más buenos del mundo.

—¿Siempre se toma las mañanas de los lunes libres? —Ahora la voz de la inspectora no delató emoción alguna.

Todo en ella —su forma de sentarse, sus gafas de plástico gruesas, el corte a tazón— parecía pensado para eliminar cualquier muestra de empatía.

Spencer asintió.

—Nunca se nos ocurre coger la A12 un domingo por la noche, hay demasiado tráfico. Si Richard hubiera venido conmigo habríamos salido a primera hora de la mañana. Él siempre estaba con la cabeza en el trabajo, pero yo soy mi propio jefe. Tengo una galería de arte en Bury Street, justo al lado de Christie's. Estamos especializados en arte del siglo XX. —Eso explicaba los Gill y el Ravilious—. Abrimos de martes a sábado, así que el lunes trabajo desde casa.

—Anoche habló con el señor Pryce —retomó el hilo Grunshaw.

—Sí, lo llamé a las ocho de la tarde.

—¿Cómo lo sabe con tanta seguridad?

—Ayer era veintisiete y se cambiaba la hora. Acababa de terminar de ordenar la casa y lo llamé desde el móvil. —Lo sacó y pulsó varios botones en la pantalla para acceder al registro de llamadas—. ¡Ahí está! —exclamó—. Las ocho en punto.

—¿Hay buena cobertura en Clacton? —Esto lo preguntó Hawthorne, que habló por primera vez, rozando el tono hostil... pero eso no era ninguna novedad.

Stephen Spencer lo ignoró.

—¿Podría decirnos qué le contó su marido en esa conversación? —quiso saber Grunshaw.

—Me preguntó qué había hecho yo. Hablamos del tiempo, de mi madre... lo típico. Le noté un poco tristón. Me dijo que seguía preocupado por el caso en el que había estado trabajando.

—¿De qué caso habla?

—Un caso de divorcio. Seguro que sabrán ustedes que Richard era abogado de familia, y bastante exitoso. Acababa de representar a un agente inmobiliario que se llama Adrian Lockwood y que estaba casado con una escritora... esta mujer... ¿cómo era?, Akira... —El apellido parecía habérsele ido.

—Akira Anno —apunté.

—Eso es. —Se le ensancharon los ojos cuando le vino el recuerdo —. Ustedes saben que ella lo amenazó, ¿no? Se le acercó en medio de un restaurante y le tiró el vino encima. ¡Yo lo vi, estaba allí!

—¿Qué pasó exactamente?

—Tendría que habérselo dicho antes, no sé por qué no se me ha ocurrido. Pero al llegar esta mañana a la casa y ver a la policía y a Richard... —Hizo una pausa, recobró la compostura y prosiguió—: Estábamos cenando en The Delaunay, por la zona de Aldwych. Eso sería el lunes pasado, hace una semana. Era el restaurante favorito de Richard y solíamos quedar allí después del trabajo... nos venía bastante a mano a los dos y luego volvíamos a casa en taxi. El caso es que habíamos acabado de comer hacía un rato cuando vi que se nos acercaba una señora, avanzando entre las mesas. Era bajita, con pinta de japonesa, y yo no la reconocí. Y la seguía otra mujer, que iba justo detrás de ella.

»Entonces se paró delante de nuestra mesa y Richard levantó la vista. Él sí sabía quién era, claro, pero no pareció molestarle especialmente. Murmuró alguna cortesía, en plan «¿Puedo ayudarla en algo?», o algo parecido, y ella lo miró con desdén y sonrió de una forma muy rara. Llevaba unas gafas con los cristales tintados. «¡Es usted un cerdo!», fue lo primero que le soltó. Y después algo sobre el divorcio, lo injusto que había sido, y de pronto cogió y me quitó la copa de vino. Yo estaba bebiendo tinto y acabábamos de terminar, aunque todavía me quedaban un par de dedos. Pensé, tonto de mí, que se lo iba a beber, pero en vez de eso se lo tiró por la cabeza. Richard se quedó con la cara y la camisa empapadas. Fue indignante. Yo le dije que llamara a la policía, pero él no quiso montar ningún numerito, prefirió irse.

—¿Qué más dijo esa mujer?

—Pues el tema es ese, que justo después de tirarle encima el vino y dejar la copa en la mesa, dijo algo así como que le habría encantado poder estrellarle una botella en la cabeza. —Spencer se detuvo al comprender las implicaciones de lo que acababa de describirnos—. ¡Ay, Dios! Lo mataron así, ¿no? —Alzó las manos y se las llevó a la cabeza—. ¡Ella le dijo que pensaba hacerlo!

—No nos gustaría sacar conclusiones precipitadas, señor Spencer —replicó Grunshaw.

—¿Qué quiere decir con «precipitadas»? Ella misma confesó. Lo admitió. Había decenas de testigos.

—¿La mencionó su marido cuando hablaron el sábado por la noche por teléfono?

Spencer intentó hacer memoria.

—No, no la nombró. Pero sí que me había hablado de ella antes, y yo sabía que el caso le rondaba por la cabeza... me había hablado un poco del tema aquel mismo día de The Delaunay, pero él era muy discreto, y no me dio más detalles. De todas formas, una cosa que sí dijo cuando hablamos por teléfono es que había llamado a Oliver, Oliver Masefield, me refiero, uno de los socios del bufete... Masefield

Pryce Turnbull. Le iba a preguntar por eso cuando sonó el timbre.

—¿El timbre de la casa? —preguntó Grunshaw.

—Sí, lo oí de fondo y Richard se quedó callado a mitad de frase. «¿Quién será?», dijo, porque no esperaba a nadie. Me pidió que aguardara un momento y dejó el teléfono.

—¿Él también hablaba por el móvil?

—Sí, y supongo que lo dejó en la mesa de la entrada. Hubo una pausa larga y luego oí sus pasos sobre el parqué y me pareció que abría la puerta. Y, después, lo escuché hablar. «¿Qué haces tú aquí?», eso dijo, como sorprendido. «Es tarde ya.»

Darren, que había estado escribiendo también todo eso, se detuvo entonces y preguntó:

—¿Literalmente?

Spencer no vaciló esa vez.

—Sí, estoy seguro. «Es tarde ya», eso dijo.

—¿Y luego?

—Volvió a coger el teléfono, me dijo que me llamaría más tarde y colgó.

—¿No le contó nada más sobre esa visita? —Darren tenía una manera muy particular de asegurarse de que sus preguntas sonaran agresivas e intimidatorias; podía ponerte nervioso con solo desearte los buenos días—. ¿No oyó que dijeran nada más?

—No dijo nada más. Ya se lo he dicho, que colgó y punto. —Las lágrimas volvieron a agolpársele en los ojos—. Esperé a que me llamara pero al ver que no lo hacía pensé que estaría ocupado o algo. Era típico de él, quedarse enfrascado en lo que tenía entre manos. He vuelto esta mañana y, al llegar a la casa y ver todos los coches de policía, seguía sin tener ni idea de...

Hawthorne, que había estado escuchándolo con el cuerpo medio girado hacia la ventana, se volvió entonces y dijo:

—Bonito coche. ¿Tiene elevalunas eléctrico?

—¿Cómo? —Le dejó tan descolocado la pregunta que por un momento se olvidó de las lágrimas.

Mi sorpresa fue menor. Por mis vivencias con Hawthorne sabía que era típico de él soltar esa clase de observaciones aparentemente irrelevantes. No pretendía ofender adrede, era solo que estaba a la ofensiva por defecto.

—Es un modelo clásico —prosiguió Hawthorne—. ¿De qué año es?

—De 1968. —Spencer parecía más hermético y miró entonces a la inspectora Grunshaw como para urgirla a retomar el control.

La mujer le hizo caso.

—Ya sabe que a su marido lo agredieron con una botella de vino que le regaló Adrian Lockwood, un Château Mounton Rothschild.

¿Sabe si era la misma botella que le regaló Lockwood?

—No estoy seguro del todo... pero sí, creo que sí. Richard me contó que era bastante cara. Fue tirar el dinero, porque él no bebía.

—Era abstemio.

—Sí.

—Entonces no hay alcohol en la casa —intervino Hawthorne.

—En realidad hay bastantes cosas en la cocina: whisky, ginebra, cerveza y otras historias. Yo sí me tomo una copa de vez en cuando. Pero a Richard no le gustaba el alcohol, esa es la verdad.

Cara Grunshaw le sonrió a mi compañero, y el gesto no la hizo más atractiva precisamente. Empezaba a notar un deje de maldad tras su buen talante.

—¿Tienes alguna pregunta más? —le preguntó a Hawthorne.

—Solo una —respondió este—. Ha mencionado usted que Richard esperaba visita el sábado por la tarde, ¿le dijo quién era?

Spencer se quedó pensativo.

—No, lo único que dijo es que venía alguien, pero no quién.

—Yo creo que con eso tienes de sobra —intervino Grunshaw, desafiando a Hawthorne a mostrar su desacuerdo—. ¿Por qué no te vas adelantando mientras yo le tomo declaración completa al señor Spencer?

—Como quieras, Cara.

Yo seguía medio admirado por cómo había manejado el tema la inspectora, que era todo lo contrario a Meadows. No pensaba permitir que mi socio la sacara de quicio y había dejado bien claro quién estaba al mando. Nos fuimos entonces, bajamos las escaleras y atravesamos la puerta de entrada. Hawthorne se encendió un cigarro en cuanto estuvimos fuera. Mientras tanto, me dediqué a observar por segunda vez las espadañas rotas, en busca de pisadas. Y sí que vi una hendidura en el suelo, pequeña aunque profunda; podía ser la punta del zapato de alguien o, lo más probable (pensé yo), un tacón de aguja de mujer.

—Vaya cantamañanas —murmuró Hawthorne.

—¿Grunshaw?

—Stephen Spencer. —Hawthorne soltó una bocanada de humo—. ¡Dios Santo! Otro minuto en esa habitación y muero. Si llega a tener la muñeca más floja, se le caen las manos.

—Ya puedes ir parando el carro —lo corté—. Ya te lo he dicho, que no puedes hablar de la sexualidad de la gente de esa manera. No voy a permitirlo y no pienso ponerlo en el libro.

—Pon en el libro lo que te salga de ahí, colega, pero no estaba hablando de su sexualidad, estaba hablando de su técnica como actor. ¿Tú te has creído esa patraña? ¿Esas lágrimas? ¿El pañuelito? Mentía más que hablaba.

Volví a pensar en lo que acababa de presenciar. Yo me había llevado una impresión muy distinta.

—A mí me ha parecido realmente conmocionado.

—Puede ser, pero aun así estaba ocultando algo. —Teníamos el MG justo delante y Hawthorne lo señaló con la mano en la que llevaba el cigarro—. Ni de coña ha venido ese coche de Essex, Suffolk o de cualquier otro sitio de costa.

—¿Cómo lo sabes?

—La casa esa que nos ha enseñado en la foto no tiene garaje y ese coche no ha estado tres días al lado del mar, te lo digo yo. No tiene mierda de gaviota, ni tampoco bichos en el parabrisas. ¿Me estás diciendo que ha conducido doscientos kilómetros por la A12 y no se ha llevado por delante ni un mosquito ni una mosca? Yo apostaría a que estaba mucho más cerca y no estaba solo.

—¿Cómo lo sabes?

—Saberlo no lo sé, pero apostaría a que sí. La ventanilla del copiloto está bajada unos centímetros y las ventanillas no son eléctricas, con lo que yo diría que hay bastantes papeletas de que las abriera el propio copiloto. Si hubiera ido él solo en el coche, tendría que haberse inclinado sobre el otro asiento y ¿para qué iba a hacerlo?

—¿Lo dices por algo más? —le pregunté.

—Sí. Hay otra cosa, las últimas palabras de Richard Pryce: «Es tarde ya». ¿No te parece bastante raro?

—¿Por qué?

—Eran las ocho de la noche de un domingo. Había llegado alguien sin previo aviso pero se conocían. Lo invitó a pasar y le ofreció una bebida. Y vale, estaría oscuro, estamos ya en el horario de invierno, pero no se puede decir que fuera tarde.

—¿Crees que Stephen Spencer se lo está inventando?

—Lo dudo, seguramente ha contado la verdad sobre lo que oyó, pero sigue siendo una frase rara, y quizá Pryce no estuviera hablando de la hora, puede que se refiriera a otra cosa.

Mientras hablábamos, recorrimos Fitzroy Park y dejamos atrás los coches patrulla y la actividad forense. El taxi que nos había llevado hasta allí seguía esperando, con el taxímetro corriendo. El taxista estaba leyendo el periódico. Pasamos por el cruce por el que habíamos llegado. Hacia delante se veía la otra punta de Hampstead Heath, con el Estanque de las Mujeres y el resto de lagos. Pocos pasos después llegamos a Rose Cottage, que era efectivamente una casa bien rosa y coqueta, retirada en su propio pequeño mundo y medio ahogada por arbustos y flores, aunque todas las rosas estaban podadas para el invierno en ciernes. Hawthorne se adelantó y llamó al timbre, que al instante detonó un ladrido de perro en algún punto de la casa.

Tras mucho esperar, nos abrió la puerta un octogenario envuelto

en una especie de rebeca que parecía haberse tejido con dos rodillos de amasar. Incluso allí plantado seguía temblando por dentro. Nos miró con ojos vidriosos. Estaba despeinado y tenía manchas de lentigo en la piel. No había rastro del perro, que estaría encerrado en algún cuarto y seguía ladrando al otro lado de la puerta.

—¿Señor Fairchild? —preguntó Hawthorne.

—Soy yo. ¿Es por lo del asesinato? —Tenía una voz aguda que no solo lo cuestionaba todo sino que parecía también recelar—. Ya le he contado a la policía todo lo que sé.

—Nosotros colaboramos con ellos y le estaría muy agradecido si pudiera dedicarnos dos minutos de su tiempo.

—Hablaré con ustedes pero, si no les importa, no les haré pasar. A *Rufus* no le gustan los desconocidos. —Di por hecho que *Rufus* era el perro.

—Por lo visto vio usted anoche a alguien que se dirigía a Heron's Wake.

—¿Heron's Wake?

—La casa de Richard Pryce.

—Sí, sé dónde vive. —El anciano carraspeó—. Salía del parque justo cuando yo entraba en casa. Siempre saco a *Rufus* después de cenar y antes de acostarme. No vamos muy lejos, solo hasta el club de bolo césped y luego de vuelta. Así le da tiempo para hacer sus cosas..., ya saben.

—Entonces ¿qué es lo que vio?

—Ver, no vi mucho que digamos. Estaba muy oscuro. Vi a alguien que salía del parque con una linterna en la mano.

—¿Una linterna? —se sorprendió Hawthorne.

—¿No oye usted bien? Acabo de decirle que iba con una linterna en la mano, y precisamente por eso no pude verlo bien. Me cegaba la luz. Estaba también bastante lejos. —Señaló hacia la verja, al otro lado de Heron's Wake—. Me pareció un poco raro ver a alguien por aquí, solo y a esas horas de la noche. Sin mascota ni nada, o al menos eso me pareció...

—¿Está seguro de que era un hombre?

—¿Cómo? Yo qué sé si era un hombre o una mujer. No lo veía con la linterna.

—¡Acaba usted de decir «solo»!

Mi socio estaba contrariado; lo deduje por sus ojos y por cómo había estrechado los labios en una fina línea recta; pero, siendo justo, Henry Fairchild tenía un punto bastante irritante. Cuando la inspectora Grunshaw lo había descrito como un «encanto», sin duda lo había dicho con sorna.

—Yo ni sé si era hombre o mujer ni tiene sentido preguntarme de qué color era ni nada por el estilo. Ya se lo he dicho a la policía. Me

fijé en él justo cuando entraba en casa y no volví a pensar en el tema hasta que me levanté y vi el follón que había con el asesinato, la policía y todo lo demás.

—¿No oyó usted nada?

—¿Perdone? —Fairchild se llevó la mano a la oreja, respondiendo así sin darse cuenta a la pregunta de mi compañero.

—Déjelo. Solo una última cosa. ¿Tiene usted clara la hora?

Fairchild consultó su reloj.

—Son las tres menos diez.

—No. —Hawthorne alzó la voz—. Le preguntaba por la hora a la que salió con el perro. Ha dicho usted que eran las ocho menos cinco. ¿Lo tiene claro?

—Eran las ocho menos cinco, sin lugar a dudas. Siempre salgo después de cenar y no me gusta perderme el principio de *Antiques Roadshow*, así que miré la hora cuando estaba llegando a la puerta.

—Gracias, señor Fairchild.

—Supongo que ahora tendrán que vender la casa. Si les digo la verdad, no me hace gracia todo este desorden... tanta gente por ahí y esas cosas. Me gusta la paz y la tranquilidad.

En algún punto dentro de la casa, *Rufus* seguía ladrando como si no hubiera un mañana.

—Sí, el señor Pryce ha sido muy desconsiderado dejándose matar de esa forma —corroboró Hawthorne, con su lengua más viperina.

Regresamos por el caminito. Creía que íbamos a volver al taxi pero continuamos y pasamos una vez más por delante de Heron's Wake.

—Te voy a decir qué es lo que no me cuadra nada —murmuró Hawthorne mientras andábamos—. Suponiendo que Fairchild esté diciendo la verdad, aunque esté sordo y medio ciego, anoche había luna llena.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Hawthorne miró a su alrededor—. Es probable que de noche esté muy oscuro por aquí, pero no para tanto. Y Fairchild no llevaba linterna... o por lo menos no ha dicho que llevara. ¿Para qué iba a necesitar una el visitante misterioso?

—No conocía las casas —dije—. ¡Sería para leer los nombres!

Hawthorne lo consideró.

—Bueno, es una teoría, Tony.

Llegamos a la verja de entrada del parque de Hampstead Heath. El visitante misterioso había aparecido por allí. Por delante, la hierba se extendía a lo lejos, con unos cuantos paseantes aventurándose en el aire húmedo de octubre. Yo tuve un perro durante trece años y lo llevaba a pasear por allí de vez en cuando. La zona de Kenwood quedaba cerca, hacia la izquierda, o también se podía seguir recto

para coger por Hampstead Lane, la calle principal que conecta Hampstead con Highgate. Llevaba un mes lloviendo con bastante virulencia y había un gran charco bloqueándonos el camino. Quienquiera que lo atravesara con la linterna habría tenido que fijarse bien por dónde pisaba, y era extraño que no hubiera dejado huellas de barro por la casa de Pryce. ¿Se habría quitado los zapatos?

No tenía claro que Hawthorne hubiera llegado a esa misma conclusión. Estaba enfrascado en sus pensamientos y se veía claramente que no tenía intención alguna de compartirlos conmigo.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Por hoy ya está bien. Puedes dejarme en la estación de Hampstead. Y nos vemos mañana en Masefield Pryce Turnbull. Yo diría que puede ser el mejor sitio para empezar... al menos hasta que aparezca Akira Anno, y apostaría algo a que Grunshaw va a querer hablar con ella del tirón.

—En realidad yo tengo que ir al Old Vic. ¿Por qué no me paso luego a recogerte por tu casa a las diez? Y luego podemos ir juntos a Masefield Pryce Turnbull.

Se lo pensó. Noté que no le hacía gracia la idea, pero al final cedió y se encogió de hombros.

—Bueno, venga, lo mismo da...

Regresamos al taxi. Me fijé en que la carrera había atravesado ya la barrera de las sesenta libras. Como siempre, me tocaría pagar a mí. A Hawthorne le costaba rascarse el bolsillo para todo lo que fueran taxis y cafés. Pero me daba igual. Tenía que reconocer, para mi propia sorpresa, que ya estaba enganchado. ¿Qué significaban esos números en la pared? ¿Por qué había mentido Stephen Spencer? Sentía verdadero interés por saber quién había matado a Richard Pryce y por qué.

A esas alturas me había comido ya tres pistas y había malinterpretado otras dos.

La cosa no haría más que empeorar.

5 Masefield Pryce Turnbull

El Old Vic ocupa un lugar especial en mi corazón. Es el teatro más bonito de Londres, lo descubrí durante la adolescencia e intentaba no perderme ninguna representación. Todavía recuerdo hacer cola para conseguir entradas de pie para ver a Maggie Smith en *Hedda Gabler*, a Laurence Olivier en *The Party* o a Diana Rigg en el estreno mundial de *Jumpers* de Tom Stoppard. Mucho antes de publicar mi primer libro juvenil, quise dedicarme a escribir teatro. Siempre me había atraído la magia de la escena y, cuando me pidieron que formara parte de su junta directiva, acepté sin pensarlo (por mucho que supiera más bien poco de finanzas, salud y seguridad o legislación de entidades benéficas).

Ese martes por la mañana, sin embargo, no tenía ninguna reunión de junta. Había sido solo una excusa para dejarme caer por River Court, que era donde vivía Hawthorne y estaba a solo diez minutos de mi piso, al otro lado del puente de Blackfriars.

Quería saber más sobre mi socio; quería saber por qué se había cargado su carrera profesional por tirar a un pederasta por unas escaleras y cómo había acabado solo en un piso vacío, que cuidaba mientras los dueños vivían en Singapur. Me había dicho que tenía un medio hermano que era agente inmobiliario, pero seguía pareciéndome un arreglo bastante inusitado. También sabía que estaba separado de su mujer, quien vivía en Gants Hill con el hijo común de once años, al que no le gustaba leer y al que al parecer veía de vez en cuando. Hawthorne tenía dos pasatiempos; le gustaba construir maquetas Airfix, sobre todo de la Segunda Guerra Mundial y, si eso no era suficientemente peculiar, también participaba en un club de lectura.

Aun así, todo eso seguía pareciéndome solo fachada... el disfraz externo en lugar del hombre en sí. Si pensaba escribir tres libros sobre él (y puede que más si seguía trayéndome nuevos casos), necesitaba saber más. A esas alturas yo ya tenía bastante claro que debía de haberle pasado algo, que tenía, por así decirlo, heridas abiertas del pasado, y quería descubrir de qué se trataba, aunque solo fuera para justificar algunos de sus comportamientos más radicales. No se puede ir por la vida con un protagonista que es sencillamente desagradable por naturaleza, y si bien yo no habría utilizado esa palabra para describirlo, había momentos —por ejemplo, ese comentario de la «muñeca floja»— en que el adjetivo le iba como anillo al dedo. En cierto modo podía decirse que lo hacía por él. Me había escogido a mí

como biógrafo y en mi opinión mi trabajo pasaba por retratarlo bajo una luz lo más piadosa posible. El problema era que él se empeñaba, con un afán desmedido, en ocultarme todo detalle personal o íntimo. Al colarme en su piso por segunda vez, tenía la esperanza de toparme con algún indicio que explicara qué lo había convertido en el hombre que era y por qué, a pesar de todo y desoyendo mi instinto, empezaba a caerme bien.

River Court es un bloque de pisos no muy alto construido en los años setenta, un repertorio de balcones beis y ventanas rectangulares no muy bonitos que se las había arreglado para tener un emplazamiento maravilloso, justo a orillas del Támesis. Yo había pasado por allí decenas de veces de camino al National Theatre y la orilla sur sin fijarme siquiera en su presencia. Es una de las cosas buenas de vivir en Londres. Es una ciudad tan inmensa y tan atestada de edificios interesantes que siempre está dándote sorpresas. Todavía me pasa que voy paseando por cualquier callejón y me fijo de pronto que es la primera vez que lo veo aunque viva a solo unos minutos.

Me planté en su edificio veinte minutos antes de la cuenta. Sabía que si llamaba desde abajo, no me abriría; me respondería por el interfono y me dejaría esperando en la calle. Pero, como yo ya me conocía el paño, esperé a que saliera otro vecino para acercarme con un manojo de llaves, que en realidad no eran para esa cerradura, y, con una sonrisa, detuve la puerta para evitar que se cerrara del todo y entré.

Mientras subía a la planta 12 en el ascensor, bastante orgulloso de mí mismo, empecé, sin embargo, a sentirme mal. Hawthorne iba a olerse la tostada y, aunque a menudo se mostraba sarcástico e irritable conmigo, nunca me había convertido en el blanco de su ira, cosa que podía estar a punto de cambiar. Bueno, peor para él. Tendría que recordarle que me necesitaba y era lo que había. A pesar de sus ocasionales amenazas, difícilmente encontraría a otra persona que escribiera sobre él.

La puerta del ascensor se abrió entonces y al momento oí unas voces, una de ellas de mi socio. Estaba despidiéndose de alguien que había ido a verlo a su piso, a pesar de la hora que era, las diez menos cuarto de la mañana. Espié por la esquina, haciendo lo posible por que no me vieran, y vi a un joven de unos dieciocho o veinte años. Costaba saber con certeza su edad, en parte por la distancia, pero también porque iba en una silla de ruedas eléctrica. Por si no fuera sorprendente de por sí, también era de origen indio, puede que bengalí, y, además, lo comprendí en el acto, tenía algún tipo de distrofia muscular. Con una mano manipulaba un mando eléctrico, mientras que la otra descansaba sobre su regazo. No tenía respiración asistida, pero sí llevaba una botella de plástico ajustada al pecho con

una pajita que subía hasta la altura de los labios. Tenía el pelo oscuro y corto y una barba rala que afeaba lo que podrían haber sido unos rasgos de estrella de cine: pómulos prominentes, mirada intensa, labios de Valentino.

—Bueno, nos vemos. —Hablaba mi socio.

—Gracias, señor Hawthorne.

—Gracias a ti, Kevin, colega. Sin ti no lo habría conseguido.

¿Conseguir el qué? ¿Tendría algo que ver con sus maquetas? No, eso era imposible. Pero ¿para qué podía necesitar la ayuda de aquel joven en silla de ruedas? Me había plantado en su casa en busca de indicios y mis esfuerzos solo habían servido para procurarme más misterios.

—Venga, nos vemos.

—Venga, dale recuerdos a tu madre.

Hawthorne no entró directamente en el piso y se quedó mirando cómo Kevin se alejaba hasta el ascensor.

Tuve suerte de que aquella parte del pasillo estuviera en penumbra, de lo contrario, seguro que me habría visto; aun así, seguía escondido en el ascensor y comprendí que me había puesto en una situación comprometida: si salía del ascensor, Hawthorne me vería y sabría que había estado espiándolo. Al mismo tiempo, el tal Kevin seguía avanzando en su silla hacia mí y sin duda se preguntaría qué hacía yo allí acechando, sin bajarme del ascensor. Decidí no moverme de donde estaba. Mientras el chico maniobraba para entrar, me quedé observando los botones, como si yo también acabara de entrar y hubiera olvidado adónde quería ir. Pulsé PB.

—Al tercero, por favor —dijo él.

Kevin estaba a mi lado, de cara a las puertas, que se cerraron entonces, y de pronto nos quedamos solos en aquel espacio cerrado, él sentado y ligeramente por debajo de mí. Tenía la cabeza sujeta por dos almohadillas de cuero. Pulsé el botón del tercero y, con una lentitud desquiciante, el ascensor empezó a bajar.

—Podía haberle dado yo —dijo entonces—. Lo que me cuesta es darle al doce.

—¿Y eso? —pregunté.

—Era un hombre tan alto tan alto que para cuando llegaba el yogur a la barriga ya había caducado.

Tardé unos instantes en deducir que aquello era una versión de un viejo chiste.

—¿Vives aquí?

—En el tercero.

—Está bien esto.

—Tiene buenas vistas —concedió.

—El río —dije.

Frunció el ceño.

—¿Qué río?

Me quedé helado por unos instantes. ¿Cómo podía no haberlo visto? ¿Se lo impedía su minusvalía? Pero entonces vi su sonrisa socarrona y comprendí que era otra broma. Después de eso nos quedamos callados hasta que, con una ligera sacudida, llegamos a su planta y se abrieron las puertas. Kevin apretó la palanca y salió.

—Que tengas un buen día —le dije (es algo que suelen decir los estadounidenses, pero no sé por qué últimamente cada vez lo uso más).

—Igualmente.

El ascensor siguió camino hasta la planta baja, donde había dos personas que podían ser un matrimonio esperando a subir. Ellos también se quedaron desconcertados cuando les dije que yo no salía.

—Me he equivocado —murmuré por lo bajo.

La pareja entró y subió hasta el noveno, donde es de suponer que vivían. Las puertas volvieron a cerrarse y por fin, tras lo que me pareció una eternidad, volví adonde quería ir.

Fui directo al piso de Hawthorne y llamé al timbre. La puerta se abrió casi al momento y allí lo tenía, con la gabardina en el brazo, preparado para salir. No pareció sorprendido de verme. Mi intención había sido llegar antes de la cuenta, pero, con todo el trajín de subir y bajar, había llegado más o menos puntual.

—Podrías haber llamado desde abajo —dijo alegremente—. Te habrías ahorrado el paseo. —Volví por el pasillo tras él, y llamó al ascensor—. ¿Qué tal en el Old Vic?

—Interesante. Tengo reunión de junta la semana que viene.

—Mientras te dejen tiempo para escribir nuestro libro…

—Es lo primero que he pensado yo también. —La ironía no funcionaba con Hawthorne: para alguien que la utilizaba con tanta asiduidad, era increíble lo mucho que le costaba reconocerla.

Llegó el ascensor. Empezaba a marearme de tanto vaivén. Bajamos de nuevo y se me cayó el alma a los pies cuando nos detuvimos en el noveno y volvió a entrar la pareja con la que acababa de cruzarme. Me miraron con curiosidad, pero no dijeron nada. No parecían conocer a Hawthorne.

Cuando por fin salimos del edificio, me alegré.

—¿Nos están esperando? —quise saber.

—¿En Masefield Pryce Turnbull? Sí, he hablado con Oliver Masefield. Están justo al otro lado del río… en una perpendicular a Chancery Lane.

—Entonces podemos ir andando.

Kevin no habría podido. Un adolescente, discapacitado, de otra cultura; ¿qué hacía en el piso de Hawthorne, si podía saberse? Por

cómo habían hablado, parecían viejos amigos. Me moría por preguntarle pero no podía, claro.

No dejé de pensar en eso en todo el camino. Después de haber cruzado el puente de Blackfriars para recoger a mi socio, me vi de nuevo volviendo sobre mis pasos. Masefield Pryce Turnbull tenía su sede en Carey Street, detrás del juzgado municipal del centro de Londres, a un tiro de piedra de donde yo vivo. Este barrio de Londres está consagrado a los profesionales del derecho y a ellos les gusta que se note; hasta los edificios más nuevos y modernos se cuidan de parecer tradicionales y el colmo de la discreción.

Masefield Pryce Turnbull ocupaba las dos plantas superiores de una bonita casa que compartía con otros dos bufetes pequeños. Era un despacho de abogados del siglo XXI en un edificio del XIX; puertas correderas de cristal y oficinas de planta abierta tras arcos clásicos y frontones esculpidos. Una secretaria joven y sonriente nos condujo hasta un gran despacho en la esquina del edificio donde nos esperaba Oliver Masefield tras una enorme mesa tan abrillantada que relucía. El bufete estaba especializado en divorcios —o en derecho familiar, como lo llamaban ellos—, y quizá aquel hombre necesitaba una barrera bien sólida que le separara de las penas y la rabia de sus clientes.

Se levantó para darnos la mano: era un hombre negro muy imponente, enfundado en un elegante traje a medida, de unos cincuenta años, con frente ancha y abombada y un pelo moreno que empezaba a clarearle por las sienes, cosa que no podía encajar mejor con su profesión y su estatus. Tenía un talante de lo más alegre que parecía incapaz de disimular, aunque hubiésemos ido a interrogarlo sobre la muerte de su socio en circunstancias violentas. Si digo que tenía chispa en los ojos, lo digo en un sentido muy literal, puede que por la iluminación del techo. Incluso cuando disponía sus rasgos para demostrar la compasión y la compunción de rigor, seguía dando la impresión de querer partirse de risa, envolvernos en un abrazo de oso y llevarnos a tomar unas copas.

—¡Por favor, por favor, pasen ustedes! —empezó diciendo, aunque ya lo habíamos hecho; tenía una voz potente y atronadora que rayaba en lo teatral—. Siéntense. Hablé anoche con la policía. Qué cosa más horrorosa, de verdad. ¡Pobre Richard! Llevábamos años trabajando juntos y me gustaría decirles desde ya que haré todo lo que esté en mis manos para ayudarlos. ¿Quieren café o té? ¿No? El tiempo está tan desapacible, con tanta humedad. ¿Y un vaso de agua quizá?

Tenía una botella sobre un aparador y nos sirvió dos vasos mientras nos sentábamos. Nos los tendió y luego volvió a su sitio tras el escritorio.

—¿Por dónde quieren empezar?

—¿Cuándo fue la última vez que habló usted con el señor Pryce? —preguntó Hawthorne.

—Eso fue el domingo, el mismo día que pasó. Hablamos sobre las seis de la tarde.

—Él lo llamó a usted.

—Sí, así es. —Oliver Masefield dejó escapar un suspiro sonoro; todo lo que hacía parecía exagerado—. No se pueden imaginar lo mal que me siento. Le preocupaba algo, y me llamó para pedirme consejo. Pero no pude hablar con él. —Arrugó el gesto—. Estaba justo saliendo con mi mujer para ver un concierto en el Albert Hall, el *Réquiem* de Mozart. No pudo llamar en peor momento.

—¿Y qué le contó?

—No mucho. Ya me había mencionado en un par de ocasiones que tenía sus reservas sobre una vista reciente. —Prosiguió antes de que Hawthorne lo interrumpiera—: El divorcio de los Lockwood. Comprenderán, caballeros, que debo proteger la confidencialidad de mis clientes, pero gran parte de los hechos son de dominio público y todo lo que yo pueda contarles ahora pueden también averiguarlo por sí mismos. —Una vez aclarado este punto, empezó a relatar los hechos —: En este caso, nuestro cliente era Adrian Lockwood, que quería divorciarse de su mujer, Akira Anno, alegando «conducta irrazonable», uno de los cinco motivos que recoge la ley para la disolución del matrimonio. No hay necesidad de entrar en detalles, lo más destacado ya ha salido en la prensa. Llegamos a un acuerdo en el juzgado de familia número 1 y he de decir que benefició en gran medida a nuestro cliente. Eso fue el miércoles 16. Estarán al corriente de que la señora Anno no quedó muy contenta, por decirlo suavemente, con cómo se resolvió el asunto y quiso la casualidad que se encontrase con Richard en un restaurante cuatro o cinco días más tarde. Fue en The Delaunay, en Aldwych. Lo que ocurrió allí fue una agresión en toda regla que podía haberle costado cara a esa mujer si Richard hubiera decidido emprender acciones legales contra ella.

—Le tiró una copa de vino por encima.

—Así es.

—Y también lo amenazó.

—Lo insultó y vino a decir que le habría gustado agredirlo con una botella. Fue una auténtica tontería hacer algo así, pero me hago cargo de que es una mujer que vive bajo mucho estrés.

—Cuando dice que su socio tenía sus reservas, ¿a qué se refiere? —indagó Hawthorne.

—No llegué a saber todos los detalles porque no me impliqué personalmente en el caso, pero sí puedo decirles que Richard sospechaba que se había ocultado información financiera, y su preocupación era tal que estaba planteándose una anulación.

—Nos ayudaría mucho si pudiera hablar en cristiano, señor Masefield.

El abogado entornó la vista y parte de su buen talante salió por la puerta.

—Creía estar haciendo precisamente eso, señor Hawthorne. Pero intentaré explicárselo en un lenguaje que un agente de policía, retirado o lo que sea, pueda entender.

Me sonreí y me apresuré a volver la cara para que Hawthorne no se diera cuenta.

Masefield prosiguió.

—En los casos de matrimonios con ingresos cuantiosos, ambas partes tienen que proporcionar un listado completo de su sueldo, sus planes de pensiones, ahorros, propiedades... todo su valor neto. Todo esto se detalla en lo que llamamos un modelo E. Puede darse el caso, no obstante, de que una de las partes intente ocultar alguna riqueza y, si esto sale a la luz, el acuerdo (se haya hecho dentro o fuera del tribunal), puede ser perfectamente revocado y, como consecuencia, ambas partes tendrían que empezar de cero. —Tosió—. A eso me refería con anulación. Yo sé que a Richard le preocupaba que Akira Anno tuviera otra fuente de ingresos que no hubiera declarado y por eso se había puesto en contacto con Navigant...

—¿Navigant?

—Es una consultoría de aquí de Londres. Tienen un equipo de contables forenses de primera y recurrimos a ellos con bastante frecuencia.

—¿Y estaban investigando a Akira Anno?

—Sí, de entrada sí, pero al final dejamos de necesitar sus servicios porque la señora Anno, es de suponer que aconsejada por su propia abogada, aceptó las condiciones del señor Lockwood al poco de dictarse la RDF.

—¿Qué es eso de RDF? —Esa vez fui yo quién lo preguntó para ahorrarnos la confrontación con Hawthorne.

—Ah, perdón, sí, es la Resolución de Disputa Financiera. Tienen que entender que nosotros siempre hacemos todo lo posible para convencer a nuestros clientes de que no se enroquen y no haya que ir a juicio. Si se puede llegar a un acuerdo entre las partes, se ahorran muchos miles de libras, en algunos casos cientos de miles. Y esa vez fue así: Richard convenció al equipo de la señora Anno de que era mejor que lo dejaran estar mientras pudieran. Les hizo una oferta razonable y acabaron aceptando. —Masefield cruzó las manos—. Evidentemente ella no quedó nada contenta con el resultado... solo hay que ver lo que pasó pocos días después. Pero aunque puede que no lo crea así, en el fondo será mucho mejor para ella.

—Eso es lo que no pillo —intervino Hawthorne—. El trato ya

estaba cerrado, Richard Pryce había conseguido el acuerdo que quería, su cliente estaba contento...

—El señor Lockwood estaba encantado de la vida.

—Entonces ¿por qué lo llamó a usted el domingo, cuando ya había acabado todo?

—Me temo que no puedo responderle a eso.

—¿No le contó nada de nada?

Creí que esa vez Masefield no respondería. Era evidente que no quería, dividido entre la confidencialidad de sus clientes, su propio sentido de la responsabilidad y, creo, una ligera antipatía hacia Hawthorne. Al final, sin embargo, ganó el sentimiento de culpabilidad.

—¡Tendría que haberle hecho caso! —exclamó—. Me culpo... aunque, como he dicho, estaba saliendo para un concierto y no quería llegar tarde. Hablamos un momento y me di cuenta de que estaba angustiado. Me comentó que estaba pensando consultar con la línea de ayuda ética del Colegio de Abogados, que, por cierto, es la institución por la que nos regimos, y esa consulta habría sido un paso muy serio.

—Podría haber acabado en una anulación.

—Sí, exactamente. Pero ¿qué sentido tiene solicitar una anulación cuando tu cliente ya ha ganado? Ni siquiera creo que hubiese supuesto mucha diferencia en el acuerdo que Anno ocultara una montaña enorme de dinero, a no ser que lo hubiera conseguido extorsionando o desfalcando a su exmarido, y ni aun así habría tenido por qué ser de nuestra incumbencia.

—¿Y qué le respondió usted?

—Le dije a grandes rasgos que no tenía sentido hacer leña del árbol caído y que ya lo hablaríamos el lunes a primera hora. Le deseé buenas noches y colgué.

Richard Pryce ni había tenido una buena noche ni había llegado al lunes.

—¿Por qué lo llamaban el Cuchillo de la Verdad? —quise saber, aunque también lo pregunté para rellenar el silencio que se había hecho de pronto.

Masefield se sonrió y asintió mirándome.

—Es una muy buena pregunta. Y podría explicar gran parte de lo que hemos estado hablando. Normalmente no le damos mayor importancia a estos apodos, pero Richard estuvo involucrado en un par de casos de gran repercusión mediática y hubo un periodista, no sé quién, que lo describió así y al final se le quedó el mote. Él lo que tenía era que podía ser tan incisivo como un cuchillo, pero a la vez era de una honestidad inquebrantable. Se negaba en redondo a aceptar a un cliente si creía que podía estar ocultando algo, y siempre decía lo

que pensaba. Eso era lo que a Anno le sacaba más de sus casillas. Supongo que Richard le escribió, como suele hacerse, es de lo más normal en tales procedimientos, pero debió de utilizar un lenguaje bastante franco.

—Llamaba al pan, pan y al vino, vino —comentó Hawthorne.

—Yo no lo habría dicho con esas palabras, pero sí. Era directo. Y era muy propio de él llamarme en pleno fin de semana si algo le tenía preocupado. —Sacudió la cabeza—. Nunca me perdonaré no haberle prestado toda mi atención. Richard y yo llevábamos casi veinte años trabajando juntos. Nos conocimos en Clifford Chance antes de decidirnos a abrir nuestro propio bufete. Maurice ni siquiera ha podido venir, de lo afectado que está.

—¿Maurice?

—Maurice Turnbull, nuestro otro socio.

Pasó un momento sin que ninguno de los dos hablara y me fijé entonces en lo silencioso que era aquel despacho. Si había tráfico en Carey Street, el doble acristalamiento cumplía perfectamente con su función de insonorizar y, aunque se veían secretarias y pasantes al otro lado de la pared de cristal, podrían haber sido actores de una película sin el volumen. Los bufetes a los que he ido han sido siempre sitios muy tranquilos: quizá porque, como cobran tanto por palabra, tienden a utilizarlas lo menos posible entre ellos.

Creía que ya habíamos terminado y nos disponíamos a irnos, cuando Hawthorne me sorprendió con su siguiente pregunta.

—Una última cosa, señor Masefield, ¿supongo que no sabrá usted nada sobre el testamento de su compañero?

¡El testamento! A mí ni se me había pasado por la cabeza, pero estaba claro que Richard Pryce era un hombre acaudalado. Tenía la casa de Fitzroy Park, con sus cuadros caros en las paredes, la segunda residencia en Clacton-on-Sea, dos coches de lujo y sin duda muchas cosas más.

—Pues la verdad es que estuve hablando del tema con Richard hace unas semanas. Yo soy su albacea, de modo que estoy más que familiarizado con sus últimos deseos.

Hawthorne esperó.

—¿Y de qué estamos hablando?

Masefield volvió a vacilar. Mi socio se le había cruzado, pero el abogado era lo suficientemente listo como para saber que al final no le quedaría más remedio que contarlo.

—El grueso de sus bienes se lo deja al marido, y eso incluye el inmueble del norte de Londres y la casa de Clacton-on-Sea. También destina una parte a varias entidades benéficas. Pero, más allá de eso, la única otra suma importante, y les hablo de una cifra que está en torno a las cien mil libras, va para la señora Davina Richardson. Si

quiere hablar con ella, mi secretaria puede facilitarle sus señas.

—Pues sí, voy a querer hablar con ella —dijo Hawthorne, con un brillo en los ojos que yo conocía bien, el que despedía cuando comprendía que se abría otra puerta, otra línea de investigación que seguir—. Pero a lo mejor usted podría decirme por qué su socio quiso ser tan generoso con ella.

—La verdad es que no veo yo que eso sea de mi incumbencia. —Oliver Masefield se mostraba ya mucho menos jovial que a nuestra llegada. (Me temo que Hawthorne tiene ese efecto en la gente: podría decirse que él era la aguja y todo testigo, todo sospechoso, el globo)—. La señora Richardson es interiorista. Richard y ella eran amigos íntimos. Él era el padrino de su hijo. Les daré su número de teléfono. —Lo buscó en la pantalla del ordenador y luego lo garabateó en un papel que le tendió a mi socio—. Todo lo demás tendrán que sacárselo a ella.

Nada más salir del despacho sonó el móvil de Hawthorne. Era la inspectora Grunshaw, que llamaba para hacerle saber que había aparecido Akira Anno y estaba lista para hablar.

6 La historia según ella

Akira Anno vivía por la zona de Holland Park, pero no quedamos con ella en su casa. Es de suponer que no quería que invadiésemos su intimidad y había preferido que la interrogasen en la comisaría de Notting Hill Gate, un edificio bastante bonito e imponente en una esquina de Ladbroke Grove. Hoy está ya cerrada, como parte del brillante plan para desmantelar la mitad de las comisarías de policía de Londres y reducir el número de agentes en las calles, que han visto cómo se han incrementado los delitos a punta de navaja y ha hecho que sea imposible sacar el móvil por la calle sin arriesgarte a que te lo manguen unos ladrones en moto.

Me tenía descolocado que la inspectora Grunshaw nos hubiera invitado a asistir al interrogatorio, cuando en realidad había dejado bien claro que para ella el caso era una competición que estaba decidida a ganar.

—Cree que lo mató ella —me explicó Hawthorne.

—¿Cómo funciona entonces el asunto?

—Ella la arresta, me hace quedar mal, porque yo estaba presente... pero ella se me ha adelantado.

—No te cae bien.

—No le cae bien a nadie.

Mostramos nuestras acreditaciones y, al rato, conseguimos que nos dejaran entrar en la comisaría. Grunshaw había reservado una sórdida sala de interrogatorios pintada de color crema. Las ventanas eran de cristal esmerilado, para impedir toda visión. Había una mesa atornillada al suelo. Farrow & Ball quedaba lejos. Por toda decoración, una colección de carteles de sanidad y seguridad.

Akira Anno estaba sentada en una postura de lo más incómoda, en el borde de una silla de madera especialmente inhumana. Era una mujer menuda, con aspecto aniñado, sin ser baja pero de algún modo irreal, como si fuera una muñeca de sí misma hecha a escala. Tenía unos ojos muy oscuros e intensos a los que solo ocultaban en parte sus gafas redondas de lentes malva, posadas sobre unas mejillas de porcelana y una nariz muy bien contorneada que bien podía haber visto el bisturí de un cirujano plástico. El pelo, negro y muy liso, le llegaba por los hombros y le enmarcaba una cara que era a la vez vieja y joven. Aparentaba tener una sabiduría y un conocimiento extraordinarios, en parte porque no sonreía nunca. Estaba de mal humor, se le notaba. Había resultado que simplemente la habíamos pillado volviendo de Oxford en coche. No dio muestra alguna de

compunción por el brutal asesinato del abogado de su exmarido, pero estaba indignada de que a alguien se le hubiera ocurrido pensar que ella podía tener algo que ver con el caso.

Yo ya había coincidido con ella en otras dos ocasiones.

Mientras escribo esto no quiero dar la impresión de que siento animosidad alguna hacia ella o su trabajo. De hecho, cuando asesinaron a Richard Pryce, yo aún no había leído nada de lo que había escrito ella, excepto un par de poemas aparecidos en la *New Statesman* de los que no había entendido absolutamente nada. La primera vez que coincidimos fue en la Feria del Libro de Edimburgo, y luego, unos seis meses después, volví a verla en la presentación de un libro en Londres. Después busqué información sobre ella en la página de Virago, hasta ahí llegó la impresión que me causó.

Hija única, había nacido en Tokio en 1963. Su padre era banquero y, cuando ella tenía nueve años, tuvieron que trasladarse a Nueva York, ciudad en la que se crio. En 1986 se licenció por el Smith College de Massachusetts, y poco tiempo después publicó su primera novela, *Un sinfín de dioses*, «una historia sobre la sumisión femenina y el patriarcado religioso ambientada en el Japón del periodo Kamakura». El libro la catapultó a la fama internacional y recibió críticas extraordinarias, si bien a la adaptación cinematográfica protagonizada por Meryl Street no le fue tan bien. Entre sus otros libros, los más conocidos eran: *La tina del temizuya, Un soplo de aire fresco en Hiroshima* y *Mi padre nunca me conoció*, unas memorias semiautobiográficas de sus primeros tiempos en Estados Unidos. También había publicado dos volúmenes de poesía, el más reciente de los cuales había salido ese mismo año, hacía unos meses. Se llamaba *Doscientos haikus* y contenía ni más ni menos que eso. Era famosa su frase de que podía llevarle varios años escribir una novela porque trataba cada palabra no solo como el punto de un tapiz sino como un tapiz en sí. Tampoco tengo muy claro qué quiere decir con eso.

Se casó con el cineasta inglés Marcus Brandt, que había trabajado en la adaptación de su novela. Fue eso lo que la llevó a Londres, donde seguía viviendo, pero el matrimonio estuvo teñido por los malos tratos —descritos en nueve páginas en la *Sunday Times Magazine* y más tarde en un documental de la serie *Imagine* de la BBC— y acabó en 2008. No tuvieron hijos. Dos años más tarde, en 2010, para sorpresa de muchos líderes de opinión, se casó con el agente inmobiliario Adrian Lockwood.

En algún punto de su vida había abrazado el sintoísmo, la religión tradicional de Japón, y esta circunstancia se había visto reflejada en gran medida en su trabajo, sobre todo su creencia en el animismo, la idea de que los objetos inanimados están dotados de cierta alma, aunque, hasta donde yo sabía, no se la conocía por ir a templos o, ya

puestos, entregarse a danzas rituales. También exploraba la naturaleza de la otredad, su etnicidad dual y la desconexión que originaba vivir en una cultura separada de aquella en la que había nacido. Cito todo esto de la solapa de un libro suyo.

Me la presentaron en la yurta, la carpa de estilo mongol que instalan para los escritores todos los años en la Feria del Libro de Edimburgo. Sin ser enorme, es un sitio tranquilo para descansar y además sirven café y aperitivos durante todo el día, con whisky de malta por las noches (si para entonces no te han largado a casa). Yo había ido a hablar de mis libros infantiles, mientras que ella daba un recital de poesía. Yo estaba solo cuando ella llegó rodeada de un séquito que incluía a su editora, su agente, su publicista, dos periodistas, un fotógrafo y el director del festival. Por razones que se me escapan, llevaba puesto un terno masculino, rematado por un bombín. Quitando el broche de plata que tenía en el hombro —una sílaba japonesa, supuse—, podía haber salido perfectamente de un cuadro de Magritte.

En la carpa apenas había nadie más y, una vez que Akira aceptó una taza de té verde y rechazó un sándwich de huevo y lechuga bastante tristón, alguien reparó en mi presencia y me presentó como el autor de los libros de Alex Rider.

—¿Ah, sí?

Esas fueron las dos primeras palabras que me dedicó y jamás las olvidaré, ni tampoco el apretón de manos que siguió, de lo más indiferente y breve.

Murmuré algo sobre lo mucho que admiraba su obra, cosa que no era cierta, pero digamos que me sentí en la obligación de decirlo.

—Gracias. Me alegro de conocerlo. —Si cada palabra era un tapiz, aquellas las había tejido con alambre de espino.

Se puso al instante a hacer esa cosa horrible de mirar más allá de uno para ver si había alguien más interesante en la yurta. Cuando se convenció de que no era así, me dio la espalda para hablar de algo con su publicista y al poco todo su grupo se evaporó.

No llegué a ofenderme, pero tampoco me pareció normal. El ambiente en las ferias suele ser bastante distendido, poco competitivo, y no es frecuente cruzarse con un autor que vaya fardando por ahí. Le concedí a Akira el beneficio de la duda. Puede que estuviera nerviosa por el recital, a mí me pasa lo mismo; da igual la de veces que hable en público que siempre me siento incómodo antes de subir al escenario y no me resulta fácil entablar conversación. Seguro que hay mucha gente que cree que soy un borde.

Sin embargo, cuando volví a cruzarme con ella unos meses después en la presentación de un libro, me hizo otro desaire, y esa vez sí que me pareció claramente deliberado. No dio muestras de

conocerme de antes y, en cuanto le dijeron (de nuevo) que yo escribía literatura juvenil, desconectó. Fue realmente como si se le hubiera apagado una luz en los ojos. Ya por entonces había empezado a utilizar esas gafas tintadas a lo Yoko Ono. Me pareció bastante ridícula en general.

Y allí la tenía de nuevo, enfundada en un dineral de ropa, con un traje pantalón negro y una *pashmina* gris claro echada por los hombros y enroscada por un brazo. Cara Grunshaw estaba sentada enfrente de ella, con el hombre del que solo conocía su nombre de pila, Darren, a su lado, mascando chicle, o simulándolo, y con su libreta totémica en la mano.

La inspectora presentó a Hawthorne pero no dijo nada sobre mí, lo que seguramente era mejor; no tenía claro qué pensaría Akira de mi presencia allí y estaba convencido de que no le haría ninguna gracia la posibilidad de acabar en un libro mío. Se trataba de un interrogatorio informal, ni había abogado ni le leyeron sus derechos.

—Quiero agradecerle que haya venido hasta aquí —empezó a decir Grunshaw dirigiéndose a la escritora—. Como sabe, ayer por la mañana encontramos muerto en su domicilio a Richard Pryce y teníamos la esperanza de que pudiera usted ayudarnos en nuestra investigación.

Akira se encogió de hombros.

—No veo cómo podría yo ayudarlos, apenas lo conocía. Representó a mi exmarido pero no hablamos nunca. No tenía nada que decirle a un hombre que se ganaba el pan con la muerte del amor y el descalabro de los sueños ajenos. Creo que no hace falta añadir mucho más.

Hablaba con un acento extraño, como de Estados Unidos pero con una ligera inflexión japonesa, y tenía una voz suave y carente de toda emoción. Parecía aburrida.

—Usted lo amenazó.

—No, yo no hice nada de eso.

—Con todos mis respetos, señora Anno, pero tenemos varios testigos que estuvieron en el restaurante The Delaunay el veintiuno de octubre. Usted estaba allí cenando y, cuando ya se iba, vio al señor Pryce, que estaba en otra mesa con su marido, y le tiró encima una copa de vino.

—Se la eché por la cabeza. Se lo merecía.

—Lo llamó «cerdo» y amenazó con pegarle con una botella.

—¡Era broma! —Aquellas dos palabras estaban cargadas con una malevolencia extraordinaria, como si Grunshaw estuviera obviando adrede algo que era exasperantemente evidente para los demás—. Le tiré encima dos o tres dedos de vino y le dije que tenía suerte de no haber pedido una botella entera porque, de lo contrario, la habría

utilizado. Está bastante claro lo que quise decir: que le habría echado más vino por la cabeza, no que fuera a utilizar la botella para herirlo.

—Teniendo en cuenta las circunstancias de su muerte, creo que no fue la formulación más afortunada.

Se quedó pensativa, y pude ver cómo reproducía por dentro la escena en el restaurante y la analizaba como si fuera a convertirla en un relato. O en un haiku. Estaba todo allí en aquellos ojos profundos y negros. Llegó a una conclusión.

—No me arrepiento de lo que dije. Ya se lo he dicho, fue una broma.

—No muy graciosa que digamos.

—Yo es que no creo que una broma tenga que ser graciosa, inspectora. En mis libros solo utilizo el humor para socavar el *statu quo*. No sé si habrá leído al filósofo francés Alain Badiou, pero en tal caso sabría que define las bromas como un tipo de ruptura que saca verdades a la luz. Por cierto que lo conocí en la Sorbona, es un hombre muy notable. Al ridiculizar a mi enemigo, lo derroto. Eso fue lo que aprendí de Alain y, aunque no veo necesidad de justificarme, ese fue justo el mecanismo que utilicé en The Delaunay.

Me podía imaginar a Akira Anno y a Alain Badiou juntos, charlando hasta las tantas de la madrugada. Seguro que sería el festival de la risa.

—¿Con quién estaba cenando usted, señora Anno?

—Con una persona.

—Podría ayudarnos si nos dijera el nombre de él.

—Preferiría que no, pero de todas formas no era un hombre, era una mujer.

La inspectora respiró hondo. A su lado Darren garabateaba sin parar, arañando el papel con el bolígrafo. No estaban acostumbrados a que les hablaran así.

—Si la persona que cenó con usted oyó los comentarios que hizo y realmente pretendían ser una broma, entonces quizá podamos pedirle una declaración que podría acabar beneficiándola a usted.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros—. Es una editora, Dawn Adams.

—¿Es su editora?

—No, es solo una amiga.

Darren añadió el nombre a la libreta y lo subrayó. Me pregunté por qué Akira había tenido sus reservas a la hora de revelar un dato tan irrelevante como ese.

—¿Dónde ha estado usted este fin de semana, señora Anno?

—He estado en una casa de campo cerca de Lyndhurst. Es de otro amigo mío, mi profesor de yoga.

—¿Y él podría corroborarlo?

—Eso espero, a no ser que lo haya matado alguien con una botella de vino... —Ahí estaba otra vez, socavando el *statu quo*.

—¿Estuvo alguien con usted en Lyndhurst? —intervino Hawthorne.

—Cerca de Lyndhurst. —Akira subrayó las palabras con su voz—. En realidad la casa está muy apartada y estuve sola.

—¿A qué hora volvió? —Otra vez Hawthorne: comprendí que no se tragaba su historia.

—Volví el lunes por la mañana, a eso de las siete y media. Paré a tomarme un café cerca de Fleet, pero después de eso me fui directa a casa. Me duché, me cambié y luego volví a salir. Tenía que dar una charla en la universidad de Oxford y pasé allí la noche. He vuelto a Londres esta mañana y ha sido entonces cuando he sabido que la policía estaba buscándome y quería verme. —Cruzó la mirada con Grunshaw—. No creo que fuera tan difícil encontrarme, todo hay que decirlo. Espero que tengan más suerte con el que cometió el crimen.

—¿Dónde se tomó ese café? —preguntó Darren.

Le faltó bostezar.

—Fue en una gasolinera Welcome Break y había mucha gente. Seguro que me vio todo el mundo. Pregunten si quieren.

—Eso haremos.

—¿Qué tenía en contra de Richard Pryce? —intervino bruscamente Hawthorne; aquello le valió una mirada desdeñosa de la escritora pero, antes de dejarla responder, mi compañero prosiguió—: Acaba de decir que apenas lo conocía y que nunca hablaron. Representó a su marido y por lo que sé este salió de su divorcio con una gran sonrisa en la cara. ¿Culpaba usted a Pryce? Él podía haberla empapelado a usted por lo del restaurante, por agresión. ¿Por qué lo agredió?

La escritora volvió a ponerse bien la *pashmina* antes de contestar, ciñéndosela aún más.

—Richard Pryce era un mentiroso. Representó a mi marido y me mintió y me intimidó adrede para proteger a Adrian.

—¿A qué se refiere exactamente? —El tono de mi socio sonó realmente compasivo, y pareció tan interesado que incluso a Akira la pilló desprevenida (aquel era otro de sus trucos: sabía hacer que la gente le contara más de lo que pretendía).

—Se lo voy a decir, porque me da igual que lo sepan, ya es agua pasada. Yo veo mi divorcio como un proceso de limpieza. El agua solo sale sucia si te metes en la ducha.

—Eso está claro.

Se preparó para seguir y dijo:

—Yo nunca me casé con Adrian Lockwood, me casé con su imagen, con el gato de Cheshire sonriente en el que lo convertí. Esa es

la verdad, por mucho que me costara tres años verlo así. Mi primer matrimonio fue una degradación. Marcus, mi primer marido, era un narcisista profesional, y nunca supe en qué punto estaba con él, en todos los sentidos. Mudarme con él a Londres no solo me desligó de mi ciudad de nacimiento, Tokio, sino también de mi hogar, Nueva York. Fue como caer a través de círculos concéntricos, como si desapareciera por una espiral que me fue alienando cada vez más, y al final de todo solo quedaba Marcus, y él lo sabía. Eso fue lo que le dio poder sobre mí. Convirtió mi vida en una pesadilla, y cuando reuní el valor de dejarlo, ya me había quedado sin nada.

—Tenía sus libros —sugerí, sorprendiéndome a mí mismo, que no había tenido intención de hablar.

—El escritor no es más que la sombra en la página. Sí, mis libros han conocido el éxito en todo el mundo, se han traducido a cuarenta y siete idiomas, he recibido numerosos premios. Seguramente estén familiarizados con mi obra...

—Bueno, en realidad...

—¡Pero yo no era nada! —dijo aplastando el puño contra la mesa, pero era tan pequeño y sus dedos tan delgados que casi no produjo sonido alguno—. No me quedaba vida interior, ni confianza en mí misma.

»Hasta que un día conocí a Adrian en una fiesta. ¡Un agente inmobiliario! Difícilmente cabría imaginar un oficio más ajeno a mis sensibilidades. Aunque no me pareció atractivo, el caso es que he de admitir que me sentí atraída por él. Era tan enérgico y alegre. Y rico. Sí. Tenía casas por todo el mundo, coches buenos, un yate en la Camarga. Por supuesto, no había leído un libro en su vida, no le interesaba la literatura. Iba al teatro y a la ópera solo cuando lo llevaban sus amigos empresarios, pero le daba igual la obra o lo que fuera. Para él no significaba nada.

»Pero me proporcionó un espacio seguro en el que fui capaz de reconstruir mi confianza, de descubrir parte de mi yo interior. Hasta su ignorancia me parecía un consuelo. Por supuesto, me tenía en un altar, me admiraba, y puede que, a su manera, me quisiera. Pero su amor nunca fue más allá de lo superficial, no traspasaba la piel. —Se pasó una mano por el pelo—. Aunque yo podía vivir con eso.

—Entonces ¿por qué se torcieron las cosas? —quiso saber Hawthorne.

La mujer se encogió de hombros.

—Me aburrí. Cada vez me costaba más conciliar mi vida como escritora seria, crítica y poeta performativa con mi papel como esposa. Además, se acostaba con otras y no tenía nada interesante de que hablar. ¡De lo único de lo que hablaba era de negocios! Era un burdo. —Pareció estremecerse—. Y tenía mucho genio, podía volverse

violento. Le exigía cosas a mi cuerpo que me ponían enferma.

—Pero no fue a su marido a quien agredió en un restaurante, señora Anno —le recordó Grunshaw—, fue a su abogado.

—Ya le he dicho que Richard Pryce mentía. —Cerró los ojos; se le había soltado el pelo y tenía las palmas de las manos bocarriba encima de la mesa: en esos instantes bien podría haber estado en una de sus clases de yoga—. En primer lugar, por la cuestión del supuesto mutuo acuerdo. No fui ni codiciosa, ni tampoco irrazonable. Yo puedo vivir sin dinero. Invierto mi capital en las palabras que escribo. Solo pedía lo justo para mantener mi tren de vida, mis dos casas, los viajes y otros gastos. Estaba más que dispuesta a ir a juicio para pelear por lo que me pertenecía por derecho.

»El señor Pryce hizo una caracterización de mí que me lo impidió totalmente. Me denigró. Me hizo quedar como si yo no hubiera aportado nada al matrimonio y en cambio hubiese utilizado a Adrian de muleta emocional. ¡Yo no era la que estaba tocada! Sí, admito que en su momento colmó unas necesidades que yo tenía, pero también aporté muchas cosas a su vida que él no tenía antes y bebió con ganas del manantial que le proporcioné. ¡Yo no era ninguna parásita! —Profirió estas últimas palabras con una llamarada de rabia—. A mis abogadas les preocupaba que yo fuera capaz de suscitar compasión si insistía en ir a juicio y no tuvieron que esforzarse mucho para convencerme. La Ley siempre ha sido capital en la supresión de la mujer. ¿Por qué iba a ser yo una excepción?

Se quedó callada, pero la inspectora no había terminado con ella.

—¿Era usted consciente de que Richard Pryce estaba investigándola? —le preguntó (me sorprendió que tuviera aquel dato, debía de haber hablado con Oliver Masefield).

—No.

—¿Seguro que no?

—Me advirtieron de que podía estar interesado en mis liquidaciones de derechos y otras ganancias, pero me daba igual, no tenía nada que ocultar.

Grunshaw miró de reojo a Hawthorne, que sacudió mínimamente la cabeza: no quería preguntar nada más.

—Es posible que volvamos a necesitar hablar con usted, señora Anno. ¿Tiene planeado salir de Londres?

—La semana que viene voy al festival de poesía de Aldeburgh.

—Pero no va a salir del país...

—No.

—Entonces nos pondremos en contacto con usted pronto.

La cosa podría haber terminado allí, pero de pronto vi que Akira Anno estaba mirándome fijamente. Me di la vuelta, en un intento por volverme invisible, pero era demasiado tarde. De hecho capté el

momento exacto en que recordó quién era yo.

—¡Yo a usted lo conozco! —exclamó—. Nos hemos visto antes. —No dije nada; era una posición extremadamente incómoda pero ni Hawthorne ni Grunshaw se decidieron a echarme un cable—. ¡Usted es escritor! —No sonó a cumplido; se puso en pie, con los puños cerrados sobre la mesa—. ¿Qué está haciendo aquí? —exigió saber, con un acento, que del americano japonés viró decididamente al japonés.

—Bueno, yo... —empecé a decir esperando aún que Hawthorne viniera al rescate.

—¿Por qué está él aquí? —le preguntó a la inspectora en tono vindicativo.

Grunshaw se encogió de hombros.

—Yo no lo he invitado. Está escribiendo un libro.

—¿Un libro sobre mí? ¿Me va a sacar en su libro? ¡Yo no quiero aparecer en su puto libro! Quiero a mi abogada ahora mismo. Como me ponga en su libro, le juro por mis muertos que lo denuncio.

—Será mejor que se vaya —me dijo Grunshaw.

—¡Esto es indignante, joder! No le doy permiso, ¿me está escuchando? Como escriba sobre mí, ¡lo mato!

Estaba chillando, con una voz que más que alta era aguda, todo su cuerpo temblando mientras Hawthorne y yo nos disculpábamos y nos apresurábamos a salir todo lo rápido que pudimos. Nunca había visto a nadie tan cabreado, y en ese momento no me costó imaginármela cogiendo la botella de vino, estrellándosela en la cabeza a Richard Pryce y utilizando luego el borde cortante para hacerle picadillo el cuello.

No me cabe la menor duda de que, de haber tenido a mano otra botella, habría hecho lo mismo conmigo.

7 La historia según él

—¡No tendría que haberme casado con ella! —Adrian Lockwood echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada—. Ha sido uno de los errores más grandes de mi vida, y no es que haya cometido pocos. A ver, era un bomboncito muy sexy... la leche de atractiva, una mujer por derecho. Todo el mundo hablaba de ella. Pero hasta que no volvimos de la luna de miel ¡no me di cuenta de que era una auténtica narcisista y un muermo total! De hecho, creo que ya lo intuí en el avión de ida, ahora que lo pienso. Cuando terminamos de dar vueltas por la pista, iba ya por el tercer *gin-tonic*.

»Tendría que haberla visto venir desde el principio, pero es que era una intelectual, y yo no fui a la facultad, y siempre me ha merecido mucho respeto la gente a la que se le dan bien las palabras. Pero en su caso... en fin, no se callaba ni debajo del agua. Era todo palabras, palabras, palabras, y no hablo solo de sus hábitos de trabajo, aunque, créanme, se podía tirar horas y horas encerrada mientras escribía los dichosos poemas esos. Solo tenían tres versos, pero la oía aporrear el teclado de la mañana a la noche.

—¿Se interesaba usted por su trabajo? —le preguntó Hawthorne.

—No sé yo si «interesarme» sería la palabra. Una vez leí una de sus novelas, pero a mí me va más John Grisham y esas cosas, y la verdad es que no le vi la gracia. Me dio también un ejemplar del libro de haikus, pero por entonces las cosas estaban ya mal. Me lo firmó, así que a lo mejor puedo sacarle unas libras si lo vendo por eBay. Para otra cosa no me va a servir, eso está claro.

Adrian Lockwood era de esa clase de hombres que cuesta que no te caigan bien, pese a estar haciendo todo lo posible por ponérnoslo en bandeja. Recostado en el sofá, con las piernas cruzadas y enfundadas en sus vaqueros, unos botines Chelsea de cuero negro relucientes balanceándose ante nosotros y los brazos echados en los cojines, aparentaba la viva imagen del tiburón que sin duda era. Tenía unos ojos malévolos que acechaban tras unas gafas de sol parecidas a las de su ex, aunque en su caso eran marca Porsche o Jaguar: chic piloto de carreras. Con el pelo oscuro recogido en una cola de caballo que no le pegaba nada —rondaría los cincuenta y muchos—, tenía un bronceado bien acentuado que habría cultivado en su yate en la Camarga. Aparte de los vaqueros de marca, llevaba una chaqueta de terciopelo azul oscuro que solo delataba unas pequeñas motas de caspa por los hombros y una camisa blanca de un tejido suave, abierta por el cuello.

Nos encontramos con él ese mismo mediodía en su casa de

Edwardes Square, a veinte minutos andando de la comisaría si se atraviesa el Holland Park. Formaba parte de una hilera de casas que no solo eran similares entre sí, sino que parecían diseñadas adrede para no tener variación alguna: las mismas proporciones, las mismas puertas arqueadas, las mismas barandillas negras y, casi con toda seguridad, la misma clase de dueños multimillonarios. Supimos cuál era la suya por el coche aparcado delante: un Lexus sedán color plata con matrícula RJL 1.

Lockwood vivía solo aunque en la casa se veía la mano de una limpiadora, y puede que incluso de una asistenta interna, con arreglos florales en jarrones muy caros, alfombras aspiradas hasta la saciedad y ni una mota de polvo a la vista. Nos había recibido él mismo en la puerta, le había cogido la gabardina a mi socio y se la había colgado en un perchero de pie *art déco* del que asomaba un paraguas con una calavera en el mango (de Alexander McQueen, ni más ni menos). Desde allí habíamos dejado atrás un despacho y una sala de proyecciones y subido al piso de arriba, que consistía en un único espacio abierto y amplio que ocupaba toda la planta y gozaba de vistas a la plaza, con el jardín comunitario al frente y otro particular, más pequeño y engalanado.

Era la sala de estar principal, con una cocina abierta adosada. Un estallido de rayos de sol de octubre la había bañado con su luz e iluminaba una gruesa moqueta rosa palo, unos muebles robustos más bien tradicionales, unas cortinas drapeadas y un revoltijo de libros repartidos en estantes. Entre ellos, *Doscientos haikus*, de Akira Anno, el libro que acababa de mencionar. Una barra de mármol separaba la cocina del resto de la estancia. Los armarios parecían de una empresa de esas que consiguen poner precios de tres cifras incluso a una papelera con pedal y tenían pinta de no haberse usado nunca.

—Era su segundo matrimonio, ¿no? —quiso saber Hawthorne, que no parecía amedrentado ni por la casa ni por el dueño: se había encaramado en el borde del sofá, de cara a Lockwood, y tenía las manos unidas bajo las rodillas, con todo el cuerpo tenso, como a punto de abalanzarse sobre él.

—Así es. —Lockwood puso una expresión más seria por unos momentos—. Como ya sabrán perfectamente, ese primer matrimonio acabó en tragedia.

La primera mujer de Lockwood había sido Stephanie Brook, una actriz de *Coronation Street* que había llegado a la ronda final de *Strictly Come Dancing*. Murió de una sobredosis mientras estaba en el yate de él en Barbados, y la prensa amarilla se había cebado con rumores sobre su posible suicidio, algo siempre negado por él. Lo había leído por el móvil de camino a su casa. Stephanie fue, según un titular, «rubicunda, rubia y ruidosa». Todo lo contrario de Akira.

—¿Cómo conoció a su segunda mujer? —prosiguió Hawthorne.

—En casa de Ronnie Scott. Alguien nos presentó.

—¿Y se casaron ustedes...?

—El diez de enero de 2010, tres días después de mi cumpleaños, casualmente. ¡Sería el último cumpleaños feliz que tendría en mucho tiempo! En el registro civil de Westminster y luego una comida en el Dorchester para doscientas personas. Por suerte, dejé bien claro que no queríamos regalos, si no, ¡tendría que haberlos devuelto todos! —Una vez más se rio con su propia broma—. He de confesarles que cuando la policía me dijo que estaban investigando un asesinato, por unos segundos de felicidad di por hecho que se la habían cargado a ella.

—¿Y eso por qué? —preguntó mi compañero.

—Porque es una mujer horrible, ¡por eso mismo! Me recuerda a un gato que tuve... un siamés. Quedaba muy mono acurrucado delante de la chimenea y ronroneaba cuando lo acariciabas con la mano. Pero luego, al minuto, sin ningún motivo, se volvía de pronto y te clavaba los dientes en la mano. Nunca se sabía qué leches se le pasaba por la cabeza.

Me acordé de cómo la había tomado Akira conmigo.

—¿Qué pasó con el gato? —pregunté.

—Nada, tuve que darle el paseo.

—Entonces ha tenido que sorprenderle cuando le han dicho que la víctima era su abogado, Richard Pryce.

—¡Y tanto! —Levantó un dedo, como para contradecirse—. A ver, era abogado, ¡y ya se sabe lo que dicen sobre los abogados! ¿Qué son mil abogados encadenados juntos en el fondo del mar?

—No lo sé.

—¡Un buen comienzo! —Soltó una risotada tremenda.

Hawthorne no mudó el semblante.

—Entonces ¿qué quiere decir, que asesinar a un abogado es algo justificable?

—¡Era una broma! —Lockwood se quedó mirando a Hawthorne, mientras ajustaba cuidadosamente la expresión de su rostro—. Un momento... ¿no estará usted sugiriendo en serio que yo tenga nada que ver con todo esto, verdad? ¿Por qué iba a hacer yo algo así? Richard era un poco maniático, lo reconozco, siempre tenía que poner todos los puntos sobre las íes, y a veces no había quien lo callara, aunque, bueno, está claro que cuanto más hablan, más les pagan. Pero hizo un trabajo estupendo. El divorcio salió justo como yo quería.

—Le hizo usted un regalo, ¿no es así?

—Una botella de vino, sí. —Lockwood no parecía estar al tanto de que había sido el arma del crimen—. Nada del otro mundo —prosiguió—, pero era lo menos que podía hacer. Me ahorró miles de

libras por convencer a Akira de no llegar a juicio. —Miró de reojo sus gemelos de oro y se los ajustó—. Aunque resultó ser un despilfarro tonto porque después me enteré de que no bebía. Pero, bueno, ¡lo que cuenta es la intención, como dicen!

—Me gustaría conocer los detalles de lo acordado... del acuerdo entre su mujer y usted.

—Entiendo que le interesen, señor Hawthorne, pero no veo que sean de su incumbencia.

Mi socio se encogió de hombros.

—Está al tanto de que Richard Pryce contrató a un equipo de contables forenses para investigar a su esposa.

—A mi ex. Sí, claro que lo sé. ¡Navigant! ¿Quién cree que pagó esas facturas?

—Lo que tal vez usted no sepa es que casi lo último que hizo antes de que lo asesinaran fue llamar a su socio, Oliver Masefield, para decirle que estaba preocupado por algo relacionado con ese acuerdo, que incluso estaba pensando en llevar el asunto ante el Colegio de Abogados. No sería extraño que lo hubieran matado para impedir justo eso. Así que es de mi incumbencia y mucho, señor Lockwood. Y de la policía. Se haría un gran favor a sí mismo si relatara su propia versión de los hechos.

El hombre se quedó aturullado y le asomaron a las mejillas dos alfilerazos rojos, que tuvieron que luchar con el bronceado para hacerse notar.

—Bueno, no tengo nada que ocultar. Está todo por escrito y sé que tendrán acceso a la documentación. Lo que pasa es que ahora que he dejado todo esto atrás no me apetece estar removiéndolo otra vez.

—Es comprensible. —Hawthorne estaba mostrándose más conciliador, pero era porque sabía que iba a conseguir lo que quería.

—La verdad es que estaba todo muy claro. La señora Anno, si es que merece que la llame así, se creía que podía echarle el guante a la mitad de lo que yo tenía, pero Richard la puso rápidamente en su sitio. Empezando por el hecho de que ella no había aportado nada de nada al matrimonio, más bien al contrario. Yo tenía que financiarle sus terapias, el gimnasio, las clases de yoga y todo lo demás. Después de la luna de miel, ya apenas me dejaba meterme en su cama, e incluso en el viaje de novios tuve que perseguirla por todo el dichoso ecocomplejo que eligió en el quinto pino de México. —Tenía al lado, en la mesa, un cuenco con frutos rojos secos (arándanos) y alargó entonces la mano para coger un puñado, que se fue comiendo uno a uno mientras proseguía—. Pero es más sencillo que todo eso. En realidad de lo único que estamos hablando es de dinero. ¡Que es lo que sin duda ella tenía en mente! Para ser alguien que se autoproclama poeta, no se puede negar que tiene vista para el vil

metal. Bueno, señor Hawthorne, le voy a contar la verdad: como seguramente ya sepa, me he ganado la vida en el mundo inmobiliario, y no puedo decir que me haya ido mal, de hecho, he tenido unos años bastante buenos. Pero es un negocio que va y viene y, por triste que sea, en los últimos tiempos he tenido más reveses que otra cosa. Primero cuando el crédito se desplomó... y no, todavía no nos hemos recuperado de las consecuencias, entre la desaceleración económica y los bancos que no conceden hipotecas... No hace falta que entre en detalles, pero ha sido bastante truculento, créame, y Akira se subió al carro en el peor de los momentos.

»En los tres años que estuve casado con ella no gané nada. ¡Ni un pimiento! ¡Cero patatero! Y ahí estaba el tema, que Akira tenía derecho al cincuenta por ciento de nada de nada, y no tuve ningún problema en dárselo.

—¿Y ella le creyó? —preguntó Hawthorne.

—¡Pues claro que no! Y no se lo pierdan: yo consigné todos mis datos contables en los papeles que les presentamos a sus abogados. Declaré el estado de mis finanzas, hasta la última libra, todo claro como el agua. No me quedó más remedio, es la ley. Pero Akira no quiso aceptarlo, y se dedicó a cuestionar hasta el último dichoso detalle y contrató a su propio equipo forense para que investigaran en mis negocios, desde yo qué sé cuántos años atrás. No tengo ni idea de qué pensaba encontrar pero salieron con las manos vacías —Lockwood estaba cada vez más relajado, cómodo con el tema, y había recuperado la sonrisa—. Y ya que estamos hablando de este asunto, tal vez debería hablarles de los ingresos de ella. Siempre se había mostrado muy reservada en lo que a sus ganancias se refiere, pero les aseguro que tenía dinero de sobra metido bajo el colchón. Es imposible estar tres años casado con alguien y esconder una cosa así, aunque sea un matrimonio tan inútil como el nuestro. Estaba forrada, pero lo más gracioso es lo siguiente: no sé de dónde saca el dinero, pero no es de escribir. Un día vi por casualidad las liquidaciones de derechos de Virago Books y puedo asegurarles que no habría dado ni para un fin de semana pasado por agua en Torquay. A pesar de los aires que se da, no parece que haya mucho público para *call girls* con depresión crónica supervivientes de Hiroshima ni para poemas japoneses raros que no tienen sentido. —Cogió otro puñado de arándanos—. De hecho, fui yo quien le sugirió a Richard que llamara a Navigant, y menos mal, porque en cuanto se enteró de que estábamos investigándola, cedió. De pronto estaba deseando alcanzar un acuerdo y olvidarse del juez Cocklecarrot[1] y todo lo demás. La cosa acabó prácticamente ahí. Lo arreglamos sin pasar por el tribunal. Ella se quedó con la casa de Holland Park y le dejé también el Jaguar. Pero el acuerdo en sí suponía un diez por ciento de lo que ella esperaba

sacar y, la verdad, si eso significaba no volver a verle el pelo, habría estado dispuesto a pagarle incluso el doble. —Otro ladrido de risa. Nadie se hacía más gracia a sí mismo que Adrian Lockwood.

Pero Hawthorne siguió sin sonreír.

—¿Por qué cree que haría esa llamada Richard Pryce el día que murió? —le preguntó—. Es evidente que algo lo tenía preocupado.

—¿Y sabe a ciencia cierta si tenía que ver con mi divorcio?

—Sí.

—Pues no tengo ni idea. Me imagino que encontraría algo sobre Akira, sobre sus ingresos... de dónde provenían. Si estaba infringiendo la ley, seguro que habría querido indagar más allá. Pero, si quieren que les diga la verdad, a mí me habría dado igual que fuera la sicaria más letal de la mafia, que le habría dicho a Richard que se olvidara del tema. Por lo que a mí respectaba, ella era agua pasada. Habíamos llegado a un acuerdo y yo volvía a ser soltero. No quería oír su nombre nunca más.

Lockwood volvió a recostarse en el sofá con cara de suficiencia.

—Por curiosidad, señor Lockwood, ¿dónde se encontraba usted cuando mataron a su abogado?

—¿Y para qué quiere saberlo, si puede saberse?

—¿Para qué cree usted? —replicó mi socio con brusquedad, rayando en la mala educación—. Tenemos que saber dónde estaba todo el mundo el domingo entre las ocho y las nueve de la noche.

—¿Para poder ir eliminando sospechosos de sus investigaciones? Así se dice en la jerga policial, si no me equivoco.

—Exactamente.

—Pues déjeme pensar. El domingo a esas horas... Estaba tomando una copa con una amiga en Highgate... Davina Richardson. Llegué a su casa sobre las seis y me fui a eso de las ocho y cuarto. Después volví en coche, llegué aquí como a las nueve y me puse a ver la tele.

—¿Qué vio?

—*Downton Abbey*. ¿Contesta eso a su pregunta, señor Hawthorne?

Me incorporé en el sitio al oír el nombre de Davina Richardson, aunque me costó un momento recordar de qué me sonaba. ¡Ajá, eso! Era la mujer a la que Richard Pryce le dejaba 100.000 libras en su testamento. ¡De modo que era la tercera punta de un triángulo que incluía a Pryce y Lockwood! Aquello tenía que significar algo.

Mi socio, desde luego, también se había dado cuenta.

—Hábleme de la señora Richardson —dijo como si tal cosa, fingiendo que solo necesitaba la información para completar sus notas.

—No hay mucho que contar. Es una interiorista a la que conocí por casualidad. De hecho, fue Richard quien me la presentó. Me ayudó con mi casa de Antibes, hizo un trabajo de la leche.

—¿Y ella de qué conocía a Richard Pryce?

—Eso tendrá que preguntárselo a ella.

—Se lo preguntaré, pero ahora se lo estoy preguntando a usted.

—Bueno, si insiste... No me hace mucha gracia hablar de mis amigos a sus espaldas, pero si realmente quiere saberlo, se conocían desde hacía mucho tiempo. Richard fue compañero de la facultad del marido de ella y es el padrino de su hijo. Aparte, estaba presente cuando lo del accidente.

—¿Qué accidente?

—Yo creía que ya sabría usted todas esas cosas antes de venir aquí, señor Hawthorne. —Lockwood se sintió satisfecho consigo mismo de ver que le llevaba la delantera a mi socio—. Le hablo del accidente de espeleología que tuvo lugar hace ya seis o siete años. El marido de Davina, Charles Richardson, y Richard Pryce eran compañeros de universidad y luego había un tercero, no me acuerdo de cómo se llamaba. El caso es que Charles se perdió por las galerías subterráneas... fue por ahí arriba, por Yorkshire... y nunca consiguió salir. —Meneó un dedo—. Pero no piense ni por un minuto que fue culpa de Richard. Hubo una investigación muy concienzuda y resultó que nadie había tenido la culpa de nada. Por lo que me ha contado Davina, el hombre se comportó de maravilla cuando acabó todo. Los apoyó, a ella y a Colin..., el crío, incluso haciéndose cargo de la matrícula del colegio privado. Él no tenía hijos, como comprenderá, ¡eso seguro que no tengo que contárselo! También la ayudó a montar el negocio, el de interiorismo que le decía, y siempre le dijo que pensaría en ella en su testamento.

—¿Ella estaba al tanto? —pregunté.

Lockwood frunció el ceño, como si reparara por primera vez en mi presencia.

—Perdone, pero ¿quién ha dicho que era usted?

—Le ayudo a él —dije (era mejor no concretar mucho).

—Pues si cree usted que Davina mató a Richard por el dinero está usted muy equivocado. ¡Ya tenía su dinero! Él le daba todo lo que quería, se desvivía y, de no haber sido gay, hasta se habría acostado con ella.

—¿Cree que pudo haberlo matado su exmujer? —preguntó bruscamente Hawthorne.

—No tengo ni idea.

—Pero ¿sabe usted que lo amenazó?

—Sí, estoy al corriente de lo de la historia del restaurante. ¡Muy típico de Akira! Le gusta montar numeritos. Y me la imagino perfectamente matando a golpes a cualquiera que la haya cabreado. Aunque, cuidado, que seguro que antes lo torturaría leyéndole algún poemita de los suyos. —Se puso en pie: había decidido que era hora de que nos largáramos—. Si realmente desean saber quién asesinó a

Richard Pryce, entonces tal vez quieran empezar por el hombre que entró en mi despacho —añadió como si acabara de acordarse.

—¿Ah, sí? —Hawthorne también se había levantado.

—Sí, de hecho, lo denuncié a la policía... aunque no me hicieron ni puñetero caso. —Se detuvo como si esperara que le diéramos la razón: sí, los policías son unos vagos y deberían de haber dedicado más tiempo y recursos a investigar su denuncia—. Fue el jueves pasado. Tengo unas oficinas en Mayfair que utilizo sobre todo para reuniones. No es nada del otro mundo, una recepcionista, una secretaria, un joven que me ayuda con las cuentas.

»Pero, bueno, el caso es que el jueves salí a comer con un cliente cuando apareció el tipo ese y le dijo a la recepcionista que era de nuestra empresa de soporte técnico y que venía a arreglar un problema que yo tenía en el Mac. La pobre es tan tonta que le dejó pasar... y el tipo se tiró media hora a solas en mi despacho. La chica tendría que haber sabido que mi Mac está perfectamente y que no tenemos ninguna empresa de soporte técnico. Menos mal que guardo todos los documentos privados en una caja fuerte y no tengo nada muy interesante en el disco duro, así que, buscara lo que buscase, dudo mucho de que lo encontrara. No parecía que se hubieran llevado nada. Llamé a la policía, pero, como he dicho, les dio exactamente igual. Podrían haber cambiado de opinión, e investigarlo, al ver que ni tres días después mataban a Richard Pryce, pero parece que nadie piensa que haya relación.

—¿Su recepcionista pudo dar una descripción del hombre? —quiso saber Hawthorne.

—Dijo que tendría unos cuarenta años, de estatura media, blanco.

—Si a eso lo llama usted descripción...

—Llevaba gafas, de eso sí se acordaba, unas grandotas y pesadas de plástico, azules. Por lo visto puede que tuviera algún problema de piel en un lado de la cara. Con entradas. Iba vestido con traje y llevaba un maletín. Le enseñó una tarjeta de visita, pero ella ni siquiera se molestó en leer el nombre de la supuesta empresa de soporte técnico para la que en teoría trabajaba. Hay que ser tonta. Por supuesto, la he despedido.

—Ni que decir tiene —masculló Hawthorne—. No habrá cámaras de seguridad en su despacho, ¿verdad? Podría sernos de ayuda tener una imagen de ese hombre.

Lockwood sacudió la cabeza.

—Hay una en las escaleras principales, pero no funciona. Me alegra ver que está de acuerdo en que es sospechoso.

—Yo no diría tanto —replicó Hawthorne—, pero si vuelve a aparecer, hágamelo saber.

Adrian Lockwood nos acompañó hasta la puerta de la calle y, al

pasar por la cocina, me fijé en una colección de botes de pastillas y medicinas que había sobre la encimera. Parecían sobre todo de homeopatía, y entre otras cosas destacaba un bote grande de vitamina A. Me resultó raro: Lockwood no me había dado la impresión de ser de los que abogan por la medicina alternativa, y quise saber si padecía alguna dolencia.

Era demasiado tarde para preguntárselo. Nos acompañó por las escaleras, le tendió la gabardina a Hawthorne y abrió. De mí ni se despidió. La puerta se cerró en cuanto salimos y una vez más nos vimos fuera, de nuevo en la calle.

8 Madre e hijo

Esa tarde me quedé en mi piso de Farringdon.

Se me antojaba increíble que no hubiera pasado ni un día del rodaje de *Foyle's War*, y que la unidad siguiera rodando en algún punto de Londres. Parecía a un mundo de distancia. Tuve que recodarme a mí mismo que aún me quedaba mucho trabajo por hacer, empezando por reescribir el siguiente episodio, «Girasol». Tenía comentarios pendientes de la ITV, comentarios del director, de Michael Kitchen, de Jill. Esa es la diferencia entre escribir libros y escribir para televisión: cuando escribes series, todo el mundo opina.

No conseguía concentrarme, los acontecimientos de los últimos dos días me daban vueltas en la cabeza: el lugar de los hechos en Heron's Wake, mi socio, los distintos testigos y sospechosos que había conocido. Al final dejé a un lado el guion y conecté el iPhone al ordenador. Stephen Spencer, el vecino Henry Fairchild, Oliver Masefield... Escuché sus respuestas a las preguntas de Hawthorne y Grunshaw, así como mis escasas contribuciones, con mi voz en un segundo plano. Siguieron luego Akira Anno y su exmarido, Adrian Lockwood, una pareja que se había investigado mutuamente, intentando encontrar pruebas de una riqueza oculta que podía o no existir.

«Si realmente quieren saber quién mató a Richard Pryce, entonces tal vez quieran empezar por el hombre que entró en mi despacho...» Era lo que que había dicho Adrian Lockwood al hablar del hombre de las gafas azules. «El hombre de las gafas azules», podía quedar bien como título de capítulo... pero ¿realmente estaría relacionado? ¿Existía acaso?

Hawthorne parecía creer que sí. Cuando atravesábamos Edwardes Square a la vuelta, había murmurado, más para sí mismo que para mí:

—Sabía lo que se hacía.

—¿Quién?

—El de las gafas azules. Si te pones algo así en la cara, te aseguras de que la gente no se fije en otra cosa. Puedes hacer el mismo truco con una venda o con un diente de oro. Basta con darle a la gente algo que recuerde para que se olvide de todo lo demás.

Aquello había sido un jueves, tres días antes del asesinato. Tenía que estar relacionado, pero ¿cómo?

Me llevó unas dos horas pasar las notas al ordenador y, cuando terminé, me vi a mí mismo preguntándome si habría compartido ya habitación con el asesino. ¿Había conocido a la persona que mató a

Richard Pryce? Al mismo tiempo, sin embargo, me vino otra idea; tal vez yo no estuviera dotado con las mismas habilidades profesionales que Hawthorne —al fin y al cabo, yo nunca había estudiado para ser detective—, pero sí había escrito docenas de episodios de asesinatos para la televisión, y sabía cómo funcionaba la cosa. Seguro que podía solucionarlo por mi cuenta.

Akira Anno. Rodeé su nombre con un círculo. Seguía siendo, con mucho, la sospechosa más probable. ¡Incluso había amenazado con matarme a mí!

Sonó el teléfono: era Hawthorne.

—¡Tony! ¿Puedes estar en la parada de Highgate a las seis?

Miré el reloj, eran las cinco y veinte.

—¿Para qué?

—Hemos quedado con Davina Richardson. —Colgó sin esperar mi respuesta.

No me llevaría mucho tiempo plantarme en Highgate. Realicé mi ritual habitual —echar las gafas, las llaves, la cartera y la Oyster en la bandolera de cuero negro que llevo siempre—, y estaba a punto de salir por la puerta cuando llamaron al portero. Fui al interfono y pulsé el botón. No teníamos cámara pero reconocí la voz que preguntaba por mí: era la inspectora Cara Grunshaw.

—¿Podría subir un momento?

—¿Cómo..., ahora?

—Sí.

—Es que justo estaba saliendo.

—Solo serán dos minutos.

Se me cayó el alma a los pies. No podía librarme de ella.

—Vale, pero bajo yo.

Podía haberle abierto con el botón pero no quería que entrara en mi piso. Había sonado muy amable desde la acera, pero a saber a qué había venido, no me daba confianza encontrarme con ella a solas. Bajé los seis tramos de escaleras y abrí la puerta de la calle. Allí estaba, plantada en el umbral con su ayudante encuerado, Darren, acechando tras ella.

—Inspectora... —empecé a decir.

—¿Puedo hablar con usted? —Parecía de lo más amable y relajada.

—¿De qué se trata?

—¿Usted qué cree?

—He quedado en...

—Solo será un momento.

Grunshaw miró detrás de mí, como invitándose a pasar, y comprendí entonces que en realidad no podía negarme; al fin y al cabo, ella era policía, y trabajábamos en el mismo caso. Quizá quería

compartir algún dato conmigo. Cuando me hice a un lado, pasaron ambos a la entrada, una estancia amplia con las bicis de mis hijos a un lado y una pared de ladrillo visto al otro. Dejé que se cerraran solas las puertas, que tienen cierres magnéticos.

—Espero que no les importe...

Me disponía a poner alguna excusa para explicarles por qué no los invitaba a subir cuando de pronto la inspectora me cogió de las solapas de la chaqueta y me estampó contra la pared con tanta fuerza que me quedé sin aire y mi columna vertebral sufrió el equivalente neuronal de una ola en un estadio de fútbol. De pronto su cara estaba a centímetros de la mía, tan cerca que olí los fritos que había comido a mediodía. Echaba chispas por los ojos y tenía la boca torcida en una mueca muy desagradable.

—Ahora me vas a escuchar tú a mí, so mierda —me encaró Grunshaw con una voz cargada de desdén—. No sé quién coño te crees que eres, aparte de un pasteloso autorcillo para niños, que vienes a mi escena del crimen y la tratas como si fuera un capítulo de tu Alec Rider ese...

—Alex Rider —conseguí balbucear.

—Ya bastante tengo que aguantar con que llamen a Hawthorne, pero él por lo menos es un puto poli, o lo era antes de que lo echaran. Pero si tú te crees que eso te da derecho a pavonearte por una investigación policial como por tu casa, ya te puedes estar olvidando.

—Sería mejor que lo hablara usted con Hawthorne —dije entre jadeos.

Todavía me tenía cogido y claveteado a la pared con unos puños que parecían balas de cañón. Me había parecido una mujer grandota, pero no había comprendido cuánto de ese volumen era músculo. Mientras me cogía así sentía que me daba un infarto doble de corazón. Entretanto Darren seguía mirándolo todo con un desinterés absoluto.

—Yo no voy a hablar nada con Hawthorne, lo estoy hablando contigo. —Se relajó por un momento y dejó que mis clavículas se deslizaran unos centímetros por la pared—. Y ahora me vas a oír bien —repitió—. Si te voy a dejar seguir revoloteando por mi caso es por una única razón. Si no te arresto por obstaculizar a una agente de policía en el cumplimiento de su deber, es solo porque me vas a ayudar.

—Yo no puedo ayudarla. ¡Yo no sé nada!

—¡No me digas, lumbreras! No hace falta que me lo jures. —Me dedicó una mirada de asco—. Pero el tema es el siguiente: no pienso dejar que Hawthorne me agüe la fiesta, ni de coña, no voy a permitirlo. No va a llevarse los laureles por esto, como ha hecho otras veces. Este es mi caso y seré yo quien haga el arresto.

—Vale, pero no entiendo cómo...

Se inclinó hacia delante para volver a aplastarme contra los ladrillos. Tenía los labios a centímetros de mi cara, me humedecía la mejilla con su aliento.

—Tú me vas a contar todo lo que sepa y haga tu socio. En cuanto averigüe lo más mínimo me lo cuentas por teléfono. ¿Te está quedando claro? Y como le cuentes que he venido a verte, o le sugieras en lo más mínimo que hemos tenido esta conversación, te haré la vida imposible.

—Es muy capaz —dijo Darren sonriendo.

Era lo primero que me decía y le creí.

—¿Estamos de acuerdo entonces?

—¡Sí! —¿Qué otra cosa podía decirle?

—Me alegro. —Me soltó y enderezó la espalda, al tiempo que sacaba una tarjeta de visita y me la metía en el bolsillo del pecho, casi desgarrándome la tela de paso—. Este es mi móvil del trabajo. Llámame a cualquier hora. Si no lo cojo, me dejas un mensaje.

—Hawthorne nunca me cuenta nada —protesté—. Si averigua cualquier cosa, seré el último en enterarme.

—Llámame —sentenció Grunshaw. Era una orden, una amenaza.

Los dos se fueron.

Yo me quedé en el sitio, sin apenas creerme lo que acababa de pasar, mientras veía desaparecer sus sombras al otro lado de los cristales mates de la puerta.

Seguía conmocionado cuando me reuní con Hawthorne unos minutos después de la seis y, por supuesto, se dio cuenta en el acto.

—¿Qué te pasa, Tony?

—¡Nada! —Ya había pensado en qué iba a decirle mientras recorría los túneles de la línea Norte—. He estado trabajando en el guion.

—¿Michael Kitchen sigue dándote la vara?

—Michael ni siquiera lo ha visto todavía. Es la ITV.

—Deberías dedicarte solo a los libros, colega.

No le dije nada de la visita. Aún no había decidido si haría lo que me había ordenado la inspectora Grunshaw, pero no me parecía que ayudara en nada informar a Hawthorne de que había venido a mi casa a amenazarme. ¿Qué podía hacer él? ¿Acaso intentaría protegerme? O lo que era aún peor, ¿qué haría ella si yo decidía plantarle cara? ¿Multas de tráfico? ¿Una sospechosa interrupción en *Foyle's War*? Era imposible rodar en Londres sin la cooperación de la policía, y no me habría extrañado que a una inspectora maligna aspirante a psicópata (por fin había visto su verdadera naturaleza) se le ocurriera ponernos todo tipo de impedimentos por delante. Ya le había causado bastantes complicaciones a la producción y encima iba retrasado con la revisión del guion. Si cooperar con ella los ayudaba, estaba claro que no me

quedaba alternativa.

La parada de Highgate está situada en la ladera de una colina con unas escaleras muy empinadas que suben hasta Archway Road. Hawthorne estaba esperándome frente al kiosco que hay al subir las escaleras mecánicas, y cogimos entonces la salida inferior para aparecer en Priory Gardens, la tranquila calle residencial en la que vivía Davina Richardson. En realidad yo conocía bastante bien la zona. Había vivido quince años en Crouch End antes de mudarme a Clerkenwell y solía pasear por el parque cuando llevaba a mis hijos al colegio de pequeños. Davina tenía una casa victoriana muy bonita, alta y estrecha, con un jardín diminuto delante y un camino de baldosas blancas y negras que conducía a una puerta con una vidriera de colores. Estaba en la parte buena de la calle, es decir, la que da por detrás al bosque que rodea los terrenos de juego de Crouch End.

Hawthorne llamó al timbre y, tras lo que pareció una espera larga, nos abrió una mujer que daba toda la sensación de vivir en una lucha constante con la vida, sin estar necesariamente en el lado ganador. Iba totalmente despeinada y llevaba una ropa que no podía estar peor combinada: un jersey de punto ancho, un vestido largo, sandalias y un grueso collar de cuentas. Tenía una melena castaña que le caía por los hombros como con vida propia y unos ojos color avellana con un punto de desesperación. Pese a su aspecto alicaído, abrió con una sonrisa, como si esperase buenas noticias, un hombre de la lotería que le dijera que tenía el cupón ganador, o la llegada de un hermano emigrado a Australia al que no veía desde hacía años. Pareció ligeramente decepcionada cuando comprendió quiénes éramos, pero hizo lo posible por disimularlo.

—¿El señor Hawthorne?

—Señora Richardson...

—Pasen, por favor.

El pasillo era estrecho y estaba tan lleno de trastos que costaba atravesarlo. Había abrigos y bolsos, paraguas, folletos de publicidad, una bicicleta, unos patines en línea, un bate de críquet, retales, muestrarios de colores, folletos: la historia vital completa de una madre interiorista y su hijo adolescente contada en diversa parafernalia. Por delante, una escalera conducía a la siguiente planta, pero la mujer nos condujo en cambio por un arco que daba a la cocina, donde una lavadora daba vueltas tranquilamente a la ropa, en un círculo moroso y jabonoso. En el ambiente flotaba un olor a tabaco y barritas de pescado.

No dudaba de que Davina Richardson tuviera clientes de alto copete con casas caras, pero sus gustos propios eran, cuando menos, eclécticos. Nunca había visto tantos colores vivos peleando por ver cuál llamaba más la atención. La alfombra de la entrada era de un

morado intenso y las paredes azul chillón. En esos momentos tenía ante mí una cocina Aga verde y una nevera Smeg amarilla. La araña de cristal de Murano era preciosa... pero ¿en una cocina? Los estantes estaban tan llenos de cachivaches que me pregunté qué había sido antes: ¿una viajera empedernida a la que le encantaba comprar *souvenirs* y había necesitado un sitio donde ponerlos o primero colocó los estantes y luego se había dedicado a dar vueltas por el mundo como loca para intentar rellenarlos?

—¿Quieren una copa de vino? —nos ofreció—. Acabo de abrir una botella de blanco. Sé que no debería pero, cuando llegan las seis, estoy que me falta el aire. Disculpen el olor. Colin acaba de cenar. Ha subido a hacer las tareas, pero seguro que baja dentro de poco. Se ha emocionado mucho cuando le he dicho que venía un policía. —Estaba sacando la botella de Chablis de la nevera cuando reparó de pronto en mí—. Perdone, no le he preguntado ni su nombre. —Se lo dije—. ¿Es usted el escritor?

—Sí.

Aunque seguramente no entendía qué podía hacer allí alguien como yo, se mostró encantada.

—¡Colin no se lo va a creer! —exclamó—. Ha leído todos sus libros y le encantan.

Es curioso pero nunca sé muy bien qué decir cuando la gente me dice que le gustan mis libros. Casi me da vergüenza.

—Qué bien —murmuré—. Gracias.

—Pero ya no los lee porque ahora está con Sherlock Holmes. Y con Dan Brown. Le encanta leer. —Había servido tres copas de vino y nos pasó una a cada uno, aunque yo sabía que Hawthorne ni la tocaría; no tengo claro si bebe alcohol o no—. Han venido por lo de Richard, ¿no? —añadió la mujer.

—Debe de estar pasándolo muy mal, imagino —comentó Hawthorne con esa manera tan suya de tantear el terreno que parecía sugerir que no se lo creía y que en realidad pensaba que a ella lo único que le importaba era el dinero.

Pero la mujer le sorprendió con su respuesta.

—¡Me he quedado hecha polvo! Cuando me lo dijeron, me tuve que encerrar en mi cuarto y echar el pestillo. Lloré como una magdalena. No ha sido solo un amigo. Lo ha sido todo para mí... y para Colin. No sé cómo nos las vamos a arreglar sin él. —Le dio un sorbo al vino que dejó la copa por la mitad—. Sabrán ustedes que era el padrino de Colin. ¡Ay, Dios! ¿Les importa si fumo? He intentado dejarlo, y Colin me echa la bronca para que lo deje, pero es que me gusta demasiado. —Sacó un paquete de Marlboro y un mechero del bolsillo del jersey y se encendió uno; todos sus gestos parecían nerviosos y enredados entre sí, como si estuviera en un estado de

agitación permanente—. Richard siempre cuidó de nosotros. Después de morir Charles, nos echó una mano para pagar lo que nos quedaba de hipoteca y también me ayudó un montón cuando quise montar mi empresa. Antes de eso no trabajaba, aunque tenía unas cuantas amigas a las que ayudaba con los muebles, el diseño y esas cosas. Pero fue a Richard a quien se le ocurrió que lo convirtiera en un trabajo a tiempo completo. Me presentó a muchos de sus clientes. ¡Y luego el tema de las matrículas de Colin! Iba a tener que ir a Fortismere o a Highgate Wood, y no tengo nada en contra de ninguno de esos institutos públicos, pero por supuesto el Highgate está en una esfera muy distinta. Le va a encantar conocerlo, Anthony. Adora sus libros. Nunca habría conseguido sacarlo adelante yo sola de no haber sido por Richard. No entiendo cómo pueden haberlo matado. Es la última persona del mundo a la que alguien querría hacer daño.

—¿Estaba usted ayudándolo a redecorar su casa?

—Así es. Richard y Stephen compraron Heron's Wake hacía años. Está en Fitzroy Park, a solo diez o quince minutos de aquí en coche. ¿Han estado allí? —Se corrigió—. Claro que han estado. Lo siento. Tengo la cabeza fatal. —Le dio una calada al cigarro y luego alargó la mano para soltar la ceniza—. Esa casa necesitaba un lavado de cara. Transmitía como agotamiento y había demasiado blanco por todas partes. Yo siempre he creído que las paredes blancas están sobrevaloradas. El problema está en que no tienen ningún... —Buscó la palabra.

—¿Color? —sugerí.

—Emoción. En la vida moderna todo es blanco, de cristal y con esas horribles cortinas de lamas. ¡Es tan hostil! Pero si vas a Venecia o al sur de Francia o a cualquier país mediterráneo, ¿qué te encuentras? Unos azules preciosos. Púrpuras intensos. Todo lleno de vida y energía. Que vivamos en un país frío no quiere decir que no podamos importar un poco de calidez tropical.

—Tengo entendido que Adrian Lockwood estuvo aquí la noche que mataron a Richard Pryce —dijo Hawthorne interrumpiendo bruscamente la reflexión de la mujer.

—¿Quién le ha dicho tal cosa? —preguntó, y me fijé en que le subía por la mejilla un poco de rojo tropical.

—Él.

La mujer se quedó sin palabras por primera vez, dejando en evidencia entonces la clase de relación que habían estado manteniendo. ¿Qué otra cosa iba a estar haciendo Adrian Lockwood una tarde de domingo?

—Sí, estuvo aquí —admitió por fin—. De hecho fue Richard quien nos presentó. Representaba a Adrian, que estaba pasando por un divorcio muy doloroso...

—Por cómo nos lo ha contado él no me ha parecido que sufriera mucho... —dijo Hawthorne con una sonrisa desinflada.

La mujer decidió ignorar el comentario.

—Nos hicimos amigos y, una vez que terminó todo, cuando Adrian estaba solo y necesitaba a alguien con quien hablar, siguió viniendo. —Hizo una pausa—. Yo también sé lo que es estar sola. Pero, en fin, eso es lo que pasó el domingo pasado. Nos tomamos una botella de vino entre los dos. Bueno, más bien yo me la tomé casi entera porque él tenía que conducir.

—¿Le dijo adónde iba luego?

—Supongo que se iría a su casa. No me lo dijo.

—Pero sí puede decirnos a qué hora se fue.

—Sí, de hecho se lo puedo decir con exactitud porque me lo dijo Bertha. —Señaló hacia la esquina, donde vi un reloj de pie *art déco* ligeramente desubicado, encajado entre la lavadora y la puerta por la que habíamos entrado—. Suena a las horas en punto —prosiguió Davina—. Adrian se fue de aquí a las ocho pasadas.

Lockwood nos había dicho a nosotros que se había ido a las ocho y cuarto, aunque, a grandes rasgos, su historia cuadraba con la de ella, lo que significaba que ninguno de los dos podía haber matado a Richard Pryce... a no ser que lo hubieran planeado entre ambos. Pero ¿cuál había sido el móvil? Vale, puede que estuvieran teniendo una aventura, pero Pryce no se interpuso, más bien al contrario, los había presentado él. Y ambos habían conseguido lo que querían de él: Lockwood había obtenido un divorcio de bajo coste y ella su empresa, las matrículas del colegio y todo lo demás.

Hawthorne estaba a punto de preguntarle otra cosa cuando Davina levantó la vista de pronto y dijo:

—¿Colin? ¿Estás ahí?

Acto seguido apareció un chico en el umbral. Tendría unos quince años e iba vestido con los pantalones negros y la camisa blanca del uniforme del colegio Highgate. Llevaba la corbata distintiva, de rayas rojas y azules, con el nudo colgándole suelto como a mitad del pecho y el cuello de la camisa abierto. No se parecía en nada a la madre. Era delgado y larguirucho, alto para su edad, con el pelo rizado y la cara llena de pecas. Estaba atrapado a medio camino entre el niño que había sido y el hombre que sería, como si su cuerpo todavía no hubiera decidido por qué decantarse. Un principio de bigote le asomaba difusamente por encima del labio; aunque no había empezado a afeitarse, iba necesitándolo. Al hablar lo hacía con una voz ronca y como de lija que le había brotado hacía poco. Tenía un grano de acné en la barbilla.

—¿Mamá? —preguntó.

—¡Colin! ¿Estabas escuchando en las escaleras?

—No, he oído voces y he bajado.

—Este es el policía del que te hablé. Está preguntándome por el pobre Richard.

Colin se lo tomó como una invitación para colarse en la cocina y dejarse caer en una silla.

—¿Quieres zumo de manzana? —le preguntó la madre, que me fijé en que se había apresurado a apagar el cigarro.

—No, gracias.

Davina se acordó entonces y le dijo mi nombre y añadió:

—Es el que escribe los libros esos que te gustaban.

—¿Qué libros?

—Los de Alan Rider.

—Alex Rider —la corregí.

El chico desencajó los ojos al oír aquello.

—¡Eran buenísimos! Me los leí antes de entrar al instituto. El que más me gustó fue *Point Blanc*. —Frunció el ceño—. Pero ¿qué hace aquí?

—Estoy ayudándolo —expliqué señalando a mi socio.

—¿Está escribiendo sobre él?

—Sí. —Por una vez me pareció innecesario negarlo.

—¡Mola! Podría hacer una serie policiaca, como con Alex Rider. ¿Ha averiguado ya quién lo mató? —Colin no parecía en absoluto abatido por la muerte de su padrino: para él solo era una página más de otra historia de aventuras.

—Acabamos de empezar la investigación —le dije, y me gustó bastante cómo sonó el plural, no tenía muchas oportunidades de utilizarlo.

—Richard le caía mal a un montón de gente.

—¡Colin!

—Es lo que decía él, mamá. Lo decía muchas veces, que hacía un enemigo cada vez que trabajaba en un divorcio porque siempre había una parte que ganaba y otra que perdía. —Se quedó pensando por un momento—. ¿Les has contado lo de que estaban siguiéndolo?

—¿Qué tontería es esa?

—¡Es verdad! Dijo que estaban siguiéndolo —insistió mirando a Hawthorne—. Me lo contó un día que vino.

—¿Cuándo fue eso? —indagó mi compañero.

—Vino el día antes de mi cumpleaños, que es el trece de octubre, así que sería el doce. Me regaló un telescopio. Está en mi cuarto. Pueden verlo si quieren.

—Colin está muy interesado en la astronomía —explicó su madre.

—Se quedó a cenar y nos lo contó entonces. —Le dedicó a su madre una mirada acusatoria—. ¡Tú también estabas!

—Os tirasteis una eternidad hablando, y no estuve pendiente de

todo lo que decíais.

—¿Describió al hombre que lo seguía? —continuó Hawthorne.

—En realidad no. No. Dijo que parecía enfermo, que por eso se había fijado en él, porque le pasaba algo en la cara. Por lo visto la tenía muy mal. Me dijo que lo había visto dos o tres veces.

—¿Dónde?

—Estaba ahí en la mesa, justo donde está usted ahora.

—No, me refiero a dónde vio al tipo ese.

Colin contrajo la cara, concentrado.

—A ver, como mínimo una vez lo vio desde su casa. Me dijo que lo había visto por una de las ventanas de arriba. Y puede que también merodeando por el bufete.

—No te lo estarás inventando, ¿verdad, Colin? —preguntó Davina—. Estoy segura de que Richard me habría comentado algo...

—¡Pero si estabas delante! —insistió Colin—. De todas formas, tampoco hizo un mundo del tema, solo contó que le había pasado, nada más.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padrino?

—El día que le he dicho, esa fue la última vez.

—Yo volví a verlo después de eso —intervino su madre—. Estuve la semana pasada en Heron's Wake, me acerqué a dejarle unas muestras de pintura, para que escogiera.

Aquello me recordó una cosa.

—¿El número uno cero uno le dice algo por casualidad? —pregunté.

—No, ¿por qué?

Hawthorne estaba fulminándome con la mirada; no le gustaba nada que yo tomara la iniciativa, pero aun así seguí a lo mío.

—Estaba escrito en la pared con pintura verde —expliqué—. Al lado de donde encontraron el cuerpo.

—¿Qué sentido tiene que alguien hiciera algo así? —exclamó Davina.

—¿Le dice algo o no? —intervino Hawthorne.

—¿El número? ¡No! No tengo ni idea de... —Miró a su alrededor al azar, como si fuera a encontrar una respuesta a la pregunta entre los cacharros de la cocina, y a continuación se encendió un cigarro.

—¿Por qué tienes que fumar de esa manera? —la reprendió su hijo.

Davina lo miró de reojo, enfadada de pronto.

—Fumo si me da la gana. Son más de las seis, horario de mayores. —Soltó una calada desafiante—. ¿Has terminado las tareas?

—No.

—Entonces ya puedes estar subiendo, y dúchate antes de acostarte.

—Mamá... —Lo dijo como solo un adolescente puede decir esa palabra.

—Una hora de ordenador, y luego subo a verte. —Al ver que el chico no se movía, lo miró de hito en hito y añadió—: ¡Colin! ¡Obedece!

—Vale.

Tal y como se había dejado caer en la silla, se las arregló entonces para levantarse de ella. No se despidió de nosotros, se limitó a hacer un gesto con la cabeza e irse.

—Sé que tiene razón con lo de fumar, pero me da mucha rabia que me eche la bronca de esa manera —se excusó Davina cuando se hubo ido su hijo; se quedó más relajada y fue a servirse más vino de la nevera y luego se apoyó en la encimera, con la lavadora resoplando por detrás de ella—. Y esta última semana no lo ha tenido fácil. Puede que no parezca muy afectado, pero se quedó hecho polvo cuando se enteró. —Había utilizado la misma expresión para ella misma—. No reconocería sus sentimientos ante ustedes, pero no me gustaría que creyeran que no los tiene. —Bebió y fumó—. Lo pasó fatal cuando murió su padre y, de no haber sido por Richard, no sé si habríamos sobrevivido. Se convirtió en un segundo padre para él... y no solo por los regalos de cumpleaños caros. A veces, cuando Colin tenía problemas (en el colegio, por ejemplo), recurría a Richard antes que a mí. El curso pasado, por ejemplo, estuvieron acosándolo en clase. Por su aspecto cabría pensar que puede cuidarse solito, con lo grande que es y todo eso, pero en realidad es un chico muy dulce y había otros que se dedicaban a incordiarlo. Richard lo resolvió.

—¿Puede contarnos qué le pasó a su padre? —quiso saber Hawthorne—. Tengo entendido que sufrió un accidente.

—Sí. Aunque, si le soy sincera, no me hace mucha gracia hablar del tema...

—Ya me imagino.

Se quedó allí plantada, en esos momentos callada y quieta, la copa en una mano, el cigarro en la otra. Pero comprendió que Hawthorne no pensaba dejarlo estar.

—Solían ir a hacer espeleología juntos —nos contó—. Lo hacían desde que estaban en la facultad. Se conocieron allí. Coincidieron en Oxford. Richard, Charles y Gregory...

—¿Gregory?

—Gregory Taylor. Es asesor financiero. Vive en Yorkshire. —El condado donde se había producido el accidente.

—¿A qué se dedicaba su marido? —quiso saber Hawthorne.

—Trabajaba en *marketing*. —No entró en detalles, imaginé que seguía resultándole doloroso hablar de él—. Todos los años se iban una semana juntos —continuó—. A mí no me hacía gracia. La idea en

sí de que se metieran en un agujero bajo tierra me daba repelús y, si les soy sincera, me sorprende que a ellos les apeteciera hacer algo así. Pero era una oportunidad para los tres de desmelenarse un poco. No siempre se quedaban en Inglaterra. Estuvieron por todo el mundo. Fueron a Francia, Suiza... y un año fueron incluso a Belice. Nunca iban ni con mujeres ni con parejas. Gregory está casado y sé que Susan tampoco lo veía con buenos ojos. Pero habría sido una tontería intentar impedírselo. Yo me limitaba a alegrarme cuando Charlie volvía a casa sano y salvo.

»Hasta que un año no volvió —prosiguió después de darle un buen sorbo al vino—. En 2007 fueron a unas cuevas cerca de Ribblehead, a un sitio que se llama el Hoyo Sin Fondo. Después del accidente hubo una investigación y todo el mundo coincidió en que tomaron todas las precauciones que debían. Fueron a un club de espeleología local y dejaron allí una hoja de contacto en la que se detallaba adónde iban y a qué hora estimaban volver. Tenían frontales de repuesto, un kit de emergencia y todo el equipo reglamentario. Gregory, que era el que más experiencia tenía de los tres, iba de rutero, como se dice, aunque era más una formalidad que otra cosa. Los tres sabían lo que se hacían.

—¿Y qué pasó entonces?

—Lo que pasó fue que empezó a llover. A mares. Era abril. No lo predijeron en ningún parte meteorológico pero de pronto fue el diluvio. Para entonces se habían adentrado bastante en las galerías, y la salida quedaba a solo unos cuatrocientos metros de distancia. Decidieron que tenían que salir lo antes posible de allí y eso fue lo que intentaron hacer. —Se detuvo para respirar hondo—. Pero Charles, no se sabe por qué, se separó de los demás. Iba el último de los tres y, cuando los otros dos miraron atrás, había desaparecido. Habían pasado por una zona que los espeleólogos locales llaman el cruce del Espagueti, de donde salían varias galerías alternativas. Él siguió por la que no era. Hay que recordar que la situación era muy peligrosa. El agua iba corriendo hacia ellos, cada vez más crecida, y el peligro era que, si pasaban demasiado tiempo buscando a Charles, podían acabar los tres ahogados. Aun así Richard y Gregory volvieron atrás. Arriesgaron sus vidas para encontrar a Charles, y estuvieron llamándolo a gritos y buscándolo, aunque la galería estaba ya casi completamente inundada. Al final tuvieron que rendirse, no les quedó más remedio. Salieron y fueron en busca de ayuda, que era lo que había que hacer. Pero era demasiado tarde. —Respiró hondo de nuevo —. Charles se las había arreglado para quedarse atrapado en lo que se llama una chimenea, un tubo estrecho que conecta dos galerías, una por encima de otra. Seguía allí cuando llegó el agua en tromba. —Otra pausa—. Se ahogó.

—¿Pudieron recuperar el cuerpo? —preguntó Hawthorne, que sacó también un cigarro de su paquete de tabaco y se lo encendió.

Davina asintió.

—A primera hora del día siguiente.

—¿Habló usted con los otros dos, con Richard Pryce y Gregory Taylor?

—Claro que hablé con ellos... en la investigación pericial. No hablamos gran cosa. Estábamos todos demasiado hechos polvo... pero ellos eran los testigos principales. Al final se concluyó que nadie era culpable de nada, que solo había sido un accidente. —Suspiró—. Gregory asumió parte de la culpa... vamos, que se culpa a sí mismo. Después de todo era el rutero. Pero ¿cómo iba él a saber que llovería de esa manera? ¿Cómo iba a saberlo nadie?

—¿Y qué me dice de usted? ¿Culpó usted a Gregory Taylor por lo que pasó? —Hizo una pausa—. ¿O a Richard Pryce?

Davina se quedó callada. Detrás de ella, la máquina había pasado al centrifugado final y, cuando por fin habló, lo hizo tan bajo que apenas pude oírla.

—Yo nunca lo culpé —dijo—. Aunque sí que le cogí manía... al menos por un tiempo. Al fin y al cabo él estaba vivo y Charlie estaba muerto y en realidad la excursión había sido idea de Richard, que insistió en el tema mucho más que Charlie, y en ese sentido supongo que tuvo parte de culpa. —Tomó algo más de vino antes de bajar la copa y proseguir—: Yo quería muchísimo a Charlie. Era un hombre maravilloso, divertido, un padre genial. Quisimos tener más hijos después de Colin pero, por lo que fuera, no pudo ser. Cuando murió yo sentí un vacío horroroso, y habría sido natural que hubiese redirigido mis sentimientos hacia Richard. Pero daba igual lo bien que me tratara que yo pensaba que intentaba ganarse mi perdón, no sé si saben a lo que me refiero. Cuanto más me daba él, más me cabreaba yo.

»En cierto modo fue mi hijo quien me convenció de que estaba equivocándome. Él nunca se lo tomó así y cuando estaba con Richard... realmente se veía que hacían buenas migas. Colin necesitaba un padre. Y Richard encajó perfectamente en el papel. —Miró la copa de vino de reojo: estaba vacía—. Una noche él y yo nos cogimos una buena borrachera (eso fue antes de que él dejara de beber), y se derrumbó totalmente y todo el dolor, la culpa y la desdicha que llevaba por dentro salieron a borbotones. Y entonces me di cuenta de que había sido injusta con él y de que, en cierto sentido, él había sido tan víctima de lo que le había pasado como Colin o yo misma... e incluso Charlie. Y después de eso me rendí y le dejé que me ayudara. Cuando se ofreció a pagar la matrícula del colegio de Colin, no se lo discutí. Charlie me había dejado algo de dinero pero tampoco

mucho. No tenía sentido mirar con recelo lo que estaba haciendo Richard, y total, le concedí el beneficio de la duda, y la realidad es que solo tenía buenas intenciones.

—¿Sabía usted que pensaba dejarle dinero en su testamento?

—Sí, no sé cuánto. Pero siempre dijo que yo no tendría de qué preocuparme si le ocurría algo a él algún día. Era muy rico y Stephen también debe de ganar una fortuna en su galería. Mañana voy a ver a Oliver Masefield, que ya me dirá cuál es el siguiente paso. —Miró el reloj—. Espero que no les importe pero, si no tienen más preguntas, tendría que ir subiendo. Quiero asegurarme de que Colin haga sus tareas, y tengo que presentarle unos muros de inspiración a un cliente...

—Descuide. —Hawthorne se puso en pie, todavía con el cigarro en la mano—. Puede que tengamos que volver a hablar con usted.

—Lo que sea con tal de ayudar.

Esperó a que saliéramos de la cocina y luego nos siguió hasta la entrada. Nos despedimos en la puerta y Hawthorne y yo regresamos a la calle. Ya estaba bastante oscuro, aunque Priory Gardens era una calle que parecía estar siempre en penumbra, resguardada bajo la colina. Volvimos andando hasta la parada del metro. Hawthorne estuvo un rato sin decir nada.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Tony, colega, ya te lo he dicho otras veces, que no me gusta que hagas preguntas. No vienes conmigo para eso.

—¡Pero bueno! —repliqué—. ¿Qué daño he hecho, si puede saberse?

—Todavía no lo sé, pero no te olvides de lo que pasó la última vez. ¡Hiciste una pregunta estúpida y a punto estuviste de cargarte todo el dichoso caso!

—No estarás diciéndome que crees que Davina Richardson tuvo algo que ver con el asesinato, ¿no?

—Yo no te estoy diciendo nada, colega, lo único que quiero es que no te entrometas.

Entramos en la estación. Entresaqué un *Evening Standard* de una pila del kiosco, dándole a entender que esperaba no tener que hablar durante el trayecto, aunque de todas formas era un gesto innecesario, cogíamos metros distintos. Hawthorne se fue el primero en dirección a Waterloo. Yo cogí el ramal hacia King's Cross, para cambiar allí hasta Farringdon.

Antes, sin embargo, tuvimos una última conversación en el andén.

—Colin ha dicho que alguien estaba siguiendo a Richard Pryce —comenté—. ¿Crees que pudo ser el mismo hombre del que nos habló Adrian Lockwood, el que se coló en su despacho?

Hawthorne se encogió de hombros.

—El chico ha dicho que le pasaba algo en la cara...

—Eso le dijo Richard.

—Bueno, pero en tal caso lo normal es que la recepcionista se hubiese dado cuenta.

—La chica dijo que tenía un problema en la piel. —No era exactamente lo mismo, pero era bastante parecido—. A lo mejor por eso llevaba las gafas azules. Tú mismo lo dijiste, que se las pudo poner adrede para distraer la atención.

—Sí, bueno, yo qué sé. De todas formas, en realidad Colin ha dicho una cosa mucho más interesante.

—¿El qué?

—Que antes leía tus libros pero ya no.

¿Estaba intentando decirme algo con eso o solo pretendía fastidiarme? ¿O ambas cosas? No iba a poder averiguarlo porque justo entonces llegó el primer metro atronando por el túnel y se detuvo al borde del andén entre chirridos.

—Nos vemos mañana —dijo Hawthorne.

Las puertas se cerraron a sus espaldas.

Mi metro llegó cuatro minutos más tarde. Conseguí sentarme y abrí el periódico que había cogido. Leí la portada y las primeras páginas. Acababa de pasar por la parada de Kentish Town cuando un artículo diminuto, arrinconado en una esquina, llamó mi atención.

IDENTIFICAN AL FALLECIDO EN EL METRO

La policía ha podido ponerle nombre al hombre que murió el sábado 26 de octubre en King's Cross al caer a las vías justo cuando un convoy entraba en la estación. Gregory Taylor, que trabajaba como asesor financiero, vivía en Ingleton, en el condado de Yorkshire. Deja mujer y dos hijas adolescentes. La investigación pericial todavía no ha terminado.

9 PEV

Siempre me han fascinado los pasadizos y los sitios secretos a los que no se permite el paso. De pequeño mis padres solían llevarme a hoteles caros, y todavía recuerdo que yo curioseaba en las zonas de servicio: me encantaba cómo se paraban en seco las alfombras lujosas y las lámparas de araña y todo se volvía mugriento y utilitario. En Stanmore, al norte de Londres, mi hermana y yo nos colábamos por debajo de la valla para husmear por el complejo de oficinas que había al lado de nuestra casa. Incluso hoy, en cualquier museo, unos grandes almacenes, un teatro o una estación de metro, me sorprendo preguntándome qué estará pasando tras esas puertas vetadas. A veces creo que no es una mala definición de lo que entraña la escritura creativa: abrir puertas y llevar a los lectores hasta el otro lado.

Por eso, cuando al día siguiente Hawthorne y yo nos personamos en las oficinas de la Policía de Transportes Británicos de la estación de Euston, experimenté una emoción casi infantil. Allí había una puerta tan pequeña como anodina, por la que habría pasado decenas de veces sin fijarme, arrinconada en una esquina perdida justo al pasar la consigna de equipajes y frente al acceso a los andenes 16 a 18. Por supuesto, acabaría decepcionándome ver el otro lado, pero eso era lo de menos: lo importante era que se trataba de un sitio donde nunca había estado.

La puerta se abría a una recepción donde nos recibió una mujer uniformada de aspecto cansado que estaba sentada tras una rejilla. Hawthorne le dio el nombre de nuestro contacto, el agente investigador James McCoy, y casi al momento apareció un hombre fornido y de mandíbula cuadrada, con corte de pelo militar y ropa —vaqueros, sudadera, anorak— de paisano.

—¿Señor Hawthorne?

—Sí.

—Pase por aquí...

Después de rellenar un formulario, se abrió automáticamente otra puerta y seguimos por un laberinto de pasillos estrechos y oficinas diminutas que se extendían mucho más allá de lo que habría creído posible. Todo tenía un aspecto muy dejado. Caminamos por una moqueta azul llena de toda clase de manchas, dejando atrás una máquina expendedora de bebidas y su zumbido suave, y doblamos por otra esquina. Algunas habitaciones apenas eran más grandes que un armario; si interrogaban allí a criminales, seguro que las rodillas tocaban con el agente que lo había arrestado. Pasamos por una sala de

operaciones y vi de reojo a media docena de hombres y mujeres que examinaban unos planos e iban transfiriendo el contenido a las pizarras blancas que los rodeaban. Nada de tecnologías modernas. Aquello puede que fuera la primera línea de fuego contra el crimen y el terrorismo, pero todo era empedernidamente obsoleto, con unos mamotretos Hewlett Packard sobre mesas de formica y un ejército de sillas giratorias cutres. No había ventanas. Aquello sí que era un mundo aparte.

La cita la había concertado Hawthorne. No había tenido que contarle lo del artículo en el periódico, él mismo lo había visto y me había llamado esa misma noche. Tampoco había hablado con Cara Grunshaw, y no porque hubiera olvidado sus amenazas, pero había decidido no tener más contacto con ella en al menos una semana, momento para el cual, con suerte, Hawthorne ya habría resuelto el caso. Aunque tampoco lo descartaba del todo; seguía atrayéndome la idea de ser yo quien resolviera el rompecabezas, y cuando estuvieran todos los sospechosos reunidos en el mismo cuarto en el capítulo final, ser yo quien llevara la voz cantante.

Nos esperaba un segundo hombre en una oficina destinada a tomar declaraciones. Se trataba de un agente uniformado, de treinta y muy pocos años, al que habían hecho venir expresamente para hablar con nosotros. Se llamaba Ahmed Salim y había sido el primero en llegar al cadáver. Lo cierto es que me había extrañado que fuéramos a Euston, cuando la muerte se había producido en King's Cross, pero al parecer allí no tenían división de investigación criminal. Tal y como nos explicó McCoy, él estaba al cargo de la investigación de todos los incidentes al norte de la línea Central, incluso hasta zonas tan al norte como Stratford East o Chemsford. En esos momentos era el encargado de la investigación sobre la muerte de Gregory Taylor.

Según los dos hombres, había ocurrido lo siguiente:

Gregory Taylor había llegado a Londres la mañana del 26 de octubre, un día antes de que muriera Richard Pryce. Había subido al tren en Horton-in-Ribblesdale (en Ingleton no hay estación) y se disponía a volver a su casa. El ajetreo de la estación era inusual para ser sábado. Ese día había partido —Leeds-Arsenal— y el andén estaba abarrotado de hinchas. Por lo general Virgin no permite que los pasajeros pasen por el torniquete hasta que el tren no entra en la estación, pero cambian esta norma cuando hay algún trastorno importante y, casualmente, había habido un corte de línea en Peterborough y lo había retrasado todo, de modo que allí se habían podido reunir hasta cuatrocientas personas esperando mientras entraba el tren.

Taylor llegó al andén a las seis y doce minutos. No tenía prisa. Se había comprado un café en el Starbucks y un libro en W. H. Smith que

podía servir de tope para puerta, *Prisioneros de sangre*, el tercer volumen de la saga de *Mundofinito* de Mark Belladonna, un auténtico superventas. Casualmente yo conocía la saga porque hacía poco que la cadena Sky se había puesto en contacto conmigo para proponerme adaptarla para televisión. *Mundofinito* había sido comparada —aunque sin duda salía perdiendo— con *Juego de Tronos*, que iba por entonces por la cuarta temporada. Era una versión de fantasía de la Inglaterra de los tiempos del rey Arturo en la que se entremezclaban magia y misterio, con unos niveles de violencia y pornografía bastante radicales. El *Daily Mail* había tachado los libros de «veneno, porno puro y duro», una cita que la editorial, ni corta ni perezosa, había decidido utilizar para la cubierta. Me había leído la mitad del primer tomo, pero no me había gustado nada y no me había costado decir que no a la serie.

El tercer volumen acababa de llegar a las librerías y lo vendían con una oferta muy especial: al comprarlo, Taylor se fue con un Kit Kat y un botellín de agua gratis bajo el brazo.

Atravesó el torniquete y empezó a caminar hacia el andén, donde se paró tras la raya amarilla, aunque bastante cerca del borde. Justo entonces el tren rezagado apareció al fondo y se dirigió hacia él. El agente Salim nos contó lo que pasó entonces.

—Yo acababa de llegar a la estación para el turno de noche cuando se desató el caos. Supe que teníamos una PEV antes incluso de recibir la llamada por radio...

—¿Qué es una PEV?

—Una Persona en la Vía.

—También las llamamos «viarias» —apuntó McCoy.

—Oí los chillidos —prosiguió Salim—, y el conductor hizo sonar el claxon, que es el procedimiento establecido. Así que supe que pasaba algo y fui directo al andén, y por eso llegué el primero al lugar de los hechos.

»Lo primero que pensé es que habría sido un suicidio, pero King's Cross es una estación terminal y no solemos tener muchos. De toda formas, tenemos la Experiencia Harry Potter en la explanada principal y eso suele animar a la gente. Así que quizá hubiera sido un accidente... aunque tampoco es algo que ocurra mucho. Yo lo único que quería era llegar allí y ver qué podía hacer para ayudar.

»Pero resultó que el pobre hombre casi había conseguido subir hasta el andén antes de resbalarse y caer justo en la trayectoria del tren que venía. Podría haber tenido más suerte, estar solo herido, aunque malamente. Pero me temo que nada más lejos: había caído atravesado en medio de ambas vías y había perdido las piernas y había quedado decapitado, así que no tenía pinta de que fuera a moverse del sitio.

Yo tenía el iPhone con la batería baja y estaba escribiéndolo todo a mano. Esperó a que acabara de copiar. Tanto McCoy como Salim sabían que yo era escritor y estaban disfrutando de hablar conmigo. Es curiosa la cantidad de gente que hay deseosa de que describan su trabajo en los libros.

—Mi primera tarea era despejar la zona. Había mucha gente gritando. Un par había vomitado. Una mujer sufría un ataque de pánico. Y, por supuesto, los típicos morbosos grabándolo todo con el móvil. La mayoría llevaban chismes de fútbol (bufandas, sudaderas, gorros...), ese tipo de cosas. Costaba saber quién era quién. Empecé a retirar a la gente de la vía y les dije que no salieran del perímetro. Teníamos que apuntar nombres y señas, declaraciones de testigos y todo lo demás. Para entonces ya habían llegado unos cuantos agentes más y sabía que la Central de Control de Transportes estaba al tanto y trabajando en el tema. El servicio de ambulancias terrestres y aéreas estaría de camino. Mi mayor preocupación era que le diera un infarto a alguien. Ya me ha pasado otras veces y lo único que consigue es complicarlo todo el doble.

»Conseguimos levantar un precinto y controlar el entorno inmediato, pero tocaba entonces sacar al fallecido de las vías, y solo teníamos tres cuartos de hora.

—¿Y eso? —pregunté, fascinado por todo el procedimiento.

—Es por los costes —explicó Salim—. Cuando pasan este tipo de cosas, tenemos que despejar los andenes y mantener el tráfico activo. No podemos permitirnos quedarnos de brazos cruzados.

—¿Fue usted quien sacó el cuerpo? —quiso saber Hawthorne.

Salim asintió.

—Sí, te dan un plus de cincuenta libras si estás dispuesto a hacerlo, y estoy ahorrando para irme de vacaciones con mi madre. Podría haber sido peor. Como el tren tampoco iba muy rápido, no habían salido volando por ahí partes de cuerpo ni nada por el estilo. Ni hubo necesidad de llamar a la unidad especial para levantar el tren. El conductor estaba bastante conmocionado, pero conseguí que echara para atrás el tren, y ya después de eso fue todo bastante fácil. Sacamos el cuerpo y lo metí todo en bolsas. Después llegó McCoy y me relevó en el mando.

Cosa que volvió a hacer en ese momento.

—A mí ya no me quedaba mucho que hacer —dijo este—. Saqué el documento de identidad de la cartera del fallecido y contacté con la policía del norte de Yorkshire para que mandara a un par de agentes a informar a la viuda. Estaba en su casa con las dos hijas adolescentes, pero no quise que se enterara por teléfono. En cuanto lo supo, se cogió un tren para venir, y de hecho la conocí al día siguiente... Susan Taylor... Estaba muy conmocionada, no daba crédito. Su marido no se

encontraba bien y estaban pasando por apuros económicos, o, por decirlo de otra manera, estaban pelados, como cualquier hijo de vecino, pero no había historial de depresión. De hecho, ella me contó que el viaje le había ido muy bien a su marido y habían reservado mesa en un restaurante para el domingo por la noche, con la idea de celebrarlo. —Respiró hondo—. No pudieron ir, claro.

—¿Qué hacía él en Londres? —preguntó Hawthorne.

—Ver a un amigo.

Mi socio esperó a que le diera más datos, pero comprendió que McCoy no tenía nada más que aportar en ese sentido.

—Eso es lo único que me dijo ella —explicó el agente—. Yo mismo la interrogué (estaba alojada en el Holiday Inn, al lado de Euston Road), pero la verdad es que no saqué mucho en limpio. La pobre estaba destrozada. ¡El marido arrollado por el tren! Llevaban veinte años casados. Tuvo que identificar el cuerpo, y eso fue ya el acabose. Yo había decidido que se trataba de un caso inexplicado y no me pareció que ella pudiera aportar mucho más.

—¿Inexplicado? —Anoté la palabra.

—Los clasificamos en tres categorías: inexplicado, explicado y sospechoso. A mí no me pareció que hubiera circunstancias sospechosas, pero ni siquiera después de ver las imágenes de las cámaras de seguridad conseguí determinar razones evidentes para la caída del señor Taylor.

—Está también lo que declaró aquel testigo —le recordó Salim.

—¿De qué habla? —quiso saber Hawthorne.

McCoy miró de reojo a Salim, puede que molesto por que lo contradijera un subalterno.

—Justo antes de caerse, Taylor gritó algo. Fueron solo dos palabras: «¡Ten cuidado!». Pero las oyó bastante gente.

—¿Se chocaría con alguien?

—Habrían tenido que chocar con él con muchísima fuerza para impulsarlo hacia delante de esa manera. Su posición era casi horizontal cuando aterrizó en las vías. Por otro lado, muchos de los que estaban esperando el tren iban bien servidos de bebida. Ya se sabe lo que pasa después de los partidos...

—¿Es posible que lo empujaran adrede?

—Nadie vio nada, solo lo oyeron gritar y, luego, punto y final. Pero tenemos las grabaciones de las cámaras. Puede verlo con sus propios ojos. —McCoy tenía un portátil; le dio la vuelta para que viéramos la pantalla al tiempo que nos explicaba—: Lo primero que hice al llegar a la estación fue llamar a Alpha Victor, de Victoria. Me mandaron las imágenes descargadas en nada de tiempo. Y gracias a eso pudimos reconstruir sus pasos hasta el Starbucks y la librería. También se le ve entrar en la estación.

—¿Cómo llegó?

—En metro desde Highgate.

Highgate: no podía ser casualidad.

—Vean... —McCoy pulsó la tecla.

Las imágenes que fabricamos para la televisión y la gran pantalla no se parecen en nada a las reales. Aquellas, grabadas en la estación de King's Cross, eran borrosas y granuladas, como si la lente hubiera tenido una capa de polvo incrustada. La cámara estaba en el ángulo menos acertado, demasiado alto y en perpendicular. Los colores eran apagados, con un halo extraño, como si no fueran los que tenían que ser. Las rayas azul marino y dorado del Leeds, por ejemplo, se veían más bien de color gris oscuro y mostaza francesa. La muerte de Gregory Taylor se veía como algo de lo más prosaico, despojada de todo arte o emoción. Un minuto en este mundo y al siguiente, en el otro.

Al principio no salía el tren, solo un gentío muy nutrido, muchos hinchas de fútbol dando vueltas.

—Taylor es este de aquí —nos señaló McCoy.

Y sí, una figura borrosa estaba abriéndose camino desde la parte exterior del andén hasta cerca del borde, aunque no tanto como para correr peligro. No parecía tener prisa. Las imágenes no tenían sonido y se le veía muy pequeño y perdido, pero me dio la impresión de que estaba pidiéndole educadamente a la gente que le dejara pasar. Luego ocurrían tres cosas a la vez: Gregory Taylor desaparecía del visor, tragado por el gentío justo cuando entraba en escena el tren rojo fuerte de Virgin. Aunque había estado avanzando muy lentamente, pareció llegar al borde de la pantalla en nada de tiempo. Y es entonces cuando Gregory se cae. Estaba de espaldas a la cámara pero, aunque hubiéramos podido verlo, habría sido imposible distinguir la expresión de su cara. Era poco más que una pincelada pintada al sesgo en el lienzo. Se precipitaba abajo y desaparecía una segunda vez. El tren continuaba implacable, arrollándolo a su paso. La gente tardaba unos segundos en darse cuenta de lo ocurrido, hasta que de pronto retrocedían en bloque, formando un dibujo como de un sol al implosionar. Podía imaginarme perfectamente los gritos.

—Esto otro es de la cámara que va en la cabecera del tren —dijo McCoy.

La misma secuencia pero vista esa vez desde la óptica del conductor: las vías extendiéndose por delante, los pasajeros que esperan a la derecha, y luego algo, que podía haber sido cualquier cosa, corta la imagen en dos. Era Gregory Taylor en el último segundo de su vida. Seguramente el conductor había frenado, pero el tren no pareció disminuir la marcha.

Acababa de ver morir a un hombre.

McCoy cerró el portátil bajando la tapa.

—El forense de King's Cross nos dio permiso para levantar el cadáver y lo llevaron al depósito más cercano. Yo he pasado el expediente al Equipo de Investigación de Accidentes Mortales y, por supuesto, habrá una investigación pericial. Pero, si les soy sincero, yo no veo prueba alguna de que hubiera una mano homicida. Diría con un noventa por ciento de seguridad que fue un accidente, cosas que pasan.

—¿Tenía enemigos? —preguntó Salim—. ¿Lo están investigando por eso?

—Hay posibilidades de que tuviera algo que ver con un asesinato que se cometió en Hampstead al día siguiente —dijo Hawthorne.

—Bueno, por lo menos de la lista de sospechosos puede borrarlo —masculló Salim como reflexionando—. No habría tenido cuerpo para eso.

Dejamos las dependencias y salimos al exterior, delante de la explanada central. En cuando volvimos al aire libre, Hawthorne se encendió un cigarro. Se notaba que estaba dándole vueltas a todo lo que acababan de contarnos. Había veces que me recordaba a un científico a punto de hacer un gran descubrimiento o a un arqueólogo momentos antes de abrir una tumba; aunque casi no dejaba entrever emociones, yo sentía su energía y su emoción.

—¿En qué piensas?

—Estuvo en Highgate.

—A lo mejor vino a Londres a ver a Davina Richardson.

—O a Richard Pryce. Se puede ir andando a ambas casas desde la misma estación.

—En cualquier caso, no parece casualidad. Murió justo casi veinticuatro horas antes del asesinato.

—En eso tienes razón, Tony: no ha sido una casualidad.

Se fumó el cigarro en silencio. La de Euston es una de las estaciones más feas de Londres y, solo de estar allí, me sentía incluso sucio, rodeado de bares de comida rápida y cemento. Por fin habló Hawthorne.

—Ingleton. —Tal y como lo dijo, me sonó a que ya había estado en ese pueblo, y no le había enamorado.

—¿Qué pasa con Ingleton?

—¿Tienes mucho lío estos días?

—Ya sabes que sí.

—Vamos a tener que plantarnos allí. —Una vez más, no se mostró nada entusiasmado.

Apuró el cigarro y luego regresamos hasta las taquillas, donde compramos los billetes para el día siguiente.

10 Ingleton (Yorkshire)

Hawthorne estaba de mal humor cuando nos encontramos al día siguiente en la estación de King's Cross, aunque, en fin, eso tampoco era ninguna novedad. En nuestros encuentros sus modales fluctuaban entre distantes y desmoralizadores a directamente groseros, y más de una vez había pensado que mi socio llevaba tanto tiempo investigando a asesinos que se le había pegado un poco la sociopatía. A veces dudaba de si no era simplemente un papel que interpretaba, el del detective de vuelta de todo, y en el que se metía igual que vestía su colección de trajes negros y camisas blancas. ¿Por qué se negaba tan rotundamente a contarme nada de sí mismo? ¿Por qué nunca hablaba de las películas que veía, de la gente con la que quedaba, de lo que había hecho el fin de semana ni, ya puestos, nada que no fuera el caso que teníamos entre manos? ¿De qué tenía miedo?

Así y todo, conservaba la esperanza de que el viaje a Yorkshire le diera ocasión de relajarse. Al fin y al cabo, íbamos a pasar por lo menos cuatro horas codo con codo y ¿por qué no estrechar lazos con un café y un bocadillo de beicon de Virgin por delante? Lo tenía claro... Mientras el tren arrancaba, Hawthorne, se quedó mirando morosamente por la ventanilla con la espalda gacha. Algo en su manera de estar, en esos ojos castaños escrutadores y la maleta diminuta y anticuada que traía con él me recordó a un niño al que evacuaran de una guerra. Cuando le pregunté si quería algo de comer, se limitó a sacudir la cabeza. Lo bueno es que nuestros asientos eran en preferente; yo tenía que trabajar y pensé que Hawthorne agradecería disponer de más espacio. Él ni siquiera se había fijado.

Estaba claro que no quería salir de Londres. Al cabo de diez minutos, cuando habíamos cogido ya velocidad y estábamos traqueteando a través de los barrios residenciales del norte, seguía mirando los pisos y los bloques de oficinas que empezaban ya a disminuir en número. Los espacios verdes entre medias parecían alarmarlo, y pensé entonces en que, aparte del día que fuimos a Kent, nunca habíamos salido de la capital en nuestras investigaciones. No lo había visto en mi vida con vaqueros o zapatillas de deporte. ¿Haría siquiera algo de ejercicio? Lo dudaba.

Pasó entonces un revisor y aproveché la interrupción para tantear a Hawthorne, aunque con suavidad.

—Estás muy callado. ¿Pasa algo?

—No.

—Me apetece pasar un par de días en el campo. Está bien salir de

vez en cuando.

—¿Conoces Yorkshire?

—Hice la carrera en York.

Él lo sabía perfectamente, lo sabía todo sobre mí. Seguramente había querido sugerir otra cosa con la pregunta y, al pensarlo de nuevo, capté el temor en su voz y comprendí lo que quería insinuar.

—A ti no te gusta Yorkshire.

—No mucho.

—¿Y eso por qué?

Vaciló.

—Viví allí un tiempo.

—¿Cuándo?

—¿Y eso qué más da?

Sacó un libro del bolsillo y lo estampó contra la mesita, dando a entender que la conversación había terminado. Miré y vi que había escogido *Estudio en escarlata*, de sir Arthur Conan Doyle.

—¿Lo estás leyendo para el club de lectura? —le pregunté.

—Así es. —Vi que quería decirme algo más, pero tuvimos que recorrer otros quince kilómetros de vía para que desembuchara—: Quieren que vengas a la próxima sesión.

—¿Quién?

—Los del club de lectura. —Al ver mi cara de incredulidad, añadió—: Tú has escrito sobre Sherlock Holmes, la novela última esa que hiciste. Quieren saber qué piensas.

—Claro, cuenta conmigo. Pero ¿cómo es que saben que yo...? Me refiero a que cómo saben que me conoces.

—Yo desde luego no se lo he dicho.

—Faltaría más.

Hawthorne respiró hondo. Se notaba que quería fumarse un cigarro.

—Alguien te vio cuando viniste a mi bloque —me explicó.

—¿A River Court?

—Sí, cuando subiste en el ascensor.

Me acordaba del joven de la silla de ruedas y también del matrimonio con el que me había cruzado en la planta baja. A veces salgo en la tele y mi fotografía aparece en las solapas de mis libros. No era tan improbable que me hubieran reconocido.

—Me han pedido que te invitara a venir.

—¿Es eso lo que te preocupa? No tengo ningún problema en ir.

—Lo que me preocupaba era que me dijeras que sí.

Hawthorne abrió el libro y empezó a leer mientras yo sacaba un bolígrafo y empezaba a trabajar sobre mi guion. En «Girasol», le piden a Foyle que proteja a un exnazi que vive en Londres después de la guerra y eso le lleva a descubrir una matanza que tuvo lugar en

Francia. Como siempre, había problemas de producción. Yo había escrito un clímax, una cruenta ejecución en un campo muy amarillo de girasoles, pero al ser octubre no había manera de encontrar ningún sembrado en Reino Unido. Con flores de plástico no funcionaría y los CGI eran demasiado caros. De momento había conseguido rechazar los intentos de cambiar el título a «Chirivía».

Cambiamos de tren en Leeds y a partir de ahí me quedé embelesado con el campo, que iba ganando en hermosura. Las estaciones eran cada vez más pequeñas y más aisladas y el paisaje menos explotado, hasta que cuando llegamos a Gargrave y Hellifield era como si hubiéramos entrado en otro mundo, uno imaginado por Tolkien, por ejemplo. Un sol de otoño brillaba en el cielo y las colinas, las más verdes y onduladas que había visto en mi vida, remendadas con muros de piedra seca, setos y ovejas. La imagen hizo que me preguntara por qué me pasaba diez horas al día, toda la semana, en una habitación en medio de una ciudad, cuando tenía todo aquello a solo unas horas de distancia.

A Hawthorne todo eso parecía dejarlo indiferente. Siguió leyendo su libro y, las veces que miraba por la ventanilla, era con una conformidad sombría, como si se confirmaran sus peores temores. Me supuse que quizá hubiera vivido parte de su infancia allí o cerca; dijo que había pasado «una temporada» en Yorkshire, y puesto que había vivido en Londres al menos los últimos doce años —tenía un hijo de once años que vivía en Gants Hill—, debía de haber sido hacía tiempo. Lo que estaba claro era que en esos momentos no quería estar allí: era fascinante verlo tan fuera de su elemento.

Llegamos a Ribblehead, una estación enana cuya existencia parecía del todo injustificada puesto que, más allá del propio apeadero y un único hostal-pub, no había prácticamente ningún otro edificio hasta donde alcanzaba la vista. Pasaríamos allí la noche. Fuimos los únicos que nos bajamos del tren, que se fue tan campante y nos dejó allí en un andén tan largo como vacío, con una única silueta esperándonos en la otra punta. Hawthorne lo había dispuesto todo desde Londres y me había contado que se había puesto en contacto con el equipo local de rescate en cueva. El hombre que estaba esperándonos se llamaba Dave Gallivan; era el responsable de servicio al que habían recurrido cuando Charlie Richardson desapareció en el Hoyo Sin Fondo, y fue él quien encontró el cuerpo.

Nos fuimos acercando. El paisaje era tan vasto y la estación estaba tan vacía que me recordó a los cowboys de una película del Oeste preparándose para un duelo. Conforme nos acercamos, vi que se trataba de un hombre de cincuenta y tantos años con cara agradable. Se le veía fuerte y musculoso, con una buena mata de pelo blanco y esa tez rubicunda que solo te da la vida al aire libre, en particular en

los Dales de Yorkshire, con ese clima tan extremo.

—¿Hawthorne? —preguntó cuando llegó a nuestra altura.

—El mismo.

—¿Quieren pasar primero por el hostal? ¿Tienen que ir al baño o algo?

—No, estamos listos.

—Entonces vamos.

A mí no me preguntaron nada, pero tampoco me sorprendió. ¿Por qué iba a esperar otra cosa?

Ingleton era un pueblo bonito que se las había arreglado para acabar envuelto por un pueblo más bien feo. Estaba construido al borde de lo que pudo haber sido una cantera, con escalones y jardines ornamentales que caían en una pendiente pronunciada, hasta el punto de que, mientras recorríamos en coche la calle principal, en realidad estábamos pasando por lo alto de las tejas y las chimeneas de muchas de las casas de abajo. Un viaducto enorme, ya en desuso, se extendía hacia un lado; mirándolo entonces me pregunté si los peones que en su momento sudaron y perjuraron mientras lo construían imaginaron por algún momento que un día llegaría a considerarse bonito. Dejamos atrás una cafetería, dos tiendas especializadas en libros de espeleología y equipamiento y, más adelante, una residencia de la tercera edad de un tamaño desproporcionado que parecía inspirada en las historias de Sherlock Holmes. Aquello me recordó que la madre de Doyle había vivido cerca de allí y que el propio autor había visitado a menudo aquellas tierras.

Susan Taylor vivía a unos dos minutos colina arriba, en una casa que hacía esquina, estilo años veinte, pero desacralizada por una puerta de entrada moderna, ventanas de doble acristalamiento y, sobresaliendo por detrás, un invernadero realmente feo, aunque, al atravesar Ingleton, se veía claramente que muy pocos de sus habitantes tenían tiempo para lindezas arquitectónicas. El edificio tenía un aire muy masculino —muros gruesos, su propia forma cuadrada—, y estaba sin embargo ocupado por una viuda y dos hijas adolescentes. Charlotte Brontë bien podría haberla utilizado como localización para una novela (eso sí, tendría que haber hecho la vista gorda con el invernadero).

Dave Gallivan llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, la abrió y entró. Lo seguimos por una casa espaciosa y luminosa, amueblada con sencillez, alfombras de sisal por el suelo, espadañas secas en jarrones, fotografías de cuevas y paredes agrietadas. A un lado una puerta se abría a un salón con un piano de pie y una chimenea con más flores secas en el hogar. Un gato dormía sobre una esterilla. Doblamos al otro lado y entramos en la cocina, donde Susan nos esperaba de pie con un cuchillo enorme en la mano.

La primera impresión que me llevé fue bastante amenazadora, aunque en realidad estaba preparando verduras para la cena. Tenía trozos de zanahoria y patata desperdigados por delante y, al entrar, utilizó la hoja para barrerlas de la tabla de cortar a una fuente de loza para horno.

Cinco días atrás se enteró de que no solo había perdido a su marido, sino todo su mundo, y seguía conmocionada. No era solo que no tuviera el rostro adusto, es que apenas se dio cuenta de que habíamos entrado en la habitación. Tenía la cara cuadrada, con la piel del color y la textura de la arcilla húmeda y un pelo mustio y sin vida. Llevaba un vestido que era o demasiado corto o demasiado largo, pero en definitiva no le quedaba bien, con ese corte por la pantorrilla, que tenía gruesa y carnosa. No dijo nada cuando Gallivan nos hizo pasar, pero supe al instante que hubiera preferido que no estuviéramos allí.

—Sue... este es el señor Hawthorne —anunció Gallivan.

—Ah, sí. Querrán tomar té, ¿no?

No me quedó claro si era un ofrecimiento a preparárnoslo o una predicción hastiada de lo que estaba a punto de suceder, pero pronunció la frase con una falta de entusiasmo casi abrumadora.

Para mi sorpresa Hawthorne respondió con presteza.

—Una taza de té, sí, se agradece, señora Taylor.

—Yo lo hago. —Gallivan fue hasta el hervidor, y me fijé en que sabía moverse por aquella cocina.

Susan dejó el cuchillo y se sentó a la mesa. Tendría unos cuarenta y pico años, pero parecía mucho mayor, una mujer vapuleada por la vida que con todos sus movimientos nos decía que ya no podía más. Nos sentamos enfrente y nos miró detenidamente por primera vez.

—Espero que no nos lleve mucho tiempo —dijo con un marcado acento de Yorkshire—. Tengo que terminar la cena y las niñas no tardarán en volver del instituto. Bastante difícil ha sido ya la semana, no quiero que los vean aquí.

—Siento mucho su pérdida, señora Taylor —dijo Hawthorne.

—¿Llegó usted a conocer a mi Greg?

—No.

—Y tampoco me conocía a mí, así que no se moleste en darme el pésame. No me sirve de nada.

—Necesitamos saber qué le pasó.

—Ya saben lo que le pasó. Se cayó a las vías del tren.

Hawthorne puso cara como de disculpa.

—Puede que ese no sea el caso...

—¿Qué está insinuando? —Los ojos de la mujer echaron chispas por un momento.

Hawthorne se quedó mirándola unos instantes antes de proseguir.

—No me gustaría acrecentar su dolor, señora Taylor, pero no

hemos descartado la posibilidad de que alguien lo empujara.

Me sorprendió la manera tan torpe en que se lo había planteado y me pregunté cómo reaccionaría la mujer, que todavía ni siquiera se había reconciliado con la idea de que su marido estuviera muerto, así que menos aún con la posibilidad de que lo hubieran asesinado. Me pareció insensible hasta para los niveles de Hawthorne.

Sin embargo, la indiferencia que mostró la mujer fue notable.

—¿Quién iba a querer hacer algo así? No se me ocurre nadie que pudiera desearle ningún mal a Greg. Y nadie sabía que iba a Londres menos yo. Ni siquiera se lo dijo a las chicas.

—¿A qué fue a Londres?

El hervidor saltó en ese momento. Susan no contestó hasta que Gallivan no terminó de preparar el té y lo trajo a la mesa. Había dejado las bolsitas en las tazas, con la pequeña etiqueta colgando de un hilo por el borde.

—Estaba enfermo. Necesitaba dinero.

—¿Muy enfermo? —Una vez más no le dejó mucho margen de maniobra en la respuesta.

—Gravemente enfermo. Pero no se hagan ideas raras. Iba a ponerse bien, y por eso mismo estaba allí.

—Entonces ¿a quién fue a ver?

—Déjeme que se lo explique, señor Hawthorne, pero si no le importa, prefiero contarlo a mi manera. Para usted será más fácil y para mí menos doloroso si no tengo que responder a todas sus dichosas preguntas.

Mi socio sacó el tabaco.

—¿Le importa si fumo?

—Puede fumar lo que le dé la gana, pero no en mi casa.

La mujer miró con cara de pocos amigos el té y luego cogió la taza y le dio un sorbo sin quitarle la bolsita. Yo hice otro tanto. Gallivan había echado un par de cucharadas de azúcar sin preguntar. Se había quedado merodeando por la cocina, dejándonos reunidos en la mesa.

—Cuando yo lo conocí, Greg era contable —empezó a contarnos la mujer—. No le iba nada mal. Trabajaba para una empresa grande de Leeds y estaba escalando posiciones en la empresa, por así decirlo. Yo trabajaba en un bar y allí nos conocimos. Salimos. Nos casamos. Tuvimos a las niñas. Pero él no conseguía ser feliz en la ciudad. Le encantaba ir a los Dales, hacer senderismo, observar pájaros, dormir al raso. Y no solo por los Dales, sino por debajo. Llevaba la espeleología en las venas. Venía cada dos fines de semana y le daba igual lo que yo tuviera que decir al respecto, así que al final tuvo más sentido vender la casa y mudarnos aquí. Buscó un trabajo en Atkinsons y, aunque le pagaban menos, le dio igual.

—En una empresa de materiales de construcción —murmuró Gallivan desde su segundo plano.

—Sí, eso. Era el asesor financiero.

—¿Tiene una fotografía de su marido? —pregunté, porque no me hacía una idea qué aspecto tenía y me pareció que, si iba a hablarnos de él, sería interesante hacernos una idea.

Susan Taylor me miró de soslayo, como si la hubiera ofendido, y luego asintió escuetamente. Gallivan se acercó y me tendió una fotografía en un marco de plástico. Mostraba a un hombre grande y sonriente, cara de jugador de rugby, con su tabique partido y todo. Llevaba un anorak de colores vivos. La mitad de la foto la acaparaba la barba, que parecía estallarle desde la cara. Sonreía abiertamente y tenía un pulgar levantado hacia la cámara: una de esas personas que aman la vida.

—Nos las íbamos apañando. No éramos ricos, pero en un pueblo como este no te hace falta dinero. Y no me quejo. Teníamos nuestros amigos. June y Maisie... nuestras niñas. Y por supuesto los Dales. Yo trabajo tres días a la semana en la residencia de mayores. Ingleton no es mal sitio cuando te acostumbras. Demasiados turistas en verano y no puede una ni andar por la calle principal, pero es igual en todos los Dales. Nos gusta más en invierno. Tendría que ver este sitio con nieve. Es hermoso.

»Pero entonces Greg enfermó. Todo empezó hace seis meses y, por supuesto, al principio no le dimos mayor importancia. Empezó a costarle andar, sobre todo subir y bajar las escaleras. Lo convencí para ir a su médico, que lo único que le dijo fue que tenía un principio de artritis en las rodillas y lo mandó a casa con antiinflamatorios por un tubo... la muy imbécil. Pero luego avanzó por los brazos y el cuello. Greg intentaba no hablar del tema, pero la cosa empeoraba cada vez más. Lo peor fue el cuello. Empezaron a salirle cardenales en la piel. Le costaba respirar. Volvimos a la doctora y esta vez nos derivó al hospital de Leeds, pero todavía pasó un tiempo hasta que consiguieron darnos un diagnóstico. —Hizo una pausa mientras miraba hacia un punto indeterminado—. Se llama síndrome de Ehlers-Danlos. La primera vez que lo oí me sonó a chino, pero se llama así. SED, para abreviar. Greg hablaba de Ed: «Ya está aquí Ed», decía. Siempre intentaba tomárselo todo a broma.

—Sí, era típico de él —corroboró Gallivan.

—Pero de broma tenía poco, la cosa no hacía ninguna gracia. Ed iba a matarlo, era así de sencillo. Se le estaba dislocando el cuello, lo que suponía que su tallo cerebral dejaría de funcionar. En unos meses estaría postrado en la cama. Tendría ataques epilépticos. Se quedaría paralítico y luego moriría.

Aquella mujer sabía cómo convertir experiencias vitales en notas

de prensa: había compartimentado la muerte lenta de su marido del mismo modo que su noviazgo y matrimonio, esto seguido de esto y luego de lo otro.

—El SED tiene cura —prosiguió—. Un grupo de apoyo se puso en contacto con nosotros y nos lo comentó... lo de la operación. Lo que se hace es fusionar todas las vértebras para poder así estabilizar el cuello. Le habría salvado la vida. El problema es que en la pública no lo cubren, es una intervención demasiado cara y compleja. Habríamos tenido que ir a España, donde al parecer los médicos están teniendo bastante éxito con la operación, pero no habría sido barato: entre los vuelos, el tratamiento, la hospitalización y todo lo demás, le habría costado 200.000 libras.

»Nosotros no teníamos semejante cantidad. Tenemos la casa pero todavía estamos pagando la hipoteca, y a Greg nunca se le dio muy bien ahorrar, cosa rara teniendo en cuenta que se dedicaba a contar dinero. Sí que tenía un seguro de vida de un cuarto de millón de libras que contrató cuando vivíamos todavía en Leeds. Pero no nos servía para nada porque para poder reclamarlo primero tenía que morirse, así que ¿qué sentido tenía?

—Pero tenía un amigo rico en Londres.

—Exacto. Se me ha adelantado. Greg fue a la universidad en Oxford cuando tenía diecinueve años y allí hizo dos buenos amigos... Richard Pryce y Charlie Richardson. Dicky y Tricky, solía llamarlos. A los tres les fascinaba la espeleología... se conocieron por eso... y se convirtió en una especie de ritual, una cosa de chicos. Greg estaba siempre deseando verlos. Era el momento culmen del año. La mayoría de las veces no salían de Inglaterra, pero alguna que otra vez fueron al continente e incluso a Centroamérica. Aunque fíjense que ellos sabían que Greg no podía permitirse vacaciones exóticas pero, cuando iban lejos, se rascaban el bolsillo para echarle un cable. Ninguno dijo nunca nada y a Greg no le gustaba hablar del tema (era de Yorkshire, tenía su orgullo), pero si no fuera por ellos, no habría podido permitírselo.

»Todo eso terminó cuando Charlie murió en el Hoyo Sin Fondo en 2007. Richard regresó para la investigación pericial, pero Greg y él no volvieron a verse. Quizá ambos se sintieran culpables por lo ocurrido y no pudieran mirarse a los ojos, aunque no había razón para eso porque los exoneraron a los dos. Dave prestó testimonio y él fue el primero que dijo que no habían hecho nada mal. Fue una de esas cosas que pasan, un accidente.

Gallivan estaba observándola con detenimiento mientras hablaba pero, al oír su nombre, nos dio la espalda: fue como si no quisiera verse involucrado.

—Yo misma convencí a Greg para que fuera a Londres a hablar con Richard —prosiguió—. Él se ganaba muy bien la vida como

abogado de primera fila. Tenía una casa en Londres y otra en el campo. A lo mejor no podía prestarnos todo el dinero, pero, si se rascaba un poco el bolsillo, tal vez pudiera ayudarnos a tirar para adelante y ya luego buscaríamos nosotros la manera de conseguir recaudar el resto. Con un *crowdfunding* o algo parecido. A Greg no le gustaba la idea, pensaba que Richard y él habían terminado para siempre. Llevaban seis años sin hablar.

—Fue el sábado a Londres —dijo Hawthorne.

—Así es, yo misma lo llevé a la estación. Le dije a Greg muy claramente que si no cogía ese tren, me divorciaba. Y le pediría a Richard Pryce que me representara en el juicio. Se rio y todo, a pesar de que le dolía cuando se reía. Esa fue la última vez que lo vi, a primera hora de la mañana, en el andén de Ribblehead. Solo iba a Londres a pasar el día y su idea era volver para cenar.

—Richard Pryce se negó a ayudarlo —dije.

Estaba convencido de que iba a decirnos eso, de lo contrario todo aquel asunto no tenía sentido. Richard no había querido dejarles el dinero y por eso Greg se había tirado al tren. Y Susan había ido a Londres al día siguiente, y puede que hubiera decidido matar a Richard...

—Hubiera sido lo esperable... pero no puede usted estar más equivocado —contestó Susan con acritud—. Era una buena persona, Richard. Puede que se sintiera culpable por lo ocurrido en el Hoyo Sin Fondo. Greg también se culpaba, como ya he dicho. Pero nunca se echaron la culpa el uno al otro. Tomaron la decisión de salir de allí entre los dos y todo el mundo estuvo de acuerdo en que había sido lo correcto. —Miró a Dave Gallivan como buscando su confirmación, pero este seguía mirando a otra parte—. Greg había quedado en verlo en su casa de Hampstead —prosiguió—. Eso fue como a la hora de comer. Richard le había dicho que estaría solo. Bueno, no sé los detalles, pero el caso es que recibió a Greg como si no hubieran pasado esos seis años y siguieran siendo grandes amigos. Escuchó lo que Greg tenía que contarle y accedió a darle no 20.000 libras ni 50.000, sino todo. Así era ese hombre, un santo.

—¿Cómo sabe todo eso, señora Taylor? —indagó Hawthorne.

—Me lo contó Greg por teléfono —contestó mirando a mi compañero a los ojos, al mismo tiempo que metía la mano en el bolsillo y rebuscaba para sacar el móvil y ponerlo en la mesa—. Yo iba en el coche cuando llamó. Los sábados por la tarde llevo a June a danza. Él debió de acordarse, porque me dejó un mensaje en el contestador.

Alargó la mano y pulsó un par de botones. Habíamos visto la cara del fallecido, ahora oiríamos su voz: «Buenas, cariño. Acabo de salir de lo de Richard. Se ha portado de miedo, es increíble. Me ha recibido

en su casa (tendrías que verla, por cierto), y nos hemos tomado un té y... da igual, el caso es que dice que es posible que pueda pagarlo todo. ¡Todo! ¿Te lo puedes creer? Es como si quisiera compensarme por lo que pasó. Le he explicado lo cara que es la operación y eso, pero me ha dicho que por lo visto su empresa tiene precisamente un fondo para este tipo de cosas y... —Se le quebró la voz—. Voy ahora de vuelta a King's Cross. Te llamo cuando esté en el tren, o intenta llamarme tú. Vámonos mañana a cenar fuera. Al Marton Arms. Por fin tenemos algo que celebrar. Luego hablamos, ¿vale? Te quiero».

Un leve clic y luego silencio.

—La policía le hizo una copia del mensaje —dijo Susan—. Yo quiero guardarlo toda la vida. Volvimos a hablar cuando llegó a la estación pero este es el último recuerdo que tengo de su voz. Y me mandó esto...

Le dio la vuelta al móvil para enseñarnos una foto hecha por Gregory Taylor, un *selfie*. Aparecía en una calle que reconocí al instante: era Hornsey Lane, en Highgate. El puente de Hornsey Lane, el que pasa por encima de Archway Road. Estaba sonriendo.

—Es lo único que me consuela —continuó Susan—, que cuando murió, era el hombre más feliz del mundo. Estaba en las nubes. Creía que iba a ponerse bien.

Esas palabras desataron otra idea en mi cabeza. Gregory Taylor no iba a ponerse bien en absoluto, la operación nunca se haría. ¿Sería por eso por lo que habían matado a Pryce? ¿De verdad podía haber sido para evitar que se hiciera ese pago?

Hawthorne parecía estar pensando lo mismo.

—Su marido estaba de buen humor cuando fue a coger el tren de vuelta. ¿Qué cree entonces que pudo pasarle en King's Cross?

—Eso lo tendrán que averiguar ustedes, por algo es su trabajo. Yo no tengo ni idea y la policía se niega a enseñarme las grabaciones del circuito cerrado. Pero dicen que había muchos hinchas del Leeds en el andén, que habían estado bebiendo. —La mujer cogió el móvil como si fuera una reliquia sagrada que contuviera las cenizas del hombre al que quería; por primera vez vi lágrimas en sus ojos—. No quiero ni pensarlo. Y ahora que ya les he contado todo, si no les importa...

Gallivan dio un paso al frente como para acompañarnos a la puerta, pero Hawthorne no parecía querer moverse del sitio.

—Tuvo usted que ir hasta Londres.

—Fui el domingo por la mañana y me encontré con un agente de policía, un tal McCoy. Dave se quedó aquí cuidando de las niñas.

—Fue usted quien identificó el cadáver.

—Sí, por unas fotografías que me enseñaron.

—¿Cuándo volvió?

Solo podía haber una razón por la que Hawthorne estaba

preguntándole eso. ¡Susan Taylor había estado en Londres cuando mataron a Richard Pryce! Pero de ninguna manera podía ella estar implicada, no tenía ningún sentido...

—Me quedé hasta el lunes. Me alojaron en un hotel al lado de la estación. Un sitio horrible... pero se me hizo tarde para coger el último tren.

—¿Qué hizo el domingo por la noche?

—Me fui a cenar por ahí y luego de discotecas. —Resopló—. ¿Qué le parece a usted que hice? Quedarme sola contando las horas hasta poder largarme de allí. —Por ella, nos habría acompañado a la puerta sin perder un segundo, pero Hawthorne no había terminado aún.

—Hay otra cosa, señora Taylor —dijo mi socio, que no intentó disculparse ni nada parecido—. Necesito preguntarle por el Hoyo Sin Fondo.

—De eso le puedo hablar yo —intervino Gallivan.

—Quiero oírlo de la señora Taylor.

—Hace ya seis años de eso.

—Ha dicho usted que Richard Pryce y su marido nunca se echaron la culpa el uno al otro... pero puede que alguien sí los culpara.

La mujer desencajó los ojos.

—¿Por qué dice eso?

—Porque, le guste o no, ambos han muerto en circunstancias extrañas con tan solo poco más de veinticuatro horas de diferencia, señora Taylor, y el Hoyo Sin Fondo parece ser lo único que tenían en común.

Susan Taylor miró de reojo el reloj y le hizo una seña a Gallivan; aunque no le hacía gracia, nos concedería unos minutos más.

—Yo lo único que les puedo contar es lo que me contó Greg a mí, pero supongo que eso es lo que quiere oír. Fue un fin de semana de abril. Ellos dos, Richard Pryce y Charlie Richardson, llegaron desde Londres y se alojaron en el hostal de la estación, allí en Ribblehead. Greg también durmió allí, en otra habitación. Fue gastar tontamente el dinero, porque está a solo veinte minutos de aquí, pero, bueno, así podían beber tranquilamente y esas cosas. Reunión de muchachos, reviviendo los viejos tiempos y todas esas tonterías.

—¿Llegó usted a conocer a Richard Pryce?

—Claro que sí, nos vimos varias veces. No me resultó muy simpático, si le digo la verdad. Demasiada labia para mi gusto. Greg no lo trajo aquí nunca. Creo que le daba vergüenza, por la casa, que es muy cutre, pero salimos a cenar al Marton Arms o algo así. También lo vi en la investigación. Pero no hablamos... esa vez no. Yo no estaba para hablar con nadie.

»El caso es que lo que resolvió la investigación fue exactamente lo

que Greg me había contado a mí. Era abril y hacía buen tiempo. Había habido dos semanas de sol pero ese día las noticias sobre el tiempo daban agua. Se hablaba incluso de posibilidades de tormenta, pero Greg miró las nubes y pensó que sería algo muy localizado, muy lejos de Old Ing Lane, que es por donde empezaron. Greg sabía de esas cosas, nunca se equivocaba. Entraron antes de mediodía y la idea era estar fuera a última hora de la tarde. Eran unas galerías de clase cuatro, no sé si saben del tema. De tres kilómetros y doscientos metros de longitud y muchos largos que atravesar. Bastante traicionera en algunos puntos.

»En fin, la cosa es que cuando estalló la tormenta, les cayó justo encima, y el problema fue que el terreno estaba muy reseco, lo que significaba que el agua entraba más rápido todavía. Supieron casi al momento que corrían peligro y debían decidir si subir hasta un punto más alto o avanzar todo lo rápido que pudieran para conseguir llegar hasta la salida. Los tres apostaron por esto último. Tendrían que enfrentarse a una chimenea, pero después de eso era relativamente fácil... unos cuantos laminadores y gateras. Pero mientras fueran más rápido que el agua, no pasaría nada.

»Así que hicieron eso. Fue una decisión de los tres. Pero, sin saber cómo, con las prisas para salir, Charlie Richardson se descolgó del grupo y se quedó atrás. Los otros dos no se dieron cuenta de que no iba con ellos hasta que llegaron al último tramo, con la salida justo delante. Así que ¿qué podían hacer? Veían ya la luz del día al alcance de la mano. Habría sido una locura volver con el agua corriendo hacia ellos. Lo llamaron a gritos pero fue inútil. Podía haber estado a solo cinco metros pero, entre el ruido del agua y toda la historia, jamás los habría escuchado. El camino por el que habían llegado se había convertido ya en un río caudaloso, con la corriente que iba hacia ellos, pero es lo que llaman una grieta vertical...

—Es alta pero muy estrecha —explicó Gallivan—. Puedes avanzar por encima de la corriente, valiéndote de las caderas y los codos, apoyándote en las paredes.

—Aun así es peligroso —añadió Susan— porque, si te resbalas, te lleva la corriente. Pero los dos se abrieron camino como pudieron, con uñas y dientes, aunque no consiguieron ver a Charlie. —Hizo una pausa, como si no tuviera sentido contar nada más.

—Decidieron que debía de haberse saltado la chimenea y habría seguido recto por la maraña de paso de Drake. Aquello es como un laberinto subterráneo.

—Por el cruce del Espagueti —apuntó Gallivan, el mismo nombre que nos había dicho Davina Richardson.

—No tenían forma de volver hasta allí, así que tuvieron que tomar una segunda decisión, salir para pedir ayuda.

—Subieron hasta la granja de Ing Lane. —Gallivan cogió el relevo de la historia—. El dueño de la granja es Chris Jackson, y sabían que si él no estaba, estaría su mujer. Fueron hasta allí y llamaron a la policía, que contactó conmigo directamente. Yo registré la llamada a las cinco y cinco y avisé al equipo de rescate. A las siete nos encontrábamos en el Hoyo Sin Fondo.

—A mí también me llamó la policía. —Susan levantó la taza de té, pero se le había enfriado, de modo que hizo una mueca y la dejó donde estaba—. Fue entonces cuando supe que había ocurrido algo. Pero hasta el día siguiente no lo encontraron y...

—Ya es suficiente —gruñó Gallivan—. Si quieren saber más, será mejor que lean el dictamen pericial, que es público. Va siendo hora de que se marchen.

—Las niñas están a punto de llegar —explicó Susan, que alargó la mano para coger un pañuelo.

Vi que le temblaba y, cuando levantó la vista, comprendí que estaba llorando.

—Espérenme fuera —nos dijo Gallivan, que se acercó para consolarla.

Hawthorne se puso en pie.

—Gracias por atendernos, señora Taylor. Vamos a averiguar lo que pasó en la estación de King's Cross. Eso se lo prometo.

La mujer le dedicó una mirada torva, casi como si lo culpara a él. En cierto modo, tenía razón: su visita solo había servido para reabrir las heridas y obligarla a revivir una vez más lo ocurrido. Yo asentí pero no dije nada. Salimos de la estancia.

Pero no fuimos directamente a la calle. Asegurándose de no ser visto, Hawthorne atravesó el pasillo y entró en el salón, conmigo a la zaga. La habitación estaba vacía hasta el punto de ser espartana. Aparte de la chimenea y el piano, había un televisor, dos sofás, una mesa de centro con un cactus encima y un par de fotos de familia de épocas más felices. Una puerta cristalera daba al invernadero. El gato se había aovillado en uno de los sofás. Eso era todo, no había más.

—¿Qué es lo que estás buscando, si puede saberse? —le susurré.

—¿Es que no lo ves? —replicó Hawthorne.

Esperé a que prosiguiera, pero nada.

—No —contesté.

Hawthorne meneó la cabeza.

—Te va a morder, colega.

Siempre que se daba cuenta de algo o averiguaba cualquier cosa, me lo ocultaba a conciencia, como si fuera un juego. Es algo muy común en las novelas de misterio, y siempre me saca de quicio, pero sabía perfectamente que no había nada que hacer. Salimos del salón y volvimos a la calle de puntillas. En cuanto estuvimos fuera, se

encendió un cigarro.

—¿De verdad tenías que ser tan duro con ella? —lo recriminé.

Su sorpresa pareció genuina.

—¿He sido duro?

—Se ha agobiado.

—Estaba nerviosa.

¿Nerviosa? A mí no me lo había parecido, yo desde luego no lo había visto así. ¿Y por qué iba a estar nerviosa? Mientras le daba vueltas a todo esto en la cabeza, recordé lo único que yo sabía y Hawthorne probablemente no. Era por haber vivido dieciséis años en Crouch End, y aunque seguramente fuera irrelevante, decidí contárselo. Al menos así podría aportar algo al día.

—¿Sabes la foto esa que nos ha enseñado?

—¿La que le mandó a la mujer?

—Sé dónde la sacó —Hice una pausa dramática—. Es Hornsey Lane, en Highgate. Está a un minuto del Puente de los Suicidas.

—¿El Puente de los Suicidas?

—Todo el mundo llama así al puente de Hornsey Lane. Si hubiera querido suicidarse, podría haber saltado desde allí... Pero lo interesante es que está a solo cinco minutos andando de la casa de Davina Richardson.

Hawthorne asimiló la información.

—Es interesante —concedió—. Pero te diré qué me parece más interesante aún.

—¿El qué?

—La estación de King's Cross. El W. H. Smith. ¿Por qué compraría ese libro?

11 En el pub de la estación

Pensé que volveríamos directamente al hostal después de nuestra visita a Ingleton, pero Hawthorne quiso ir a visitar la entrada del Hoyo Sin Fondo antes de nada. Yo no veía de qué podía servirnos, aunque me limité a dar las gracias por que no sugiriera que alquiláramos un equipo y fuéramos a explorar la cueva. Dave Gallivan nos llevó hasta allí en su Land Rover, que estaba tan destartalado que yo temía que se desmontara en pedazos cada vez que pasábamos por un bache o un guardaganado. Mi socio se montó delante y a mí me dejó atrás, encajado entre garrafas de plástico, cuerdas y mochilas, mirando por las ventanas sucias y salpicadas de barro.

Si las vías del tren habían dividido en dos el campo, aquellas carreteras nos permitieron atravesarlo con más tranquilidad. Todo —las casas y las granjas, los arroyos y los puentes, los bosques y las colinas— parecía incluso más bonito de cerca. Gallivan iba haciéndonos apuntes sobre el paisaje, pero sus observaciones parecían deliberadamente prosaicas, como si le incomodara llevar a un escritor en el coche.

—Ese es el Whernside, el pico más alto. Y aquel es el Ingleborough. Miren allí arriba, ese saliente es de caliza carbonífera. Aquellas ovejas son de la raza Swaledale —dijo señalando un rebaño—. Llevan más de doscientos años pastando en estas tierras.

Sentado a su lado, Hawthorne tenía las mejores vistas, pero una vez más mostró interés nulo, arrellanado en el asiento sin decir nada.

Una pista abrupta surgió entonces de la carretera y la seguimos hasta el glorioso vacío verde de los Dales, para por fin parar ante una verja empotrada en un muro de piedra seca. Aparte del crujido que hacía la grava al pisarla, apenas había más sonidos mientras nos alejábamos del coche, atravesábamos la puerta y continuábamos por otra senda. En Ingleton había hecho mucho sol aquel día, pero el cielo ya empezaba a nublarse en esos momentos, y me dije que debía parecerse a cuando Richard Pryce, Charles Richardson y Gregory Taylor partieron para su última excursión. Aunque todavía estaba bastante despejado, a lo lejos las nubes se apelotonaban y empezaban a arrojar sombras oscuras sobre los campos que solo aclaraban algunos rayos que caían en picado como haces divinos.

Llegamos a un riachuelo que borboteaba alegremente en paralelo a la carretera hasta un saliente de piedra, desde donde caía de pronto en cascada. Era imposible saber la profundidad que tenía, pero parecía continuar hasta las mismísimas entrañas de la tierra. Por delante se

elevaba un cerro con una gruta a modo de boca oscura, rodeada de hiedra y musgo, una imagen que podría parecer salida de un cuento pensado para asustar a los niños. Fue allí donde los tres hombres habían iniciado el descenso, dejando que se los tragara la oscuridad.

—¿Dónde está la salida? —quiso saber Hawthorne.

Gallivan la señaló.

—A tres kilómetros hacia el este, detrás del cerro Drear. ¿Quieren ir?

Hawthorne sacudió la cabeza y se puso a escrutar el horizonte, hasta que distinguió una granja pintada de blanco, aislada y rodeada de pastos.

—¿Quién vive allí?

—El hombre del que le hablé, Chris Jackson. Es la granja de Ing Lane.

—¿Estará allí?

—Podría ser. ¿Quiere hablar con él?

—Si no le importa.

—Como usted vea.

No fuimos andando. Regresamos al coche y atravesamos de nuevo por la verja para continuar por una pista aún más abrupta, por la que las ruedas iban levantando piedras y tierra. Me pregunté si estaríamos pasando por el techo del Hoyo Sin Fondo. Toda aquella excursión se me antojaba un poco inútil. ¿Creía mi socio que había ocurrido algo sospechoso cuando los tres entraron en la cueva? Podía ser un buen sitio para cometer un asesinato, allí en las profundidades. Consideré la posibilidad de que Richard y Gregory hubieran matado a Charles Richardson: podía ser que alguien se hubiera enterado y se hubiera vengado matando a golpes a uno de los asesinos y tirando al otro al tren. Era una suposición bastante razonable. Pero ¿por qué? ¿Y por qué tres antiguos colegas de la universidad que solo se veían de vez en cuando para irse de aventuras en vacaciones acabarían llegando a las manos?

Llegamos a la granja, que estaba a un kilómetro y medio al norte, apoyada como un anciano en la ladera de la colina, con retazos de maquinaria agrícola abandonados y sacos de plástico con pienso apilados por todo alrededor. Una vez más fue Dave Gallivan quien llamó a la puerta, aunque esa vez esperó a que abriera un hombre muy nervudo y delgado con el pelo cano y un bigote desgreñado, en camiseta y vaqueros. Era exmilitar, lo deduje antes incluso de que abriera la boca, por su forma de estar, los tatuajes de los brazos y la dureza de su mirada.

—*¿Jepa?*

No intentaré reproducir aquí el dialecto de Yorkshire (quedaría ridículo sobre el papel), pero eso fue lo primero que dijo mientras nos

examinaba con detenimiento. Gallivan le explicó quiénes éramos y por qué estábamos allí.

—Entonces mejor que pasen.

La puerta de entrada daba directamente a la cocina, que tenía el suelo de piedra y pocas comodidades modernas. Nos sentamos a la mesa. No nos ofreció té.

—Sabía que ese día habría follón —nos contó—. Esa tarde llovió a cántaros y me temí lo peor. Miré por la ventana el riachuelo que corre por ahí detrás. Se pasa la mitad del año más seco que todas las cosas, pero ese día a las cuatro de la tarde bajaba a borbotones. Ese riachuelo es el mejor indicador que puede haber.

—Un indicador meteorológico, quiere decir —apuntó Gallivan—. Hay un montón por los alrededores. Sabes que no tienes que meterte en las cuevas aunque solo haya un reguero de agua.

—Eso le dije yo a Barbara. —Miró hacia la planta de arriba, donde era de suponer que estaba su mujer—. Yo solo me dije que ojalá nadie hubiera sido tan imbécil de meterse ahí abajo. Hasta que, al cabo de una hora, llamaron a la puerta y entraron dos hombres... en unas condiciones lamentables, empapados perdidos, uno con la nariz sangrando. Me costó un par de minutos reconocer a Greg Taylor. Al que iba con él no lo conocía. Y, bueno, eso, me contaron lo que había pasado en el Hoyo Sin Fondo, y que habían intentado volver hacia atrás para encontrar al amigo y estaban preocupadísimos. Le dije a Barbara que les preparara algo de beber mientras yo llamaba a la policía.

—¿Alguno dijo algo más mientras estuvieron aquí? —preguntó Hawthorne.

—Dijeron muchas cosas pero ninguna coherente. Seguía lloviendo bastante y estuvimos esperando a que llegara el equipo de rescate en cueva. Eso sí, les diré una cosa. Greg era el que estaba más hecho polvo. El otro estaba callado, ahí sentado como si hubiera visto un fantasma o algo parecido. Pero ¿Greg? «Ha sido culpa mía.» Eso decía. «Ha sido culpa mía, culpa mía.» No paró de repetirlo, no había manera de callarlo.

—¿Y qué pasó luego?

—Vino un coche patrulla y se los llevó. Para entonces Dave y su equipo estaban haciendo lo que podían, aunque ya era demasiado tarde. La última vez que vi a Greg estaba mirando por la ventana como un muerto, y eso que no fue él quien murió ese día.

—Ahora sí que está muerto —murmuró Gallivan.

—Ya, ya me he enterado. ¿Quién sabe? Quizá le había llegado la hora... Al final nos pilla a todos.

Esa noche cenamos en el pub de la estación, en un salón acogedor de techos bajos y vigas relucientes. Habían instalado un raíl de vía por

el suelo, en paralelo a la barra, a modo de reposapiés. Seguramente se ponía de bote en bote en verano, pero esa noche estaba muy tranquilo. En una esquina había una tragaperras enorme que parecía un invasor alienígena, parpadeando y destellando, pese a que nadie jugaba. Un labrador bien orondo dormitaba en su cesta.

Hawthorne había invitado a Gallivan a cenar con nosotros y estábamos los tres en una mesa al lado de la ventana, con vistas a otro viaducto, el primo hermano del que habíamos visto en Ingleton. Nos habían servido unas raciones gigantes de pudin de ternera e hígado, que Hawthorne se comió con cautela, como si recelara del contenido. Gallivan y yo nos tomamos unas pintas de *bitter* de Yorkshire. Mi socio, como siempre, pidió agua.

Estuvimos hablando un rato de todo y de nada —turismo, espeleología, cotilleos locales—, pero solo podía haber una razón por la que Hawthorne había invitado a Gallivan, y era porque había algo que quería saber, y, por supuesto, no tardó en abalanzarse sobre su presa.

—Bueno, a lo mejor podrías contarnos qué estás ocultando, Dave —le dijo a quemarropa.

—No sé de qué habla. —Gallivan se quedó parado, con el tenedor a medio camino de la boca.

—Cuando estuvimos en casa de Susan Taylor, dejaste caer que tú participaste en la investigación pericial.

—Sí, así es.

—Les dijiste que no había nada sospechoso, que nadie tuvo culpa de nada.

—Y era verdad.

—¿Seguro? —Al ver que Gallivan no decía nada, Hawthorne insistió—: Antes, con la mujer de Greg te he notado incómodo y ahora igual. No me he pasado veinte años en la policía para no saber cuándo me mienten. ¿Qué es lo que no nos estás contando?

—Yo no...

—Han muerto dos personas, Dave. Tu colega Greg ha acabado debajo de un tren y a la última persona a la que vio la mataron a golpes veinticuatro horas después. Ambas muertes podrían estar relacionadas con lo que pasó aquí y tengo que saberlo.

—¡Vale, está bien! —Gallivan bajó el tenedor; le salían chispas por los ojos—. No he querido mencionarlo delante de ella, y tampoco tengo claro que quiera hacerlo ahora. No hay pruebas, nada, es solo una sensación.

—Cuéntanos.

—A ver, Charlie Richardson tal vez no fuera espeleólogo profesional, pero sí tenía experiencia y sabía lo que se hacía. Así que nunca comprendí por qué hizo semejante estupidez. La cuestión,

simple y llanamente, es que no había razones para que muriese.

En cuanto empezó a hablar, la comida cayó en el olvido. Fue como si hubiera estado esperando para contar su versión de los hechos desde que ocurrió el accidente. Los ojos se le fueron ensombreciendo al hacer memoria.

—Vale. Gregory Taylor va en cabeza, le sigue Richard Pryce y Charlie Richardson va cerrando la fila. Por supuesto, todavía no lo saben pero fuera ha estado lloviendo a mares. Cuando se dan cuenta de lo que está pasando ya es demasiado tarde. Se ha formado un pulso de inundación y se dirige hacia ellos.

—¿Y cómo iban a saberlo si no lo estaban viendo? —pregunté.

—Porque se oye. Es una especie de estruendo y un murmullo... El peor sonido del mundo, te rodea por entero, cada vez más y más fuerte. Y ellos no tardan en sentirlo. La lluvia se cuela por las paredes y supura por las grietas y por las estalactitas. —Me dio por caso perdido, molesto, y volvió a hablarle a Hawthorne—. Tienen que tomar una decisión rápido, les quedan diez minutos de margen, un cuarto de hora como mucho. Así que deciden seguir adelante y, como saben, Richardson pasa de largo el paso de Drake (es el nombre de esa chimenea), y llega hasta el cruce del Espagueti. No es tan raro pasártelo de largo, sobre todo si vas con prisa, pero lo que no entiendo es lo siguiente. —Tamborileó con un dedo en la mesa, para enfatizar su tesis—. Una vez que llegó allí, ¿por qué no se quedó donde estaba? Podría haber encontrado un punto más alto en el que permanecer hasta que pasara toda el agua. Lo peor que podía haberle ocurrido habría sido quedarse allí en la oscuridad esperando a que lo encontráramos.

—A lo mejor sufrió un ataque de pánico —sugerí.

Pero Gallivan sacudió la cabeza.

—Un espeleólogo experimentado no se deja vencer por el pánico. Tiene aguante de sobra para eso y más. Además, llevaba una saca de seguridad. —Nos lo explicó antes de que pudiéramos preguntarle—: Está hecha de tela impermeable y te la echas por la cabeza y te quedas metido ahí dentro. Mantiene el calor mientras esperas a que te rescaten. Pero Charlie se las arregló para que lo matara.

—¿Y eso? —quiso saber Hawthorne.

—Así fue como se quedó atrapado. Tenía la saca de seguridad colgada del arnés con una cuerda corta y se le quedó enganchada en la chimenea al caerse. ¿Entienden lo que les digo? —Hizo una forma con las manos, un tubo estrecho hacia abajo—. Dejó atrás el cruce del Espagueti y consiguió volver hasta el paso de Drake. Pero se cayó mientras intentaba alcanzar a los otros y se le enganchó la saca. Se quedó colgando de la cuerda con todo su peso y no pudo hacer nada. No tenía apoyos para volver a subir sin sus amigos allí para ayudarlo.

El muy desgraciado no llevaba navaja, así que no se pudo cortar la cuerda y se quedó allí colgando. Cuando llegó el agua, se ahogó. —Hizo una pausa—. Y así me lo encontré yo. A lo mejor tuvo suerte y perdió el sentido con la caída..., habría sido menos cruel.

—¿Habló alguna vez de todo esto con Gregory Taylor? —indagó Hawthorne.

—Claro que lo hablé. Más allá de que fuéramos colegas, era mi deber como el responsable de turno. Pero él no presenció la muerte de Richardson. Se había adelantado con Pryce. ¿Qué le pasó por la cabeza a Charlie en esos momentos? Eso ya no puedo saberlo...

—¿Y por qué no esperaron los tres en el cruce del Espagueti, si dice que era más seguro?

—A lo mejor deberían haberlo hecho, pero Greg me dijo que temía que, una vez dentro, no supieran encontrar la salida. Y en eso le doy la razón, yo me he metido allí y es una pesadilla del infierno. —Gallivan suspiró—. De todas formas, es muy fácil ver las cosas a posteriori. Ellos oyeron venir el agua y quisieron salir a toda costa. Puede que yo hubiera tomado la misma decisión de haber estado en su lugar.

Se hizo un silencio prolongado. Me di cuenta entonces de que yo era el único que seguía comiendo, así que dejé los cubiertos en el plato.

—Hay otra cosa que tal vez les interese saber —añadió Gallivan —. Greg me llamó desde Londres el día de su muerte.

—¿El sábado?

—Sí, eso, el sábado por la tarde. Iba camino de la estación. Me dijo que quería hablar conmigo sobre el Hoyo Sin Fondo... sobre lo que pasó.

—¿Te lo dijo así, con esas mismas palabras?

—Sí, tal cual. Me dijo que había estado pensando en el tema y que había algo que quería confesarme. Quedamos en vernos aquí, en este mismo pub, el lunes por la tarde noche, a las siete.

—Pero nunca volvió.

—Se cayó a la vía del tren y ahí acabó la cosa.

Viví entonces un momento de claridad que me sobrevino igual que debió de llegar el agua torrencialmente al Hoyo Sin Fondo. De pronto lo vi claro: Gregory Taylor sabía una cosa que nadie más sabía, debió de pasar algo justo antes del accidente que le había costado la vida. Quiso contárselo a Dave Gallivan, pero lo mataron antes de poder regresar a casa.

Había sido un asesinato. Y el móvil era aquel.

Más tarde, cuando Gallivan ya se había marchado, compartí mis elucubraciones con Hawthorne pero, para mi fastidio, no pareció muy convencido.

—A mí no me cuadra del todo, colega. Si llamó cuando iba camino de la estación y alguien lo oyó, tendría que haber estado con él y, según su mujer, estaba solo.

—A lo mejor quedó con alguien en Londres. —Medité sobre la secuencia de los hechos—. Con Davina Richardson, por ejemplo. Sabemos que estuvo cerca de su casa.

—¿Y qué? ¿Tú te la imaginas a ella siguiéndolo hasta la estación de King's Cross para empujarlo a las vías?

—¿Por qué no? Si culpaba a Richard Pryce y a Gregory Taylor de la muerte de su marido, podía haberlos matado a los dos.

—Pero es que no los culpaba. A Pryce le había perdonado y a Taylor llevaba seis años sin verlo. Ni siquiera sabemos si lo vio el día de su muerte.

—Pero es de suponer que se lo vas a preguntar.

Hawthorne me dedicó su sonrisa más razonable.

—Claro que se lo voy a preguntar. A ti te cayó bien, ¿verdad?

—Me pareció buena gente.

—¡Y tiene un hijo que leía tus libros!

—No como el tuyo, sí...

Esa misma noche se produjo otro acontecimiento peculiar. No alargamos mucho la velada porque al día siguiente teníamos que levantarnos a las siete de la mañana, y estábamos a punto de subir a nuestras habitaciones cuando un hombre entró en el pub. Tendría treinta y tantos años, casi cuarenta, el pelo claro, bajo y bastante delgado, vestido con vaqueros y sudadera. Lo vi titubear y luego se acercó, ante lo cual di por hecho que me había reconocido y venía para decirme algo sobre mis libros.

Resultó, en cambio, que a quien creyó reconocer fue a Hawthorne.

—¡Billy! —Sonó a medio camino entre la afirmación y la pregunta.

Mi compañero levantó la vista pero no dio muestras de reconocerlo y el hombre empezó a dudar de sí mismo.

—Soy yo, Mike, Mike Carlyle.

—Lo siento, colega —Hawthorne sacudió la cabeza—, pero ni me llamo Billy ni conozco a ningún Mike Carlyle.

El hombre se quedó sin saber qué decir; había reconocido la cara y le había parecido que también la voz cuadraba.

—¿No ha vivido en Reeth?

—No, no sé de qué me habla. Yo vengo de Londres y en mi vida he estado en un sitio que se llame así.

—Pero... —El hombre quiso insistir, pero Hawthorne no solo se había mostrado tajante, sino también casi hostil—. Perdone entonces —tartamudeó sin dejar de mirar fijamente a mi socio, como si no

lograra convencerse para irse.

Hawthorne cogió el vaso de agua y le dijo:

—No pasa nada. —Oí la frialdad en su voz y la vi también en su mirada.

—Perdón.

El hombre captó el mensaje, y no se limitó a hacerse un lado: si había ido a tomarse una pinta, debió de cambiar de opinión porque se fue por donde había venido.

—Me voy a la cama —me dijo Hawthorne.

Quise preguntarle por lo que acababa de pasar. ¿En otros tiempos lo llamaban William o Billy, o había sido simplemente un caso de confusión de identidades? Esas cosas pasan. Pero, sin saber muy bien por qué, me convencí de que allí había más miga y de que Mike Carlyle estaba, de una u otra forma, relacionado con el extraño humor en que había estado instalado Hawthorne todo el día.

Mi socio se fue sin mediar palabra y no mencionó el episodio ni cuando bajamos a desayunar al día siguiente ni en el tren de vuelta a Londres.

12 El haiku

Me di cuenta de que seguía habiendo problemas en cuanto entré en la sede de la productora de *Foyle's War* ese mismo día por la tarde. Teléfonos que no paraban de sonar, impresoras que escupían papeleo fresco, contables que miraban a las pantallas de sus ordenadores con cara de desesperación, *runners* corriendo de aquí para allí como si les persiguieran, una sensación de pánico controlado por los pelos... Hasta ahí era todo de lo más normal. Lo que me preocupó fue el silencio y la forma en que todo el mundo me rehuyó la mirada al atravesar la oficina camino del despacho de Jill.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Mi mujer estaba de pie al lado de la mesa (nunca se sienta), terminando de hablar por teléfono, consultando el correo y dictándole una nota a su ayudante, las tres cosas al mismo tiempo. Como suele decirme, solo las mujeres son capaces de hacer varias cosas a la vez.

—Nada de lo que debas preocuparte.

—No, venga, cuéntamelo.

—Hemos perdido una localización.

—¿Cuál?

—La de la persecución. Entera. —Era una escena de acción, algo poco habitual en la serie, en la que un asesino a sueldo ruso corre tras los pasos de Foyle y Sam—. La policía nos ha retirado el permiso —prosiguió—. Y no quieren darnos ni una razón decente.

—¿Qué es lo que han dicho? —pregunté con una sensación desagradable en la boca del estómago.

—No lo sé, algo sobre un caso de homicidio. A mí me suena a invento. Dicen que han asesinado a alguien y que han tenido que acordonar un montón de calles. No hay nada que hacer, no nos dejan rodar allí.

Cara Grunshaw... Tenía que haber sido ella. La mención del caso de homicidio fue como un tiro directo a la barriga. No me atreví a decirle nada a Jill y me limité a esconderme tras mi mesa, que estaba encajonada en un rincón. Seguía teniendo en el bolsillo la tarjeta de visita que me había dado la inspectora. La saqué y me quedé mirándola un rato, hasta que cogí el teléfono y marqué su número. Dio señal dos veces antes de que respondiera. Había tenido la esperanza de que me saltara directamente el buzón de voz.

—¿Sí? —Tenía voz cortante, casi despiadada.

—Soy Anthony...

—Ya sé quién eres. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Ha sido usted quien ha paralizado el rodaje de nuestro equipo de producción en Hackney?

Hubo una pausa breve, una inhalación, y luego...

—¿Para eso me llamas? ¿Quién coño te crees que eres?

—¡La llamo para darle información! —la corté rápidamente: no me apetecía nada que se pusiera a chillarme.

—¿De qué información hablas? —Era una voz totalmente incorpórea, y no solo por el teléfono; no parecía vinculada con ser humano alguno.

—Acabamos de volver de Yorkshire... Hawthorne y yo. Es posible que el asesinato de Pryce esté relacionado con un accidente de espeleología que tuvo lugar hace seis años.

Me sentí fatal por traicionar a Hawthorne pero, si tenía que escoger entre Jill y él, ¿qué otra cosa podía hacer? La producción era prioritaria. Con todo, incluso mientras lo decía, elegí las palabras con sumo cuidado, dispuesto a no revelar más de la cuenta.

—Lo del accidente ya lo sabemos. —Lo dijo en un tono monótono, hastiado, pero dudé de su veracidad: a Ingleton no podía haber ido antes que nosotros, porque Susan Taylor nos lo habría contado.

—El sábado un hombre llamado Gregory Taylor se cayó a las vías del tren, el día antes del asesinato de Richard Pryce —proseguí—. Hawthorne cree que sabía algo sobre lo ocurrido y que tal vez lo empujaron... alguien que no quería que hablase.

Eso no era del todo cierto, sino mi teoría, y aunque mi socio no la había descartado de plano, desde luego tampoco la había aceptado como válida. Me pareció que era un caramelo bastante decente con el que distraer a Grunshaw. Si decidía contrastar la información, seguramente descubriría que habíamos quedado en volver a ver a Davina Richardson esa misma tarde.

—Gregory Taylor no tiene una puta mierda que ver con el caso —sentenció Grunshaw.

Detestaba esa manía suya de decir palabrotas sin parar. Hawthorne era casi igual de malhablado, pero ella hacía que sonasen más feas y más insidiosas.

—¿Por qué dice eso?

—¡Tú no eres el que hace las putas preguntas aquí! Y aunque las hagas, no esperes que te las conteste. ¿Hawthorne sigue en Yorkshire?

—No, estuvimos ayer.

—Está perdiendo el tiempo. ¿Qué más me puedes contar?

Intenté recordar todo lo que había pasado, en busca de algo inocuo.

—La semana antes del asesinato se coló alguien en la oficina de Adrian Lockwood. Puede que esté relacionado.

—Eso también lo sabemos. —No necesitaba ver su cara de asco, se lo oía en la voz—. No vuelvas a llamarme hasta que tengas algo que merezca la pena.

—Alguien ha paralizado la grabación... —volví a probar.

Pero no pensaba hacerme el más mínimo caso, y la comunicación se interrumpió.

Me quedé un rato sin hacer gran cosa. Después de la conversación con Grunshaw no conseguía concentrarme en mi trabajo. Pero poco a poco tomé una resolución. Al pensar en esa mujer y en cómo estaba tratándome, me convencí más que nunca de que debía resolver yo solo el caso. De hecho, Hawthorne me trataba casi igual de mal que ella, y pensé en lo satisfactorio que sería hacerles un corte de manga a los dos y averiguar yo quién era el asesino. Sin duda así me los quitaría a los dos de encima.

Ignorando el trajín que me rodeaba, abrí el portátil y me dediqué a pasar tranquilamente al ordenador las notas de los encuentros de Yorkshire. Saqué copias en papel con la impresora de la oficina y dispuse las páginas sobre la mesa, capítulo a capítulo, para poder leer en orden todo lo ocurrido, hasta el momento en que me encontraba, con la esperanza de ser capaz de deducir cuál era el siguiente paso.

La primera pregunta: ¿estábamos ante uno o dos asesinatos? ¿A Gregory Taylor lo habían tirado a las vías, se había caído... o había saltado?

Si lo habían asesinado, ambas muertes tenían que estar relacionadas sí o sí. Hawthorne lo había dicho cuando interrogamos a Susan Taylor: «Porque, le guste o no, ambos han muerto en circunstancias extrañas con tan solo poco más de veinticuatro horas de diferencia, señora Taylor. Y el Hoyo Sin Fondo parece ser lo único que tenían en común». Lo tenía anotado así, palabra por palabra, en mi libreta. Me había dicho prácticamente lo mismo a las puertas de la parada de Euston: «No ha sido una casualidad». De modo que si Richard Pryce y Gregory Taylor habían sido los objetivos, entonces todo se remontaba al accidente y sin duda tenía que haberlo asesinado una de las viudas: Davina Richardson o Susan Taylor. Las dos habían estado en Londres el día de autos, aunque Davina tenía coartada; había estado con Adrian Lockwood en torno a la hora en que se había producido el asesinato.

Y luego estaba la extraordinaria revelación de Dave Gallivan: «Me dijo que quería hablar conmigo sobre el Hoyo Sin Fondo... sobre lo que pasó». Pero si habían matado a Taylor para silenciarlo, ¿no descartaba eso a Davina y a Susan? ¿Podía haber otra persona involucrada —Chris Jackson, por ejemplo, el granjero que conocimos en Yorkshire, o alguien que participara en lo sucedido—, alguien que quisiera impedirle hablar a toda costa?

Volvíamos, sin embargo, a lo mismo, a que también era posible que toda aquella película, el accidente en el Hoyo Sin Fondo, no tuviera absolutamente nada que ver. La idea era preocupante. ¿Iba a acabar escribiendo dos o tres capítulos —la visita a Ribblehead, la cena en el pub de la estación y todo lo demás— cuando en realidad no era más que una pista falsa como un camión y una pérdida absoluta de tiempo? Hawthorne prácticamente lo había sugerido así antes de subir al tren de vuelta a Londres. «A mí no me cuadra del todo, colega.» Y si ignoraba toda la secuencia de Yorkshire, ¿qué me quedaba?

Richard Pryce, un abogado de familia acaudalado, al que habían asesinado en su propia casa. Apenas unos días antes Akira Anno, una mujer a la que él se había propuesto humillar, había amenazado con estrellarle una botella en la cabeza, justo como había muerto. «¡Entonces lo mató ella!» Eso se lo había dicho yo a Hawthorne cuando me había hecho el primer resumen del caso, y en su momento me pareció una conclusión ineludible. ¿De veras había estado en una casa de campo perdida cerca de Lyndhurst la noche del domingo? Mi socio parecía dudarlo. ¿Y qué pasaba con la fuente de ingresos secreta que Oliver Masefield había insinuado y que Richard había estado investigando?

Y luego estaba el exmarido, Adrian Lockwood. Por lo que yo podía deducir, no tenía razones para matar a su abogado: Pryce le había conseguido el divorcio que quería; de hecho, se lo había agradecido con una botella de vino muy cara. Era imposible que Lockwood hubiera cometido el crimen, al menos solo. Había estado con Davina hasta justo las ocho pasadas. El vecino de Pryce, el antipático señor Fairchild, había visto que alguien se acercó a la casa («con una linterna en la mano») sobre las ocho menos cinco de la tarde... y luego estaba la hora en que el abogado había llamado a su socio; era imposible que hubiera podido llegar a tiempo.

Decidí ignorarlo y centrarme en Stephen Spencer, el marido de Richard. Era casi seguro que había mentido al decir que había ido a Frinton a ver a su madre enferma, y aquello hizo que me preguntara por qué nadie es capaz de decir la verdad cuando se produce un asesinato. Cabría pensar que la gente se desharía por cooperar... pero no, nada más lejos. Era casi como si estuvieran deseando hacer cola para ser sospechosos. Entonces ¿dónde estaba? ¿Con otro hombre... o con una mujer? Richard Pryce había estado hablando en los últimos tiempos sobre su testamento. ¿Era posible que Stephen hubiera descubierto que pensaba excluirlo?

Pensé entonces en Davina Richardson. Ella nos contó que había perdonado a Richard Pryce por su papel en la muerte de su marido, y yo la creía. Había aceptado su dinero y le había permitido ser como

un segundo padre para su hijo. Parecía haber conseguido a muchos de sus clientes a través de él, estaba redecorando su casa. ¿Era posible que estuviera alimentando un odio secreto hacia Richard y, en tal caso, por qué? Nadie había sugerido nunca que él fuera responsable de lo ocurrido en el Hoyo Sin Fondo; más bien al contrario. «Ha sido culpa mía», había dicho Gregory Taylor, en repetidas ocasiones, cuando llegaron a la granja de Ing Lane. Si ella tenía alguna cuenta pendiente, era con él.

Por último, estaba el hombre de las gafas azules y del sarpullido o lo que fuera que tuviese en la cara, el que se había colado en la oficina de Adrian Lockwood. Yo seguía sin tener ni idea de quién era, pero parecía probable que fuera el mismo que Richard Pryce le había mencionado a Colin Richardson, el hijo de Davina. «Le pasaba algo en la cara.» Según el crío, Pryce llevaba un tiempo preocupado por lo de aquel hombre misterioso. ¿Y si trabajaba para Akira Anno? Ella sabía que tanto Adrian como Pryce estaban investigándola. Podía haberlo contratado para averiguar qué sabían.

Cuando volví a mirar el reloj, habían pasado dos horas y seguía igual de lejos de la verdad. Había notas y garabatos por doquier: es curioso cómo la superficie de mi mesa siempre refleja mi estado mental. En esos momentos era un caos. Levanté una página en alto y leí: «¿Qué haces tú aquí? Es tarde ya». Las últimas palabras de Richard Pryce, según su marido Stephen Spencer, que las había escuchado por teléfono. Pero cuando lo dijo eran solo las ocho en punto, de modo que quienquiera que se presentara en la puerta había llegado demasiado tarde también en otro sentido.

Saqué un bolígrafo rojo y subrayé las palabras que se habían dicho. Sabía que eran importantes, por mucho que no lograra deducir por qué.

Hawthorne no había llegado cuando me presenté en casa de Davina Richardson, aunque eran solo las cinco menos diez; me había adelantado unos minutos y estaba en la calle mirando a ver si venía cuando se abrió la puerta de entrada y la dueña de la casa apareció en los escalones y me dijo que pasara.

—Lo he visto por la ventana —me explicó—. ¿Está esperando a su amigo?

—No es exactamente mi amigo —dije.

—Como dijo que estaba escribiendo un libro sobre él... ¿Significa eso que voy a salir yo también?

—Si no quiere, no.

Sonrió.

—A mí no me importa. ¿Por qué no pasa?

Estaba otra vez lloviznando... el tiempo infernal del otoño. Como no parecía tener mucho sentido quedarme en la puerta, la seguí por el

pasillo atestado de cosas hasta la cocina, que daba a la parte de atrás. Olía a tabaco por doquier; yo dejé de fumar hace treinta años pero, hasta cuando fumaba, nunca lo hacía en casa, y me pregunté cómo podía alguien vivir así. Me senté a la mesa de la cocina y me fijé entonces en que había estado leyendo *Doscientos haikus*, de Akira Anno. Había un ejemplar que parecía recién comprado y estaba bocabajo en la mesa, con las páginas abiertas en abanico.

—¿Va a querer un té?

—No, gracias, por mí no hace falta.

—Acaba de saltar el hervidor. —Puso un plato de galletas de chocolate digestivas en la mesa—. Yo en realidad no debería comer estas cosas, pero a mi hijo le encantan y ya se sabe, en cuanto abres el paquete...

—¿Y Colin? —le pregunté.

—Está con un amigo, haciendo los deberes.

Le dio un mordisco a una galleta. Cuando me fui, ya se habría comido unas cuatro o cinco. Llevaba un jersey de moer holgado, aunque no me pareció que lo hubiera escogido para disimular su silueta. Pese a sus muchas disculpas, no daba la impresión de ser una mujer muy tímida que dijéramos. Estaba muy a gusto con la persona que era y con lo que era. Yo seguía sin tener claro si había estado teniendo una aventura con Adrian Lockwood pero, dado el caso, me parecía que él hacía mejor pareja con ella que Akira Anno. Cuidaría de Adrian igual que hacía con Colin —combinando la mano dura con los mimos—, pero, al fin y al cabo, haría todo lo posible por hacerlo feliz.

—¿Conoce usted mucho a Adrian Lockwood? —le pregunté.

Se quedó a mitad de mordisco.

—Creía que ya se lo había contado cuando vinieron el otro día. Me lo presentaron como un cliente potencial, pero se ha convertido en un amigo o algo parecido. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada en concreto.

—Echo de menos tener un hombre en casa. —Su nostalgia parecía real—. Sé que no debería decir estas cosas en los tiempos que corren, ni a mi edad, pero sin un hombre soy un auténtico desastre. Echo de menos a Charlie a todas horas. Nunca consigo hacer nada bien. Ni siquiera se me meten en la cabeza los botones del mando de la tele. Aparcar el coche me supone una pesadilla, y eso que solo tengo un Toyota Prius, que no es muy grande que digamos. Se me olvida retrasar la hora y me levanto una hora antes o después o lo que sea. Me da una pereza tremenda sacar la basura, y ¡pruebe usted a poner solo la funda del nórdico! —Suspiró—. Adrian nunca fue feliz con Akira. No es que me lo haya dicho con esas palabras, pero eso se nota. Las mujeres vemos esas cosas, siempre sabemos cuándo algo huele a

chamusquina.

Mientras hablaba, yo estaba nervioso, pendiente de oír si llegaba Hawthorne. Seguramente no iba a hacerle gracia que hubiera entrado sin él. No le gustaba nada que yo hiciera preguntas incluso cuando él estaba presente, y desde luego yo tampoco quería decir nada que pudiera comprometer su investigación, y menos después de lo que pasó con nuestro anterior caso. Miré entonces el libro que había en la mesa y le pregunté, para hacer tiempo:

—¿Lo está leyendo?

—Ah, sí. Me lo regaló una persona que sabía que era amiga de Adrian. —Lo señaló con un gesto vago—. Si le soy sincera, no entiendo nada. Esa mujer es demasiado inteligente para mí.

Lo cogí. Como muchos libros de poesía, *Doscientos haikus* era un volumen muy fino —unas cuarenta páginas como mucho— y costaba quince libras, que no era barato... aunque supongo que es justo; la poesía tiene unas ventas limitadas y es muy raro encontrarse un poemario con la pegatina de oferta a mitad de precio en la mesa de novedades de Waterstones, por ejemplo. Estaba editado en rústica y en la portada tenía un pequeño detalle sacado de una xilografía, de Hokusai, me pareció. Los haikus estaban dispuestos en grupos de cuatro o cinco sobre un papel de muy buena calidad. En la contra había una fotografía en blanco y negro de Akira Anno. No sonreía.

Yo había aprendido lo que eran los haikus cuando iba al colegio; nunca fui un niño que destacase especialmente en los estudios y recuerdo que me gustaban porque eran muy cortos. Fue Matsúo Basho, en el siglo XVII, quien popularizó el género. «El estanque antiguo/ salta una rana,/ el ruido del agua.»[2] Es uno de los pocos poemas que todavía soy capaz de recitar entero de memoria, aunque el original japonés tiene cinco sílabas en el primer verso, siete en el segundo y otros cinco en el tercero. Ahí está la gracia.

Le eché un vistazo a la obra de Akira, que estaba en inglés, aunque impresos en caracteres negros curvos que imitaban la caligrafía japonesa. El libro estaba abierto por los haikus 95 a 100 (todos tenían su número pero nada de título). Siguiendo un impulso, volví la hoja y mis ojos se vieron atraídos en el acto por el haiku 101, el primero de la página.

Jadeas en mí,
muerte es la sentencia.
Pleito es tu idioma.
101.

El número pintado en la pared junto al cadáver de Richard Pryce.

Empezó a darme vueltas la cabeza. No daba crédito a lo que veían mis ojos: Akira Anno no solo había amenazado con matar a Pryce, sino que había escrito sobre el tema en un libro de poesía. No, no estaba siendo justo. Había escrito un poema sobre la naturaleza del asesinato... si es que era eso lo que significaba el haiku, porque no lo tenía del todo claro. Pero las palabras tenían que estar relacionadas con lo ocurrido en aquella habitación. El número no podía ser una señal más evidente.

Aunque, si había sido ella la que había matado a Richard Pryce, ¿por qué dejar una pista que la incriminaba tan descaradamente? Y si ella no había pintado el número, ¿quién lo había hecho y por qué? Quise preguntarle a Davina si había leído el haiku en cuestión, pero me miraba con total inocencia, preguntándose por qué estaba tan pasmado.

El timbre, sin embargo, sonó en ese preciso instante y comprendí que mi socio había llegado. Fue un alivio, uno de esos pocos momentos en que realmente tengo ganas de verlo. Él podría encargarse de Davina y preguntarle lo que hubiera que preguntarle, y cuando nos fuéramos él deduciría qué significaba lo que yo acababa de descubrir.

—¡Será su amigo!

—Sí. —Volvió a sonar el timbre—. Voy a abrir.

Davina pareció recelar de dejarme a solas, pero se levantó y salió de la habitación arrastrando los pies.

Volví a leer el haiku tres veces más, mientras hacía todo tipo de elucubraciones en mi cabeza. Entre tanto oí la voz de Davina en la entrada, explicándole a Hawthorne que yo ya había llegado, y no me extrañó en absoluto cuando al cabo de un momento este apareció y me fulminó con la mirada desde la puerta.

—Has llegado muy pronto. —No era una afirmación, era una acusación.

—Estaba esperando fuera... —empecé a decir.

—Lo he visto y le he dicho que pasara —intervino Davina en mi rescate.

—Estábamos charlando sin más —intenté tranquilizarlo—. La señora Richardson estaba enseñándome este libro de poesía.

Mi socio no cejó en su recelo. Se sentó y dobló su perenne gabardina sobre el brazo del sofá. Davina le ofreció té, pero no quiso y entró directamente en materia, para compensar por el tiempo perdido.

—¿Por casualidad vio usted a Gregory Taylor el pasado fin de semana? ¿A última hora de la tarde quizá?

—¿A quién? —Parecía perpleja.

—Al hombre que iba de espeleología con su marido.

—Ya sé quién es, ¿cómo no voy a saber quién es? Pero ¿por qué

me pregunta por él?

—No querría causarle más dolor, señora Richardson, pero murió el pasado sábado... un día antes del asesinato de Richard Pryce.

Más que compungida, pareció asombrada.

—¿Que Gregory ha muerto?

—Se cayó a las vías del tren —dije, y al instante deseé no haberlo hecho, pues me gané otra mirada torva de mi socio.

—¿No lo ha visto en los periódicos?

—Es que yo no leo la prensa. Lo pintan todo tan negro... A veces veo el telediario, pero no dijeron nada. Aunque, bueno, seguramente eso no lo sacaron, ¿verdad? Un hombre que se cae a las vías del tren...

—Yo no tengo del todo claro que se cayera.

Hawthorne estaba sentado muy recto, con las piernas separadas, mientras la miraba con lo que podía pasar por una sonrisa compasiva. Entre su corte de pelo, tan corto por las orejas, y su traje negro con corbata, conseguía parecer inocente a la par que agresivo.

—¿Cómo? No entiendo...

—¿No estuvo aquí?

—No, ya se lo he dicho. Y además yo no estaba. Salí a las cuatro y media. No, a las tres y media, quiero decir. No sé ni lo que digo... ¡me lío con todo! Eran las tres y media y fui a Brent Cross, con Colin. Crece tan rápido que he tenido que comprarle otra equipación de fútbol. ¿Qué le hace creer que Gregory pudo venir aquí?

—Una de las últimas cosas que hizo antes de morir fue mandarle un *selfie* a su mujer desde Hornsey Lane.

—Eso queda bastante cerca —admitió—. No tengo ni idea de qué estaría haciendo por aquí. Por lo que yo sé, seguía viviendo en Yorkshire. —Sacudió la cabeza—. Llevaba seis años sin verlo y no sabía nada de él. Me mandó una carta después de la investigación, dándome el pésame, pero aparte de eso no hemos tenido más contacto y, si le soy sincera, no sé si le habría dejado entrar en mi casa. Ya se lo dije, que Richard no tuvo la culpa de lo que pasó ese día, cuando murió Charlie, pero en teoría Gregory Taylor era el que estaba al cargo. Fue él quien decidió seguir adelante a pesar de que se preveían lluvias. No creo que hubiera tenido nada que decirle a ese hombre.

—Entonces ¿qué estaría haciendo en Hornsey Lane?

—No tengo ni idea. Siento si han desperdiciado su tiempo viniendo aquí hoy. Se lo podría haber dicho por teléfono, que yo no lo vi.

No había sido ninguna pérdida de tiempo; estaba deseando contarle lo del haiku a Hawthorne, que cogió entonces la gabardina y se puso en pie.

—Gracias por atendernos —dijo, pero, luego, como si acabara de recordarlo—: Siento preguntarle esto, señora Richardson, pero

necesito que me lo diga: ¿cuál es exactamente la naturaleza de su relación con Adrian Lockwood?

La mujer se puso colorada, como en nuestra primera visita, aunque esa vez fue más por rabia que por vergüenza.

—La verdad es que no veo que sea de su incumbencia, señor Hawthorne. Adrian es un cliente que se ha convertido en un amigo. Un buen amigo. Intenté apoyarlo. Todo el proceso de divorcio lo tenía muy estresado, con lo enfadado que estaba con Richard. Venía aquí a desahogarse. Eso es todo, de verdad. Me veía como a alguien en quien podía confiar.

—¿Por qué estaba enfadado con Richard Pryce?

—¿Eso he dicho? No he querido decir eso. Estaba enfadado con toda la historia en general..., con lo mucho que tardaron en resolverlo... Akira... Sabía que se había equivocado casándose con ella y... Eso tendrá que preguntárselo a él, no a mí. No creo que sea justo hablar de él a sus espaldas.

Ahí se acabó la cosa. Después nos acompañó hasta la puerta y al poco estábamos de vuelta en la calle, camino de la parada de Highgate. En cuanto me quedé a solas con Hawthorne, le conté lo ocurrido. A mí me parecía irrefutable que, si habían pintado el número 101 en la pared de Heron's Wake, era por el poema. Lo recité, enfatizando el tercer verso.

—«Muerte es la sentencia.» Está diciendo que tiene que matarlo porque no soporta vivir con él. Sé que es una locura, pero ella quería que todo el mundo supiera lo que pretendía hacer.

Pero mi socio no parecía muy convencido.

—¿Cuándo se publicó el libro?

—No lo sé, a principios de año, creo.

—O sea, que pudo haber escrito ese poema hace mucho.

—Estaba todavía casada con Lockwood, seguía odiándolo.

—Pero no mató a Lockwood, mató a Richard Pryce, o por lo menos eso es lo que estás sugiriendo.

—Escribió un poema sobre la muerte. ¡Y fíjate en el tercer verso! A lo mejor el pleito del que habla es su divorcio.

—Mira, te voy a contar una cosa. —La lluvia empezaba a arreciar y Hawthorne se puso la gabardina—. La noche de autos Akira no estuvo en Lyndhurst ni medianamente cerca. Nos mintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las grabaciones de las cámaras de seguridad de la gasolinera Welcome Break de Fleet. Nunca estuvo allí. Por eso, y por los registros RAM de la M27 y la A31.

—¿Qué significa eso de RAM?

—El Reconocimiento Automático de Matrícula. Anno conducía un Jaguar descapotable F-Type. Hay cámaras a ambos lados de la

carretera y, a no ser que hiciera todo el trayecto por carreteras secundarias, no hay ni rastro de ella.

—¿Y eso te lo ha dicho la inspectora Grunshaw?

—Ajá.

Me sorprendió; esa mujer aborrecía a Hawthorne con toda su alma. Le había permitido estar presente en un par de interrogatorios —seguramente por obligación—, pero ¿compartir los datos del RAM con él? Me extrañaba mucho... Aunque, por otra parte, ¿de qué otra forma podía haber conseguido esa información?

—Y eso, que Grunshaw ha hablado con el profesor de yoga ese —continuó Hawthorne—, el propietario de la casa de campo. Al principio dijo que se la había dejado a Akira, pero solo hubo que presionarlo un poco para que se viniera abajo y admitiera que no sabía si había ido o no.

¿Qué significaba eso entonces? Parecía de pronto que el caso no tenía nada que ver con el Hoyo Sin Fondo de Yorkshire. Habíamos vuelto al divorcio, al marido y la mujer que se tiraban de los pelos. Y al abogado que había mediado entre ellos.

—¿Y qué me dices del haiku? —le pregunté.

—¿Cómo lo has encontrado exactamente? —Levantó una mano para mandarme callar antes de que pudiera contestar—. Mira, hazme un favor, Tony. Escribe el capítulo, será lo más fácil. Describe lo que ha pasado mientras has estado con la señora Richardson (sin mí), y tal vez así pueda averiguar qué ha pasado exactamente.

—No me gusta escribir escenas sueltas.

—No te preocupes, no pienso leer lo demás.

Habíamos llegado a las escaleras mecánicas. Había algunas personas subiendo pero éramos los únicos que bajábamos a lo que parecían las entrañas de la tierra.

—No te olvides del club de lectura —me dijo de pronto.

—¿Cuándo es?

—El lunes por la noche.

—Lo siento, pero el lunes voy al teatro.

—Me dijiste que vendrías. ¿Qué ibas a ver? —En su mente ya había decidido que eso pertenecía al pasado.

—*Espectros*. —Era una perita en dulce: Richard Eyre dirigiendo a Henrik Ibsen en el Almeida.

Sacudió la cabeza, como si le diera pena y todo.

—Bueno, es que ya se lo he prometido. Vas a tener que perdértelo.

Me quedé unos pasos rezagado. Aunque permanecía quieto, las escaleras me adentraban cada vez más en la penumbra, y recuerdo que pensé que pondría eso en el capítulo que me había pedido Hawthorne, justo al final.

Era la descripción más precisa de cómo me sentía.

13 Bury Street

¿Quién era Mike Carlyle?

Me tiré una hora rastreando por internet, pero no encontré nada relacionado con el hombre que había entrado en el pub de la estación de Ribblehead. Debía de tener casi la misma edad que Hawthorne —puede que un par de años menos—, y a no ser que estuviera de vacaciones, cosa improbable a finales de octubre, imaginé que vivía en los Dales de Yorkshire. ¿En qué lo convertía eso? ¿Granjero o agricultor? ¿Algo relacionado con el turismo? Aunque el apellido también podía escribirse «Carlisle»... Probé suerte con esa ortografía: Michael Carlyle, Mike Carlisle... Los resultados me redirigieron a LinkedIn, Facebook y Twitter, a una empresa de suministros de oficina de Mánchester y al director de misiones de una iglesia baptista de Victoria (Australia). Había fotografías para dar y regalar, pero ningún parecido con el hombre que había visto.

No conseguía quitarme de la cabeza aquel encuentro. Parecía estar ligado al extraño humor de Hawthorne, a su nerviosismo cuando salimos de Londres. Carlyle había dado la impresión de estar bastante seguro de conocer a mi socio, por mucho que lo hubiera llamado «Billy». Lo conocía de un sitio llamado Reeth (un pueblo de la cercana Swaledale y «un conocido bastión de las labores de lana y de la industria local del plomo», tal y como la Wikipedia tuvo a bien informarme). No podía tener la certeza, pero me parecía más que probable que «Billy» le hubiera mentido a «Mike». Esos dos se conocían de antes.

Estaba pensando todo aquello cuando sonó el teléfono. Era Hawthorne que llamaba para quedar conmigo en la galería de Bury Street, que era donde trabajaba Stephen Spencer en el barrio de Mayfair.

—Podemos ir luego a Marylebone —me dijo.

—¿Qué hay en Marylebone?

—Akira Anno da una charla en una librería. —Escuché el murmullo del papel al volver la página—. «Mujeres de destrucción masiva: cosificación sexual y codificación de género en la guerra moderna.»

—Podría ser divertido —dije.

—Podemos hablar con ella y, con suerte, podrías conseguir que te firmara el libro de haikus. —Colgó.

Me pasé las siguientes dos horas trabajando. Luego fui a dar un paseo y, a la vuelta, escribí un borrador rápido del capítulo que me

había pedido Hawthorne. Sé que puede sonar un tanto anodino así tal cual, pero me temo que eso describe en gran medida mi vida como escritor. Me paso al menos la mitad del día solo y callado. Cambio de un proyecto a otro, canalizando miles de palabras sobre la página, primero a bolígrafo y luego a ordenador. Por eso disfruto tanto escribiendo los Alex Rider. Aunque no esté viviendo aventuras, al menos puedo imaginarlas.

Escribir sobre Hawthorne era mucho menos gratificante. Me había convertido en un prisionero de las circunstancias; me habría encantado, por ejemplo, abrir un capítulo con algo sorprendente, como Davina Richardson con Adrian Lockwood en la cama; o Susan Taylor, vestida de negro, llevada en coche al funeral de su marido en los Dales de Yorkshire, el cortejo fúnebre serpenteando lentamente por esas carreteras rurales llenas de curvas. Habría sido un verdadero reto imaginarme dentro del Hoyo Sin Fondo, describir los últimos momentos de Charlie Richardson mientras se ahogaba, o podría haberme convertido en una mosca en la pared dentro del cuarto donde había atacado el asesino de Richard Pryce. Por desgracia, no me estaba permitido nada de eso. Me sentía atrapado por los hechos. Mi tarea era seguir la investigación de Hawthorne, anotar sus preguntas y, de vez en cuando, intentar sin mucho éxito discernir el sentido de las respuestas. Resultaba realmente frustrante. No era tanto escribir como dejar constancia por escrito.

Aun así, agradecí poder salir de casa. Cogí el metro hasta Green Park y luego fui andando a Mayfair. Esa vez Hawthorne llegó antes que yo. Estaba esperándome a las puertas de una galería de arte ubicada en un pequeño y elegante edificio, de esa clase de negocios que te advierten que te mantengas apartado si no estás forrado. El nombre estaba rotulado en una caligrafía discreta y solo había tres obras en el escaparate, sin precios. Reconocí un Wadsworth y un Paul Nash, una bonita acuarela de una playa de piedras. La puerta de cristal estaba cerrada pero al otro lado había un ayudante que nos abrió presionando un botón.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —nos preguntó con acento de Oriente Medio, la piel muy oscura y una barba negro azabache.

Tendría casi treinta años y llevaba un caro traje hecho a medida que hacía que el de Hawthorne pareciera del montón, aunque sin corbata. Tenía una cadena de oro colgada en el cuello y un anillo también dorado en el dedo corazón de la mano izquierda.

Huelga decir que Hawthorne le cogió manía al instante.

—¿Quién es usted? —exigió saber.

—¿Perdone? —El ayudante tampoco tardó en ofenderse.

—Me gustaría hablar con Stephen Spencer.

—El señor Spencer está ocupado.

—No pasa nada, Faraz, conozco a estos señores.

Spencer había salido de una oficina al fondo del local y estaba atravesando la moqueta mullida, que amortiguaba todo sonido. También iba trajeado y parecía muy recuperado en comparación con la última vez que lo habíamos visto. Llevaba el pelo claro cuidadosamente peinado y tenía el aspecto sonrosado y recién afeitado de alguien que acaba de salir del baño.

—¿En qué puedo ayudarlos? Doy por hecho que no vienen a comprar cuadros...

Estaba mostrándose un tanto estirado con nosotros, y comprendí la razón: la última vez que lo habíamos visto se encontraba en un estado de lo más vulnerable, llorando, y Hawthorne no había sido muy compasivo que dijéramos. Se notaba que había una hostilidad latente entre ellos. Mi socio era homófobo, su rasgo menos entrañable. Estoy seguro de que Spencer se había dado cuenta.

—Me gustaría saber dónde estuvo usted el fin de semana pasado —dijo Hawthorne, con una voz y unos modales implacables.

—¿Por qué no vuelves al despacho, Faraz? —le sugirió Spencer a su ayudante.

—Stephen...

—No pasa nada. —Spencer esperó a que el otro hombre se hubiera ido para contestar—: Ya se lo dije.

—Nos mintió. He hablado con su madre, en la residencia de mayores Saint Osyth de Frinton, y no recuerda su visita.

Spencer sacó las uñas.

—Mi madre tiene un alzhéimer muy avanzado. Hay veces que no recuerda ni quién soy.

—¿Y las enfermeras tienen todas alzhéimer también? Ninguna de ellas parece recordar tampoco su visita.

Pensé que Spencer lo negaría, pero no era tan tonto. Meditó unos instantes y luego se encogió de hombros.

—Vale, está bien, mentí.

—Estaba con su novio, Faraz. ¿De dónde es, por cierto? ¿De Irán?

—Sí, es iraní, pero ¿qué le hace pensar que...?

—Por favor, no me trate como si fuera subnormal, señor Spencer. Se trata de un caso de asesinato y ahora mismo podría empapelarlo por obstrucción a la justicia.

—Usted no es agente de policía.

—Le mintió a la inspectora Grunshaw, y con ella sí que no le aconsejo caer en desgracia. —Eso era cierto, yo estaba sufriéndolo en mis propias carnes—. Ese *aftershave* que lleva su amigo iraní es muy característico y su coche apestaba a eso mismo. —Hawthorne olisqueó el aire—. También lo huelo en usted ahora. No le ha guardado mucho luto a su difunto esposo, ¿eh? ¿Ya se ha mudado a la casa de

Hampstead?

—¡No!

—Pero Richard Pryce descubrió lo de ustedes dos, ¿o me equivoco? El matrimonio, el contrato civil, o como quiera llamarlo, había acabado por lo que a él respectaba. Y le dijo que se fuera a vivir a otro sitio.

—¡Eso no es verdad! ¿Quién le ha dicho eso? —Spencer entornó la mirada—. ¿Ha sido Oliver Masefield?

—Pues la verdad es que sí. —Hawthorne prosiguió antes de que el otro pudiera interrumpirlo—. El socio de bufete de su difunto esposo también es el albacea de su testamento. En realidad fue muy discreto, pero sí mencionó que ustedes dos habían discutido sobre su contenido hacía apenas unas semanas. Solo hay una razón para hablar de un testamento: cuando vas a cambiarlo. Y teniendo en cuenta que usted y Davina Richardson eran los dos principales beneficiarios, y ella no había hecho nada para cabrearlo, mientras que usted se dedicaba a dar vueltas por ahí los fines de semana con el amigo Alí Babá... —Indicó con un pulgar acusatorio hacia la oficina y yo cerré los ojos, mientras añadía para mis adentros el racismo ocasional a la imputación de cargos contra Hawthorne—, no era una apuesta nada arriesgada asumir que iba a darle la patada y que pensaba hacer algo al respecto.

»La llamada telefónica que mantuvo a las ocho de la noche del sábado con Richard se hizo desde Chiswick, barrio donde, qué casualidad, vive su colega Faraz Delijani. Cara Grunshaw ya lo sabe y me sorprende que no haya venido por aquí. De modo que, antes de que eso pase, tal vez quiera contarme a mí qué estaba haciendo realmente (y ahórreme los detalles gráficos, si no le importa), a ver si así, con un poco de suerte, me convence de que no se coló usted en su propia casa para asesinarlo.

—¡Yo no he matado a nadie! —Había una botella de agua mineral en un estante. Spencer se acercó y desenroscó el tapón. Oí cómo escapaba el gas. Se sirvió en un vaso—. Richard y yo estábamos pasando por una mala racha, eso es verdad. Habíamos hablado de tomarnos un tiempo. Y sí, estuve el fin de semana con Faraz en su piso de Chiswick, y nos vio mucha gente. El domingo por la noche cenamos en un sitio que se llama L'Auberge, en Upper Richmond Road. —Sacó la cartera y le tendió un trozo de papel a Hawthorne—. Aquí tiene la cuenta, pero les puede preguntar a ellos mismos si quiere. Comimos en una mesa al lado de la ventana.

—Les preguntaré, tranquilo. —Mi socio guardó el recibo.

—Puede que le sorprenda, señor Hawthorne, pero yo quería mucho a Richard y jamás hubiera hecho nada que pudiera hacerle daño.

—Salvo acostarse por ahí con otros a sus espaldas.

—Teníamos una relación abierta. Nos tolerábamos mutuamente las indiscreciones. Y si Richard iba a cambiar el testamento, pudo ser tanto por mí como por Davina.

—¿Y eso por qué?

—Olvídelo. —Saltaba a la vista que Spencer había decidido que había hablado más de la cuenta y ya se estaba arrepintiendo.

—Será mejor que me lo diga, señor Spencer.

—De acuerdo. —Frunció el ceño—. Si no queda más remedio y tiene que saberlo, estaba empezando a hartarse de ella... de sus exigencias. Richard le montó el negocio, le matriculó al hijo en un colegio privado, se pasaba la vida yendo a su casa, a escuchar sus problemas. Pero nunca era suficiente. Estaba chupándole la vida para sacarle más clientes que quisieran una interiorista, y, ya da igual, pero ni siquiera le gustaba mucho su estilo, con esos rojos y esos amarillos, ese tono verde tan horrendo, ¡«Verdulero», lo llamaba él! Estaba deseando echarla de su vida pero era incapaz, por lo que pasó en Yorkshire. Yo, personalmente, nunca lo entendí. Ni siquiera había sido culpa suya. Le dije que la mandara a tomar por culo... y puede que lo hiciera. Quizá se decidió por fin a echarla de su vida...

—¿Cree que pudo matarlo ella? —le preguntó Hawthorne con un poco más de tacto.

Spencer sacudió la cabeza.

—No, yo ya se lo dije, fue Akira. Yo estaba en el restaurante cuando lo amenazó y lo oí de viva voz. Y hubo algo más...

Hizo una pausa dramática y aproveché entonces para echar un primer vistazo por la galería, por los óleos y las acuarelas dispuestas en las paredes, cada cosa cuidadosamente aislada en su propio baño de luz particular. Habría sido un decorado perfecto si a alguien le hubiera dado por hacer una película de nuestro caso.

—Richard iba a por ella —continuó Spencer—. Me dijo que había contratado a alguien para que la investigaran. Tiene que hablar con Graham Hain, de la consultora Navigant. Es el contable forense que trabajaba con Richard y que había descubierto que Akira tenía una sociedad limitada y una fuente de ingresos que no quería que nadie conociera. Richard creía que estaba metida en alguna práctica ilegal.

—¿Como qué? —En realidad eso ya lo sabíamos: Oliver Masefield nos lo había contado, aunque sin pintárnoslo tan negro.

—No me lo dijo, pero por lo visto ella había hecho todo lo posible por mantenerlo oculto y pudo haber tenido repercusiones en el divorcio. Ambas partes tienen que decir cuánto ganan y él sabía que Akira mentía.

Hawthorne tomó nota mental. Nunca apuntaba nada por escrito. Tenía una memoria prodigiosa... y por supuesto también me tenía a

mí.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Cuando me vio en Hampstead yo estaba conmocionado y no tenía la cabeza en mi sitio. Por eso también les mentí con lo de Faraz. No quería arrastrarlo a todo esto, pero la verdad es que en realidad no tengo nada que ocultar. Y ahora, si no les importa, tengo trabajo.

Spencer giró en redondo y volvió sin más al despacho. Hawthorne no intentó detenerlo.

Una vez de vuelta en la calle, arremetí contra mi socio.

—¡No puedes comportarte de esa manera! —exclamé—. Lo que acaba de pasar ahí dentro... tu bromita de Alí Babá, esa actitud general que te traes... ¡No se puede hablar así!

—He hecho lo que tenía que hacer. —Por una vez le había cogido con la guardia bajada—. Quería sacarlo de quicio, Tony, ¿es que no lo ves? Él estaba ahí plantado en su galería elegante, rodeado de cuadros que valen millones de libras, ¡y va y nos miente! Se cree que puede irse de rositas. Tenía que hacer que se derrumbara, y lo he conseguido.

—Pero yo no puedo poner esas cosas en el libro —repliqué.

—¿Por qué?

—Porque a la gente no le gustan. —Hice una pausa—. No vas a caerle bien.

Aquello le hizo pararse en seco. Por un segundo vislumbré su vulnerabilidad, el crío que había sido, la chispa en sus ojos y, antes de poder contenerse, me preguntó:

—¿Y a ti te caigo bien?

No tenía claro qué responder.

—No lo sé —acabé balbuceando.

Se me quedó mirando.

—Si no te caigo bien, me la suda. Solo necesito que escribas el puto libro.

Nos quedamos allí plantados, mirándonos. Poco más se podía añadir.

14 La librería Daunt

Daunt Books es una de mis librerías favoritas de todo Londres. Está a mitad de la calle principal de Marylebone, que ya de por sí es un barrio con un bonito aire anticuado, más de vecindario que de núcleo comercial. Cada vez que entro —y no queda lejos de mi casa—, tengo la sensación de estar volviendo a una ciudad más civilizada. (Charing Cross Road era antes igual, hasta que el precio desorbitado de los alquileres se cargó la mayoría de librerías de saldo de la calle.) En realidad ocupa dos locales, los números 83 y 84, con los tabiques tirados, dos entradas y dos pasillos, uno a cada lado de un mostrador que forma una especie de isla entre ambos. El interior parece una capilla metodista, rematada por la ventana de tracería reticulada del fondo. Los libros están apilados en viejos estantes de madera y, como curiosidad añadida, están ordenados por países, en lugar de por autor o temática. Todo da sensación de estrechez. Hacia la mitad una escalera desaparece hasta el sótano, y deja al otro lado un espacio rectangular, que es donde se invita a los escritores a dar sus charlas. Yo también he dado una o dos allí.

Era el mismo sitio donde iba a hablar Akira Anno esa tarde a las seis y media. Hawthorne y yo llegamos a tiempo de coger dos asientos al fondo. Era interesante ver lo relajado que parecía en la librería; mucho más que en Yorkshire, desde luego. Estaba de muy buen humor cuando nos sentamos, e hizo que me acordara de que pertenecía a un club de lectura al que yo iba a asistir el lunes por la noche. Llevaba un tiempo sin releer *Estudio en escarlata*; tendría que dedicarle unas horas el domingo.

Había unas cien personas para ver la charla de Akira y ocupaban todos los asientos. Al fondo más gente permanecía de pie. Cuando por fin apareció la escritora, abriéndose camino por un lateral, la recibieron con un aplauso fuerte y entusiasta. Me dejó bastante sorprendido. No había publicado un libro nuevo, así que no existían razones de peso para que estuviera allí, ni ella ni su público. Y a mí desde luego el título de la charla no me habría sacado de casa en una desapacible tarde de noviembre.

La presentó un hombre delgado con el pelo moreno enmarañado, gafas negras y chaqueta y polo negros, un profesor de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos cuyo nombre no conseguí oír. Se pasó la mayor parte de la hora hablando de su obra anterior, *Un soplo de aire fresco en Hiroshima*, protagonizada por una «mujer de solaz» coreana llamada Jung-soon, que se libera de su esclavitud pocos días

después del lanzamiento de la bomba atómica, para morir de leucemia a los pocos capítulos. Yo conocía el libro por el resumen de la contraportada, y me pasé los siguientes cuarenta minutos conectando y desconectando, pero aun así conseguí anotar algo de lo que dijo.

—La sexualización del arsenal nuclear, como tropo, es por supuesto manifiesta. No es casualidad que las dos primeras bombas se llamaran Fat Man y Little Boy, mientras que las ciudades tenían nombres de una sonoridad femenina inherente, en particular el fonema sordo al principio de «Hiroshima». Como ya he explicado, utilizo la violación de Jung-soon al principio del libro para, en cierta medida, prefigurar lo que la Historia nos advierte de lo que vendrá. Historia o, en este caso, su historia. Creo, sin embargo, que debemos andarnos con cuidado. Hemos permitido durante demasiado tiempo que temas como la proliferación de misiles, la guerra cibernética o la estrategia militar se vean desde una perspectiva estadocéntrica y patriarcal. Si aceptamos la identidad masculinizada del debate, es más difícil desafiarla. No podemos permitir que las políticas se jerarquicen por género, y creo que el lenguaje puede afectar con la misma facilidad incluso a nuestra propia forma de pensar.

No digo que todo eso no fuera cierto, pero me temo que me superaba. No era solo que no entendiera el sentido de lo que Akira quería trasmitir, sino la propia manera de comunicarlo. Hablaba en voz muy baja y casi carente de emoción, hasta el punto de que, si hubieran traducido su charla en una de esas líneas de ondas que se ven en las series de médicos, la habrían pintado prácticamente como una línea plana.

El público, no obstante, estaba encantado. El comentario sobre el fonema sordo incluso arrancó unas risas, y el profesor de universidad asentía con tanto ahínco que casi se le cayeron las gafas. No te puedes sentir más solo que entre un público donde tú eres el único que lo está pasando mal (me ocurre a veces en el teatro), y me alegré cuando terminó la primera parte de la charla y pasaron al turno de preguntas. Justo entonces Hawthorne (que había estado con cara inexpresiva todo el tiempo) me dio un codazo y me señaló un par de asientos a cinco filas de distancia.

Sentí que se me encogía la barriga cuando reconocí a la inspectora Cara Grunshaw y su ayudante encuerado. También habían asistido a la charla, era de suponer que para interrogar por segunda vez a Akira cuando terminara. Me preocupaba no haberla informado de que asistiríamos al acto y que, en cuanto me viera, supiera que no estaba cumpliendo con mi parte del trato que me había impuesto por la fuerza. Y lo que era peor: ¿qué iba a hacer si la inspectora mencionaba nuestra reciente conversación telefónica delante de Hawthorne?

Aguanté como pude la sesión de preguntas y respuestas, sin prestar mucha atención. Admiro la obra de escritoras feministas como Virginia Woolf, Doris Lessing o Angela Carter, pero a mí el estilo de introspección carente de sentido del humor de Akira —así como lo mucho que le gustaba a su público— me dejaba indiferente. Por fin hubo una ronda de aplausos, anunciaron que firmaría libros, incluida su reciente colección de haikus, y todo el mundo se levantó. Hawthorne y yo no nos movimos del sitio mientras veíamos como se formaba una pequeña cola. A pesar del entusiasmo, no se quedó mucha gente para comprar libros, aunque cabe suponer que ya los tenían. Grunshaw y su amigo Darren estaban de espaldas a nosotros. Me pregunté si sabían que estábamos allí.

Los cuatro esperamos a que se hubiera ido todo el mundo para acercarnos y abalanzarnos sobre Akira, en un doble envolvimiento, atacándola por ambos flancos. Su alarma fue evidente al vernos, y se apresuró a despedirse del profesor de universidad con dos besos rápidos y mandarlo a su casa. Grunshaw vio entonces a Hawthorne y le habló primero a él.

—No esperaba verte por aquí. —Me miró de reojo, y no pude evitar ver el destello en sus ojos, que subrayaba lo que acababa de decir con un punto de maldad.

—No te importa si nos unimos, ¿verdad? —le preguntó Hawthorne como si tal cosa.

—En absoluto. —Grunshaw se centró entonces en Akira—. Necesitaríamos charlar un momento con usted, señora Anno. ¿Le importa?

—¿Acaso importa lo que yo pueda pensar?

—No mucho, no. ¿Hay algún sitio donde podamos ir a charlar?

Uno de los encargados nos acompañó abajo. No era el sitio más privado del mundo, pero en un pequeño recoveco había una mesa de mimbre y varias sillas, y al menos el trajín era menor. Grunshaw había bajado sola, mientras Darren se quedaba en la planta de arriba. Hawthorne se acomodó a su lado, de cara a Akira, que se sentó con las piernas cruzadas y una mirada torva tras sus gafas malva. Yo me quedé apoyado contra África Occidental, con Sudáfrica enfrente e Italia al otro lado del pasillo. Allí abajo llegaba poca luz natural. Por las baldosas de cristal del techo se veía una visión borrosa de la zona en la que acababa de hablar Akira.

En cuanto estuvimos instalados, Grunshaw pasó a la carga con la pregunta obvia que la había llevado hasta la librería.

—Entonces ¿dónde estuvo usted la noche del domingo, señora Anno?

—Ya le dije que… —empezó a decir la escritora.

—Ya sabemos que no estuvo en Glasshayes Cottage en Lyndhurst.

¿De veras creyó que no seríamos capaces de contrastar lo que nos dijo? —Akira se encogió de hombros, como dando a entender que era justo eso lo que esperaba—. ¿Se da usted cuenta de que mentir a un agente de policía durante la investigación de un homicidio es un delito muy grave?

—Yo no le mentí, inspectora. Llevo una vida muy ajetreada, y a veces me cuesta recordar las cosas. —Ni era verdad ni intentó que sonara como tal.

—Entonces ¿dónde estuvo?

Akira parpadeó un par de veces y luego me señaló con el dedo.

—No pienso hablar delante de él. Es un escritor comercial y esto no es de su incumbencia. —La palabra «comercial» nunca sonó más sucia.

—De aquí no se mueve —terció Hawthorne, que me sorprendió saliendo en mi defensa, aunque, claro, le convenía que yo siguiera allí para poder escribir luego lo que pasaba.

—¿Dónde estaba? —repitió Grunshaw, que me sorprendió al no aprovechar la oportunidad para librarse de mí.

También Akira comprendió que no iba a salirse con la suya, de modo que se encogió de hombros una vez más y respondió:

—Con una amiga. Aquí en Londres.

—¿Y el nombre de esa amiga?

Akira vaciló de nuevo, y me pregunté qué era lo que intentaba ocultar a toda costa. Pero no le quedó más alternativa.

—Dawn Adams.

Era la editora con la que había cenado la noche que le tiró la copa de vino a Richard Pryce.

—¿Estuvo con ella todo el fin de semana?

—No, solo el domingo. Vive en Wimbledon.

Ese último dato lo dio a regañadientes, como si así fuera a quitarse de encima a Grunshaw. Pero la inspectora se limitó a mirarla fijamente y preguntar:

—¿A qué hora llegó y a qué hora se fue?

Akira suspiró con profunda desgana. Habría preferido responder preguntas sobre fonemas sordos. Me pregunté si no estaría teniendo una aventura con Dawn Adams, aunque yo habría pensado que esa información la habría dado de buena gana. Así y todo, era evidente que había algo que no quería que supiéramos.

—Llegué a eso de las seis en punto y me fui por la mañana.

—¿Se quedó a dormir?

—Nos pusimos a hablar y bebimos más de la cuenta. No quise coger el coche, así que me dijo que me quedara.

—Es usted consciente de que le pediremos a la señora Adams que nos lo corrobore.

—¡Estoy diciéndoles la verdad! —refunfuñó—. No me gusta hablar de mi vida privada, y menos delante de él. —De nuevo el dedo con su larga uña puntiaguda fue lanzado contra mí—. Es una amiga. Eso es todo. Se divorció el año pasado y ahora vive sola.

—¿Fue a juicio?

—Sí.

—¿Quién la representó?

—No lo sé.

—¿Quién representó al exmarido de ella?

Hubo una pausa prolongada. Akira no quería decírnoslo.

—Lo defendió Richard Pryce.

No me gustaba reconocerlo, pero Grunshaw había dado en el clavo. Dos mujeres, una escritora y la otra editora, que se habían enfrentado a un mismo abogado. Al menos una de ellas se había sentido humillada por él y había amenazado con matarlo, y ahora la otra le proporcionaba la coartada.

Conseguí intercambiar una mirada con Hawthorne y le insté en silencio a que preguntara lo único que yo quería saber. Por una vez me hizo caso.

—He estado leyendo su poesía —le dijo en tono alegre, y no sé si aquello la halagó pero no dijo nada—. Me interesó en particular uno de sus haikus...

—¿Estás de coña o qué? —quiso saber Grunshaw.

—Era el haiku número uno ocho dos.

Aquello sí que la sorprendió. Esperó a que Hawthorne prosiguiera pero fui yo quien lo recitó:

—«Jadeas para mí./Muerte es la sentencia./ Pleito es tu idioma.»

—¿Qué significa? —preguntó Hawthorne.

—¿Qué cree usted que significa? —replicó la escritora.

Mi socio se encogió de hombros, sin inmutarse.

—Podría significar cualquier cosa. Si fuera sobre Richard Pryce, podría ser que no le gustaba lo que dijo sobre usted. Iba a mentir sobre usted ante un tribunal. Eso es lo que nos dijo. Y decidió matarlo.

Hubo un silencio breve. Hasta que Akira se echó a reír. Fue una risa rara, sin una nota de humor. Si hubiera agarrado una ortiga y hubiera ahogado un grito de dolor, habría sonado prácticamente igual.

—No han entendido ni una palabra de lo que escribí —dijo, y luego, a mí—: Y el primer verso es «Jadeas en mí». Puesto a citarme, ¡ya podía hacerlo bien! —Estaba encantada consigo misma por haberme pillado en falta—. ¿De verdad tengo que explicárselo? El haiku no tiene nada que ver con Richard Pryce. Lo escribí antes de saber ni quién era. Es sobre el matrimonio. Lo escribí por Adrian Lockwood. ¡Se lo leí a él! Era él quien me menospreciaba, el que me humillaba con su engreimiento y su indiferencia hacia mis

necesidades. El imaginario es evidente. —Se le hincharon las aletas de la nariz—. El primer verso es sexual, es Claudio con Gertrudis. Está tumbado a mi lado en la cama, tanto que incluso siento su aliento. No es solo lo que dice, es lo que es. He llegado a la conclusión de que al casarme por segunda vez, me he colocado en la celda de los condenados. Utilizo la palabra «pleito» en dos sentidos; me refiero a las riñas diarias pero también al hecho de que, por ley, soy su esposa, de que es mi estado ante un tribunal de justicia. Y no lo sentencio a él a muerte. De hecho, es justo al contario: yo soy la que se muere, aunque el segundo verso es por supuesto una paraprosdoquia, con ese juego con «sentencia», que da pie a sugerir que, pese a lo que cabría suponer, sobreviviré.

Había soltado todo aquel discurso con una especie de susurro plano, excepto la última palabra, cuando había levantado la voz dándole un toque muy Gloria Gaynor. Grunshaw parecía haber desconectado, pero Hawthorne siguió insistiendo.

—¿Estaba usted al tanto de que Richard Pryce estaba investigándola?

—Estaba fascinado por mi persona, quería entenderme.

—No le hablo de eso. Contrató a un contable forense llamado Graham Hain para que investigara sus finanzas. Él creía que estaba intentando timarlo.

—Eso es una tontería.

—Pero es verdad.

—No habría encontrado nada. No tengo nada que esconder. —Pero tanto sus ojos como sus labios se estrecharon y, por su lenguaje corporal, me pareció que se ponía a la defensiva.

—Quiero que me facilite un número de contacto de Dawn Adams —dijo Grunshaw volviendo a tomar el control de la conversación.

—Puede localizarla en Kingston Press. —Se trataba de una editorial independiente, me sonaba de algo aquel nombre.

—¿Trabaja allí?

—Es la dueña.

—Gracias, señora Anno. —Hablaba Grunshaw: tuve la sensación de que ella ya había sacado sus propias conclusiones sobre Akira, y el veredicto era «inocente».

Nos levantamos y subimos a la planta baja. Akira abría la marcha, con Hawthorne a un lado, seguido unos pasos por detrás de Cara Grunshaw. Yo me quedé el último y por tanto aislado, sin escapatoria, cuando la inspectora se detuvo de pronto, en mitad de la escalera y se volvió hacia mí.

—No me has avisado de que ibais a venir —me dijo.

Su cuerpo se me antojaba colosal, bloqueando el paso en la escalera, mientras que sus ojos, tras las gruesas gafas negras,

despedían una agresividad inusitada. Busqué a Hawthorne con la mirada pero ya había desaparecido.

—Pensaba llamarla esta noche —dije—. Es una pérdida de tiempo absoluta intentar obtener información a través de mí. Hawthorne nunca me cuenta nada.

—Tienes orejas y tienes ojos. Utilízalos. —Me miró de reojo—. Es la última vez que te aviso...

—Usted tiene bloqueada *Foyle's War*...

—Como descubráis antes que yo quién mató a Pryce, no volverás a rodar un plano de tu puta serie de televisión, eso te lo aseguro.

Se giró en redondo, y con sus muslos y nalgas enfundados en negro contoneándose por delante, siguió hasta la puerta.

Ya creía que mis aventuras en Daunt Books habían tocado a su fin cuando se produjo un último giro en los acontecimientos. Darren estaba esperándonos y, mientras yo llegaba arriba y me apresuraba a seguir a Hawthorne, chocó contra mí y estuvo a punto de tirarme al suelo.

—Perdón —me dijo, aunque dejó bien claro que lo había hecho aposta.

Akira Anno estaba junto a la puerta y Hawthorne frente al mostrador, con una encargada detrás de este. La puerta de la calle estaba abierta y se había puesto otra vez a llover, un redoble de lluvia contra las ventanas. No llevaba paraguas y pensé que tendríamos que pedir un taxi.

Di un paso hacia la puerta y justo entonces Cara Grunshaw me interpeló a gritos, alzando la voz, como indignada.

—¡Oye, tú, perdona!

Me volví.

—¿Qué pasa?

—¿Piensas pagar ese libro o qué? —Lo dijo lo suficientemente alto como para que lo oyera toda la tienda.

Sentí un vahído

—No sé de qué habla.

—Acabo de verte coger un libro. Te lo has guardado en la bolsa.

Era cierto que iba con mi bandolera negra. Me la regaló Jill por mi cumpleaños y casi siempre la llevo conmigo. ¿Pesaba más que al entrar? Llevé la mano hacia el costado y tanteé el cuero. Había algo en el compartimento exterior y vi entonces que las correas estaban sueltas.

—Yo no... —empecé a decir.

—¿Puedo ayudarlos? —La encargada había salido de detrás del mostrador.

Yo la conocía de cuando había dado las charlas en la librería y siempre había sido muy amable conmigo, me recordaba un poco a una

maestra de escuela, con el pelo cano muy rizado y unos ojos azules muy vivos.

—¿Es usted la encargada? —le preguntó Grunshaw.

—Sí, me llamo Rebecca LeFevre. ¿Quién es usted?

—La inspectora Cara Grunshaw —dijo mientras le hacía una seña a su compañero para que por una vez diera su nombre completo.

—Agente Darren Mills.

LeFevre me miró asombrada.

—¿Te importa que te abramos la bolsa? —me preguntó.

Yo miré de reojo a Hawthorne, quien sin embargo no se apresuró a venir en mi rescate. Si acaso, se mostraba divertido. Yo ya sabía lo que había pasado: había sido Darren Mills cuando me había chocado con él al subir por la escalera. Me había colado el libro en el bolso para ponerme en evidencia, para castigarme, para arrestarme incluso, y si yo hubiera tenido dos dedos de frente me habría limitado a salir por la puerta, o al menos a intentar explicarme. En lugar de eso, abrí el bolso y saqué un libro de bolsillo grueso, un libro llamado *El renacer de Excálibur*, el segundo de la saga *Mundofinito* de Mark Belladonna, la misma de la que Gregory Taylor había comprado el tercer volumen el día que murió. El libro estaba expuesto en una mesa al principio de la tienda, y allí estaba ahora, en mi mano.

Akira Anno estaba mirando el libro con cara de horror y repugnancia. Le costó unos segundos encontrar las palabras.

—¡Será ladrón! —exclamó.

—Yo no soy ningún ladrón —empecé a decir—. ¡Ha sido un montaje! —Señalé a Mills—. Me lo ha metido él en el bolso. Ha chocado a propósito conmigo cuando subía.

Mills levantó las manos, como rindiéndose.

—¿Por qué iba a hacer yo algo así? —exigió saber.

Grunshaw me dedicó una mirada asesina.

—¿Estás acusando a un agente de policía de manipular pruebas?

—Sí, exactamente.

—¿Te das cuenta de que podría arrestarte? ¿Quiere usted que lo arreste? —le preguntó a LeFevre.

—Espere un segundo. —La encargada estaba mirándome con cara de desolación; si en otras ocasiones me había recordado a una maestra de escuela, en esos momentos la vi más bien como una directora que mira al niño que antes era su favorito—. Has decepcionado a la librería, y has decepcionado a tus lectores. Te has decepcionado a ti mismo. —Yo apenas oía lo que me decía—. ¿Podrías devolvérmelo? —Eso fue lo que me dijo, lo juro.

Le tendí el libro. Sentía que me ardían las mejillas.

—La política de Daunt es remitir a cualquier infractor a la policía —prosiguió—. He de decir que me sorprende y estoy muy

decepcionada, pero ya depende de la policía si tomará otras medidas o no.

—¡Yo no he sido! —Sabía que estaba dando una imagen penosa, pero no pude contenerme.

—Lo que sí puedo decir es que ya no eres bienvenido a esta librería, Anthony, lo siento mucho. Y no creo que repongamos tus libros después de esto.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Ya no podía más. Salí empujando a codazos a Hawthorne y a Akira y, con sus miradas escaldándome la espalda, me adentré corriendo bajo la lluvia.

15 Ron con cola

No volví a ver a Hawthorne hasta el lunes por la noche, cuando, en lugar de ir a ver *Espectros* al Almeida, llamé al timbre de River Court para acompañarlo a su club de lectura. Al menos esa vez me esperaba. Por lo general —es decir, en las dos únicas ocasiones en que había ido—, había tenido que recurrir a subterfugios para acercarme al piso donde vivía. Habíamos quedado en vernos a las siete y la idea era ir juntos desde allí hasta el lugar en que se reunía el club.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en su planta y lo vi en el pasillo, temí que fuera a entrar y a llevarme directamente de vuelta abajo. Pero la puerta de su piso estaba abierta y me hizo pasar a su casa con una cordialidad poco habitual en él.

—¿Qué tal, Tony?

—Bien. —Pero no era cierto, después de lo ocurrido en Daunt Books, y quise que lo supiera.

—Parece que te hayas levantado con el pie izquierdo. Entra y tómate un ron con cola. Te animará.

Yo rara vez tomo Coca-Cola, y el ron no me gusta mucho, pero la invitación me dejó intrigado hasta la médula, de modo que lo seguí.

El piso de Hawthorne me habría dicho más sobre él si realmente fuera suyo, pero estaba justo como lo recordaba de la otra vez que había entrado, tan vacío que deprimía, con unas ventanas que eran demasiado estrechas para las magníficas vistas que podían haber proporcionado: el río Támesis corriendo sombrío por las tinieblas de la noche. Seguía sin haber cuadros, flores, trastos... nada que sugiriera que él hacía algo más allí que no fuera dormir.

La única excepción, claro está, era el modelismo. Había descubierto la afición de Hawthorne por las maquetas Airfix en mi primera visita y, aunque al principio se había mostrado receloso, luego había dejado que el entusiasmo lo embargara y eso había derivado en una de las pocas conversaciones que habíamos tenido sobre otra cosa que no fueran crímenes. Todo estaba lleno de tanques, jeeps, ambulancias, armamento antiaéreo, navíos de guerra, portaaviones y otros vehículos, además de varias docenas de aviones distintos que colgaban de unos cables fijados al techo. Me fijé en el Chieftain Mark 10 en el que estaba trabajando cuando estuve allí, ensamblado a la perfección, sin rastro de pegamento o pinceladas fuera de lugar. Aquella colección debía de haberle costado miles de horas. Me lo imaginaba encorvado sobre la mesa, trabajando por las noches; debía de ser un tiempo en que podía aislarse por completo del

mundo exterior.

La otra vez le pregunté cuándo se había iniciado en el modelismo. «Es un *hobby* que tenía de pequeño.» Cuanto más tiempo pasaba con él, más sospechaba que había sufrido algún tipo de experiencia traumática de joven y que eso luego había sentado las bases del adulto que ahora era. Y no hablo solo de su homofobia ocasional, de sus cambios de humor, de su actitud hacia mí. Hacerse policía, casarse, separarse, vivir solo en un piso vacío, hacer maquetas... todo parecía impulsado por la misma catástrofe, que pudo haber ocurrido en Yorkshire y que podría haberlo llevado a cambiarse de nombre.

—Has empezado una maqueta nueva —comenté.

Estaba extendida sobre la mesa, un helicóptero con las letras RAF RESCUE impresas en un lateral.

—Westland Sea King —dijo—. WS-61. Utilizado en las Malvinas, en la guerra del Golfo, Irak, Afganistán... Búsqueda y rescate. ¿Quieres esa copa o no?

—¿Tienes vino?

—No, tengo ron.

—Vale.

Hawthorne no bebía. Nunca me lo había dicho pero en la vida le había visto beber una gota de alcohol. Ni siquiera en el pub de la estación de Ribblehead había pasado del agua. Lo seguí hasta la cocina, que un pasillo ancho conectaba con el salón. Se puede saber mucho sobre una persona viendo su cocina, pero aquella no servía de nada. Todo de alta gama, flamante y tan limpio como el día que lo montaron. Da igual la de veces que limpie mi casa, que siempre me dará vergüenza mi horno, que recibe a las visitas con los recuerdos calcinados de cientos de comidas. El horno de Hawthorne tenía la puerta con el cristal inmaculado y unos fuegos de gas plateados que dudaba que alguien hubiera encendido alguna vez.

Y allí, sobre la encimera de mármol, estaba la botella de ron que me había ofrecido. ¿Habría ido a comprarla para la ocasión? Me pareció más probable que se la hubiera regalado alguien, como Richard Pryce y su botella de vino de mil libras. Fuera como fuese, la rosca de plástico que rodeaba al tapón estaba sin romper. Junto a un solo vaso colocado al lado, parecía una imagen totémica. Supe al instante que era el único alcohol de la casa y que lo había dispuesto allí expresamente para mí.

Hawthorne se acercó al frigorífico y abrió la puerta. Como quien no quiere la cosa, intentando no parecer demasiado entrometido, me volví para examinar el contenido. No me sorprendió ver que el interior era tan aséptico como el resto de la cocina. En mi casa o tenemos demasiada comida o no queda nada, y hay veces que tengo que revolver la nevera entera para encontrar el ingrediente que me

hace falta. En comparación, el frigorífico de Hawthorne era monástico. Parecía alimentarse ante todo de platos precocinados. Había una media docena de bandejas de plástico, en pilas tan ordenadas y separadas entre sí que resultaban menos apetitosas aún, como una obra de arte de Damien Hirst. Los cajones de las verduras estaban medio vacíos, aunque logré ver lo que parecía un puñado de zanahorias a través del plástico de envolver. Era la nevera de un hombre sin interés por la comida. Sacaría un paquete, lo metería en el microondas y quizá ni mirase la tapa para ver qué iba a comer. En ese momento cogió una lata de Coca-Cola de la puerta y unos hielos del congelador y lo trajo todo a la mesa.

—Tú no vas a tomar nada —dije.

—Me he hecho café. —Había una taza blanca junto al fregadero en la que no me había fijado antes.

Dos cubitos, un dedo más o menos de ron, media lata de Coca-Cola, una rodaja de limón que no sé de dónde sacó... Preparó la bebida de forma mecánica, pero la deslizó sobre la mesa hacia mí con cierto orgullo. Una vez más, como solía pasarme con él, me dio la sensación de que era un crío jugando a ser adulto.

Cogió el café y fue a sentarse a la mesa. Yo saqué cuatro folios doblados del bolsillo y se los pasé.

—Aquí tienes las páginas que querías —le dije manteniendo aún las distancias.

—¿Qué páginas?

—Del libro, de cuando estuve a solas con Davina Richardson. Me dijiste que querías leerlo.

—Ah, ya. —Las dejó a un lado sin molestarse en desdoblarlas.

—Podrías dar las gracias, por lo menos.

Me miró detenidamente, como si no entendiera por qué estaba molesto. ¿De veras había podido olvidar por lo que yo había tenido que pasar en la librería?

—Sí, vale —admitió por fin—. No le has caído en gracia a Cara.

—Un detalle que te hayas fijado. —Le di el primer sorbo a la copa, deseando que hubiera tenido la decencia de ponerme una copa de vino o un gin-tonic.

—Yo di por hecho que había sido ella la que te metió el libro en el bolso. Como que no te veía yo disfrutando de la serie de *Mundofinito*.

—¿Cómo? Y si hubiera sido Charles Dickens o Sarah Waters, ¿crees que me habría visto tentado de ponerme a mangar libros?

—No, colega, no quería decir eso. —Su tono era ahora apologético, pero me sorprendió ver que le seguía pareciendo divertido.

—Me da que no lo entiendes. ¡Lo que pasó en la librería fue un

horror! Podría acabar con mi carrera. Si se filtrara a la prensa, sería mi fin. —Estaba casi temblando de la rabia y la indignación—. De todas formas, no fue ella, fue su ayudante, Mills.

—Ese es otra buena pieza. Son tal para cual. Bueno, a ver, ¿y qué has hecho para cabrearlos de esa manera?

No me quedaba alternativa: tenía que explicarle lo que había pasado, que la inspectora Grunshaw se había plantado en mi casa y me había agredido.

—Quiere resolver el caso antes que tú. Pretende que la llame y que la tenga al corriente de todo.

—¡Vaya tontería! —exclamó Hawthorne—. ¡Pero si tú no sabes nada!

—¡Un momento, un momento...! —Estaba apretando con fuerza el vaso inconscientemente—. Puede que no sepa quién mató a Richard Pryce... pero, para el caso, tú tampoco.

—Ya he reducido mi lista de sospechosos a dos personas. —Hawthorne me miró parpadeando, con la taza de café por delante.

—¿Qué dos sospechosos?

—A eso iba, a que no lo sabes. Así que no se lo puedes decir.

—Pues tengo que reconocer que la llamé. —Incluso a pesar de la furia, me sentí culpable al admitirlo—. No tuve más remedio, ha paralizado la grabación de *Foyle's War*. O, por lo menos, eso creo. Le dije que habíamos ido a Yorkshire y que lo de Gregory Taylor había sido un asesinato. También le conté lo del tipo que se coló en las oficinas de Adrian Lockwood. —Esperé a que respondiera pero, al ver que no decía nada, añadí—: Tenía que darle algo, y dijo que eso ya lo sabía.

—Mentira. —Creí que se enfadaría mucho conmigo, pero parecía darle igual—. Cara Grunshaw y Darren Mills son unos palurdos de la hostia. He conocido perros policía más inteligentes que ellos. Aunque les contaras todo lo que hemos hecho, hasta la última palabra, acabarían igualmente dando vueltas en círculo, oliéndose mutuamente el culo.

—¿Hace falta ser tan gráfico?

—Por mí puedes llamarlos todos los días si así te los quitas de encima. Pero tendrías que habérmelo contado antes. De verdad, colega, les sacamos kilómetros de distancia. Habrás terminado el libro y estará de segunda mano en Oxfam antes de que esos dos averigüen quién fue. Por eso me llamaron para este caso. La policía sabe que no tienen nada que hacer con este homicidio. Necesitan toda la ayuda que puedan.

Hubo una pausa larga. Bebí un poco más. Le había echado Coca-Cola normal y estaba tremendamente empalagoso. Azúcar con azúcar.

—¿De veras sabes quién mató a Richard Pryce? —le pregunté.

Asintió.

—Estoy entre dos.

—Pues entonces ¡échame un cable por lo menos! He estado en todos los sitios en los que tú has estado, he visto todo lo que tú has visto, y sigo sin tener ni la menor idea de quién lo mató. Solo dame una pista que yo me haya saltado... una pista que le dé sentido a todo.

—Las cosas no son así, Tony. —Me di cuenta de que tenía ganas de fumar, pero no podía, estaba rodeado de los muebles y los electrodomésticos de otra persona—. Ya te lo he dicho otras veces, que tienes que limitarte a encontrar la forma, solo eso. —Fruncí el ceño, sin entender a qué se refería—. Yo creía que era igual cuando escribes un libro. ¿No empiezas así... buscando la forma?

Aquello me dejó de piedra porque tenía toda la razón. Al principio del proceso de escritura, cuando estoy inventando una historia, sí que pienso en ella con una forma geométrica concreta. Estaba, por ejemplo, a punto de empezar la secuela de mi Sherlock Holmes, *Moriarty*, y había pensado que la narración y sus vueltas, que al final volvería sobre sí misma, se parecía bastante a una cinta de Moebius. *La casa de la seda* tenía la apariencia de una I griega. Una novela es un contenedor para 80.000 o 90.000 palabras y se puede imaginar como un molde de gelatina: las echas dentro y esperas a que cuajen. Pero nunca se me había ocurrido que un detective pudiera ver el mundo de la misma forma.

—Vale, ¿y qué forma tiene el asesinato de Richard Pryce, si puede saberse?

—El único que ha muerto no ha sido Richard Pryce, tienes que recordar que Gregory Taylor acabó debajo de un tren, y eso tiene tres explicaciones.

—Pudo ser un accidente, un suicidio o alguien lo mató adrede.

—Exacto. Y cada una de esas posibilidades cambia la forma de todo.

La cabeza me daba vueltas: no tenía mucho sentido lo que decía..., o puede que fuera el ron.

—¿Tú siempre quisiste dedicarte a esto? —quise saber.

La pregunta lo pilló por sorpresa.

—Sí.

—¿Desde que eras pequeño?

—Sí.

Al instante se puso a la defensiva.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Por qué quieres saberlo?

—Ya te lo he dicho, porque estoy escribiendo sobre ti. —No sabía si me atrevería a hacerle la siguiente pregunta, pero me pareció el momento adecuado y me lancé a la piscina—: ¿Conocías a ese hombre de Yorkshire?

—¿Qué hombre?

—Mike Carlyle, el que te llamó Billy. ¿Es ese tu verdadero nombre?

Hawthorne no dijo nada. Por un momento bajó la cabeza, como preguntándose qué tenía que hacer. Cuando volvió a mirarme, había algo en los ojos que no había visto antes y tardé unos segundos en darme cuenta de qué era: estaba sufriendo.

—Ya te he dicho que no lo había visto en mi vida. Era un tipo que se equivocó, solo eso.

—No sé si creerte.

Y entonces se cerraron las compuertas. Es lo que pasa siempre con Hawthorne, que le corta el paso a todo el que se le acerca demasiado —es posible que lleve haciéndolo toda la vida—, y cuando volvió a hablar, lo hizo en voz muy baja y sin emoción alguna.

—Te voy a decir una cosa, colega, ¿qué pensarías si te dijera que me estoy repensando nuestra relación? ¿Y si he decidido que es mala idea?

No daba crédito a mis oídos. Yo era el que me había visto arrastrado a todo aquello, yo era el que no quería estar allí.

—Esto no fue idea mía —le recordé—. Fue tuya.

—Si quieres, paramos ahora mismo. A quién le importa que haya otro libro o no. Hay libros a patadas. Puedes salir por esa puerta cuando quieras —me dijo señalándola.

—Es un poco tarde para eso. Ya tengo firmado un contrato por tres libros... ¿recuerdas? Los dos firmamos un contrato por tres libros.

—No me necesitas. Te puedes inventar el siguiente.

—No sabes lo mucho que me gustaría. Para mí sería más fácil. Pero ya he pasado más de una semana con este caso y no voy a parar hasta que dé con tu forma, tu patrón o como quieras llamarlo, y averigüe quién mató a Richard Pryce.

Nos quedamos allí midiéndonos con la mirada. Hawthorne consultó entonces el reloj.

—Deberíamos ir bajando. Estarán esperándonos.

—Yo no soy tu enemigo, Hawthorne, solo intento ayudarte.

—Ya. Pues de momento has sido de una ayuda tremenda...

Salió de la cocina. Yo no me había bebido ni la mitad del ron con cola. Dejé allí el resto.

16 El club de lectura

Bajamos juntos en el ascensor y fue todo muy raro porque, cuando llegamos abajo, Hawthorne ya volvía a ser el de siempre. Fue como si las puertas correderas hubieran actuado como una cortinilla de esas que se utilizaban en los largometrajes antiguos, barriendo la animosidad entre nosotros y llevándonos a la siguiente escena, donde éramos amigos de nuevo. Lo cierto es que, en cuanto aparecimos en la tercera planta, la discusión cayó en el olvido. Mi socio tenía mala cara y estaba exaltado, algo nervioso. Yo sabía lo celoso que era de su vida privada. En realidad él nunca me había querido en su club de lectura, debían de haberle convencido los demás para que me llevase. De todas formas, tampoco es que fuese a conocer a sus amigos más íntimos. En su momento me había contado que el grupo se había formado en la biblioteca del barrio. ¿Sería verdad? Al menos uno de los miembros vivía en el mismo bloque que él. Tal vez todos vivieran allí.

Olí la comida india desde el pasillo. Había una puerta abierta hacia la mitad y nos quedamos parados en el umbral. Hawthorne se desabrochó el único botón de la chaqueta, su única concesión a la informalidad.

—¿Quién vive aquí? —pregunté.

—Se llama Lisa Chakraborty.

—La última vez que vine vi a un joven en silla de ruedas...

Hawthorne me miró de reojo, con recelo. Ya era más de lo que quería que yo supiera.

—Es su hijo.

Kevin Chakraborty. El chico con distrofia muscular que hizo el chiste con el botón alto del ascensor.

Entramos.

Me sorprendió lo diferente que podían llegar a ser dos pisos del mismo edificio, pese a tener más o menos la misma forma y tamaño. Lisa Chakraborty vivía en un espacio que era lo opuesto a una planta abierta. Un pasillo estrecho en L llevaba, casi a regañadientes, a un salón que era oscuro y estaba atestado de cosas, con muebles aparatosos, papel pintado y lámparas de araña. Los sofás eran voluminosos, ahogados en cojines, uno frente al otro como viejos enemigos, a ambos lados de una mesa baja muy historiada que los separaba. La moqueta tenía de hecho un estampado de volutas, algo que llevaba mucho tiempo sin ver. Había adornos por todas partes: figuritas de porcelana, jarrones, pisapapeles de cristal, lámparas Tiffany, distintos objetos de plata. La estancia estaba tan llena de

objetos y era tan heterogénea como una tienda de antigüedades.

Noté algo extraño en la distribución pero me costó unos instantes deducir qué era. A pesar de los trastos, había un hueco amplio, que iba de la habitación hasta la entrada. Las puertas y los pasillos eran como un tercio más anchos de lo habitual. Comprendí que estaba todo pensado para Kevin, quien tenía que maniobrar para moverse con la silla de ruedas.

El chico no estaba, pero allí ya se había reunido un grupito de gente que, todos de pie, con las bebidas en la mano tenían cara de no saber dónde meterse, como suele pasar cuando los invitados deciden quedarse de pie a pesar de estar rodeados de sitios para sentarse. Mi primera impresión, seguramente injusta, fue que parecían un poco raritos, quizá más que nada por lo diferentes que eran entre sí. Una mujer muy alta con un hombre muy bajo; una pareja de gemelos idénticos; una mujer gordita envuelta en un sari; un señor de pelo plateado y aspecto distinguido con pinta de sudamericano; un hombre con una extravagante barba y una falda escocesa y otro menudo, diminuto casi, con unas gafas redondas y un traje de *tweed*. Habría una docena en total. De no haber sabido que lo que les unía eran los libros, me habría costado encontrar una razón por la que estuvieran todos en una misma habitación.

La mujer del sari se adelantó con una sonrisa radiante. Tenía el pelo negro veteado de gris y unos ojos grandes y observadores. Nunca había visto a nadie con tantas joyas de plata juntas: tres collares, varios anillos en cada dedo y un aro en la nariz, un broche para el sari en forma de pavo real y unos pendientes que le rozaban los hombros. Tendría unos cincuenta años pero no tenía ni una arruga y emanaba una calidez y un buen humor incuestionables.

—¡Señor Hawthorne! —exclamó—. ¡Qué malo es usted! Ya creíamos que no iba a venir. ¿Y este es su amigo? —Me presenté yo mismo—. Estamos encantados de que haya podido venir. Pase, pase. Me llamo Lisa Chakraborty, pero haga el favor de tutearme y llamarme Lisa, y, así, yo lo tuteo también y lo llamo Tony...

—Bueno, en realidad...

—Me temo que hoy estoy sola. Mi marido no participa en nuestras queridas reuniones. La verdad es que los libros le gustan más bien poco. Se ha ido al cine. —Hablaba como si tuviera prisa, las palabras cayendo en dominó una sobre la otra por las ganas de salir de la boca—. Vamos a empezar con una copita de vino y unos aperitivos y luego entramos en materia. ¡Sherlock Holmes, ni más ni menos! Y tener a un investigador de verdad y a un escritor que ha escrito sobre el gran detective... ¡es un lujo muy especial! ¡Señor Brannigan! ¿Me pasa una copa de vino para nuestro invitado?

El señor Brannigan era el marido bajo con la esposa alta. Empezó

a sonreír cuando llegué, y allí seguía la sonrisa, clavada en el sitio, hasta el punto de darle un aire ligeramente maniaco. Estaba casi calvo del todo, y tenía un semblante redondo y ansioso por agradar, así como un bigote que le temblaba sobre el labio superior.

—¡Muy buenas! —ladró al tiempo que me ponía una copa de vino blanco tibio en la mano—. Kenneth Brannigan. Encantado de conocerte, Tony. Qué bien que hayas venido. Déjame que te presente a mi costillita: esta es Angela.

La mujer en cuestión, de aspecto adusto e imperioso, había venido a su encuentro.

—Me alegro de conocerlo —me dijo Angela con voz refinada y rostro serio, sin sonrisa—. ¿Usted es el de los libros de Eric Rider?

—De Alex Rider, sí.

Me miró con tristeza.

—Yo creo que nuestros hijos no los han leído, lo siento.

—¡Hammy sí! —la contradijo Kenneth, que, parpadeando mientras me miraba, añadió—: Hammy se leyó un montón cuando tenía doce años. La serie de Artemis Fowl era su favorita.

—Eso en realidad lo escribe Eoin Colfer.

—Estoy muy interesada en oír lo que opina usted de Sherlock Holmes —terció Angela, que se apresuró a añadir antes de darme tiempo a responderle—: A mí personalmente me parece muy difícil. No sé por qué lo han escogido.

—No es sabueso de nuestra devoción —corroboró Kenneth—. Pero todos hemos visto a Benedict Cumberbatch en la serie de *Sherlock*, así que supongo que es interesante saber de dónde viene todo eso.

Poco a poco fui haciendo el *tour* por la habitación. Conocí a un cirujano veterinario, a un psiquiatra y a un pianista retirado. Hawthorne no me seguía. Estaba de pie, solo, mirándome con hastío desde los márgenes. Pero si lo que le preocupaba era que averiguara más cosas sobre su vida privada, no tenía de qué preocuparse. Es cierto que intenté hurgar un poco, preguntándoles sobre él a algunos de los que iba conociendo, pero nadie parecía saber mucho más, o quizá fuera solo que no querían contármelo a mí. Era simple y llanamente Hawthorne, el hombre que vivía solo en el piso de arriba, el que había sido inspector de policía. Me dio la sensación de que era tan enigmático para todos ellos como para mí. El único que añadió algo más fue el hombre de la falda escocesa (que resultó ser carnicero y trabajaba en el mercado de Smithfield). Bajó un poco la voz y se quejó de que Hawthorne era el único miembro del grupo que no permitía las reuniones en su casa.

—No sé qué ocultará —murmuró con voz entrecortada—, pero no me parece bonito.

Entretanto, Lisa Chakraborty se afanaba de aquí para allá con bandejas de comida, samosas, croquetas y otros aperitivos indios que eran más hojaldre que otra cosa. Brannigan, solícito, iba siguiéndola con el vino. Yo no tenía ganas ni de comer ni de beber, y me sentí aliviado cuando Lisa anunció que el debate empezaría en cinco minutos. Mientras varios miembros del grupo tomaban asiento, yo cogí un par de fuentes sucias y seguí a la dueña de la casa hasta la cocina.

—Qué amable, Tony, gracias. Mételas en el lavavajillas, por favor.

—¿Cómo empezó el grupo de lectura? —le pregunté mientras las metía en el aparato.

—Fue idea mía. Puse un anuncio en la biblioteca del barrio. Y ya llevamos cinco años.

—¿Y Hawthorne lleva desde entonces?

—Sí, sí, claro que sí. Desde el principio del todo. Lo conocí en el ascensor, sabe, vive ahí arriba él solo.

Nos interrumpió un leve zumbido y, al volverme para mirar, vi que Kevin aparecía por la puerta y maniobraba para entrar. Más que sorprendido, pareció contento de verme allí con su madre, pero, claro, seguro que había sido él el responsable de que me invitaran; no solo me había reconocido en el ascensor, sino que había sabido a quién había ido a ver... lo que significaba que Hawthorne le había hablado de mí. Me pregunté qué le habría parecido verme bajar hasta la planta baja. No tardó en hacérmelo saber.

—Hola. —Me había reconocido de inmediato y me sonreía con elocuencia—. ¿Ha estado subiendo y bajando en más ascensores?

—Me alegro de volver a verte, Kevin. ¿Cómo estás?

—Bastante bien. No me quejo.

Lisa nos interrumpió.

—Querido, va a empezar ya el club de lectura. ¿Necesitas algo más?

—¿Quedan samosas?

—Claro.

—¿Y puedo tomarme una Coca-Cola?

La mujer fue a la nevera, sacó una lata, se la abrió, metió una pajita y luego la colocó en el soporte del brazo de la silla. Puso tres samosas en un plato y se lo dejó en el regazo.

Kevin me miró desde abajo con ojos alegres.

—Me las lanzo a la boca —me dijo respondiendo a una pregunta que yo no había formulado—. Como en el juego de la pulga saltarina.

—Sabes que eso no es verdad —lo reprendió su madre—. ¡Y no deberías hacer esa clase de bromas! Kevin tiene distrofia muscular de Duchenne —me explicó sin apenas tomar aire—, aunque todavía le queda movilidad en los brazos. Lo justo para comer. —Blandió un

dedo—. Y come más de la cuenta.

—Es culpa tuya, por cocinar tan bien.

—Te vas a poner tan gordo que no vas a caber en la silla, y ¿luego qué?

—¡Adiós, Anthony! —Kevin sonrió con ganas y se dio media vuelta.

La cocina estaba diseñada como el resto de la casa, con espacio de sobra para que la silla de ruedas pudiera moverse. Ambos nos quedamos mirándonos mientras volvía por el pasillo con el motor eléctrico vibrando. Había una puerta abierta al fondo, pero no logré ver nada de su cuarto. Desapareció en su interior.

—Se le están debilitando los brazos —me confesó Lisa en voz más baja—. Y llegará un momento en que tampoco podrá comer. Después será todo comida líquida. Los dos lo sabemos, pero intentamos no hablar del tema. Ese es el problema con el Duchenne, que es una cosa después de otra, un no parar.

—Lo siento mucho —murmuré, avergonzado, sin saber muy bien qué decir.

—No hay nada que sentir, es un chico estupendo, y guapo, como su padre. He tenido mucha suerte con él. —Me sonreía abiertamente —. Por supuesto a veces se deprime y nos preguntamos cómo vamos a sobrellevarlo. Tenemos nuestros días buenos y nuestros días malos. Pero su amigo el señor Hawthorne ha sido un auténtico regalo de los dioses. Qué hombre más excepcional. No sabe la diferencia que ha supuesto desde que entró en nuestras vidas. Kevin y él se han hecho muy amigos. Se pasan las horas muertas juntos. —Bajó la voz—. A veces creo que en realidad, de no ser por su amigo, quizá Kevin habría tirado ya la toalla.

Miré de reojo hacia el salón. Hawthorne estaba entablando conversación con el hombre sudamericano y se había olvidado de mí.

—Pero Kevin también lo ayuda a él.

—Ah, sí, el señor Hawthorne siempre está preguntando por mi hijo.

—¿Y qué es exactamente lo que hacen?

Estoy convencido de que Lisa Chakraborty estaba a punto de contármelo, pero justo entonces Kenneth Brannigan asomó la cabeza por la puerta.

—¡Ya está todo listo! —anunció.

—Déjame que ponga el café y vamos.

Ya había salido. Lisa pasó a mi lado con la bandeja y la seguí, consciente de que acababa de perder una oportunidad de oro de abrir una puerta trasera a la vida de Hawthorne. Al mismo tiempo ahora sabía dónde estaba la habitación de Kevin y ya iba formulando un plan en mi cabeza. La velada todavía no había acabado.

Se habían sentado todos en un círculo irregular en torno a la mesa de centro, donde había desperdigados varios ejemplares de *Estudio en escarlata* que habían aparecido de la nada. Como no había sitio para todos, algunos invitados estaban apretujados en los sofás, mientras que los gemelos se habían sentado en posiciones idénticas en el suelo, a lo indio. Habían dejado libre una silla con respaldo para mí, al lado de Hawthorne. Fui a ocupar mi sitio.

—¿Dónde estabas? —me preguntó.

—En la cocina, con Lisa. He conocido a Kevin. —Se lo dije mirándolo a los ojos fijamente pero no dejó entrever interés alguno.

—No hables del caso —masculló por lo bajo, en tono sombrío.

—¿Te refieres al asesinato de Enoch Drebber en los jardines de Lauriston?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Lo intentaré.

Lisa abrió la sesión antes de que Hawthorne pudiera decir nada más.

—Buenas noches a todos. Estoy encantada de abriros hoy las puertas de mi casa para hablar de *Estudio en escarlata*, escrita en 1886 por sir Arthur Ignatius Conan Doyle. Antes de empezar con el debate, me gustaría recordar la suerte que tenemos de poder contar hoy aquí con un escritor tan famoso como Tony, que ha trabajado en *Agatha Christie: Poirot*, en *Los asesinatos de Midsomer* o en *Foyle's War*. También ha escrito muchas historias policiacas, para adultos y niños. Estoy segura de que Anthony va a compartir con nosotros unas opiniones muy interesantes y espero de veras que nos dé tiempo a oír lo que tiene que contarnos. Pero, antes de nada, démosle todos la bienvenida al club de lectura de River Court.

Hubo una ronda de aplausos, que me avergonzó más si cabe por los pocos que éramos en la sala, pero sonreí con aplomo. Hawthorne no los secundó.

—Bueno, y ahora vayamos directamente a la aventura que nos ha reunido aquí...

Para entonces yo ya había comprendido que no tenía interés en lo que nadie allí pudiera pensar de *Estudio en escarlata* y lo cierto es que no me sorprendió que, a pesar de que a todos les había gustado la serie de la BBC, y lo que Lisa había dicho, a ninguno parecía haberle agradado el material original.

—A mí me ha decepcionado... qué forma de escribir tan torpe. —Hablaba Kenneth Brannigan, dando el pistoletazo de salida de la sesión—. Se supone que lo narra el doctor Watson. Nos hacen creer que es el narrador pero luego, a mitad del libro, de pronto apareces en Sierra Blanca, en Norteamérica, y antes de darte cuenta, has vuelto treinta años antes de que empiece la acción, en medio de una panda

ridícula de mormones...

—Se ve que a Doyle no le hacían ninguna gracia los mormones, ¿verdad? Yo creo que la descripción que hace es en realidad un poco racista.

—El libro se me ha hecho muy corto. Por lo menos tiene eso a su favor.

—Yo el final no lo he entendido. ¿Por qué pondría las dos últimas frases en latín?

—Yo no me he creído ni una palabra...

Estudio en escarlata es un libro que siempre me ha encantado, así que no presté mucha atención mientras el grupo, miembro a miembro, fue dando su opinión. Lo curioso es que, a pesar de haberme invitado a unirme al grupo, nadie parecía reparar en mi presencia... aunque, por mí, mejor así. Tenía la cabeza en otra parte.

Kevin y Hawthorne. El fragmento de conversación que había escuchado en la planta doce: «No podría haberlo hecho sin ti». ¿Qué era lo que no podía hacer solo? ¿Para qué habría ido Kevin a casa de mi socio? Tenía que enterarme como fuera.

Cuando llevaban cuarenta minutos de conversación, y yo seguía sin aportar nada, me incliné y le pregunté a Hawthorne en un susurro:

—¿Dónde está el baño?

Lisa Chakraborty me había oído.

—Está al fondo del pasillo, la segunda puerta a la derecha —anunció en voz alta, para que todos la oyeran.

Se hizo el silencio mientras me levantaba y salía de la habitación. Sentí las miradas de todo el grupo.

—Y la pista esa en la pared —oí que decía alguien—. La palabra «RACHE» pintada con sangre. Qué tontería, la verdad. Eso nunca pasaría en la vida real...

Seguí por el pasillo y las voces desaparecieron, engullidas por los muros gruesos, las moquetas y el exceso de muebles. No pensaba ir al baño; me daba un poco de vergüenza, entrometerme de esa manera... pero estaba decidido. Era casi seguro que no volverían a invitarme al piso de Lisa y no volvería a tener otra oportunidad parecida. Pasé de largo el baño y me quedé un momento ante la puerta por la que había visto entrar a Kevin desde la cocina, con la oreja pegada a la madera. No llegaban sonidos de dentro. Giré el pomo con mucho cuidado. En algún punto de mi cabeza una voz me decía que era horrible hacer algo así, pero otra voz ya ensayaba la excusa: «Ay, lo siento, me he equivocado de puerta».

Miré dentro.

Habría sido un cuarto típico de adolescente de no haber sido por la cama que presentaba un aspecto como de hospital, con la grúa a un lado, la puerta extraancha del baño y el raro olor a medicinas y

desinfectante. Estaba muy desordenado. La luz era tenue. Podría haberme fijado en los pósteres de la pared, desde *La guerra de las Galaxias* hasta *Matrix*, o en las montañas de libros y revistas, pero mis ojos, en cambio, se vieron atraídos primero por Kevin, que estaba ante una mesa de espaldas a mí y no me había oído entrar, y luego por la pantalla tamaño industrial del ordenador que tenía delante. No era un Mac ni ninguna otra marca que yo pudiera reconocer. Estaba como a unos cinco o seis metros de mí y, si hubiera habido cosas escritas, no habría sido capaz de leerlas. Incluso una imagen habría sido difícil de identificar. Pero lo que vi en la pantalla era tan conocido para mí y tan inesperado, tan desconcertante, que por un momento me olvidé de todo lo demás.

Estaba mirando una fotografía de mí mismo.

De hecho, en la imagen aparecía yo con mi hijo pequeño, Cassian, que por entonces tenía veintidós años y estaba acabando un curso de periodismo en la City University. Recordé que la foto la habíamos sacado hacía dos días; salíamos los dos tomándonos algo en la Jerusalem Tavern, un pub que hay cerca de casa. Pero lo más asombroso es que no la habíamos subido a ninguna red social. Yo no se la había mandado a nadie. ¿Cómo podía ser que estuviera en la pantalla de Kevin?

—¿Kevin...? —No lo pude evitar; aún no había entrado en el cuarto y le hablé desde la puerta.

El chico se dio la vuelta y vi el pánico en sus ojos cuando se percató de quién era el que le estaba hablando. Al mismo tiempo, buscó el ratón con la mano y, a los pocos segundos, la pantalla se fundió en negro.

—¿Qué haces aquí? —exigió saber; a Kevin le iba la guasa, pero en ese momento no podía estar más serio.

—¿De dónde has sacado esa foto? —le pregunté.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Este es mi cuarto!

—Estaba buscando el baño.

—¿Te importa irte?

—No pienso irme hasta que me digas cómo has conseguido esa foto.

Ya en su momento fui consciente de que mi comportamiento era reprobable, de que no debía hablarle de esa manera. ¿Es aceptable en algún caso perder los nervios con alguien que está en silla de ruedas? Pero estaba realmente conmocionado por lo que acababa de ver. Kevin había estado espiándome a mí... y a mi hijo.

—¡Te has metido en mi ordenador! —exclamé, y es que no veía cómo podía haber llegado allí de otra forma.

—¡No! —Se removió en el asiento.

—¡Sí! —Cuando miré más allá, vi que tenía todo el tablero de la

mesa lleno de complejos componentes eléctricos, unas extrañas cajas negras con antenas y teclados conectados en un laberinto de cables. Señalé la pantalla—. ¡Ese es mi hijo! ¡Y yo!

Intentó buscar una explicación pero, al ver que no la encontraba, se plegó abatido sobre sí mismo.

—No ha sido tu ordenador, ha sido tu móvil.

Ni siquiera intenté rebatirlo.

—¿Cómo lo has hecho? —exigí saber—. ¿Y por qué? —Y luego me sobrevino la siguiente idea—: ¿Lo sabe Hawthorne?

Claro que lo sabía: esa era la ayuda que le prestaba Kevin. De pronto lo entendí todo perfectamente. El reconocimiento automático de matrícula que demostraba que Akira Anno nunca fue a Hampshire en su coche. La grabación de la cámara de seguridad de la gasolinera de Welcome Break en Fleet. Yo me había preguntado por qué Cara Grunshaw le habría enseñado esas imágenes a Hawthorne, pero en realidad nunca lo hizo. Él se había limitado a robarlas, a colarse en el sistema informático de la policía con la ayuda de su inteligente joven vecino del tercero.

Kevin me miraba con la cara desencajada. El cuerpo entero parecía más contraído y más fuera de control aún.

—No le digas a Hawthorne que lo sabes —me pidió.

—¿Por qué estabas mirando mis cosas personales? —insistí.

—Porque me caes bien.

—Bonita manera de demostrarlo.

—Me pareces interesante. Leo tus libros.

Vale, sí, podía ser un buen halago pero eso no significaba que me gustase la idea de que Kevin me espiara por la cámara del ordenador o puede que incluso me escuchara a través del iPhone mientras estaba en el baño. Me habría dejado llevar por la ira pero, dadas sus circunstancias, hice un esfuerzo por mantener la calma.

—¿Qué haces exactamente para Hawthorne? —le pregunté.

—Yo no hago nada. Como se entere de esto, ¡me mata!

—No me mientas, Kevin.

—No te lo puedo decir. No puedo hablar sobre él. Por favor…

Dudé de que no fuera todo puro teatro pero de pronto vi lágrimas en sus ojos y solo con eso ya me sentí como el peor matón de instituto. Además, llevaba bastante rato apartado del club de lectura y no me hacía gracia la idea de que la madre o incluso el propio Hawthorne vinieran a buscarme. No sé qué habría sido peor.

Respiré hondo e intenté sonar razonable.

—No le diré nada a Hawthorne, pero esto no va a quedar así. Voy a tener que volver a hablar contigo.

—No puede ser.

—Sí, sí que podrá ser. Y no intentes evitarme.

—Tranquilo, que no pienso salir corriendo. —A pesar de todo, el humor negro no le abandonaba.

—¡Y no vuelvas a tocar mi móvil! De hecho, me pienso comprar otro.

—En realidad no te serviría de mucho.

—¡Santo Dios! —Me pareció oír que venía alguien y blandí un dedo mirando al chico—. Limítate a no tocar ni mi iPhone, ni mi ordenador, ni mi iPad... ni siquiera el telefonillo de la puerta. ¡Júramelo!

—Te lo juro. —Tenía mala cara; no debía presionarlo más.

—Ya hablaremos de esto más adelante, ¿entendido? ¡Esto no acaba aquí!

Volví por donde había llegado y cerré la puerta al salir.

—A Sherlock Holmes no hay quien se lo crea. A ver, que en la página treinta y dos dice que ha estudiado las cenizas de unos puros y sabe distinguir la marca con solo mirar la ceniza.

Oí la voz de Hawthorne mientras entraba en el salón y, por supuesto, todo el grupo estaba volcado con lo que estaba diciendo. Me senté en mi silla y fingí que escuchaba mientras él hablaba.

—Hacedme caso, hace poco lo han intentado reproducir en Estados Unidos. Se disuelve la ceniza con una mezcla de ácido de nitrato y ácido clorhídrico y luego analizan los resultados utilizando una espectrometría de masa de plasma. —Sacudió la cabeza—. Y con eso solo consiguieron un sesenta por ciento de precisión, así que no sé de qué va fardando Holmes.

Hizo una pausa y luego se puso a hablar de la correlación entre la altura de un sospechoso y la longitud de sus pasos, echando por tierra otra de las teorías del detective de ficción. Pero yo no estaba prestando atención y sus palabras flotaban sin más por el aire. Pensaba en Kevin, que se había colado en mi teléfono sin siquiera tocarlo, y me pregunté cómo era posible que Hawthorne actuara en calidad de detective privado que trabajaba para Scotland Yard cuando en realidad utilizaba métodos que eran con gran seguridad delictivos. Desde luego, aquello me hacía verlo bajo una luz muy distinta.

El resto de la velada prosiguió en una especie de neblina. Alguien sacó a colación *La casa de la seda*, y aunque resultó que solo un par de personas lo habían leído —los gemelos—, me pidieron que hablara sobre escribir con el estilo de Conan Doyle. Conseguí parlotear unos minutos antes de que Lisa Chakraborty me cortara en seco.

—Bueno, pues muchas gracias, Anthony. Ha sido una aportación muy interesante y una bonita manera de ponerle la guinda a nuestro debate de esta noche. Y ahora solo me queda pasarle el turno de palabra a Christine, que ha escogido el siguiente libro, para después de fin de año. Voy a dejar que os lo presente.

Christine —gafas, pelo cano, rebeca holgada— se puso en pie.

—He escogido un libro contemporáneo, y creo que en parte podría considerarse una obra maestra. Es *Un sinfín de dioses*, la primera novela que publicó Akira Anno.

¡Por supuesto, cómo no! Sentí incluso la calidez y el entusiasmo que inundó la sala.

—¡Qué maravilla!

—Es una escritora con una fuerza tremenda.

—Yo me he leído *La tina del temizuya* tres veces. Cómo lloré.

—¡Qué buena elección, Christine!

Hubo otra ronda de aplausos.

Yo estaba deseando largarme. Hawthorne se me acercó pero tenía las mismas ganas de perderlo de vista que a los demás. Apenas hablamos cuando volvimos por el pasillo y, mientras lo veía desaparecer en el ascensor, me pregunté si debería admirarlo o despreciarlo por utilizar a un joven con una seria minusvalía para ayudarle a quebrantar la ley.

Una certeza, no obstante, empezaba a hacerse más evidente ante mí: cuantas más cosas conocía sobre él, menos sabía realmente.

17 La persecución

Esa noche dormí fatal. Tuve una pesadilla en la que el club de lectura se convertía en una especie de *Semilla del diablo* (algo que no me requirió mucha imaginación). Hawthorne y Kevin estaban en el centro de todo, absortos en una pantalla de ordenador donde iba apareciendo una recopilación de los peores momentos de mi vida. Incluso durmiendo me sorprendió lo numerosos que eran.

Cuando me desperté con la melodía del móvil, agradecí darme cuenta de que estaba en la cama, en mi propio cuarto. Jill ya se había ido. Alargué la mano para contestar, pensando que sería Hawthorne, y medio gruñí cuando oí la voz de Cara Grunshaw al otro lado de la línea.

—¿Te he despertado? —me preguntó en un tono de preocupación fingida.

Eran poco más de las siete en punto, el sol aún tenía que esforzarse por hacerse notar.

—No.

—Pensé que querrías saberlo: he hablado con los de Daunt y no van a demandarte.

—Es bueno saberlo.

—Yo estoy intentando convencerles de lo contrario. —Hizo una pausa—. No es nada personal, es solo que no creo que debamos fomentar los delitos menores.

Cerré los ojos y de nuevo hundí la cabeza en las almohadas.

—¿Qué es lo que quiere?

—Tú ya sabes lo que quiero.

Respiré hondo.

—Hawthorne va a volver a ver hoy a Adrian Lockwood —le dije, y lo sabía porque la noche anterior, antes de llegar a casa, había recibido un mensaje suyo.

Me había enviado un nombre, una dirección en Curzon Street y una hora, solo eso. Que yo me negara a ir no era una opción que él contemplara. Aunque detestaba la idea de pasarle información a Grunshaw, tampoco le veía el problema, a fin de cuentas Hawthorne me había dado permiso.

—Ya hemos hablado con él dos veces —replicó la inspectora—. No tenía razón alguna para matar a su abogado.

—Sí, en realidad sí que la tenía.

—¿Cuál?

No sé si sería porque acababa de despertarme o tal vez solo fuera

mi miedo profundo a molestar a Grunshaw, pero de pronto me vino la respuesta. ¿Era esa la «forma» de la que hablaba Hawthorne? Ya mientras le soltaba la retahíla, supe que no estaba diciendo ninguna tontería.

—A Richard Pryce se le conocía como el Cuchillo de la Verdad porque era siempre franco y honesto. Le preocupaba que Akira Anno estuviera ocultando parte de sus ingresos.

—Eso ya lo sé. —Otra vez aquel tono hastiado tan suyo.

—Espere que le cuente: es posible que Pryce tuviera información nueva sobre Akira. Pensaba llamar al Colegio de Abogados y, según Stephen Spencer, puede que estuviera involucrada en alguna actividad ilegal.

—¿Y qué?

—Pues que si era cierto, Richard no habría dudado. Habría anulado el acuerdo de divorcio aunque hubiera perjudicado a su propio cliente. Adrian Lockwood no pensaba permitirlo. Odiaba a Akira y no quería saber nada más de ella. No digo que fuese a la casa con intención de matar a Richard Pryce, pero es posible que discutieran y... su exmujer nos contó que es un hombre violento. Pudo haber cogido la botella y...

—Un momento, un momento —me cortó Grunshaw—. Lockwood tenía coartada, estuvo con Davina Richardson en Highgate.

—A solo unos minutos en un coche rápido.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea.

—Adrian Lockwood no mató a Richard Pryce —dijo sin más Cara.

—Ah, ¿y sabe usted quién fue?

—Me falta poco para averiguarlo. Cuando menos os lo esperéis, arrestaré a alguien.

Hawthorne me había contado que había reducido su lista de posibles sospechosos a solo dos personas, pero eso no se lo dije. Tampoco le mencioné que yo la había reducido a cinco posibilidades. Aquella mujer lo planteaba todo como una carrera hacia la verdad y había decidido engañar a cada paso del camino.

—No te pierdas —me dijo, y colgó.

Salí de la cama a rastras y me metí en la ducha. La conversación con Cara Grunshaw me había dejado con mal cuerpo. Mientras el agua me martilleaba en la cabeza, todo me pareció de lo más injusto; había conseguido pasar cincuenta años de vida sin cruzarme con gente como esa mujer y ahora, de pronto, me amenazaban y me zarandeaban en mi propia casa. También me preocupaba seriamente lo de Daunt; le había dicho a Hawthorne que aquella historia podía destruir mi carrera, y era cierto. La prensa se pasó veinte años ignorándome. Luego, cuando *Alex Rider* empezó a vender cantidades importantes, y sobre todo después de la película, se habían portado bastante bien

conmigo. En los últimos tiempos, sin embargo, parecía que alguien hubiera decidido que se me había subido a la cabeza y había visto mi nombre escrito en columnas de opinión que tenían poco de cierto y eran decididamente hostiles. Un escritor de libros juveniles al que pillan robando en una librería adorada por todos no se quedaría en una columnita de opinión. Corría el año 2013 y empezábamos a adentrarnos en ese ambiente de pozo de los leones en el que cualquiera que estuviera mínimamente en el candelero público podía verse aplastado por una simple acusación mucho antes de que se intentara desestimar las alegaciones.

Era posible que Grunshaw mintiera, y que todo quedara pronto en el olvido, pero al final decidí que no podía arriesgarme. Salí de la ducha, me sequé y me vestí. Y me fui a ver a Hilda Starke.

Hacía unos dos años que Hilda era mi agente literaria. Había sido ella quien vendió mi novela *La casa de la seda* a Orion Books como parte de un contrato formado por tres libros. Una mujer canosa y pequeña, con ojos vidriosos y debilidad por la ropa bastante masculina, que regentaba su propia agencia, con sede en Greek Street, en pleno Soho. Solo había ido por allí un par de veces —casi siempre quedábamos en restaurantes o en las editoriales—, y no me había impresionado mucho el sitio. Las oficinas de la agencia ocupaban la tercera y la cuarta planta de un edificio, sobre una cafetería italiana, y había que subir unas escaleras estrechas e irregulares para llegar a ellas. Ese día no habría en la oficina más de seis personas, dos agentes júnior, un recepcionista y un par de ayudantes, pero, entre lo pequeñas que eran las habitaciones y la poca luz que entraba, seguía pareciendo ajetreada.

Yo, por supuesto, había llamado para avisar de mi visita, pero aun así Hilda pareció sorprendida de verme.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo llevas el nuevo libro?

Para ser tan menuda tiene una presencia extraordinaria. Vestía una chaqueta cruzada y una camisa de cuello ancho y me la encontré enfrascada ante un portátil, como una adivina sobre una bola de cristal... y no me habría extrañado que fuera capaz de predecir el futuro con su conocimiento exhaustivo sobre contratos y acuerdos pasados, gráficas de Nielsen y mercados internacionales. Si le preguntabas cuántos ejemplares había vendido el último de Harlan Coben o qué títulos estaban pegando en Amazon te daba la respuesta sin tan siquiera rozar el teclado. No sabía si Hilda estaba casada —nunca me lo había dicho—, pero si tenía marido seguramente no le dejara decir ni pío: era una mujer que no solo se acostaba con un libro, sino con una biblioteca entera.

Me senté enfrente de ella.

—Puede que tenga un problema...

—¿Has empezado ya el segundo Sherlock Holmes?

—No.

—Pues eso sí que es un problema. Sabes que Orion lo quiere para marzo. *La casa de la seda* va bastante bien. Te has caído de la lista de ventas, pero ha sido una semana con mucho ajetreo.

Siempre había alguna razón para una caída en las ventas: el tiempo, la época del año, otros escritores. Pero eso no quitaba para que me sintiera decepcionado.

—Estoy escribiendo otro libro sobre Hawthorne —dije.

Me miró con recelo: cuando le conté la idea no le había hecho mucha gracia y al final solo se convenció una vez que me consiguió un contrato con Penguin Random House.

—¿Para qué? —preguntó—. Si todavía no han publicado ni siquiera el primero.

—No me ha quedado más opción. Ha habido un asesinato.

—¿De quién?

—Se llamaba Richard Pryce y era abogado de familia.

Aquello no le gustó.

—No creo que a los lectores les interese un comino un abogado de familia. ¿No podrías hacer que se dedicara a algo más interesante... que fuera actor o músico?

—Ya mataron a un actor la otra vez —le recordé—. Y además la cosa no funciona así. Yo no tengo ni voz ni voto, me limito a escribir lo que sucede.

—Ah, ya. —Estaba de mal humor, y deseosa de acabar para volver a lo que tenía antes entre manos—. ¿Y qué problema has tenido entonces? —Le conté lo ocurrido en Daunt Books—. Madre mía, Anthony, ya podías haber robado algo con un poco más de gusto. La saga de *Mundofinito* es una auténtica basura... por mucho que haya vendido cincuenta y tres millones de ejemplares. Eso sí, vaya suerte que ha tenido Dawn Adams. Kingston Press estaba a punto de cerrar cuando le cayó del cielo. Pero tampoco me pega encontrártelo debajo de la camisa.

—No lo llevaba debajo de la camisa, Hilda, te lo acabo de explicar, que fue un montaje de la policía.

—Me temo que eso importa poco. Es tu palabra contra la de una respetada agente y sabes muy bien de qué lado se pondrá la prensa.

—Tampoco está tan claro que alguien respete a la inspectora Cara Grunshaw...

—Bueno, yo me andaría con cuidado antes de escribir algo despectivo sobre ella. No querrás que te demanden.

—¡Aquí la víctima soy yo! —Estaba a punto de salir en estampida de la habitación, algo que por cierto no se me da nada bien, cuando de pronto volví a escuchar lo que acababa de contarme Hilda—. Dawn

Adams —murmuré—. Publica *Mundofinito*.

—Sí, ¿qué pasa?

Aquel nombre me había sonado desde el principio: Dawn Adams era la editora con la que había cenado Akira Anno la noche que esta amenazó a Richard Pryce, y también había estado con ella (o al menos eso afirmaba) la noche de autos. Y Akira nos había contado que Dawn la había tomado con Richard Pryce cuando ella misma se divorció. Por no hablar de que Gregory Taylor había comprado el tercer tomo de la saga justo antes de morir; solo quería un libro largo para un trayecto largo. Sin embargo, de pronto comprendí que Dawn Adams debía formar parte de la investigación de Hawthorne, por mucho que él aún no hubiera dicho que tenía intención de ir a verla.

Bueno, por lo menos había sacado algo en limpio del hecho de plantarme en la agencia. Y aquello no sería todo. Hilda transigió.

—Supongo que podría hablar con James.

—¿James?

—James Daunt, de Daunt Books. Conoce tu obra y tal vez podamos convencerlo de que fue todo un malentendido.

—¡No fue ningún malentendido!

—Lo que tú digas... Pero entretanto deberías ir poniéndote ya con el segundo libro para Orion. ¿Qué ha pasado con esa idea que tenías sobre Moriarty?

—Le estoy dando vueltas.

—Pues si yo fuera tú, dejaría de darle vueltas y me pondría a escribir.

—Gracias, Hilda.

—Ya sabes dónde está la puerta.

Llevaba tres días cabalgando, su orgullosa y negra montura abriéndose paso entre las flores de Silvestria, los intrincados espinos y los frondosos bosques negros de los Países del Trastiempo. Una luna plateada iba marcándole el camino mientras la suave brisa del norte le susurraba de continuo al oído. Tenía hambre, no había comido desde el último banquete en la corte del rey Pellam. Se trataba, no obstante, de un hambre ya más profunda y primaria que lo devoraba por dentro, y el viaje cayó en el olvido, con su fiel semental esperando ocioso a su lado.

La muchacha no tendría más de doce o trece años, pero ya había florecido y se había convertido en una mujer deseable. La había encontrado inclinada junto a un riachuelo borboteante, con las manos en cuenco, pero la tenía ya tumbada sobre la hierba suave, justo donde él la había lanzado. Se agachó y le desgarró el jubón de lana para revelar unos pechos maduros y curvilíneos, con pezones a juego con el rojo delicioso de sus labios. La visión de su piel y del pelo púbico que se le insinuaba por el borde del jubón le hizo salivar.

—Sois mía —murmuró—. Por la ley de la Gran Mesa y el poder del mago Merlín, os reclamo como mía.

—Sí, mi señor. —La muchacha extendió los brazos y se le estremeció todo el cuerpo, deseosa de recibirlo.

Apenas capaz de controlarse, se deshizo del gambesón, del cinturón y de lo demás hasta quedarse desnudo, imponente sobre ella.

Me había parado en la Waterstones de Piccadilly de camino a mi cita con Hawthorne y había estado hojeando un ejemplar de *Prisioneros de sangre*, el tercer libro de la saga de *Mundofinito*. Mark Belladonna ocupaba un lugar de honor en una mesa del vestíbulo circular, y me puse allí mismo a leer unas páginas. Quería hacer memoria de lo malo que era: ese lenguaje horrendo, los clichés a punta pala, el regusto casi pornográfico. Dawn Adams debía de haber ganado una buena pasta con los libros, y yo ya sabía por el tiempo que había pasado con Hawthorne que dinero y asesinato suelen ir de la mano. Estaba convencido de que mi socio no tardaría en querer interrogar a la editora, al fin y al cabo era la única coartada que tenía Akira. También gravitaba en mi cabeza la pregunta de qué tendrían en común ambas mujeres, porque desde luego sus gustos literarios no podían ser más distintos. Había vuelto a *Prisioneros de sangre* con la esperanza de que respondiera, al menos en parte, a aquella pregunta. No había sido así.

Dejé el libro y recorrí a pie el trecho que había hasta la parada de Green Park, sin dejar de pensar en la teoría que le había resumido a Cara Grunshaw: cada vez veía más clara la posibilidad de que Adrian Lockwood fuera el asesino. Lo que le había dicho a la inspectora era cierto: tenía un móvil y, según Akira, conocía el haiku 101. De hecho, había visto un ejemplar del libro en su casa. ¿Habría pintado él el número en la pared de Heron's Wake, a modo de extraña declaración de venganza?

Hawthorne estaba ya esperándome en la parada y al verlo me sentí tentado de preguntarle por su relación con Kevin, por cómo se habían conocido y cuál era exactamente el arreglo que tenían. ¿Le pagaba al adolescente por su trabajo o era algo que Kevin hacía simplemente por diversión? Además, las repercusiones de todo aquello iban más allá: mi socio siempre parecía saber dónde estaba yo y qué hacía, pero ¿se debía a un escrupuloso trabajo de investigación o se dedicaba solamente a hackearme el correo?

Me entraron ganas de plantarle cara, pero al final decidí que era mejor dejarlo. Podía utilizar a Kevin para saber más sobre Hawthorne. Sería mucho más fácil así.

Echamos a andar, en dirección a Hyde Park Corner. Aunque no llovía sí que flotaba una fina bruma en el aire. Estábamos en uno de esos periodos muertos del año, después de las vacaciones de verano y

antes de la emoción de la Noche de Guy Fawkes, con las decoraciones navideñas a la vuelta de la esquina esperando a que las colgasen. Cada año parece que las pongan antes.

—He leído lo que me diste —me dijo en tono cordial.

Me costó un momento comprender que hablaba sobre las páginas que le había dado, las que describían mi encuentro con Davina Richardson y el descubrimiento del haiku.

—Ah, ¿y te han servido de algo? —le pregunté con cautela.

—Parece que te pongo un poco nervioso, colega, si no te importa que te lo diga. —Se quedó pensando un momento y luego citó un extracto casi literal—: «Seguramente no iba a hacerle gracia que hubiera entrado sin él. No le gustaba nada que yo hiciera preguntas incluso cuando él estaba presente...».

—¡Es que es verdad! —repliqué—. Cada vez que abro la boca me miras como si fuera un colegial desobediente.

—No es eso. —Se había ofendido—. Es que no me gusta que me interrumpas cuando estoy pensando. Y tienes que andarte con cuidado con lo que dices delante de los sospechosos. Lo suyo es no dar más información de la cuenta.

—Esta vez no he dado ninguna. —Hawthorne hizo una mueca—. ¿O sí? —pregunté alarmado.

—Espero que no... De todas formas, en realidad me ha servido de mucho lo que has escrito. Lo que pasa contigo, Tony, es que escribes cosas y no te das ni cuenta de lo importantes que son. Pareces un escritor de viajes que ni sabe dónde está.

—¡Eso es mentira!

—Sí, sí, es como si estuvieras en París y escribieras que has visto un edificio muy grande y alto, hecho de metal, pero se te olvidase mencionar que estaría bien ir a verlo.

Estaba siendo muy injusto. Yo escribía lo que veía y casi todo lo que Hawthorne decía. Por supuesto, tenía que escoger qué detalles describir, si no, podía acabar con un tocho de miles de páginas. La casa de Adrian Lockwood, por ejemplo; si había mencionado que estaba comiendo arándanos no había sido porque tuvieran que ver necesariamente con el crimen —seguramente no fuera así—, sino porque estaban ahí y me pareció que podía tener un interés. Pero, a la vez, tampoco mencioné que se había cortado afeitándose por la mañana, porque tenía un corte a un lado de la barbilla. Y claro, si al final resultaba ser relevante, si le temblaba la mano por haber matado a Richard Pryce, pues podía volver atrás más adelante y meterlo en el segundo borrador. Así funciona la historia.

—Bueno, ¿y de qué te ha servido? ¿No podrías contarme por lo menos qué Torre Eiffel me las he arreglado para describir sin saber en realidad que estaba allí?

—Pues a ver, Davina, por ejemplo, te estuvo contando todas las cosas por las que no puede vivir sin un hombre, y a mí eso me ha resultado muy interesante.

—Es madre soltera de un hijo adolescente.

—No te hablo de eso.

Habíamos atravesado Piccadilly y habíamos seguido por Curzon Street, camino de la oficina de Adrian Lockwood. Vi que mi socio acababa de pararse en seco y estaba mirando al frente, a una esquina amplia al borde de un edificio moderno de seis plantas. Distinguí el nombre sobre la entrada: Leconfield House. Allí estaban las oficinas de Lockwood.

Y, justo en la esquina, había un hombre fumándose un cigarro. Vi el pelo caído en mechones mojados, una gabardina abierta color pizarra, una especie de marca a un lado de la cara. Pero lo más llamativo, sobre todo desde donde estábamos, eran las gafas azulonas. Parecían de niño, como si fueran de pega.

Tenía la vista puesta en la tercera planta pero, al bajar la cabeza, cruzamos las miradas. Ninguno de los dos sabía quién era el otro pero al instante reconocimos la conexión, y yo eché a correr mientras él tiraba el cigarro al vuelo, daba media vuelta y salía pitando. Antes de darme cuenta, estaba persiguiéndolo.

Con los años he escrito un buen puñado de persecuciones; al fin y al cabo son un ingrediente básico de las series de televisión. Llega un punto en que ya no puedes meter más escenas de tus personajes hablando en habitaciones. Al final tienes que introducir un poco de acción y las elecciones más populares son: el asesinato, la pelea, la explosión o la persecución.

Puede que, de entre estas posibilidades, la persecución sea la más cara. Una pelea, a no ser que sea encima de un autobús en movimiento o incluya una banda entera, no suele necesitar gran cosa, y hoy en día las explosiones son bastante fáciles de conseguir. Casi todo lo que vemos es un simple estallido de aire comprimido, un poco de polvo y unos trozos de papel; el sonido se añade luego y hasta las llamas pueden ser generadas por ordenador. Pero en una persecución el movimiento lo es todo. Los personajes se mueven, las cámaras se mueven, la unidad entera tiene que moverse. Y lo peor es que no basta con dos actores que corran como locos, porque eso acaba aburriendo. Tienes que meter un poco de acción: que casi lo pille un coche, unos cuantos puñetazos, una anciana apartada al vuelo.

Cuento todo esto para disculparme por lo que tengo que describir a continuación.

Tengamos en cuenta que yo había pasado ya los cincuenta, iba a pie, y aunque suelo estar en buena forma, no era ningún superhéroe. El hombre al que perseguía era más joven y delgado que yo, aunque el

tabaquismo le había causado estragos en la salud. Desde el principio más que correr parecía cojear, y ni un director con un talento inusitado, ni todo el dinero del mundo, habrían conseguido que los siguientes minutos fueran medianamente digeribles.

El hombre de las gafas azules atravesó la carretera y, aunque le pasó una furgoneta blanca al lado, no le rozó ni de lejos. Yo miré a ambos lados antes de seguirlo. Había llegado a la acera de enfrente y había apartado a varios peatones, pero sin llegar a tener contacto corporal. A mí ya me había entrado el flato y me había tenido que parar a recobrar el aliento. Miré atrás, esperando ver a Hawthorne, pero ni siquiera se había movido del sitio. Seguía allí al fondo con el móvil en la mano. Me pareció de lo más extraordinario e impertinente. Mi presa se había colado por una de las bocacalles que llevan al mercado de Shepherd, un encantador enclave de calles estrechas y placitas que data del siglo XVIII. Lo vi pasar corriendo por delante de un pub que hacía esquina —el Ye Grapes— y lo seguí. Debía de correr a unos diez kilómetros por hora, a pesar de que los faldones de la gabardina le revoleaban por detrás, dándole un efecto muy dramático.

Desapareció por otro callejón, entre unos contenedores que no tiró. Lo seguí, pisando con fuerza, pero ya estaba quedándome atrás y cuando lo vi acercarse a la calle principal y llamar a un taxi me había sacado demasiada ventaja. Estaba sudando y una fina pátina de llovizna se me había pegado a la cara. Cuando llegué a su altura, habría subido de un salto a un segundo taxi si hubiera encontrado alguno, pero nada. Tuve que esperar un minuto hasta que por fin apareció uno, en dirección a Piccadilly Circus. Le hice señas. Me pareció que el taxista tardaba una eternidad en parar. Abrí la puerta de golpe y me subí atrás.

Todavía veía el taxi de Gafas Azules. Había bastante tráfico y no estaba tan lejos.

—¿Adónde? —me preguntó el taxista.

—¡Siga a ese taxi! —Ya mientras las palabras me salían de la boca comprendí que había soltado un cliché tan grotesco y trillado que bien podría haber aparecido en la saga de *Mundofinito*—. ¡Por favor! —añadí.

Más adelante un semáforo se puso en verde. El taxi que estábamos siguiendo accionó el intermitente y dobló hacia Saint James's Street. Nosotros avanzamos a paso de tortuga hasta el mismo semáforo pero, antes de que llegáramos, volvió a ponerse en rojo. Mi conductor no dio un volantazo para cambiar de sentido y buscar otro camino; tampoco adelantó derrapando al resto de coches.

—Lo siento, colega —me dijo, en cambio, mientras frenaba lentamente.

18 El rebuscabasuras

Hawthorne no parecía haberse movido del sitio. Seguía allí plantado, esperándome a las puertas de Leconfield House, cuando por fin volví con el taxi, que me cobró diez libras por un trayecto circular que no me había llevado a ninguna parte en concreto. Me observó mientras bajaba del vehículo y atravesaba la calle para llegar a donde él estaba.

—Se ve que no lo has cogido —comentó.

—No, se ha escapado. —Estaba de mal humor; la lluvia había parado ya pero me había empapado de arriba abajo—. Tú tampoco es que hayas colaborado mucho —mascullé—. Por lo menos podrías haber intentado ayudarme a cogerlo.

—No hacía falta.

—¿Por qué?

—Sé quién es.

Me quedé mirándolo.

—Entonces ¿por qué no me has parado?

—Te he llamado pero no me has oído. Has salido corriendo como un toro en estampida y no me ha dado tiempo.

—¿Y quién es entonces?

Hawthorne se apiadó de mí.

—No puedes entrar así a ver a Lockwood. Vamos y te tomas un café.

Fuimos a un Costa que había al cabo de Curzon Street y entré en el baño mientras mi socio pedía dos capuchinos. Al verme en el espejo comprendí que tenía razón. Aquel breve estallido de acción me había dejado con las mejillas coloradas, despeinado y calado por la lluvia y el sobreesfuerzo. Me puse todo lo presentable que pude y, cuando salí, Hawthorne ya había escogido una mesa de, qué raro, tres sillas.

—¿Esperamos a alguien?

—Podría ser.

—¿A quién?

—Ya lo verás.

Le hacía gracia algo y le parecía aún más desternillante porque no pensaba compartirlo conmigo. Lo comprendí unos minutos después, cuando se abrieron las puertas y entró un hombre, que miró nervioso a su alrededor y al vernos se acercó a nosotros. Fruncí el ceño. Era el hombre de las gafas azules al que había visto huir por St James's Street en taxi.

—Hawthorne... —empecé a decir.

Pero mi socio no me miraba a mí.

—Buenas, Largo —dijo.

—Buenas, Hawthorne.

—¿Quieres un café?

—No me apetece.

—Píllate uno de todas formas y vente aquí.

Por supuesto, *Largo* no era su apellido y, evidentemente, era la última palabra que habría utilizado para describir al hombre bajo y canijo que acababa de aparecer. No mediría más de uno sesenta o sesenta y dos, con un pelo pajizo que le colgaba sin vida por el cuello, la nariz respingona y la piel pálida de quien no sale mucho, no come sano o ambas cosas juntas. Mientras se acercaba se quitó las gafas y dejó a la vista unos ojos asustadizos que no paraban de moverse y parpadear, mirando continuamente alrededor. El problema de piel que habían mencionado tanto la recepcionista de Adrian Lockwood como Colin Richardson —pues yo daba por hecho que se trataba de la misma persona— no eran más que unas cuantas cicatrices del acné que había debido de padecer de adolescente.

—¿Largo? —le pregunté a mi socio mientras el otro iba a por su bebida.

—Lenny Pinkerman, así se llama en realidad, pero todos le llamamos Largo.

—Hasta ahí llego. ¿Es policía?

—Lo era.

—¿Y qué hace aquí entonces? —Me detuve al recodar mi última visión de Hawthorne antes de empezar la persecución: tenía el móvil en la mano—. ¡Lo estabas llamando!

—Exacto. Tenía su móvil y le he pedido que se reuniera con nosotros.

—Entonces ¿quién es? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Ahora te lo cuenta él...

El Largo se había pedido un té. Se sentó a la mesa y abrió cuatro sobrecitos de azúcar que añadió a la taza uno a uno. Lo removió con una cuchara de plástico. Todo sucedió en un silencio que por fin rompió Hawthorne.

—Me alegro de verte, Largo.

—Pues yo a ti no, no me alegro nada de verte, Hawthorne.

El Largo tenía la voz quejosa y los dientes torcidos. Creo que quiso sonar enfadado, pero lo más que le salió fue un tono petulante. Dejó las gafas en la mesa y, al poder verlas de cerca, comprendí que eran claramente falsas y no tenían graduación alguna. Se había quitado también la gabardina y llevaba unos maltrechos pantalones de pana y una camisa de cachemira abrochada hasta el cuello. Si se hubiera sentado en una acera, la gente no habría tardado en darle

unas monedas.

—Hace tiempo que no nos vemos.

—No el suficiente, colega. —Estaba mirando con desconfianza desde el otro lado de la mesa, y saltaba a la vista que Hawthorne lo asustaba y lo desagradaba por igual.

—¿Me vas a decir qué hacías a las puertas de Leconfield House?

—No es de tu incumbencia.

—¡Venga, Largo, no seas así...!

—¿Por qué tengo que decírtelo?

—¿Por los viejos tiempos?

—Que te den. —Reconsideró la cuestión—. Cincuenta libras, si me das cincuenta libras, te lo cuento. Cincuenta y tres, y así me pagas también el té. —Miró con cara de asco el líquido turbio que tenía delante—. ¿Cómo pueden cobrarte tres libras por una taza de té? Vaya desfachatez.

—¿Tan tirado estás?

—No estoy tirado. Me va bastante bien, si te interesa saberlo. Me va de puta madre. Pero si crees que voy a malgastar un minuto de mi tiempo contigo sin ver dinero, puedes ir a tirarte de un puente. Eres un cabrón de mierda, Hawthorne, siempre lo fuiste y sigues siéndolo. Lo de Abbott... yo no tendría que haber pagado el pato. Tú me jodiste, y si ahora me dedico a esta puta mierda es por tu culpa.

¿Todos los polis dicen palabrotas? Hawthorne, Grunshaw y ahora el Largo parecían tener un problema con el idioma que rozaba el Tourette. Con todo, agucé el oído: Dereck Abbott era el presunto traficante de pornografía infantil al que mi socio había tirado por las escaleras.

—Fue un accidente. —Hawthorne extendió las manos y le dedicó una sonrisa beatífica—. Son cosas que pasan.

—Fuiste tú el que me dijiste que saliera un momento a fumarme un cigarro. Creía que lo hacías en plan colega, pero sabías desde el principio lo que ibas a hacer. Un puto cigarro y me cuesta el trabajo, la pensión, el matrimonio y toda mi puta vida.

—¿Lo has dejado con Marge?

—Me dejó ella y se lio con un bombero.

Hawthorne se había llevado a Derek Abbot a la sala de interrogatorios porque lo había visto en el calabozo y no había nadie más vigilando. Fue entonces cuando ocurrió el accidente. Abbott había rodado por catorce escalones de cemento con las manos esposadas a la espalda —eso sí que era caer en desgracia— y, en consecuencia, habían expulsado a Hawthorne del cuerpo de policía. El Largo era quien tenía que haber escoltado a Abbot a la sala de interrogatorios. Y también él se había quedado en la calle.

—¿Entonces me vas a hablar de Adrian Lockwood? —le preguntó

Hawthorne.

—¡Cincuenta libras! Y como no espabiles, cambio de opinión y te cobro cien.

Hawthorne me miró de reojo.

—Venga, págale.

—¿Yo?

Pero poco más podía hacer. Saqué la cartera y vi que por suerte tenía suficiente. Dejé cinco billetes de 10 sobre la mesa y añadí un poco de cambio. El Largo lo deslizó todo hacia él y se lo guardó.

—Algo me dice que trabajas para Graham Hain —prosiguió Hawthorne.

—¿Lo conoces?

—No personalmente... pero sé quién es.

Graham Hain era el contable forense al que había contratado Richard Pryce. Nos había mencionado su nombre Stephen Spencer. Pero aún quedaban cosas que no entendía; según Spencer, Hain había estado investigando a Akira Anno, para intentar encontrar la fuente de ingresos secreta que la escritora se negaba a declarar. En otras palabras, en el divorcio Lockwood-Anno, estaba en gran medida del lado del marido. Entonces ¿por qué el Largo se había colado en las oficinas de esta y estaba ahora merodeando a las puertas de Leconfield House? ¿Por qué espiaba a su propio cliente?

—El Largo es un rebuscabasuras —explicó Hawthorne, que miró al otro lado de la mesa y añadió—: Anda, explícale lo que significa.

El Largo se mostró ofendido.

—Yo no utilizaría ese término —murmuró indignado—. En mi tarjeta de visita pone «gestor de activos».

—¿Tienes tarjeta de visita? Desde luego, está visto que estás subiendo como la espuma.

—Mucho más rápido que tú, colega.

—¿Qué es un gestor de activos? —pregunté, algo cansado ya de tanta cháchara.

El Largo le dio otro sorbo al té. Cuando volvió a hablar, lo hizo con más autoridad. Puede que el tipo fuera un desastre humano, y no me habría gustado indagar en su vida privada con o sin Marge, pero sabía de lo que se hablaba.

—Los divorcios de los peces gordos estos, los putos ricos, ¡no sabéis cómo se las gastan! Tienen dinero guardado hasta debajo de las piedras. Que si Jersey, que si las Islas Vírgenes... Tienen fideicomisos, empresas pantalla, empresas en paraísos fiscales llenas de directores fantasmas, y es imposible saber de quién es qué. La gente como yo, los gestores de activos, que es como nos llamamos, ayudamos a aclarar todo eso. Averiguamos qué es qué.

—Expolícias, experiodistas, exvigilantes de seguridad. Es curioso,

todo empieza por ex.

—A mí me va muy bien —lo cortó el Largo—, gano mucho más que cuando estaba con vosotros.

—Bueno, cuéntanos de Adrian Lockwood.

El Largo vaciló, pensando que debería haber pedido más dinero; se lo vi en los ojos.

—Me das mucho asco, ¿lo sabías? —le dijo a Hawthorne; y una vez que se descargó, siguió de mejor ánimo—: Estuve trabajando para el divorcio de Lockwood. Su mujer, Akira Anno..., sabía que estábamos investigándola. En cuanto empezamos a hurgar en sus finanzas se puso nerviosa y... —chasqueó los dedos— y así, sin más, reculó y le dio a Lockwood todo lo que quería. Estaba cagada por si averiguábamos cuánto dinero tenía exactamente en el banco... y seguramente el banco en cuestión estaría en Panamá, Liechtenstein o un sitio parecido. Así que fue todo sobre ruedas. El señor Lockwood se quedó contento. Los tribunales también. Misión cumplida.

»Pero entonces pasó algo. El señor Pryce tenía reservas sobre su cliente desde el principio... temía que no estuviera siendo franco con él. Y eso no le gustaba, no le gustaba nada.

—Hablas de Adrian Lockwood —precisé yo.

—Eso es. Pryce supo desde el minuto uno que Lockwood era un chorizo. Me apuesto algo a que la mitad de sus clientes eran más retorcidos que la A157.

—¿La A157? ¿De qué hablas, Largo?

—De la carretera de Louth a Mablethorpe. Tiene más curvas que otra cosa.

A mí me pareció gracioso, pero Hawthorne se limitó a suspirar.

—Anda, sigue contando.

—Lo que pasa es que Pryce siempre fue muy remilgado, era peor que la hija de un cura. De todas formas, el caso estaba cerrado. A Akira le habían dado por culo, y todo el mundo estaba contento, pero un buen día Pryce llamó a la gente con la que yo trabajo, a Navigant, y les pidió, con mucha discreción, que echaran un vistazo rápido a los activos de Lockwood. —Hizo una pausa y puso los ojos en blanco—. Y fue muy concreto, quería saber si había algo sobre vinos caros.

—Vino —repitió Hawthorne.

—Exacto. Quería saber si a Lockwood le gustaba... si le gustaba mucho. Cuánto bebía, de qué cosechas, ese tipo de cosas. Cuántas botellas tenía acumuladas. Para mí era mucho más fácil así, al acotar el campo. Y no me llevó mucho tiempo averiguar qué quería.

—Decir que a Adrian Lockwood le hace tilín el vino sería decirlo muy suavemente. Es un puto flipado. He visto las copias de cuando pagaba con tarjeta de crédito en el Ritz o en Annabel's. Un Échezeaux Grand Cru por 3.250 libras. Un Bollinger Vielles Vignes por 2.000

libras... —El Largo destrozaba el francés, que no los precios—. Y eso es solo el principio. Eché un vistazo por el sótano que tiene en su casa de Antibes...

—¿Y cómo entraste, Largo?

—Eso es cosa mía, Hawthorne. Me dedico a eso. Y no te creerías la cantidad de priva que tiene ahí llena de polvo. Tuve que buscar algunos nombres porque no los había oído en mi vida. ¡Y los precios! La hostia. A ver, ¡que estamos hablando de uvas aplastadas, nada más!

»El caso es que una cosa llevó a la otra y me vi camino de Octavian. ¿Os suena? —Yo negué con la cabeza y Hawthorne no dijo nada—. La bodega de vinos de Octavian en Corsham. Es una empresa que almacena vino para gestores de fondos de cobertura y gente así. Es muy curioso. Ni los que viven cerca saben mucho del tema, pero si vas te encuentras con algunos de los mejores vinos del mundo (por valor de millones de libras) escondidos a oscuras, a treinta metros por debajo de los montes Wiltshire. Y por supuesto tienen todo tipo de ventajas fiscales. Es un depósito aduanero, sin IVA. Y sin impuesto de plusvalía porque hablamos de un bien perecedero. —Yo no tenía muy claro qué significaba todo aquello pero no quise interrumpir: al Largo se le había soltado la lengua—. No me costó mucho descubrir que Lockwood era cliente —prosiguió—, pero lo que de verdad dolió fue averiguar qué tenía allí guardado. No son tontos y tienen todo tipo de medidas de seguridad. Fui hasta Corsham y estuve hurgando por aquí y por allá, pero vi que no iba a sacar mucho en limpio...

—Y por eso te colaste en su oficina —dijo Hawthorne.

—Yo no me colé. —Lenny volvió a ofenderse—. Solo esperé a que Lockwood se fuera a comer para entrar. Fue pan comido. Les dije que era de una empresa de soporte técnico. La recepcionista me dejó pasar a la oficina de Lockwood y la muy tonta me dio hasta la contraseña del ordenador. Así fue como pude acceder a su cuenta de Octavian y saber qué capital tiene allí invertido.

—¿Y de cuánto hablamos?

—De la friolera de poco menos de tres millones de libras, todo pagado por una de sus empresas de las Islas Vírgenes. Por supuesto Pryce se puso como una moto cuando se enteró. Dudo mucho que lo hubiera puesto en su modelo E.

Todo ese tiempo habíamos dado por hecho que Richard Pryce había estado investigando a Akira Anno y que cuando el día de su muerte llamó a su socio, Oliver Masefield, y mencionó el Colegio de Abogados, estaba pensando en ella. Pero no había sido así: era su propio cliente, Adrian Lockwood, el que había hecho saltar las alarmas. Fue él quien había estado ocultando su fortuna y le había mentido a su abogado... y no había sido una gran idea teniendo en cuenta que era conocido como el Cuchillo de la Verdad.

¿Por qué no estaba más emocionado Hawthorne? Tal y como yo lo veía aquello hacía saltar por los aires todo el caso. Pero mi socio se había limitado a apurar el café y sacar un cigarro, al que no paraba ahora de darle vueltas sobre la mesa.

—Dos preguntas más, Largo —dijo—. ¿Qué estabas haciendo en Leconfield House ahora? ¿Y por qué has salido corriendo de esa manera?

—¿Tú qué crees? —Soltó una risita burlona—. Pryce era cliente mío. Me caía bien y me siento responsable. Estoy bastante interesado en saber quién lo mató y me he estado preguntando si no fue Lockwood.

—No puede ser. Estaba con alguien la noche del domingo a la hora en que mataron a Pryce.

—¿Y quién te dice que no lo hicieran entre los dos? En cualquier caso, yo no le he perdido de vista, por si queda con alguien o hace algo que levante la liebre de lo que realmente pasó.

—¿Y lo de correr...?

—Porque hay un asesino suelto y, por raro que te parezca, me preocupo por mi salud. A veces no viene mal en este oficio. Cuando veo a alguien que no he visto nunca correr hacia mí, normalmente me doy la vuelta y salgo corriendo en sentido contrario. Por supuesto, en cuanto vi tu llamada, me di cuenta de que no hacía falta. Aunque tampoco es que tuviera ganas de volverte a ver el pelo, Hawthorne, que lo sepas.

Mi socio se quedó pensando.

—O sea, que has estado vigilándolo... ¿Y has descubierto algo de momento?

El Largo arrastró la silla y se puso en pie. Le quedaba medio té.

—Si hubiera descubierto algo, no te lo diría.

—¡Sigues cabreado!

—Sí, sigo cabreado... como su puta madre, para qué te voy a decir otra cosa. Me jodiste la vida y no veo por qué debería contarte todo lo que sé. De todas formas, eso es todo, al menos todo lo que vas a conseguir por cincuenta libras. Vete a la mierda y déjame en paz.

Acto seguido salió a toda prisa de la cafetería.

—¿Quién es ese Abbott del que hablaba? —le pregunté; imaginaba que era el pornógrafo infantil al que Hawthorne había tirado por las escaleras pero no sabía nada sobre lo ocurrido.

—Nadie, uno que conocí en el trabajo, por un tema de seguridad y salud. El Largo estaba de guardia y pagó él el pato. No sé por qué me echa la culpa a mí.

Hawthorne me miró con unos ojos que eran la viva imagen de la inocencia, pero supe que mentía... como siempre.

19 Espada y brujería

Adrian Lockwood no podía recibirnos, o al menos eso nos dijo la estirada recepcionista que había posada tras una mesa en forma de coma en una pequeña oficina exterior de Leconfield House. Era de suponer que sustituía a la chica que había dejado pasar al Largo, y sin duda había aprobado un curso avanzado en altanería.

—Lo siento pero está conferenciando por teléfono.

—Podemos esperar.

—Tiene otra reunión justo después.

Habíamos llegado con tres cuartos de hora de retraso, así que supongo que nos lo merecíamos. Aun así me pregunté si Lockwood no estaría de brazos cruzados tras las puertas cerradas, escuchando cómo nos ponían en nuestro sitio. Al final accedimos a volver a las cinco, lo que nos dejó con varias horas muertas por delante.

Pero mi socio ya estaba al teléfono antes de salir por la puerta de la calle. Le oí presentarse y pedir una cita con Dawn Adams —«un asunto policial»—, y lo siguiente que supe es que íbamos en taxi camino de Kingston Books. Akira Anno nos había contado que su amiga vivía en Wimbledon, que estaba justo al lado de Kingston, pero tenía la sede en el centro de Londres, en Bloomsbury ni más ni menos.

El éxito mundial de la saga de *Mundofinito* se evidenció antes incluso de entrar en el edificio. Las oficinas de la editorial ocupaban cuatro plantas de un bonito edificio en una esquina de Queen Square y hacían gala de un letrero bien grande en la puerta de entrada y una docena de libros en el escaparate. No había más locales en el edificio y posiblemente fuera todo de la editorial. Kate Mosse, Peter James y Michael Morpurgo eran solo tres de los autores de renombre que habían firmado con ellos.

Desde la calle se entraba a un vestíbulo muy espacioso, con dibujos originales de Quentin Blake por las paredes y un bol gigante de cristal con caramelos y bombones sobre el mostrador de recepción. Aquella recepcionista pareció mucho más contenta de vernos.

—Sí, Dawn les espera.

Allí tampoco se llevaban los apellidos. Un joven, posiblemente un becario, apareció para acompañarnos hasta una oficina de la primera planta que tenía dos ventanas con vistas a la plaza. Había un escritorio hasta arriba de libros y contratos, pero Dawn nos esperaba a un lado, junto a una mujer negra muy elegante, sentada en un sofá tras una mesa de centro baja, con las rodillas juntas y las piernas cruzadas. Tenía más de cincuenta, sería más o menos de la misma edad que

Akira Anno. Todo en ella imponía, desde sus ropas caras pero discretas y los pendientes de diamantes hasta las gafas de marca que le colgaban de una fina cadena de plata en el cuello.

Había dos sillas colocadas enfrente y cuando, tras invitarnos a acomodarnos, nos sentamos, nos vimos por encima de ella, como acechándola. Parecía hecho adrede, una especie de psicología inversa: nosotros tendríamos que moderar nuestro comportamiento para no parecer unos matones, mientras que ella, allí ricamente sentada en su sofá, a cierta distancia por debajo, lo había dispuesto todo para llevar tranquilamente la batuta.

Me sorprendió que me recibiera con una sonrisa y me dijera:

—Anthony, qué alegría verte. —No recordaba que me la hubieran presentado—. ¿Cómo van las cosas con Orion?

—Van bien, gracias.

—Me gustó mucho *La casa de la seda*. ¿No habrás leído por casualidad *Solo*?

William Boyd acababa de publicar una novela de James Bond, siguiendo la estela de Sebastian Faulks y Jeffery Deaver.

—Todavía no.

—Creo que sería estupendo si te contrataran a ti para el siguiente Bond. Yo conozco a los albaceas de Ian Fleming. Podría hablar con ellos, si quieres...

—Sí, claro, podría interesarme. —Intenté sonar decidido sin más, cuando en realidad era algo que llevaba queriendo hacer toda mi vida.

—Ya hablo yo con ellos. —Acto seguido, dirigiéndose en un tono más frío a Hawthorne, dijo—: No tengo muy claro cómo podría serle de ayuda.

—Ya se lo dije por teléfono, que estaba investigando la muerte de Richard Pryce.

—Sí, ya, pero aparte de un encuentro breve en un restaurante en el que ni siquiera hablé con él, llevaba sin ver a ese señor más de un año y tampoco he vuelto a tener tratos con su bufete. Me enteré de que había muerto por la prensa y tampoco puedo decir que me causara mucha pena.

—Me hago cargo, señora Adams, lo conoció usted a raíz de su divorcio...

—En realidad no llegué a conocerlo en persona, señor Hawthorne. Él me escribió, y también escribió sobre mí. Me retrató ante el tribunal como una mujer del todo dependiente de la pericia financiera de mi marido, a pesar de que dicho marido era un borracho y un mujeriego que heredó toda su fortuna de su padre, así como sus mismos gustos sórdidos. Para entonces yo ya llevaba siete años dedicando todos mis esfuerzos a construir mi propio negocio editorial, y quizá pueda imaginarse lo humillante y ofensivo que me resultó el

retrato que hizo Pryce de mí. O tal vez no pueda. —Blandió la mano en el aire, como para apartar la idea—. En cualquier caso, yo no tuve absolutamente nada que ver con su fallecimiento, aunque, como digo, no le voy a negar que brindé con Chablis cuando me enteré.

—Bueno, no sé si eso es del todo cierto —replicó Hawthorne—. Ha dicho que no tiene nada que ver con el «fallecimiento», pero en realidad ha estado involucrada desde el principio, entre bastidores.

—No sé de qué me habla.

—Estaba usted con Akira Anno en The Delaunay cuando ella amenazó a Pryce. Y resulta que también estaban juntas, qué casualidad, la noche de autos. Al principio su amiga sufrió una laguna mental de lo más desafortunada y nos dijo que había estado en una casa de campo en Lyndhurst. Pero cuando comprobamos que era mentira, se vio obligada a reconocer que estaba con usted.

Creí que Dawn contraatacaría pero ignoró a Hawthorne y me habló a mí.

—¿Qué haces tú aquí exactamente? —me preguntó en un tono muy cordial.

—Escribo sobre él —contesté (no me pareció que tuviera sentido mentir: Dawn Adams sabía quién era yo y probablemente también estuviera al tanto de lo que estaba haciendo).

Pero pareció sorprendida.

—¿Para la prensa?

—Para un libro.

—¿De crónica negra?

—Sí, bueno, más o menos. Tengo que cambiar alguna que otra cosa y poner otros nombres, pero básicamente es todo real.

Se quedó pensando unos instantes.

—Qué interesante. ¿Tienes ya editor?

—He firmado un contrato por tres libros con Selina Walker, de Penguin Random House.

Asintió.

—Selina es muy buena, aunque no dejes que te presione con las fechas de entrega. En respuesta a sus preguntas —volvió entonces con Hawthorne—, antes de nada, Akira nunca amenazó a Richard Pryce. Estábamos las dos cenando juntas en The Delaunay y ella lo vio en la otra punta del restaurante. No pudimos evitarlo y empezamos a hablar sobre él y fue entonces cuando descubrimos que las dos habíamos pasado por lo mismo. Es posible que hubiéramos bebido un poco más de la cuenta, y a Akira se le metió en la cabeza montar un numerito. Se acercó a la mesa... él estaba con su marido. Akira cogió la copa de vino y se la vació por la cabeza. Fue una tontería, soy la primera en admitirlo, pero al mismo tiempo fue de lo más satisfactorio.

—Amenazó con golpearlo con una botella.

—No, lo que dijo fue que había tenido suerte de no haber pedido una botella entera porque, de lo contrario, la hubiera usado, de lo que yo deduzco que se refería a vaciarle la botella entera por encima.

—Pero es bastante casualidad, ¿no le parece?, que una semana más tarde acaben matándolo con una botella de vino.

—No sé, podría ser casualidad. Aunque ¿han pensado en la posibilidad de que lo oyera alguien más en el restaurante?

Esa idea no se me había ocurrido. Akira Anno podía haberle sugerido el *modus operandi* a alguien que conociera a Richard y que lo hubiera presenciado todo por casualidad. Podrían haberlo hecho adrede para inculparla. ¿Habría comprobado Hawthorne los nombres de todos los comensales de The Delaunay de esa noche?

—En cuanto a lo de que Akira estuvo en mi casa el domingo por la noche —prosiguió Dawn—, eso tampoco tiene nada de extraño. Somos viejas amigas.

—¿Cómo se conocieron?

—En un festival de literatura, en Dubái. Nos tiramos una semana dando vueltas por la piscina del hotel Inter-Continental. Es un buen sitio para conocer gente.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su casa?

—¿Realmente cree que merece la pena seguir por ahí, señor Hawthorne? Bueno, ¡como quiera! Vino a cenar a eso de las seis y sí, otra vez nos pasamos un poco con la bebida. Se van a pensar que somos un par de viejas borrachinas, pero no es eso. De hecho, no llegamos a emborracharnos, estuvimos trabajando. Pero Akira se había tomado un par de copas o tres y pensé que era más sensato que no cogiera el coche para volver, así que le ofrecí que se quedara a pasar la noche.

—Dice que estaban trabajando. ¿Qué clase de trabajo hace ella para usted?

Dawn Adams vaciló unos instantes y tuve la sensación de que, a pesar de su jactancia, lo siguiente que iba a decir no sería del todo cierto.

—Me aconseja sobre manuscritos.

—¿Y le paga?

—Claro. —Dawn miró la hora en su reloj, un delicado Cartier con una fina correa de oro—. Como le dije por teléfono, me temo que no puedo dedicarle mucho más tiempo.

Hawthorne no hizo ni caso.

—¿Por qué mentiría Akira Anno para no decirnos que estaba con usted? Cenando con una vieja amiga, una editora... cualquiera diría que no hay nada más inocente en el mundo...

—No sabría decirle, eso tendrá que preguntárselo a ella. A lo mejor su forma de interrogar le pareció ofensiva y decidió jugar un

poco con usted.

—Mentir a un agente de policía es un delito.

—Según tengo entendido, usted no es policía.

Había que reconocérselo: era evidente que Dawn Adams no le tenía miedo a Hawthorne. Pero si lo hubiera conocido mejor, tal vez habría sido menos seca con él. Vi la rabia removerse en los ojos de mi socio y me recordó a un cocodrilo surgiendo del barro.

—Ha dicho que la señora Anno le aconseja sobre manuscritos literarios. Pero, en realidad, ¿cuántos libros de literatura seria publica usted?

No le faltaba razón. En el escaparate de abajo había visto uno o dos autores respetados, pero los libros de la estanterías del despacho de Dawn no eran tan sesudos. Repasé con la mirada un libro ilustrado para niños, un par de *thrillers* de aeropuerto, la trilogía de *Mundofinito* y un libro de recetas griegas de Victoria Hislop.

Una vez más medió un vago asomo de incertidumbre antes de que la editora recobrara la compostura.

—La verdad es que no tenemos nada, pero es un área en la que estoy deseando entrar. Nos mandan muchas propuestas y Akira las lee para nosotros.

—¿Y entonces por qué no publican los libros de ella? Ya que son tan colegas...

—Yo se lo he sugerido, pero tiene un contrato con Virago. Yo diría que ya hemos terminado, ¿no? —Había un teléfono en la mesa de centro y Dawn cogió el auricular y marcó un solo número—. Tom, mis invitados se van ya. ¿Podrías venir al despacho y...?

—En realidad no he terminado —dijo Hawthorne con voz fría.

La editora vaciló, todavía con el teléfono en la mano.

—Nada, Tom, déjalo. Ahora te llamo en un momento. —Colgó.

Mi socio hizo una pausa, y supe por experiencia que estaba a punto de sacarse de la manga algo extraordinario. Aun así su siguiente frase me pilló totalmente desprevenido.

—Me gustaría hablar con uno de sus autores.

—¿Con cuál?

—Con Mark Belladonna.

La editora le clavó la mirada y respondió:

—Lo siento, pero Mark no va a querer hablar con usted, imposible.

—¿Y eso por qué?

—Primero porque no tiene nada que ver con toda esta historia. Y segundo porque es un ermitaño. Vive en Northumberland y sufre de agorafobia aguda. No sale nunca de casa.

—Pero estuvo en The Delaunay la noche que estuvieron cenando allí.

—Eso es imposible

—No es imposible, señora Adams, es la verdad. Y resulta que también está implicado en la muerte de un segundo hombre… Gregory Taylor, que fue a visitar a Richard Pryce el mismo día que murió. Eran viejos conocidos. Y pocas horas después a Taylor también lo mataron, lo empujaron a las vías del tren. Pero antes de morir compró un libro, el último de Mark Belladonna. Y no lo compró porque quisiera leerlo, lo compró para hacernos llegar un mensaje… y por eso mismo estoy aquí.

Yo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Si Hawthorne había comprobado quién había cenado en The Delaunay esa noche, desde luego a mí no me lo había contado. Aunque sí que me había llamado la atención sobre *Prisioneros de sangre*, el libro que Gregory Taylor había comprado en el W. H. Smith de King's Cross. «¿Por qué compraría ese libro?», me había preguntado mi socio.

Dawn Adams había perdido la batuta, y parecía como si de pronto el sofá estuviera engulléndola. Estaba casi retorciéndose.

—No sé de qué me habla.

Y entonces, sin previo aviso, la puerta se abrió y se precipitó en la habitación ni más ni menos que Akira Anno. Dawn Adams se quedó tan sorprendida de verla como yo.

—¿Akira…?

—He venido directamente cuando he visto tu llamada. —La escritora nos miró con mala cara—. Yo conozco a estos dos, ya he tenido un par de encontronazos con ellos. Conozco sus métodos y los utilizarán para amenazarte e intimidarte. No quería que tuvieras que verlos a solas.

De modo que Dawn la había llamado para avisarla de que íbamos… Aquello me hizo ver que estaban confabuladas de un modo u otro… pero ¿en qué?

—Justo estábamos hablando de Mark Belladonna —siguió a lo suyo Hawthorne, totalmente inmune a la interrupción: era como si la esperara e incluso la recibiera de buena gana.

Akira fue a sentarse a una tercera silla. Estaba tan imperturbable como siempre aunque de pronto me pareció insegura, quizá incluso asustada.

—Quiero la dirección y el número de teléfono de Belladonna.

—No pienso dárselos.

—Puede negarse si quiere, señora Adams, pero entonces tendré que llamar a la inspectora Grunshaw y al agente Mills, y ya veremos si consigue salir bien parada cuando les diga que no piensa colaborar con ellos.

—No puedo…

—¿Por qué?

—No lo entiende, Mark nunca...

Y entonces, desde el otro lado de la habitación, llegaron dos palabras serenas:

—Lo sabe. —Era Akira, con una cara horrible y la mirada clavada en el suelo.

¿Qué es lo que sabía mi socio? ¿Y por qué yo no lo sabía también?

—¿Por qué no habla a las claras de una vez por todas? —exclamó Hawthorne—. ¿Se creen que soy tonto perdido? ¿Realmente creían que no me daría cuenta? —Hizo una pausa, a la espera de que hablaran, pero al ver que ninguna de las dos lo hacía, él mismo dio la respuesta—: ¡Akira Anno es Mark Belladonna, eso es lo que pasa! Mark no existe. Es usted la que escribe esos libros para imbéciles —arremetió entonces contra la japonesa.

Se hizo otro silencio. No sé quién estaba más desconcertado: si yo por no haberlo sospechado o Dawn por que mi socio lo hubiera adivinado.

—¿Es que piensan negarlo? —las desafió Hawthorne.

Yo miré a Akira, que estaba sentada en su silla como una marioneta abandonada, con las extremidades sueltas. En su sofá Dawn Adams parecía realmente asustada.

—No se lo puede contar a nadie —murmuró.

—¡Un momento, un momento! —exclamé—. Akira Anno escribió *El renacer de Excálibur, Prisioneros de sangre* y... —Había olvidado el título del primero.

—*Los doce hombres de acero* —murmuró la escritora, sin querer mirarme a los ojos.

—¡Pero no puede ser! Son pornografía pura. —Busqué el peor insulto que pudiera hacerles—: ¡Cosifican a las mujeres!

—Venden millones de ejemplares. —Pese a todo, Dawn saltó en defensa de su amiga.

La editora se levantó entonces y fue a su escritorio para sentarse al otro lado y acercarse así a Akira y recobrar la batuta.

—La idea fue mía. Conocí a Akira en Dubái, como les he contado antes. Es una escritora estupenda. Sus libros han ganado un montón de premios y hasta hicieron una película. Pero tú ya sabes cómo es el mercado para la literatura de calidad, Anthony. Es diminuto, cuando no directamente inexistente... —Tenía un botellín de agua sobre la mesa y se sirvió un vaso—. No fue idea de Akira, fue mía. Me costó convencerla pero yo sabía que había un gran mercado de lectores de espada y brujería.

—Y sexo —añadí.

—Como lo quieras llamar. A esas alturas *Juego de Tronos* era ya todo un fenómeno... antes incluso de la serie. Estábamos las dos

tomándonos unas copas al lado de la piscina y se lo sugerí a Akira casi en broma, la verdad. Si alguien como George R. R. Martin podía hacerse rico con la narrativa fantástica entonces tenía que ser igual de fácil para una autora con su talento.

—¡Pero si es todo lo que desprecia! —insistí.

Parecía como si Akira no estuviera en la habitación y se hubiera desvanecido para hacerle sitio a Mark Belladonna, que, superando de algún modo su fobia, había llegado desde Northumberland.

—¡Preséntame a un solo escritor que no quiera vender! —contraatacó Dawn.

—No digo que no —concedí—. ¡Pero ella...! —Señalé a Akira—. ¡Es una auténtica hipócrita!

La escritora levantó la vista.

—No puede saberlo nadie... —susurró, e incluso tras las lentes tintadas vi el pánico en sus ojos—. ¡No pueden contarlo! ¡Acabarían conmigo!

Dawn asintió.

—Si la gente se entera de que están escritos por Akira, podría hacerle un daño irreparable a su reputación. ¡Y por supuesto a mi negocio tampoco le haría ningún favor! —La editora se mostraba más razonable que Akira, más pragmática, pero por algo era editora y no escritora—. No saben lo duro que hemos tenido que trabajar para mantener a Mark Belladonna lejos de los focos —prosiguió—. Es verdad que Akira, en sus otros trabajos, tiene un perfil totalmente distinto, pero muchos escritores utilizan seudónimo. —Suspiró—. Cuando sugerí la idea, no era más que una broma. Ninguna de las dos podíamos imaginarnos el éxito tan descomunal que iba a tener la serie.

De modo que aquella era la fuente de ingresos que había mencionado Stephen Spencer, las ganancias que Akira le ocultó a Richard Pryce. Dawn tenía razón, por supuesto: en cuanto el público descubriera que había sido un engaño, podía ser perfectamente el fin de Akira, Mark y Kingston Books.

Pero Hawthorne no parecía muy por la labor de perdonarle la vida a nadie.

—No sé. Creo que va a ser difícil ocultárselo a la inspectora Grunshaw.

Akira no dijo nada.

—Anthony, seguro que tú te haces cargo de la situación. —Dawn había decidido saltarse a Hawthorne y apelar directamente a mí—. He dedicado mi vida a esta editorial y lo que la mantiene viva es *Mundofinito*. Y Akira no ha hecho nada malo. —Se inclinó hacia delante—. Todos la adoran. Hay ya una serie. Sería su ruina.

—¡Eso es un haiku! —exclamé.

—¿Cómo?

—Lo que acabas de decir. —Miré de reojo a Akira, que se había replegado en sí misma, sumida en la desdicha. Pese a todo, me compadecí—: Haré lo que pueda.

Hawthorne se removió a mi lado y apostilló:

—O sea, poca cosa por lo general.

Cuando salimos de nuevo a la calle, mi socio estaba riéndose abiertamente. Ya había visto atisbos anteriores de su humor, que era sutil y un tanto retorcido, pero aquella era la primera vez, creo, que le oía reírse de verdad.

—¿Cómo lo has ha sabido? Lo de Akira Anno y Mark Belladonna.

—Era bastante descarado. —Sacó un cigarro y echamos a andar de vuelta a la parada de Holborn—. Para empezar sabíamos que Akira escondía dinero, por lo que nos había dicho Stephen Spencer. ¿De qué otra forma iba a haberlo ganado sino escribiendo? Y luego estaba lo de mentir y no decir que había estado con Dawn Adams. ¿Para qué inventarse toda esa patraña de la casa de campo en medio de la nada? Cenar con una editora es la cosa más normal del mundo para una escritora... a no ser que trames algo raro con ella.

»Aunque lo que acabó por convencerme fue lo de Daunt. ¿No viste la cara que puso cuando te cogieron mangando *Prisioneros de sangre*? Estaba acojonada. Pensé que iba a darle un mareo o algo. Pero no era porque hubieras mangado un libro, sino porque habías escogido ese libro en concreto. Creyó que la habías pillado.

Era verdad: no había dicho nada, ni siquiera me había mirado a la cara. Se le habían quedado los ojos pegados al libro.

—De todas formas no sé si es mucho elucubrar —dije.

—No tanto. Es escritora y, como todo escritor, es un poco egocéntrica, así que no consiguió abandonar del todo la autoría de sus libros basura. Las cuatros últimas letras de Belladonna son su propio apellido del revés. Y Mark tiene tres letras de Akira. Lo que me extraña es que tú no te dieras cuenta, colega.

A mí también me extrañó. Hago el crucigrama del *Times* a diario, me encantan los anagramas, los códigos, los acrónimos...

Yo seguía intentando encajar todas las piezas en mi cabeza.

—Lo que acabas de decir sobre King's Cross, ¿es verdad? ¿Gregory Taylor quiso hacernos llegar un mensaje?

—Sí, pero no es el mensaje que tú te crees.

¿De qué mensaje hablaba? ¿Y significaba eso que acabábamos de eliminar a Akira Anno de nuestra investigación? Ambas mujeres se habían sentido insultadas por Richard Pryce, y en la noche de autos la una era la coartada de la otra. Y a eso había que sumar que Pryce había estado investigando los ingresos de Akira. ¿Y si el abogado había dado por casualidad con la verdad sobre Mark Belladonna? Eso

les habría dado un poderoso incentivo para matarlo…

Creía haber reducido mi lista de sospechosos a solo cinco… me vi volviendo a la media docena.

20 Humo verde

—¿Se dan ustedes cuenta de que Akira lo que pretende es buscarme líos? Nada le gustaría más que ver cómo me arrestan por algo que no he hecho. Vamos, es que todas esas cosas que ha dicho sobre mí... ¡Yo no tengo genio ni soy violento! Si lo tuviera, ya les digo yo que me la habría cargado hace años. Es la persona más irritante que he conocido en mi vida. Pondría a prueba la paciencia de un santo sintoísta... y no me extrañaría que ya lo hubiera hecho.

»Y en cuanto al dichoso haiku, sí, me lo enseñó. Daba la impresión de que ella creía que era una cosa inteligentísima, pero a mí me dejó indiferente. ¿«Muerte es la sentencia»? ¿Qué pretendía decir con eso, si puede saberse? Disfrutó mucho leyéndomelo pero, para mí, como si hubiera recitado el manual de una lavadora en japonés, habría tenido el mismo sentido.

Lo raro de Adrian Lockwood era que, incluso cuando estaba de mal humor, como en esos momentos, seguía pareciendo bastante relajado y jocoso. Las gafas de sol y la cola de caballo seguían en su sitio, así como la camisa blanca abierta por el cuello. El despacho era menos extravagante que la casa, una serie de habitaciones utilitarias tan carentes de estilo que podrían haber pertenecido a una empresa de esas que administran inmuebles y te alquilan pisos por meses, y sospeché que no iba allí muy a menudo. Tenía ante él el portátil que el Largo Pinkerman había curioseado. Estaba sentado en una silla de cuero acolchada, diseñada anatómicamente para acoplarse a la silueta de su cuerpo, y tenía los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—Y si a alguno de los dos se le hubiera ocurrido lo de pintar el número en la pared habría sido a ella. ¿Cómo ha dicho que era? ¿Ciento uno? ¿Realmente creen que yo iba a acordarme de algo así? Podría haber sido perfectamente el de la flor que nace en el aparcamiento o el gavilán que se despluma o cualquier otra de las basuras que tuvo a bien publicar.

—El haiku es sobre usted —apuntó Hawthorne.

—¿Ah, sí?

—Nos lo dijo Akira. Y además podría recordar el número perfectamente.

—¿Y eso por qué?

—Porque es la fecha de su boda. Nos dijo que se casaron poco después de su cumpleaños... el 101.

Yo también tendría que haberme dado cuenta, había estado presente cuando Lockwood nos dijo la fecha. Incluso lo apunté, pero

una vez más había pasado por alto la conexión.

—¡Miren! —Lockwood extendió las manos, en un gesto metafísico, como abrazándonos, de hombre a hombre—. Nuestro matrimonio fue un desastre absoluto, ya se lo dije la otra vez que...

—Para usted era el segundo que acababa malamente —lo interrumpió Hawthorne—. Su primera mujer, Stephanie Brook...

—A ella no la meta en esto. —A Lockwood se le habían subido los colores; era la primera vez que veía ese lado suyo—. Está totalmente fuera de lugar. Son ustedes tan malos como esos periodistas de tres al cuarto que escribieron sobre el tema, la verdad. Stephanie era una chica encantadora, un amor, y durante un tiempo fuimos felices. Pero era un desastre de mujer, bebía, se drogaba y acabó muriendo en Barbados, aunque yo ni siquiera estaba en ese barco cuando ocurrió. Fue un trágico accidente. Puede que se suicidara como dijeron, no lo sé, pero tampoco creo que haya mucha diferencia cuando tonteas con esas cosas. De todas formas, no tiene nada que ver con lo que le pasó a Richard.

—Eso si no tenemos en cuenta que en ambos casos usted estuvo involucrado.

—La muerte de Richard tampoco me ha pillado cerca.

—Estaba en Highgate, que no queda tan lejos.

Lockwood vaciló, sabiendo dónde quería ir a parar mi socio.

—Eso es verdad, estuve allí.

—Con Davina Richardson.

Lockwood suspiró con fuerza.

—Sí, ya se lo dije... Fui a tomar una copa.

—¿Solo una copa?

—No entiendo muy bien qué quiere insinuar.

—Entonces se lo voy a dar mascado, señor Lockwood: se acostaba usted con la señora Richardson, ¿sí o no?

—Qué pregunta más impertinente, por favor... Que sea usted policía (o más bien expolicía) no le da derecho a meterse en mi vida privada.

—Es una pregunta de sí o no —insistió Hawthorne, como aburrido—. Los tres somos ya mayorcitos.

—¿Y qué más da eso?

—Podría revelarme si ella habría estado dispuesta a mentir para protegerlo a usted. —Hawthorne hizo una pausa—. O viceversa.

Lockwood se quedó pensativo pero no por mucho tiempo.

—De acuerdo, sí, maldita sea, llevábamos un tiempo acostándonos.

—¿Estando usted todavía casado?

—Sí. —Respiró hondo—. Pero no se crea que fue tan fácil. Nosotros seremos mayorcitos, pero olvida que ella vive con un

adolescente, su hijo Colin. Como comprenderá, no podíamos andar montándonoslo por ahí con el chico delante, y tampoco podía llevarla a ella a Edwardes Square porque Akira vivía allí todavía y además tiene el olfato de un perro de presa. Se habría dado cuenta de que había llevado a una mujer a la casa. Así que nos veíamos en hoteles... cosa que no me hacía mucha gracia, si les digo la verdad. Era todo un poco sórdido.

—¿Descubrió Akira que estaba teniendo una aventura?

—No.

—¿Y Richard Pryce? ¿Se lo contó a él?

—¿Para qué iba a contárselo? ¿Qué cree, que tenía que haberlo puesto en el modelo E? No lo sabía nadie.

—Y ahora que es usted un hombre libre, ¿van a irse a vivir juntos?

Lockwood rio con ganas.

—Estará de broma. Davina es una mujer atractiva, perfecta para un revolcón rápido. Pero ni en broma vuelvo a pasar por ese aro otra vez. Mi primer matrimonio... bueno, ya se lo he dicho, fue una tragedia. El segundo, una farsa. Yo creo que ya he tenido drama suficiente para una vida.

Se había hartado; vi la brusquedad con la que le cambió el humor, como si le hubieran dado a un interruptor.

—Creo que ya les he contado todo lo que querían saber, así que si no tienen más preguntas...

—En realidad, yo tengo información para usted. —Hawthorne no tenía prisa por irse—. La persona que entró en su despacho...

—¿Sí?

—La hemos encontrado.

Para entonces Lockwood ya sabía que no había que fiarse de Hawthorne, sobre todo cuando se mostraba tan cooperativo.

—¿Y...?

—Se llama Leonard Pinkerman y resulta que es investigador privado o algo por el estilo. Creo que tal vez le interese saber que trabajaba para Richard Pryce.

—¿Perdón? ¿Que trabajaba para Richard?

—Usted le regaló una botella de vino a Pryce, ¿no es eso?

—Sí, ya se lo dije.

—Y por supuesto sabe que utilizaron una botella para matar a su abogado, que lo golpearon con ella hasta la muerte.

Lockwood estaba aturdido. Todo rastro de la camaradería con la que nos había recibido había pasado a mejor vida.

—¿Está diciendo que fue con la botella que yo le regalé?

—Un Château Mounton Rothschild de 2011, un Pauillac. —No me sorprendió que Hawthorne recordara el nombre y el año.

—Sí, es la que yo le regalé. —A Lockwood le costó unos instantes darse cuenta de que no estaba hablando nadie, y esperábamos que aportara algo más—. Richard me había representado estupendamente y quise agradecérselo. Evidentemente, aparte le pagué sus honorarios, que no eran nada desdeñables, pero al no tener que ir a juicio me ahorró una pequeña fortuna y pensé que sería una buena forma de demostrarle mi gratitud.

—¿Con una botella de vino de casi 1.000 libras?

—Tengo mucho vino.

—¿Cuánto exactamente?

—¿Perdone?

—Guarda usted su vino en una empresa de Corsham llamada Octavian, en el condado de Wiltshire. ¿Cuánto vino tiene en realidad?

Una sonrisa se abrió paso lentamente por la cara de Lockwood, pero no era nada plácida.

—Por lo que veo, ha estado usted muy entretenido, Hawthorne. —Mi socio esperó a que le respondiera—. Tengo una colección principalmente de vinos y champanes franceses que tiene un precio de mercado de alrededor de dos millones y medio de libras. Querrán saber por qué no los declaré, y es evidente que el pobre Richard estaba preocupado por el tema si llegó a contratar a alguien para que se colara en mi oficina... ¡No muy ético, si me permiten que se lo diga!

»Pero, en fin, el caso es que no lo declaré porque en realidad el vino lo compró una de mis empresas y no puede considerarse un activo porque lo he utilizado como aval de un préstamo muy grande. Es para un proyecto que estoy desarrollando, una urbanización nueva en Battersea. Está todo perfectamente en regla, y si Richard se hubiera molestado en preguntármelo, yo no habría tenido problema en contárselo, pero le aseguro que no tenía ni idea de que estuviera preocupado. Nunca me dijo nada. —Colocó las manos bocabajo sobre la mesa—. Bueno, ¿algo más?

Esa vez Hawthorne sí que se levantó y yo hice otro tanto.

—Ha sido de gran ayuda, señor Lockwood.

—Yo no puedo decir que haya sido un placer —dijo midiendo mucho las palabras.

Mi socio dio un paso hacia la puerta y luego pareció recordar algo.

—Una última cosa: dijo usted que se fue de casa de Davina Richardson sobre las ocho y cuarto. ¿Cómo está tan seguro de la hora?

—Supongo que miré el reloj.

—En la cocina hay uno.

—No estábamos en la cocina, estábamos en su cuarto. Me vestí y me fui. Puede que ella me dijera la hora, no sé. La verdad es que no me acuerdo.

Hawthorne sonrió.

—Gracias.

Fue el gesto lo que lo delató. Al hablar del reloj, Lockwood había levantado la mano para presumir del robusto Rolex que llevaba en la muñeca. Y entonces la vi, no en el reloj, sino en el puño de la camisa, muy pequeña y medio oculta por el gemelo: una mancha de pintura verde.

Y supe exactamente el tono de verde que era. Recordé el nombre repipi que había escogido Davina del catálogo de Farrow & Ball.

Humo verde.

Tenía que ser el mismo.

Esa noche llegué a casa justo a la misma hora que Jill, que entró apesadumbrada por los problemas en el rodaje. Se les había caído otra localización. Ya llevábamos dos días enteros de retraso respecto al plan. Todo parecía ir mal.

Cenamos juntos, aunque no creo que pueda llamársele así. Jill se preparó una ensalada con lechuga y una lata de atún, mientras que yo hice una incursión en la nevera, pero lo más que encontré fue la botella de champán que me regalaron los de Orion cuando entré en la lista de los más vendidos, y dos huevos. Me los hice revueltos y me los comí con Ryvita porque no teníamos ni pan.

—¿Y a ti cómo te ha ido el día? —me preguntó Jill.

—No ha estado mal.

—¿Has terminado de reescribir?

—Me voy a poner esta noche.

Para nosotros es normal ponernos de nuevo a trabajar después de cenar. Compartimos despacho y no es raro que acabemos sentados codo con codo bien entrada la noche. Jill es la única persona que conozco que trabaja más que yo: lleva la productora, supervisa las producciones, organiza nuestra vida social, se encarga de las cosas del piso. De hecho nos conocimos cuando trabajábamos en la misma agencia de publicidad. Ella era la jefa de una cuenta y yo uno de los *copys*. A los dos días de conocerme pidió —rogó— que la cambiaran de cuenta, a cualquier otra de la agencia, pero al final empezamos a salir y veinticinco años después seguimos juntos. He escrito cuatro series para ella: *Foyle's War, Injustice, Colission* y *Menace*. Es la primera persona que lee mis libros, antes incluso que Hilda Starke. Se me hace raro escribir sobre ella, y lo cierto es que me ha dejado bien claro que no le hace gracia aparecer en mi libro. Por desgracia, la verdad es aquí el meollo de la cuestión, y es innegable que ella es el personaje principal de mi vida.

—Ya estás otra vez trabajando con ese poli, ¿no? —me dijo mientras nos sentábamos a comer.

—Sí. —Yo no quería que lo supiera pero nunca le miento, y ella

me lee como un libro abierto.

—¿Y te parece buena idea?

—No mucho, pero tengo un contrato por tres libros y ha surgido un caso. —Me sentía culpable, sabía que estaba esperando a que le pasara el guion reescrito—. De todas formas creo que ya se ha acabado. Hawthorne ya sabe quién ha sido.

No me lo había dicho con esas palabras, pero lo presentía. Mi socio tenía algo de animal; cuanto más se acercaba a la verdad, más se lo notaba en los ojos, en la forma de estar, en el propio contorno de su piel. Era realmente el perro con su presa. Había tenido la esperanza de que nos tomáramos algo después de nuestro encuentro con Adrian Lockwood, pero él estaba loco por volver a su casa. Me lo imaginaba en su mesa montando su Westland Sea King con la misma atención voraz por el detalle que aplicaba a la resolución de crímenes.

—¿Y tú lo sabes? —preguntó.

La pregunta me deprimió. Tenía claro que a esas alturas la resolución debía parecer evidente. Me había pasado todo ese tiempo albergando la esperanza de poder resolverlo antes que Hawthorne. Pero allí estaba, muy lejos de una conclusión. Era muy injusto. ¿Cómo podía siquiera considerarme escritor si no pintaba nada en el último capítulo... el que le daba todo el sentido al libro?

—No —admití, y luego, esperanzado, añadí—: De momento.

Después de cenar, subí al estudio. Jill lo montó para mí en la azotea del piso; tiene unos quince metros de largo y es bastante estrecho, con unas vistas ininterrumpidas a las cúpulas del Old Bailey y de San Pablo. En esa época estaban construyendo un edificio nuevo que añadiría otra pincelada de plata al perfil del cielo y me cambiaría las vistas por completo. Es el rascacielos que ahora se conoce como The Shard. Me senté a la mesa y me quedé mirando el cielo del anochecer. A pesar de lo que le había dicho a Jill, no me apetecía ponerme a reescribir guiones. En lugar de eso, saqué una libreta y me puse a pensar en el caso.

Si Hawthorne podía resolverlo, yo también. Yo era tan inteligente como él. Tenía la respuesta en las narices. Volví a repasarlo todo una vez más.

Adrian Lockwood.

Era el sospechoso más evidente. A pesar de lo que nos había dicho, es posible que supiera que Pryce estaba investigando su alijo secreto de vino y, en consecuencia, estuviera pensando en anular el divorcio.

Según Akira Anno, era un hombre con mucho genio. Su primera esposa había muerto; y luego estaba la mancha de pintura verde que le había visto en la camisa. ¿Era del mismo verde que el número de la pared del lugar de los hechos? Claro que sí, y eso significaba que lo

había pintado él, aunque no llegaba a entender la razón.

El problema era que tenía una coartada sólida para la hora del crimen. Estaba con...

Davina Richardson.

Ella no podía culpar a Pryce de la muerte de su marido en el Hoyo Sin Fondo. Eso había ocurrido hacía mucho tiempo y desde entonces él la había ayudado económicamente y, además, Gregory Taylor había aceptado la responsabilidad.

Pero Lockwood y ella eran amantes. ¿Y qué nos había dicho Stephen Spencer? Que Pryce estaba harto de ella. «Estaba chupándole la vida.» ¿Y si Pryce le hubiera cortado por fin el grifo y eso hubiera desatado su furia homicida? Podría haber hablado con Adrian Lockwood, que tenía sus propias razones para querer verlo muerto. Podían haberlo planeado juntos.

Akira Anno.

Seguía siendo mi principal sospechosa... después de su exmarido. Había empezado todo con ella, entre la amenaza que había hecho en el restaurante y ese haiku que había escrito en el que insinuaba que tenía presente el asesinato, por mucho que insistiera en que lo decía por Adrian Lockwood. La creía muy capaz de albergar rencor de sobra para matar a Richard Pryce, y tampoco me costaba mucho imaginármela pintarrajeando el número 101 en la pared. La visión me recordó un poco a los murales japoneses y sus letras caligrafiadas de rigor. Le pegaba. Pero ella también tenía una coartada.

Dawn Adams.

Dos mujeres, ambas divorciadas, ambas resentidas contra el abogado que las había humillado con su verborrea. Es más, si Richard hubiera descubierto la verdad sobre Mark Belladonna y *Mundofinito*, podría haberlas arruinado a ambas. Y, ahora que lo pensaba, eso de dejar un mensaje, una marca en la escena del crimen, tenía un punto literario. Dawn y Akira eran en parte un espejo de Adrian y Davina: dos parejas con propósitos similares y en connivencia.

Stephen Spencer.

No daba el tipo de asesino, pero tampoco podía descartarlo de plano. Había mentido sobre la visita a su madre y quizá también mintiera sobre su relación matrimonial. No podía negar que había sido infiel. Richard Pryce lo sabía y había hablado de su testamento con su socio de Masefield Pryce Turnbull. Si Spencer estaba a punto de perder su matrimonio, la casa y la herencia, sin duda era él quien tenía un móvil más claro.

Susan Taylor.

Tampoco me había olvidado de la viuda de Gregory Taylor. Su marido había muerto un día antes que Richard Pryce y de hecho ella había ido en persona a Londres el día del asesinato. Nadie le había

pedido que rindiera cuentas de sus movimientos ese día pero ¿realmente se había quedado sola, metida en aquel hotel barato? Recordé el curioso destello de crueldad en sus ojos mientras hablaba: «¿Qué le parece a usted que hice?». ¿Habría algo que no nos había contado sobre el Hoyo Sin Fondo? Richard, Charles y Gregory... los tres allí atrapados con el agua subiendo. Los tres ya muertos. Debía existir una conexión.

Tenía que ser uno de ellos.

Uno de seis. Pero ¿quién?

Jill entró en el estudio y, al verme allí enfrascado en mis pensamientos, corrió la mampara y se aisló en su parte. La llamamos la puerta del divorcio. Pasé otra página y empecé a pensar en todas las pistas que había anotado mientras acompañaba a Hawthorne: desde las espadañas rotas junto a la puerta de la casa de Pryce hasta el libro que Gregory Taylor había comprado en la estación de King's Cross, pasando por la salpicadura de pintura verde en la pared y las últimas palabras de Richard Pryce: «¿Qué haces tú aquí? Es tarde ya». Saqué una lista y fui rodeándolas una a una. No sirvió de mucho.

¿Qué más había? Hawthorne habló de la forma del crimen. Fue en su piso, cuando charlamos mientras yo me tomaba el ron con cola. Volví sobre mis notas y encontré sus palabras exactas.

«Las cosas no son así, Tony. Tienes que limitarte a encontrar la forma, solo eso.»

Pero si había una forma, yo no la veía. Seguía convencido de que la repuesta tenía que estar en una única pista, algo que había tenido delante de las narices pero cuya importancia había pasado por alto.

Rememoré la visita que habíamos hecho a la casa de Adrian Lockwood: el paraguas al lado de la puerta, las vitaminas, los arándanos. Intenté recordar por qué había anotado esas cosas. ¿Para qué las había mencionado?

Y entonces me sobrevino el momento eureka.

Encendí el ordenador y entré en internet. Qué aparato más maravilloso... ¡un regalo para escritores y detectives por igual! En cuestión de segundos obtuve la repuesta que necesitaba y, en ese momento, todo encajó de pronto, y comprendí con una claridad cegadora quién había matado a Richard Pryce. Fue algo que nunca creí que yo podría experimentar. Agatha Christie nunca lo describió, ni ningún otro escritor de misterio que yo recuerde: ese momento en que el detective hace su deducción y la verdad se le revela. ¿Por qué Poirot nunca se retorcía el bigote? ¿Por qué lord Peter Wimsey no pegaba botes de alegría? Yo lo habría hecho.

Me pasé la siguiente hora pensándolo todo bien. Vi que Jill apagaba su luz y oí cómo se iba a dormir. Seguí tomando notas. Luego llamé a Hawthorne. No me importó la hora que era.

—¿Tony? —Eran casi las doce de la noche, pero no pareció molesto.

—Ya sé quién fue —dije.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Por supuesto, no me creía.

—Cuéntame —dijo por fin.

Y eso hice.

21 La resolución del crimen

Volví a subir los escalones de la comisaría de la esquina de Ladbroke Grove, donde habíamos ido a interrogar la primera vez a Akira Anno, con una mezcla de emoción y pavor. El recuerdo de mi conversación con Hawthorne seguía vibrando en mi cabeza.

—Dime que he acertado.

—Lo has clavado, colega. Más o menos...

—¡Hawthorne...!

—Has acertado.

Yo había sabido desde el principio que era posible resolverlo antes que él, pero me decepcionó que le costara tanto reconocerme el mérito. Quizá le diera un poco de rabia. Siendo justos, me había corregido algunos puntos donde yo había mezclado las cosas. Aunque lo más importante era que había dado el visto bueno a lo que me disponía a hacer, por mucho que no pensara hacérselo saber así a Cara Grunshaw.

Tenía que compartir lo que sabía con ella y su desagradable escudero, el agente Mills. No me gustaba nada la idea de que se llevaran el mérito, pero se lo debía a Jill y a la serie. Seguía teniendo la certeza de que Grunshaw era la responsable de muchos de los problemas que el equipo de producción estaba encontrando, y aquella era la única forma de librarnos de ella. A Hawthorne tampoco le importaba tanto. Le pagaban por días, una de las razones por las que era tan quisquilloso en sus investigaciones. No parecía especialmente interesado en llevarse el mérito. Así y todo, había decidido no acompañarme. No podía culparlo. Yo tampoco me moría de ganas de ver a Grunshaw.

Estaba esperándome en la misma sala de interrogatorios cutre de la vez anterior. Llevaba un jersey naranja chillón y un collar de cuentas de colores, pero contrastaban sobremanera con la amargura de su expresión, su negativa a sonreír o a transmitir algo que no fuera intimidación. Darren Mills tenía un aspecto desenfadado con su chaqueta de sport y sus pantalones ligeramente acampanados. Por lo general, siento una gran admiración por la policía británica. Son siempre muy generosos con los escritores, nos dejan asistir a las operaciones, a las salas de mando y a todas esas historias. Deben de estar hartos de que los retratemos como personas agresivas o corruptas... pero, en lo que a esa pareja respecta, no me arrepiento en absoluto.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres? —me preguntó Grunshaw.

Ella estaba sentada a la mesa, y su compañero apoyado en la pared. Ni me ofreció una taza de té ni parecía muy contenta de verme.

—Me pidió usted que le diera información y ya sabemos quién mató a Richard Pryce.

—Querrás decir que Hawthorne lo ha averiguado.

—Lo hemos deducido entre los dos. —Aquello no era del todo cierto, pero necesitaba el respaldo de la autoridad de mi socio.

—¿Sabe él que has venido?

—No, no se lo he dicho. —Por un momento creí que no se lo tragaría, pero no se olió la tostada.

—Bueno, pues venga.

—¿Podría beberme un vaso de agua?

—No, no puedes beberte un puto vaso de agua. Y venga ya, que no tengo todo el día.

Estuve tentado de darme media vuelta e irme por donde había venido. Pero ya era tarde para eso. Aquel era mi momento, y me tiré a la piscina.

—En esta investigación no nos hemos enfrentado a una sola muerte sino a dos —empecé a decir—. Teníamos por una parte el asesinato de Richard Pryce en su domicilio de Fitzroy Park...

—Ya, ya, ya —me interrumpió Grunshaw—, ya sabemos dónde vivía.

No me dejé amilanar.

—Perdone, inspectora, pero si quiere que se lo cuente, se lo voy a contar a mi manera.

—Haz lo que te parezca —dijo poniendo mala cara—. Pero más te vale que sirva para algo.

Por detrás, Mills cruzó los brazos y las piernas y apoyó la espalda en la pared.

—Teníamos el asesinato de Richard Pryce y la muerte de Gregory Taylor con poco más de veinticuatro horas de diferencia. Lo que ha complicado la investigación ha sido la vinculación entre ambos... si es que la hubo. ¿Fue la muerte de Gregory un asesinato? ¿Un suicidio? ¿Fue un accidente? Vamos a analizar las posibilidades una a una.

»Un asesinato no pudo ser. Solo dos personas sabían que había venido a Londres. Richard Pryce, el hombre al que había ido a ver, y su mujer, Susan. Cabe la posibilidad de que Richard lo siguiera hasta King's Cross y lo empujara a las vías del tren, pero ¿por qué iba a hacer algo así? Gregory Taylor sufría una enfermedad terminal y el abogado había accedido a pagarle la operación que podía haberlo salvado. De haber querido matar a Gregory, lo único que tendría que haber hecho era negarse a ayudarlo. Y Susan Taylor tampoco tenía razones para matar a su marido; eran un matrimonio bien avenido y fue ella quien le insistió para que fuera a Londres en busca de ayuda.

Solo había otra persona que podía tenérsela guardada: Davina Richardson podía culparlo de la muerte de su marido; Gregory iba de rutero cuando se internaron en el Hoyo Sin Fondo. Pero ella no sabía que él iba a venir a Londres y, aunque es verdad que estuvo cerca de la parada de Highgate, no tenemos pruebas de que se vieran.

»¿Se suicidó entonces? Eso tampoco tendría sentido. Gregory Taylor vino a Londres para conseguir dinero para su operación y luego llamó a su mujer. Escuchamos el mensaje y estaba loco de contento. Richard Pryce no solo iba a dejarle veinte mil o treinta mil libras, pensaba pagarlo todo. Por supuesto Gregory podía seguir deprimido; la operación podía salir mal, y él seguiría enfermo. Pero todo en su comportamiento sugería que era un hombre que quería vivir. Iba a ir con su mujer a cenar para celebrarlo. Había quedado en verse con un viejo amigo, Dave Gallivan, para hablar de lo del Hoyo Sin Fondo... Supongo que nunca sabremos qué quería contarle. ¡Pero hasta se compró un libro de seiscientas páginas para leer en el tren!

»Tuvo que ser un accidente, es la única explicación razonable. Estoy seguro de que han visto las grabaciones de las cámaras de seguridad; iba con prisa, tenía ganas de llegar a su casa para celebrarlo con su mujer. En el andén había agolpados muchos hinchas de fútbol y alguien lo empujó sin querer. Él gritó «¡Ten cuidado!» y se cayó. —Hice una pausa—. De haber querido suicidarse, ¿por qué hacerlo en el interior de la estación, donde el tren llega mucho más lento? La policía de Transportes no está nada convencida y yo tampoco. —Grunshaw y Mills permanecían en silencio, mirándome con cara de pocos amigos, aunque al menos yo tenía acaparada toda su atención—. En realidad solo hay seis sospechosos en el asesinato de Richard Pryce, pero no tengo intención de repasarlos uno a uno. La cuestión es la siguiente: si a Gregory Taylor lo hubiesen matado, entonces todo habría podido estar relacionado con lo ocurrido en el Hoyo Sin Fondo, hace ya tantos años. Pero si admitimos que fue un accidente, entonces se nos revela una forma muy distinta, que tiene que estar relacionada con Adrian Lockwood, con Akira Anno y con su divorcio. Todo empezó ahí, por una amenaza en un restaurante. La escritora no pudo decírselo más claro; despreciaba a Richard Pryce y quiso agredirle con una botella de vino.

»Y además Akira le tenía miedo porque estaba investigando en sus finanzas. Tenía una fuente de ingresos secreta de la que no le había hablado a nadie. Si Pryce había averiguado de dónde sacaba ese dinero, habría sido un buen motivo para matarlo. Por supuesto, para eso tendría que haber sabido que él estaba al corriente, y ahí tenemos un problema porque, que sepamos, ella no tenía manera de saberlo.

—¿Y de dónde sacaba ese dinero? —preguntó Mills.

Ignoré la pregunta.

—Centrémonos en la noche de autos. Los hechos son los siguientes: ese día había llovido y había varios charcos pero, por lo demás, el suelo estaba bastante seco. No estaba especialmente oscuro (esa noche había luna llena), pero justo antes de las ocho de la tarde, uno de los vecinos de Fitzroy Park, un hombre llamado Henry Fairchild, vio que alguien salía de Hampstead Heath con una linterna en la mano. Esa persona llamó a la puerta y Richard le dejó pasar. Pero ocurrió algo más. Quienquiera que fuese se salió del camino y pisó el parterre, donde partió varias espadañas y dejó una pequeña hendidura en la tierra. Hay otra cosa que debemos recordar: cuando Richard abrió la puerta, estaba hablando con Stephen Spencer por el móvil. «¿Qué haces tú aquí?», le preguntó a su visita, por lo que deducimos que se conocían. «Es tarde ya.»

»Esta última frase es un poco extraña. Son las ocho de la tarde de un domingo. Es verdad que estamos en el horario de invierno, pero tampoco es que sea tan tarde. ¿Qué quiso decir?

»He de admitir que he tenido que darle muchas vueltas, y a Hawthorne también lo tenía desconcertado. Pero entonces recordé algo que había visto cuando fui a casa de Adrian Lockwood. Era un detalle mínimo, pero por alguna razón me había llamado la atención: estaba comiendo arándanos.

—Más te vale que esto vaya a alguna parte —protestó Cara.

Pero no hice caso.

—Los arándanos son ricos en unos antioxidantes conocidos como antocianinas —expliqué—. Dicen que las antocianinas son buenas para la vista... sobre todo si sufres de nictalopía, o ceguera nocturna. Los pilotos de la RAF comían arándanos cuando tenían que combatir en misiones nocturnas durante la guerra. —Estaba muy orgulloso de esa parte, era algo que aprendí cuando me documentaba para *Foyle's War* —. La ceguera nocturna la causa el fallo de los fotorreceptores de la retina y no tiene una cura real. Pero los arándanos ayudan, y también se puede tomar vitamina A, que es por lo mismo que las madres les dicen a los niños que hay que comer zanahorias. Y por lo mismo hay gente que lleva gafas de sol durante el día. Y Adrian Lockwood siempre las lleva puestas y tiene un bote de vitamina A en la cocina.

Esperé a que les calara todo lo dicho. Mills se impulsó con la espalda para cambiar de sitio e ir a sentarse a lo Christine Keeler en una silla, con las rodillas dobladas a ambos lados del respaldo de la silla.

—O sea, que estás diciendo que fue Adrian Lockwood quien mató a Pryce —dijo Cara.

—Pryce estuvo investigándolo y resultó que Lockwood había mentido durante su proceso de divorcio. Había ocultado activos (vino de reserva) por valor de tres millones de libras y, contra todo lo

establecido por la ley, no lo había revelado. Y además cometió un error muy tonto: le regaló a Pryce una botella de un precio desorbitado para darle las gracias por representarlo. A lo mejor no fue más que una fanfarronada, pero a Pryce aquello no le olió bien y le pidió a un investigador que indagara un poco más. El investigador en cuestión, un tipo llamado Leonard Pinkerman, descubrió la verdad... y Richard Pryce montó en cólera. Era conocido por ser muy escrupuloso. A pesar de que los trámites legales habían acabado y había ganado el caso, no tenía intención de dejarlo estar. Aquello iba en contra de todo en lo que creía. Ese domingo, el día de su muerte, llamó a su socio y le contó que quería hacer una consulta al Colegio de Abogados. ¿Ven ahora por dónde voy?

»Adrian Lockwood odia a su exmujer y sería capaz de cualquier cosa con tal de que no revoquen la sentencia. Si vuelve a los tribunales tal vez tenga que pagar una cantidad mucho mayor. Le había mentido a su abogado, y Hacienda tal vez estuviera interesada en saber que estaba ocultando unos bienes que valían una pequeña fortuna. Pero ingenió un plan para solucionarlo todo. Pasó la primera parte de la tarde con su amante, Davina Richardson, y se fue de su casa a las siete de la tarde.

—Un momento —intervino Mills, que no hablaba mucho pero cuando lo hacía era el sarcasmo personificado—. La señora Richardson nos dijo que se había ido a las ocho, y parecía bastante convencida.

Eso mismo había pensado yo pero, al volver sobre mis notas, por fin había visto la verdad: mi momento Torre Eiffel.

—Sí, pero también nos contó que ella sin un hombre en casa era un desastre. Nos dijo que había todo un repertorio de cosas que no podía hacer: no sabía aparcar, no se manejaba con el mando a distancia, y siempre se olvidaba de cambiar la hora en los relojes. ¡A Richard Pryce lo mataron el domingo que se cambiaba la hora! O al menos esa era la idea, pero a Davina se le había olvidado. Eran las siete cuando él se fue de su casa, y no las ocho como ella creía.

»Lockwood fue en su coche hasta la entrada norte de Hampstead Heath pero no quiso arriesgarse a seguir hasta Fitzroy Park. Se trata de una calle privada y era fácil que se fijaran en él, y recordaran cualquier coche que apareciera por allí una tarde tranquila de domingo, y más si tenía una matrícula personalizada. Lockwood conduce un Lexus plateado con la matrícula RJL 1. Así que fue andando desde Hampstead Lane. Aunque había luna llena, dado su problema ocular, seguía necesitando una linterna. Llevaba también un paraguas. El señor Fairchild no lo vio con el haz de luz en contra, pero yo me fijé cuando estuve en casa de Lockwood: al acercarse a la puerta se tropezó, también por el tema de la vista, y pisoteó las espadañas, pero no perdió el equilibrio porque se apoyó en el

paraguas, que dejó la marca en la tierra.

»Richard Pryce estaba al teléfono cuando le abrió la puerta y debió de extrañarle ver a su cliente. «¿Qué haces tú aquí?», le preguntó, y luego añadió: «Es tarde ya». ¿Lo entienden? Era ya tarde porque ese mismo día había llamado a su socio y le había dicho lo que pensaba hacer. Ya había tomado una decisión: era tarde para discutir.

»Aun así, Lockwood convenció a Pryce para que le dejara pasar y entraron en el estudio. Pryce debía de haber sacado la botella de vino para enseñársela, o puede que Lockwood pidiera verla, porque era fundamental para su plan. Porque el caso es que se había enterado de lo ocurrido en The Delaunay y sabía que por lo visto su exmujer había amenazado a Pryce delante de un puñado de testigos. No conocemos las palabras exactas pero, fuera como fuese, era prácticamente eso, ella lo había amenazado con una botella y ahora él pensaba matarlo con una botella. Debía de parecerle muy gracioso saber que le echarían la culpa a ella.

—¿Y qué me dice del número de la pared? —preguntó Grunshaw.

—Fue justo por lo mismo. Puede que no lo tuviera planeado, pero quizá le vino la idea cuando vio los botes de pintura en el pasillo. Sabía que Akira había escrito un poema sobre asesinatos... un haiku. Se acordaba del número porque coincidía con la fecha de su segunda boda. Por cierto que tal vez quieran volver a investigar sobre lo que le pasó a su primera mujer en Barbados; no es la primera vez que se ve involucrado en una muerte violenta. De todas formas, él estuvo encantado de contarnos que Akira era una persona inestable, que matar no era algo que le asustase. Escribió el número a sabiendas de que acabarían llevándonos a las palabras que había escrito ella: «Muerte es la sentencia». Quería que creyéramos que estaba regocijándose en lo que había hecho.

Se hizo un silencio prolongado.

Yo estaba disfrutando de lo lindo de ver cómo Grunshaw y Mills iban procesándolo todo. Era mi momento de gloria. Intenté recordar si me había dejado algo en el tintero. Pero no, eso era todo.

—¿Se lo has contado a alguien más? —preguntó Grunshaw.

—Solo a Hawthorne. A él sí se lo he dicho, claro.

—¿Alguno de los dos habéis abordado a Lockwood?

—No.

—Pues no lo hagáis. —Miró de reojo a Mills, que asintió como a una idea tácita—. Ya nos encargamos nosotros a partir de aquí. No digo que tu teoría sea correcta, puede que haya una o dos lagunas. —Supe que mentía; yo lo había repasado todo varias veces esa noche y Hawthorne me había corregido unos cuantos puntos: no había fisuras —. Pero interrogaremos al señor Lockwood y veremos qué tiene que decirnos.

—Muy bien. —Me levanté—. Pero espero que deje en paz de una vez *Foyle's War*. Y si quiere que le diga lo que pienso, estaría bien que le reconozca algo del mérito a Hawthorne.

Cara Grunshaw me miró casi con compasión.

—Para tu información yo no tocaría tu serie de pacotilla ni con un palo. Y respecto a lo que yo vaya a hacer o a dejar de hacer, te pueden dar por ahí, ¿entendido? Y si quieres que te dé un consejo, aléjate de Hawthorne. Ese hombre no da más que problemas, todo el mundo lo sabe. Como sigas juntándote con él, vas a salir malparado.

Aunque salí de la comisaría de Notting Hill con los humos más bajos, cuando llegué a casa ya me sentía mucho más animado. Habría preferido que Lockwood no fuera el asesino —a fin de cuentas había sido bastante probable desde el principio—, pero ¿qué importaba? El caso había acabado y tenía material de sobra para un libro. Ahora lo único que quedaba por hacer era escribirlo.

Con ese nuevo aliciente en la vida, me puse rápidamente a revisar los guiones de *Foyle's War*. Los terminé hacia mitad de la tarde y los envié a la productora. Intenté llamar a Hawthorne un par de veces pero me saltaba el contestador. A las cuatro decidí salir un rato. Había una exposición de Daumier en la Royal Academy que me habían dicho que valía la pena. Podía echar una hora allí y luego ir a ver una película y cenar con Jill.

Sonó el timbre. Respondí por el interfono. Era Hawthorne.

—¿Puedo subir?

Pulsé el botón para abrirle.

Solo era la segunda vez que venía a mi casa. Por distintas razones, ambos deseábamos mantenernos mutuamente apartados de donde vivíamos. Cuando salió del ascensor, me dio la sensación de que estaba muy satisfecho de sí mismo.

—Quedaste al final con Cara Grunshaw, ¿no?

—Me dijiste que no te importaba —respondí, ya directamente a la defensiva.

—Y no me importaba.

—¿Te ha llamado?

—No.

Llevaba un ejemplar del *Evening Standard*, que desplegó entonces sobre la mesa. Me puse las gafas y leí un pequeño artículo al final de la segunda página:

ARRESTAN AL ASESINO DE HAMPSTEAD PARK

Esta mañana la policía ha arrestado a un hombre de cincuenta y ocho años de edad en relación con el asesinato del abogado de familia Richard Pryce, quien apareció muerto la semana pasada en su casa de Hampstead. La inspectora Cara Grunshaw ha declarado: «Estábamos ante un asesinato de una violencia inusual pero, tras una meticulosa

investigación policial de gran envergadura, estamos contentos de poder llevar ante la justicia al autor de los hechos». Estos son todos los detalles que se han revelado sobre lo sucedido.

Cuando terminé de leerlo levanté la vista para mirar a mi socio, que estaba con la cabeza inclinada sobre el periódico, sonriendo. Sentí una punzada helada en mi interior. Leí una segunda vez el artículo, mientras él seguía con una sonrisa pintada en la cara que le llegaba casi de oreja a oreja.

Lo sabía.

—La he liado, ¿verdad? —dije acompañado por una leve sensación de mareo, a lo que mi socio asintió—. No fue Adrian Lockwood.

Hawthorne sacudió la cabeza y murmuró:

—Pobre Cara, ha cogido y ha arrestado al que no era.

22 Cien minutos

—Eres despreciable, Hawthorne —le dije, aunque parecía seguir tan encantado consigo mismo que mi comentario le resbaló—. Sabías desde el principio que me había equivocado y me has utilizado para jugársela a Grunshaw.

—Creía que tú también te alegrarías, colega. Le va a caer una buena. Al jefe de división no va a gustarle nada.

—¡Pero me va a destrozar la vida! Lo pagará con la producción...

—No va a hacer nada, créeme, perra ladradora, poco mordedora. No volverás a saber nada de ella. La ha cagado tantas veces en su carrera que, después de este pequeño traspié, con suerte la echan. Te lo dije: ¡es una palurda! Todo el mundo lo sabe.

—Pero no tan palurda como yo —dije, deprimido (no era solo que me hubieran arrancado de cuajo mi momento de gloria, es que seguía sin ver en qué me había equivocado).

Íbamos juntos en un taxi, avanzando a paso de tortuga entre el tráfico de la hora punta. En el centro de Londres hay peaje urbano, pero se ve que no funciona muy bien porque casi siempre se llega más rápido a cualquier parte cojeando que en coche. Más de una vez he ido de mi casa al Old Vic andando sin que me adelante ni un autobús, y por lo general voy a todas partes a pie. Sin embargo, por una vez no me importó el atasco, por mucho que el taxímetro estuviera subiendo como la espuma. Quería pasar un tiempo a solas con Hawthorne, necesitaba que me lo explicara.

—No es que seas un palurdo —me dijo, y por una vez distinguí un toque casi de compasión en su voz—. Lo que pasa es que no lo pensaste todo bien.

—Estudié el caso desde todas las perspectivas —insistí—. Las pastillas, los arándanos, las copas, la botella. Dime un solo fallo que hubiera en mi razonamiento.

—Bueno, podría decirte más de uno —contestó Hawthorne.

—Pues venga, dímelos.

Contrajo los labios como un médico que está a punto de dar malas noticias.

—Vale, empecemos con lo de la enfermedad de los ojos esa. ¿Cómo decías que se llamaba?

—Nictalopía.

—Lo sacaste de internet, imagino.

—Sí.

Meneó la cabeza.

—A lo mejor padece esa enfermedad, no lo sé. Aunque también podía estar comiendo arándanos porque resulta que le gustan los arándanos. Y la gente toma vitamina A por todo tipo de razones: es buena para los dientes, la piel, la fertilidad...

—¿Y eso lo sabes por internet?

—No, lo sé porque lo sé. Y puede que no se quite las gafas de sol porque se cree muy moderno... como con la cola de caballo y los botines Chelsea. Pero el tema está en que, si no veía de noche, ¿crees que realmente se habría dedicado a atravesar todo el parque de Hampstead Heath, aunque fuera con una linterna? Podría haber aparcado en Highgate y haber bajado andando la colina. Hay farolas por todo el camino. O podría haber cogido un taxi.

No le faltaba razón, me dije.

—¿Qué más? —pregunté.

—El móvil... o lo que tú crees que es el móvil. Adrian Lockwood tenía tres millones de libras en vino escondidas en Wiltshire. Pero, según él, Richard Pryce nunca le dijo nada al respecto. Sí, descubrió que lo tenía allí guardado, y sí, no le hizo ninguna gracia, pero en realidad no llegó a correr la sangre.

—Pero eso es lo que dice él, porque no le conviene que creamos que sabía que Pryce lo estaba investigando. ¡Nos mintió!

—En tal caso, ¿por qué iba a decirnos que alguien se coló en su despacho y se metió en su ordenador? Piénsalo, Tony. Sabía que Pryce trabajaba con contables forenses. Puede que incluso supiera lo del Largo, al fin y al cabo, también había estado espiando a Akira. Así que si sabía que estaban investigándolo, jamás habría compartido la información con nosotros. Habría sido lo último que querría revelarnos.

Una vez más no pude rebatir la lógica.

—¿Y qué me dices del paraguas? ¿Qué pasa con el agujero del parterre?

—Mucha gente va con paraguas, pero es irrelevante porque, de entrada, no era un paraguas. Y ya puestos, Henry Fairchild se equivocaba también: no era una linterna.

—Entonces ¿qué...?

Hawthorne levantó una mano en alto.

—No quiero tener que contarlo dos veces, colega. Vamos a esperar a llegar.

No me había enterado de la dirección que le había dado mi socio al taxista, pero me había fijado en que habíamos atravesado Euston Road en dirección norte. Di por hecho que íbamos a casa de Pryce, en Fitzroy Park... casi en un círculo completo. Pero cuando subimos por Archway y doblamos a la derecha por Shepherds Hill y acabé pagando —un trayecto de treinta libras, propina incluida—, tampoco me

sorprendió tanto.

Salió a abrirnos Davina Richardson. Parecía muy nerviosa.

—Me he enterado de lo de Adrian. ¿Es verdad?

Hawthorne asintió.

—Mucho me temo.

—Pero eso es una tontería, Adrian sería incapaz de hacerle daño a nadie. Él no es así. Y además no pudo haberlo hecho él, se lo dije, ¡estuvo aquí conmigo!

—¿Le importa si pasamos, señora Richardson?

—Sí, claro. Perdón...

Una vez más la seguimos por el caleidoscópico pasillo hasta la cocina, donde habíamos hablado la primera vez. Ya estaba dándole al vino. Tenía una botella de rosado y una copa sobre la mesa y, al lado, un paquete de tabaco. También había estado comiéndose medio tubo de Pringles. Parecía incluso más hecha polvo que las otras dos veces. Su marido llevaba ya años muerto, pero luego había perdido a su amigo más íntimo y ahora su amante acababa en la cárcel. Intentaba rodearse de todo lo que pudiera animarla un poco.

—¿Está Colin en casa? —preguntó Hawthorne.

—Sí, está arriba. Pero no se preocupe, que no nos molestará. Está enganchado al ordenador.

Nos acomodamos en torno a la mesa. Davina sacó un cigarro y se lo encendió.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea con tal de ayudarlos. Sé que lo de Adrian es una equivocación, se lo he dicho a todo el mundo. Esa noche estuvo conmigo.

—¿Está segura de eso, señora Richardson? —Hawthorne la puso entre la espada y la pared, como tan bien sabía hacer, y la dejó sin margen de maniobra—. Hablamos de la noche del domingo veintisiete de octubre, el día que se retrasaron los relojes por el horario de invierno. —Miró de reojo el reloj de pie—. ¿Seguro que recuerda haberlos cambiado el sábado por la noche?

—¡Claro que sí! —También ella miró el reloj y se llevó el cigarro a la boca, incapaz de ocultar el temblor de la mano—. ¡Sí, lo hice seguro!

—Pero aquí a mi amigo le dijo que se le suele olvidar... —«Mi amigo»: estaba hablando de mí.

—¿Eso dije? —Todo en Davina (su melena castaña larga, el pañuelo, el jersey de brillo, su propio cuerpo) parecía estar derrumbándose sobre sí mismo.

—Creo que dijo eso.

—Bueno, a lo mejor tiene razón... Puede que no lo cambiara hasta el lunes. La verdad es que no me acuerdo.

Yo no tenía claro qué estaba pasando. Creí que Hawthorne había

desechado de plano todo lo que yo le había contado a Cara Grunshaw, incluida la mentira de la coartada de Lockwood. Y, sin embargo, daba la impresión de estar de acuerdo con al menos parte de lo que yo había dicho, y estaba llevando a Davina a admitir lo que ya había deducido por mi cuenta, y que significaba que, después de todo, Lockwood podía haber cometido el crimen.

—Yo no puedo ayudarlos —gimió Davina, que parecía agotada, al borde de las lágrimas—. Sí, se me olvidan los relojes. Siempre se me olvidan y Colin me riñe porque llega tarde al instituto. Pero ¿qué más da? Adrian se fue directo a su casa y me llamó al llegar.

—¿A qué hora fue eso?

—Como una hora después de irse.

—¿Al móvil o al fijo? —Hawthorne seguía en su vena más agresiva—. Sabe que lo comprobaremos, ¿verdad?

—Puede que me llamara al día siguiente, no sabría decirle. Yo ya no sé nada de nada. —Se echó más vino y le dio un buen sorbo.

Mi socio hizo una pausa breve. Cuando retomó el hilo, lo hizo con algo más de tacto.

—Señora Richardson, si hemos venido a verla es porque queremos ayudar al señor Lockwood. Ha sido la inspectora Grunshaw quien lo ha arrestado, pero yo no creo que fuera él.

—¿Ah, no? —Algo entre la esperanza y el miedo se removió en sus ojos.

—¿Quiere que le explique lo que yo creo que pasó... cómo lo veo yo? Y después le haré un par de preguntas y la dejaré en paz.

—Vale. —Asintió—. Eso estaría bien.

—Bueno. —Hawthorne me miró de reojo y empezó—: No me gustaría angustiarla más de lo que ya lo está, señora Richardson, pero todo esto empieza con la muerte de su marido en el Hoyo Sin Fondo hace ya muchos años. Reconocerá usted que ha sido demasiada casualidad, ¿no le parece? Gregory Taylor se recorre quinientos kilómetros desde Ribblehead, en Yorkshire, cuando lleva años sin bajar a Londres, y se reúne con su antiguo colega, Richard, y en poco más de veinticuatro horas acaban los dos muertos en extrañas circunstancias. ¿No me dirá usted que no cree que los dos hechos estén relacionados? Porque, a ver, ¿qué posibilidades hay de que pase algo así?

—Leí lo de Gregory en el periódico y decían que había sido un accidente.

—Yo no creo que fuera ningún accidente.

—O sea que... ¿lo asesinaron? —dije yo, de nuevo confundido: creía que ambos habíamos descartado esa idea.

—No, Tony, no se cayó y tampoco lo empujaron. Se suicidó. Creía que eso era evidente desde el principio.

—Pero... ¿por qué?

—Si no le importa, me voy a fumar yo también un cigarro —dijo Hawthorne cogiendo uno de Davina y haciendo todo su ritual: sacarlo del paquete, darle vueltas entre los dedos y encenderlo, con lo que la cocina se llenó de humo—. Siempre te lo digo, que tienes que encontrar el patrón que cuadra —me dijo a mí—. Si lo hubieran matado, no nos cuadraría. Tampoco cuadra si se tropezó y se cayó de cabeza. Pero si empiezas por el suicidio, todo va encajando poco a poco.

—¡Pero no tenía razones para suicidarse!

—Si crees lo que le contó a su mujer, no, claro. Pero partamos de la base de que pudo haberle mentido. —Soltó el humo y se quedó mirando cómo se desperdigaba por el aire—. Esta es mi versión de los hechos —prosiguió—. A Gregory Taylor le diagnostican síndrome de Ehlers-Danlos, que, en lo que a enfermedades chungas se refiere, se lleva la palma. Necesita operarse o se le desenchufa el cerebro. No tiene un chavo, vive en Yorkshire, pero tiene un amigo rico: Richard Pryce. Llevan seis años sin verse y apenas han hablado desde el día en que se las arreglaron para que su otro colega acabara muerto. Aun así Gregory, instado por su mujer, se convence de que, en ese momento de necesidad, Richard lo ayudará.

»Supongamos ahora que en realidad lo que pasó fue que Richard Pryce lo mandó al carajo. No sé por qué, pero es una posibilidad que tampoco me extrañaría. Imaginemos que el sábado por la tarde cuando se vieron ambos en Heron's Wake (que, por cierto, es uno de los nombres de casa más tontos que he oído en mi vida), Richard le dijera rotundamente que no, que no pensaba ayudarlo, que no quería saber nada de Gregory y que hiciera el favor de irse.

—Pero ¿por qué iba a hacer eso? —preguntó Davina—. Ninguno de los dos era responsable del accidente. Hubo una investigación pericial. Richard y yo hablamos del tema. Ambos hicieron lo que pudieron por intentar salvar a Charles. Ellos también podían haber muerto. No volvieron a verse porque estaban demasiado afectados por lo ocurrido, pero tal y como lo cuenta da la impresión de que se odiasen.

—Es que podría ser. Porque a lo mejor no contaron toda la verdad sobre lo ocurrido. Y permítame que se lo diga, señora Richardson, pero cuando la gente guarda secretos, esos secretos acaban enconándose de mala manera y pueden acabar convirtiéndose en veneno. Pueden matar.

—No sé adónde quiere llegar.

Hawthorne suspiró y sacudió la ceniza.

—Puede que nunca sepamos lo que ocurrió en el Hoyo Sin Fondo porque los únicos tres testigos ya han muerto, y además pasó hace

mucho tiempo. Pero sí que puedo asegurarle que la historia que contaron Gregory Taylor y Richard Pryce no cuadra. Su colega, Dave Gallivan, el hombre que lideró la partida de rescate, también lo sabía. Participó en la investigación pericial pero decidió no compartir sus sospechas. La causa de la muerte estaba más que clara y no quiso herir los sentimientos de nadie.

»Pero estas son algunas de las preguntas que podrían haberles hecho. Uno: su marido se perdió por el paso de Drake y siguió por el cruce del Espagueti, que estaba más en alto. Así que ¿por qué no se limitó a esperar allí a que pasara el agua? No habría sido lo más agradable del mundo, pero podía haberse quedado allí veinticuatro horas hasta que llegara alguien a rescatarlo.

»El interrogante más importante es el segundo. Según un granjero de la zona, Chris Jackson, empezó a llover con fuerza a las cuatro de la tarde. Miró por la ventana y vio un riachuelo que pasa justo por delante de la casa. Dijo que era un «indicador meteorológico». Y a las cuatro de la tarde, no era ningún riachuelo, sino un río caudaloso, que vaticinaba la muerte a todo el que estuviera atrapado bajo tierra. Una hora después llamaban a la puerta y aparecían con su relato de terror Gregory Taylor y Richard Pryce.

»Según la mujer de Gregory, Richard y su marido intentaron salir de la cueva cuando empezó a inundarse. Sabemos que todavía les quedaba por cubrir unos 350 metros. Pero entonces se dieron cuenta de que Charles se había quedado atrás y, como eran unos héroes, volvieron sobre sus pasos y se pusieron a buscarlo. Gritaron su nombre, pero ya no había nada que hacer. Salieron de la cueva y fueron en busca de ayuda. La granja de Ing Lane está a casi cinco kilómetros, y, aunque debían estar bastante agotados, tuvieron que llegar hasta allí a pie.

»Así que hagamos los cálculos. A las cuatro estaba lloviendo a cántaros. Seamos generosos y pongamos que siguieron por las galerías un cuarto de hora sin darse cuenta de que faltaba Charles, y entonces tuvieron que emplear otro cuarto de hora para volver. Vamos a decir que estuvieron diez minutos buscando a su amigo antes de rendirse y decidir ir a buscar ayuda. La salida quedaba a media hora. ¿Y cuánto creéis que tardaron en llegar a la granja sin el coche? ¿Qué ponemos, otra media hora? Eso nos da un total de cien minutos. Pero Dave Gallivan, del equipo local de rescate en cueva, registró la llamada a las cinco y cinco, que es solo sesenta y cinco minutos después de la inundación. ¡No cuadra ni de casualidad!

—No lo entiendo —dijo Davina, que estaba pegándole bien al vino mientras Hawthorne hablaba y ya solo le quedaban un par de dedos a la botella.

—No hubo intento de rescate —dijo sin emoción mi socio—. No

sé lo que pasaría en el Hoyo Sin Fondo pero nadie se hizo el héroe y tanto Greg como Richard lo sabían. Y por eso no volvieron a verse. Cada vez que se miraban a los ojos, tenían que enfrentarse a la verdad.

—¿Ellos mataron a Charlie?

—Lo dejaron atrás y ni siquiera intentaron ayudarlo. Así que volvamos ahora al domingo veintisiete. Gregory se sentía desesperado. Sin el dinero para operarse, estaba condenado a morir. Richard lo echó de su casa. ¿Qué podía hacer?

—¡Se suicidó! —dije: ¿qué otra respuesta podía haber?

—Así es, Tony, pero primero llamó a su amigo Dave Gallivan y le dijo que tenía que contarle lo que realmente había pasado en el Hoyo Sin Fondo, pero hacía trampa, porque ya sabía que no volvería a ver a Dave. Había tomado una resolución. Y es que tenía un seguro de vida por valor de 250.000 libras...

¡Claro! Nos lo había contado Susan Taylor, que había hecho una broma macabra sobre que su marido no podía utilizar el dinero para pagar la operación que lo habría salvado.

—Gregory tenía miedo de perder la prima del seguro si se suicidaba. Puede que incluso hubiese una cláusula de suicidio en el contrato. Normalmente hay un periodo de carencia de dos años... pero ¿quién sabe? No quiso que pareciera un suicidio para garantizar el pago y decidió mandar varios mensajes haciendo ver que estaba todo bien, que iba a vivir y la vida era maravillosa.

»Llamó a su mujer para tranquilizarla y alegrarla y la invitó a cenar al día siguiente en el Marton Arms. Pero la pregunta es la siguiente: ¿por qué la llamó a la hora que sabía que estaría llevando a su hija a clase de danza? ¿Porque no quería que le respondiera? ¿Porque no se fiaba de sí mismo, y además le venía bien que el mensaje quedara grabado, para que la policía pudiera escucharlo?

»Quedó también con Dave para tomarse una copa el lunes. Incluso llegó a echarse un *selfie* sonriendo en Hornsey Lane, a un minuto del conocido como Puente de los Suicidas de Highgate. ¿Qué era todo eso sino una forma de proclamar ante el mundo: «¡No me voy a suicidar!»? Para rematar, se compró un libro bien gordo en la estación porque quería que pensáramos que se lo iba a empezar en el viaje, aunque era la tercera parte de una saga que no había leído en su vida... De hecho no solía leer, porque yo estuve en su casa y lo vi con mis propios ojos, ni libros ni estanterías.

—Se suicidó —repitió Davina apurando lo que quedaba de vino.

—Pero antes de suicidarse presionó el botón de autodestrucción —dijo Hawthorne—. ¿Qué hacía exactamente en Hornsey Lane, a cinco minutos de aquí?

—Ya lo ha dicho, echarse un *selfie*.

—Hizo algo más que eso. Vino a esta casa, para contarle la verdad sobre el Hoyo Sin Fondo.

Se hizo un silencio pesado, salpicado por el sonido de un movimiento, quizá una brisa que removía una cortina. Hawthorne levantó la vista por un momento, pero solo estábamos nosotros tres en la habitación y no le dio más importancia.

—Eso no puede saberlo —masculló Davina.

—Cuando uno descarta lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, ha de ser verdad —contestó Hawthorne.

—¿Vino aquí? —Yo estaba tan perplejo por la información, o la deducción o lo que fuera, que no pude evitar preguntarlo así.

—De camino a la estación de King's Cross, sí. Le contó a la señora Richardson lo que realmente había pasado con su marido. Y si tuviera que apostar algo, yo diría que Richard Pryce, su amigo más querido y el padrino de su hijo, dejó que su marido se ahogara. ¿Digo bien, señora Richardson?

Muy lentamente, Davina asintió. Una única lágrima le corrió por la mejilla.

—Mintieron sobre la inundación. Charlie nunca se separó de ellos. Fue como ha dicho usted. Se quedó enganchado en la chimenea y podrían haberle ayudado fácilmente, pero estaban demasiado asustados. Richard fue el peor, convenció a Greg para que salieran. Hasta oyeron gritar a Charlie, pero lo abandonaron. Ellos salvaron el pellejo y él se ahogó.

—Lo siento mucho —dijo Hawthorne, y pensé que por una vez hasta lo decía de corazón.

—No hace falta que me pregunte más cosas. Yo le contaré el resto.

Aquella era una Davina Richardson muy distinta. Parecía que hubiese saltado un resorte en su interior, y lo único que quería era acabar de una vez por todas con aquella historia.

—Ahora sé la verdad y es que Richard nos traicionó. Sí, nos cuidó, nos dio dinero, me consiguió trabajo, fingió ser mi amigo. Pero durante todo ese tiempo nos mintió, porque sabía perfectamente lo que había pasado en el Hoyo Sin Fondo. Si no hubiera sido tan cobarde, Charlie seguiría con vida. Yo no soy tonta, señor Hawthorne, sé que todo lo que hizo por Colin y por mí fue para expiar sus pecados. Estaba intentando acallar su remordimiento a base de dinero. Pero en cierto modo lo único que hizo fue empeorar las cosas. Creo que si se hubiera limitado a ignorarnos, le habría respetado más.

»Cuando Greg Taylor me dijo lo que había hecho, supe que tenía que matarlo. —Se levantó y fue a la nevera, en busca de otra botella de vino pero no quedaban, de modo que abrió un armario, sacó una de vodka y la llevó a la mesa—. No me veo como una mala persona,

solo me siento vacía. ¿Lo pueden entender? Llevo seis años viviendo con un gran agujero y supongo que he dejado que me consuma. Yo no quería ver a Greg, y cuando se presentó aquí en la casa, no daba crédito. No lo conocía de nada. En cuanto se fue, supe exactamente lo que pensaba hacer.

»Adrian Lockwood estuvo aquí la tarde del domingo y me aseguré adrede de no retrasar los relojes. La idea era que más adelante él pudiera decir que yo estaba aquí cuando Richard murió. Fui hasta Fitzroy Park con el coche y lo dejé en la otra punta y fui andando hasta la casa. Iba con un cuchillo... en el bolso. Pensaba apuñalarlo.

—¿No atravesó Hampstead Heath? —preguntó Hawthorne.

—No.

—¿Estaba Pryce hablando por teléfono cuando le abrió la puerta?

—Puede ser, puede que tuviera el móvil en la mano, no lo recuerdo bien. Se sorprendió de verme pero me dejó pasar. Hizo como si estuviera preocupado por mí. Ahora sé que todo lo que me dijo y todo lo que sentía por mí era puro teatro. Fuimos a su estudio y me preguntó si me pasaba algo, con esa forma odiosa de mirarme, como si yo le importara algo y eso me puso aún más furiosa. Ni siquiera puedo decirle qué sentí. Fue entonces cuando vi la botella de vino. La cogí y lo golpeé. Y le golpeé muchas veces. Sé que después la botella estalló y utilicé el borde para rajarlo.

—¿Y el cuchillo?

—Ya se me había olvidado. De todas formas no quería utilizarlo porque sabía que podrían identificarlo como mío. —Tenía la mirada perdida—. Fue todo tan extraño, señor Hawthorne; cuando lo maté, no sentí nada de nada. Era como si ni siquiera estuviese en la habitación. Fue como ver una imagen de mí misma en un televisor con el volumen bajado. Ni siquiera sentí rabia ni nada. Lo único que quería era verlo muerto.

—¿Y luego qué? ¿Por qué escribió uno cero uno en la pared?

—Recordé el poema que me había enseñado Adrian. El que escribió Akira Anno. No sé por qué... pero me sentí identificada con esos versos. Decían la verdad sobre Richard. Me había susurrado al oído y, en cierto modo, nos había matado a los dos. Decidí que quería dejar un mensaje, así que cogí una brocha y lo pinté en la pared. Fue una tontería pero no estaba en mis cabales.

Otro silencio largo. Se echó un poco de vodka en la misma copa del vino.

—¿Qué cree que va a pasar ahora? —preguntó Hawthorne.

Davina se encogió de hombros y le costó un rato encontrar las palabras.

—¿Realmente tiene que saberlo alguien? Usted en realidad ya no es policía. ¿Tiene que contárselo a alguien?

—Adrian Lockwood está detenido.

—Pero la policía deducirá que no lo hizo él y acabará soltándolo. No puede ser de otra forma.

—¿Y usted se iría de rositas? —La inquina había vuelto poco a poco a la voz de Hawthorne, y supe sin lugar a dudas que no pensaba transigir con lo que estaba sugiriendo la mujer—. ¿De veras cree que yo lo permitiría?

—¿Por qué no? —Por primera vez levantó la voz, retándolo—. Soy madre soltera, viuda, estoy sola. No fue culpa mía que me arrebataran a mi marido, el único amor verdadero de mi vida. ¿De qué serviría meterme en la cárcel? ¿Qué sería de Colin? No tenemos más familia. Acabaría en una casa de acogida. Puede perfectamente salir por esa puerta y decir que fue incapaz de resolver el caso. Nadie más se va a enterar. Richard simplemente habría pagado por lo que le hizo a Charlie y lo que me hizo a mí, nada más.

Hawthorne la miró con tristeza y puede que incluso con cierto respeto.

—Yo no puedo hacer eso —se limitó a decir.

—Entonces voy a por el abrigo. Le pediré a algún vecino que venga, pero puedo irme directamente con ustedes si es eso lo que quieren. Y por cierto que pienso declararme culpable... será más fácil para todos. Seguro que estará usted muy orgulloso de sí mismo, señor Hawthorne. ¿Le dan un extra por atrapar a los criminales? Déjenme solo unos minutos para que me despida de mi hijo.

He de reconocer que yo estaba totalmente pasmado. Todo había dado la vuelta de forma tan repentina y veloz, la confesión había sido tan completa, que tenía la impresión de haberme quedado atrás: como Charles Richardson por las galerías de la cueva. Por una parte entendía perfectamente por qué Davina había matado a Richard Pryce, pero, por otra, seguía costándome verle el sentido. Había negado haber pasado por el parque, de modo que ¿quién era el hombre de la luz (que no era una linterna según Hawthorne) al que había visto Henry Fairchild? Y si Richard no estaba hablando con su marido cuando le abrió la puerta a ella, ¿a quién había oído Stephen Spencer? ¿Era posible que hubiera ido otra persona a la casa antes del asesinato?

Esta y otra decena de pensamientos me daban vueltas en remolino por la cabeza cuando se vieron interrumpidos por un aplauso muy lento. De Hawthorne.

—Le ha salido muy bien, señora Richardson... pero sé que miente.

—¡No es verdad!

Mi socio se volvió hacia la puerta.

—¿Colin? ¿Estás ahí? ¿Por qué no entras y te unes a nosotros?

Nada. Hasta que de pronto apareció el hijo de quince años de

Davina, esa vez vestido con vaqueros y una camiseta muy ancha de *Breaking Bad*. Era la segunda vez que lo veía y me pareció más corpulento y mayor que la última vez; quizá fuera por la mirada huraña que estaba dedicándonos, por esos ojos negros bajo la madeja de pelo rizado. Tenía peor el grano de la barbilla. Me pregunté cuánto rato llevaba escuchando nuestra conversación.

—¡Colin! ¿Qué hacías ahí? —preguntó Davina, que quiso acercarse a él, pero mi socio se interpuso.

—Parece que ha estado otra vez escuchando tras la puerta. Se ve que tiene esa fea costumbre.

Tuve la impresión de que debía intervenir. Claramente no era lugar para un adolescente como él.

—Yo lo llevo arriba —dije e hice ademán de acercarme.

—¡No te muevas del sitio, Tony! —me gritó Hawthorne—. ¿Es que no lo entiendes? Ella no mató a Richard Pryce, ¡lo mató él!

Era demasiado tarde. Yo ya había llegado a donde estaba el chico.

Y entonces todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Colin cogió algo de la encimera, Davina dio un grito y Hawthorne se adelantó de un salto. El chico me pegó un puñetazo fuerte en el pecho y me caí hacia atrás, pero Hawthorne me agarró. Colin dio entonces media vuelta y echó a correr. Oí que la puerta de la calle se abría y se cerraba. Y luego me quedé mirando desconsolado el cuchillo de cocina y su hoja de quince centímetros que me sobresalía del pecho.

23 ¿Un matrimonio de connivencia?

No me resulta fácil describir lo que pasó en los siguientes minutos. No descarto que fuera porque estaba conmocionado y no precisamente de humor para tomar notas. Recuerdo a Davina desplomada y desvalida en la silla, dándole al vodka mientras Hawthorne sacaba el móvil. Llamó para que mandaran una ambulancia, pero no quiso avisar aún a la policía. Yo seguía mirando el cuchillo, que parecía un objeto alienígena, y no lograba hacerme a la idea de que, al menos por el momento, formaba parte de mí. Mi socio me aconsejó que mejor no lo tocara cuando quise sacármelo. Luego me ayudó a sentarme en una silla, cogió la botella de vodka y me sirvió un buen chupito. Lo necesitaba. Tenía un mareo impresionante y el dolor empeoraba a cada minuto que pasaba. No era, por supuesto, la primera vez que me apuñalaban. Supongo que, desde fuera, puede que la escena tuviera incluso un lado cómico... aunque yo, desde luego, no se lo veía.

La ambulancia tardó menos de diez minutos en llegar, por mucho que a mí me parecieran muchos más. Oí como corría la sirena hacia nosotros por Priory Gardens. No podía apartar la vista de mi camisa, abatido por haberme puesto una Paul Smith nueva que estaba ahora para tirar. Por lo menos no parecía haber una cantidad de sangre demasiado exagerada, y eso me consolaba un poco. No me gusta ver sangre bajo ninguna circunstancia, y menos aún si es la mía. Hawthorne estaba sentado a mi lado. ¿Recuerdo mal o estuvo un rato cogiéndome del brazo? Parecía preocupado, eso sí que lo tengo claro.

A Davina, entretanto, se le fue la cabeza del todo.

—¡Tenemos que encontrar a Colin! —Las palabras se esparcieron sin rumbo por la cocina.

—Ahora no —le dijo Hawthorne.

Pero se levantó igualmente

—Pues yo voy a ir a buscarlo.

Mi socio la señaló con un dedo y no le gritó, pero habló con tal furia contenida en la voz que no le dejó lugar a discusión.

—¡Usted de ahí no se mueve!

Davina volvió a sentarse.

Y entonces se abrió la puerta y entró como una exhalación un grupo de paramédicos que se apresuraron a examinarme. Tengo la impresión de que me sacaron el cuchillo allí mismo pero, una vez más, no podría asegurarlo. Me inyectaron algo y a los pocos minutos estaba tendido bocarriba con una mascarilla de oxígeno en la cara, mientras

me metían en la ambulancia para recorrer el corto trayecto que me separaba del Royal Free Hospital de Hampstead.

La herida resultó ser mucho menos grave de lo que parecía. Había sido en el lado derecho del pecho, lejos del corazón, y tampoco me había alcanzado ningún otro órgano vital. De hecho solo tenía cinco centímetros de profundidad. Cuando Jill llegó al hospital esa misma noche a última hora, yo ya estaba incorporado en la cama, con un par de puntos y un buen puñado de vendas, viendo las noticias en la televisión.

No se rio.

—No puedes seguir acabando todos los libros dejando que alguien intente matarte.

—Solo es la segunda vez que pasa y en realidad no pretendía matarme —le dije—. No es más que un crío. Pensó que yo quería detenerlo y le entró el pánico.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé. Me imagino que la policía estará buscándolo.

—¿Y qué ha pasado con su madre?

¿Qué pasaba con ella? Me supuse que lo más probable es que la juzgaran como cómplice de asesinato. No lo sabría hasta que hablara con Hawthorne.

—La estarán interrogando. —Jill vino a sentarse a los pies de la cama—. Lo siento.

—¿Cuándo te dan el alta?

—Mañana por la mañana.

—¿Necesitas algo más?

—No, estoy bien.

Me miró con una mezcla de desasosiego y exasperación.

—Si quieres que te dé un consejo, no metas esto en el libro. La gente no se lo va a creer y encima vas a quedar como el hazmerreír.

—Ahora mismo ni siquiera estoy pensando en el libro.

—Ojalá nunca hubieras conocido a Hawthorne.

—Lo mismo digo.

Eso dije, y empezaba a creer que era cierto.

Por supuesto, en cuanto me dieron el alta a la mañana siguiente, después del desayuno, lo primero que hice al llegar a mi casa fue llamar a Hawthorne. Aunque no me preguntó cómo estaba, me dio la impresión de que había hecho sus pesquisas en el hospital y ya lo sabía. Quedamos en vernos en una cafetería a medio camino de nuestros pisos, pero en mi lado del puente de Blackfriars.

—¿Seguro que estás para andar? —me preguntó.

—Tengo que saber lo que pasó cuando me llevaron en la ambulancia.

—Tráete el paraguas, tiene pinta de que va a llover.

Tenía razón. Cuando salí ya estaba cayendo una buena, y el peso del paraguas me presionaba el pecho y hacía que me palpitara la herida. Farringdon Road, que ya de por sí no es la calle más bonita del mundo en un día normal, era una río negro y aceitoso, con el tráfico parado y malhumorado en los semáforos y los ciclistas, envueltos en sus plásticos de colores, serpenteando entre los coches. Llegamos al mismo tiempo. Hawthorne eligió una mesa junto a la ventana y, mientras me acomodaba, la lluvia martilleaba contra el cristal y bajaba luego en vaivenes, como la pantalla de un viejo televisor en blanco y negro. Todavía no era invierno. Fuera no hacía frío y en la cafetería se sentía cierto bochorno, a pesar de que no había casi nadie más.

De la gabardina de Hawthorne chorreó agua cuando la colgó de una percha que había detrás de su silla. Se le había manchado el traje que llevaba debajo. El camino me había dejado rendido, y por una vez fue él a pedir la bebida: un expreso doble para él y un chocolate caliente para mí. Necesitaba algo reconfortante. Lo trajo todo a la mesa y se sentó.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó por fin.

—No muy allá.— Me dolían más los puntos que la cuchillada en sí y no había dormido bien —. ¿Lo han encontrado ya? —pregunté.

—¿A Colin? Sí. Se fue a casa de un amigo y la policía lo ha cogido esta mañana.

—¿Qué será de él?

—Lo acusarán de asesinato. —Se encogió de hombros—. Pero, como tiene menos de dieciséis años, seguramente sean más blandos con él.

Esperé a que siguiera.

—¿Piensas contarme el resto? He venido solo por eso, estaría mejor en mi cama.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, Tony, colega, que parece que te han matado? ¡Que lo hemos resuelto!

—Lo has resuelto tú. Yo no he hecho nada. Lo único que he hecho es quedar como un tonto.

—Yo tampoco diría eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué dirías entonces?

Se lo pensó.

—Pusiste a Grunshaw en su sitio.

No era suficiente.

—Venga, cuéntamelo y ya está. Colin mató a Richard Pryce. ¿Cómo lo dedujiste?

Me miró con cara de perplejidad, como si no me entendiera bien, pero luego me contó lo que quería oír.

—Y te dije que había reducido mi lista de sospechosos a dos

personas —empezó—. Desde el principio tuve el pálpito de que tuvo que ser o Davina Richardson o su hijo, pero, si te paras a pensarlo, el asesinato de Richard Pryce cantaba a crío por todas partes. Todo lo que le dije ayer a Davina, lo de la muerte de su marido, lo de que Gregory Taylor se presentó en su casa, era todo verdad. Pero ella nunca se plantó en Heron's Wake con un cuchillo en el bolso, solo intentaba proteger a su hijo. Es una buena madre, eso hay que reconocerlo. Lleva protegiéndolo desde entonces.

»A ver, lo que pasó es que el chaval debió de escuchar a escondidas la conversación entre Gregory Taylor y su madre. ¿Te acuerdas de la primera vez que fuimos? Le regañó por escuchar detrás de la puerta. Y anoche volvió a hacerlo. Yo sabía que el chico estaba ahí. Era una costumbre que él tenía. Pero, si para Davina oír lo que Gregory le contó sobre el Hoyo Sin Fondo tuvo que ser duro (todas esas mentiras, esa cobardía), imagínate ya para un chico de quince años. Richard se había convertido en un segundo padre para él. Porque, claro, no tenía hijos propios. Le pagaba los estudios, le compraba regalos caros, como el telescopio ese, por ejemplo. Nunca le fallaba, de modo que, cuando al final Colin se enteró de la verdad, ¿qué crees que sintió? Tuvo que pillarse un buen cabreo. Y decidió hacer algo al respecto al día siguiente. Sabíamos que Colin no estuvo en la casa...

—¿Y cómo lo sabemos? —lo interrumpí.

—Porque Davina estaba acostándose con Adrian Lockwood. Ella nos contó que no podía hacer esas cosas cuando el crío estaba en casa, así que seguramente le sugirió que se quedara en casa de un amigo o algo por el estilo. Pero en realidad se dedicó a ir en bici hasta Fitzroy Park, atajando por el parque.

Había visto esa bici en el pasillo de Davina, ¡había pasado tres o cuatro veces por delante!

—La luz que vio Henry Fairchild no era de una linterna. No habría hecho falta con luna llena.

—Era el faro de una bici.

—Exacto. Había un charco grande al lado de la verja y Colin debió de bajarse allí y tirar de la bici. Siguió hasta Heron's Wake y dejó la bici al lado de la puerta. Mi hijo siempre hace lo mismo con la suya. Es demasiado vago para apoyarla contra la pared, sobre todo si tiene prisa. La dejó caer y punto.

—Fue la bici lo que partió las espadañas.

—Exacto. Y el agujero en el suelo era de apoyar el pedal. Después llamó a la puerta, Richard le abrió y, por supuesto, se extrañó de verlo allí. «Es tarde ya.» Y sí, lo era. Las ocho de la tarde en un sitio desierto como Hampstead es tarde para que un crío ande por ahí solo.

»Richard lo invitó a pasar y seguramente se dio cuenta de que a

Colin le pasaba algo, pero no tenía ni idea de por qué había ido. Sacó unas bebidas. ¿Te acuerdas de lo que vimos en la mesa del estudio?

—Dos latas de Coca-Cola.

—Eso mismo. Richard tenía alcohol en la casa, pero ni él bebía... ni su visitante. Esa fue una de las razones por las que comprendí que no era Davina, que bebe más que habla. Y además, ¿quién bebe Coca-Cola a las ocho de la tarde?

—Un crío.

—Si te soy sincero, Tony, había muchas cosas en este asesinato que me parecían infantiles. ¡El número de la pared, por ejemplo! ¡Por favor! ¿Qué clase de persona mata a alguien a botellazos y luego se para a dejar un mensaje críptico para la policía?

—Pero ¿qué significaba? ¿Había leído el haiku?

—No, no, no, el uno cero uno no tenía nada que ver con el haiku. Eso se lo inventó Davina. Hay que meterse en la cabeza de Colin. Cuando entré por primera vez en esa habitación, antes de saber siquiera quién era Akira Anno y conocer las tonterías que escribe, te dije lo que podía significar.

—Dijiste que podía ser una línea de autobús, el nombre de un restaurante...

—... o incluso tres letras en un mensaje de móvil. De eso sabría perfectamente un adolescente, ¿no?

—¿Qué significa entonces uno cero uno? En lenguaje de móvil.

—LOL, *laughing out loud* en inglés, o partirse el culo, como quien dice. Es el mayor desprecio que podía hacerle al cadáver —Hawthorne sonrió—. No podía haberlo puesto más claro, ¿no te parece?

—Pero ¿por qué haría eso? Dices que entiendes su forma de pensar, pero yo no me imagino cómo puede hacer eso un crío.

—¿Quién es el autor favorito de Colin... cuando dejó de leer tus libros? Nos lo dijo su madre. Y lo gracioso es que es el mismo que parece llevar pisándonos los talones, de puntillas, desde que empezamos el caso.

—¡Conan Doyle!

—El pesado de Sherlock Holmes, ¡exacto! ¿No viste a la legua los paralelismos cuando estuvimos leyendo *Estudio en escarlata* en el club de lectura? Por cierto que me gustó bastante el libro. Creo que los demás se pasaron un poco con él, y, si quieres saber mi opinión, *Un sinfín de dioses* es un tostón infumable. No sé si voy a terminarlo...

—¿Qué paralelismos, Hawthorne?

—¡El escrito de la pared! A Enoch Drebber lo envenenan en los jardines de Lauriston y luego el asesino escribe «RACHE» en la pared... y no con pintura sino ¡con sangre! Y luego, al final del libro, en la parte de Utah, no paran de aparecer números en casa de John Ferrier, un aviso de los ancianos mormones.

—Entonces ¿lo copió?

—O puede que estuviera pensando en *El signo de los cuatro*. —Hawthorne suspiró y luego retomó el hilo—. A ver, puede que Colin no pretendiera matar a Richard Pryce, a lo mejor fue solo a decirle cuatro cosas. Es probable que quisiera desfogar con él un poco de angustia existencial adolescente y decirle a su querido padrino que se fuera a tomar por culo y le dejara en paz. Pero ya te lo puedes imaginar, las cosas que se salen de madre, Colin que empieza a acusarlo de haber dejado a su padre tirado en el fondo de una cueva inundada... De entrada Richard lo niega, pero tiene la inteligencia de darse cuenta de que lo han pillado, así que intenta explicarse... pero lo único que consigue es empeorarlo. Colin se pone a chillarle y Richard intenta tranquilizarlo. Puede que incluso le pusiera una mano encima y Colin pensase que, como era gay, estaba intentando algo con él. Todo puede ser. Pero el caso es que se le va la cabeza del todo y luego ve la botella de vino que Richard tenía en la mesa o en alguna parte de la habitación. No sabe ni lo que hace. La coge y se la estrella en la cara a su padrino y luego lo apuñala y lo vuelve a apuñalar y lo siguiente que sabe es que está encima de un cadáver con sangre y vino por todas partes.

»¿Y ahora qué? Ahora se asusta, ha cometido un asesinato, tiene que borrar sus huellas y, como es un crío, y tampoco muy inteligente que digamos, se cree que es Sherlock Holmes. Recuerda los botes de pintura que ha visto en el pasillo y coge una brocha y pinta un número o unas letras en la pared, igual que en el relato de Sherlock Holmes. Y lo primero que le viene a la cabeza es una abreviatura que conoce bien y que expresa perfectamente el desdén que siento hacia ese hombre, lol o LOL. —Hizo una pausa, y pensé que ni escribiéndolo yo habría podido hacer una mejor descripción—. La cosa no queda ahí. Cuando fuimos a ver a Davina Richardson, Colin entró en la cocina y no pudo evitar quedarse. Para entonces el muy listillo seguramente creía que se iba a librar, así que decidió colarnos una historia, otra vez sacada de Sherlock Holmes. A Richard Pryce lo estaba siguiendo alguien, y no puede ser alguien normal, le pasa algo en la cara, eso es lo que nos contó.

—Yo creí que hablaba del Largo.

—El Largo no ganaría ningún premio de belleza, pero no le pasa nada en concreto. Y tampoco estaba siguiendo a Richard Pryce, ¡trabajaba para él! No. Hay un relato, «La cara amarilla», que empieza con un cliente, Grant Munro, que dice que ha visto una cara espectral que lo vigila desde una ventana del piso de arriba. Míralo en tus notas, creo que verás que Colin utilizó casi las mismas palabras.

Qué vergüenza, debería haberme dado cuenta yo, no Hawthorne. Era yo quien había escrito sobre Sherlock Holmes. Su sombra había

estado planeando sobre nosotros todo el tiempo. Me había pasado entera una velada hablando de sus libros. Quizá no supe ver la relevancia para el caso que teníamos entre manos porque sus aventuras se escribieron hace más de un siglo.

—¿Cuándo lo supo su madre? ¿Estuvo encubriéndolo desde el principio?

Hawthorne vaciló y comprendí que hubiera preferido que no le hubiese hecho esa pregunta. Y de pronto yo también pensé lo mismo.

—En realidad no lo supo hasta que no se lo dijiste tú.

La herida empezó a palpitarme y sentí que el azúcar del chocolate caliente se me pegaba a los labios.

—Sigue.

—Yo ya te advertí de que no te entrometieras mientras interrogo a alguien. Y el caso es que lo cambiaste todo, sin querer, la primera vez que fuimos a ver a Davina Richardson.

—¿Qué dije?

—Le dijiste lo del escrito en la pared y que estaba pintado de color verde.

—¿Qué tenía eso de malo?

—¿Te acuerdas de lo que estaba pasando en la cocina cuando llegamos?

Hice memoria.

—Ella estaba fumando y el fregadero estaba lleno de platos sucios.

—Y tenía la lavadora puesta. Estaba lavando la ropa de su hijo. Ya nos había contado que el chico era muy descuidado, que era un poco desastre. Yo diría que el domingo por la noche llegó a su casa con pintura verde en el chaquetón o la camisa y puede que también bastante sangre y vino. Seguramente él mismo lo lavó o lo embadurnó de barro o algo... pero no consiguió quitar la pintura verde. Su mamaíta encuentra la ropa, que sigue manchada, y la echa a lavar. Y eso explica por qué, en cuanto mencionaste la pintura verde, ella se levantó y se quedó de pie contra la lavadora y ya no se movió del sitio, como si no quisiera que viéramos lo que había al otro lado de la ventanita redonda. También largó a Colin de la habitación en cuanto pudo. Cuando el chico bajó, se alegró de verlo, pero de pronto se puso en plan hay que ducharse, hacer las tareas y toda la pesca. Estaba aterrada de que su hijo se delatara de alguna forma.

»Fue entonces cuando empezó a cambiar su propia historia... o a adaptarla. De buenas a primeras, Colin (que es bastante alto para su edad y está claro que puede cuidar de sí mismo) es víctima de los abusones del instituto, y es su querido tito Richard quien lo soluciona todo. Richard y Colin son inseparables. No es más que un niñito entrañable que necesita un papá. Imposible que un muchachito así

cogiera y lo matara a botellazos.

»Y eso no es todo. La siguiente vez que fuimos a Priory Gardens (y esa vez se aseguró de que Colin no estuviera), Davina lo tenía todo preparado. Tenía que distraer nuestra atención. Si no sospechábamos de su hijo, tenía que haber otra persona a la que incriminar, y escogió a Adrian Lockwood. Sería su amante pero estaba dispuesta a sacrificarlo sin pensárselo dos veces con tal de salvar a su hijo. No sé si sabría lo que significaba el uno cero uno, puede que se lo dijera Colin, pero el tema es que también preparó una respuesta para eso. Lo primero que hizo fue colarte el haiku. ¿De verdad crees que ese libro, que por cierto estaba nuevecito, estaba allí por casualidad... y justo una página antes del poema que quería que vieras?

—Fui yo el que pasó la página.

—Y si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho ella. Además estaba abierto por el haiku 100, lo tenías delante de tus narices. Hasta a un tonto se le habría ocurrido mirar qué había luego.

—Gracias.

—Sabía que el poema podía vincularse a Adrian Lockwood porque el diez de enero era la fecha de su boda. Y luego te vendió la moto esa de lo duro que era vivir sola, de que siempre se olvidaba hasta de retrasar los relojes. Y por si no fuera suficiente, por si acaso no lo habías pillado a la primera, lo repitió estando yo allí. «Salí a las cuatro y media. ¡Ay, no! A las tres y media, siempre me lío.» ¡Cargando bien las tintas! Lo que estaba haciendo, por supuesto, era echar por tierra adrede la coartada de Adrian Lockwood. Quería que creyésemos que él se fue una hora antes, lo que le habría dejado tiempo de sobra para plantarse en casa de Richard Pryce y matarlo. Incluso dejó caer que este estaba enfadado con su abogado, aunque no nos dijo por qué. Nos lo estaba poniendo en bandeja, trocito a trocito.

—Y le manchó la manga de pintura verde.

—No sabía si te habrías fijado. Sí. Fue su... ¿cómo se dice? En gabacho...

—Su *pièce de résistance*.

—Eso mismo. —Hawthorne sonrió.

—Tú también lo viste... Ya podrías haber dicho algo.

—Era demasiado descarado, colega. Solo había dos formas de que hubiera llegado allí: o Adrian Lockwood se había cargado a Richard Pryce y le salpicó la pintura al escribir el mensaje...

—O se lo había puesto ella.

—Si se estaban acostando juntos, a ella no le habría costado tener acceso a la ropa de él. Y, por supuesto, supo qué color tenía que escoger.

—Porque se lo dije yo.

Hawthorne se terminó el café y se quedó mirando por la ventana.

La lluvia había empezado a aflojar, pero seguía habiendo guijarros grises de agua aferrados al cristal.

—No deberías ser tan duro contigo mismo, Tony. Lo hemos resuelto. A mí me pagan... y tú tienes tu libro. Por cierto, todavía no he visto el primero. ¿Te lo han mandado ya?

—No, yo tampoco lo he visto.

—Espero que la cubierta esté bien, que no sea demasiado artística. Ojalá haya un poco de sangre.

—Hawthorne... —empecé a decir.

Sabía antes incluso de sentarme allí que iba a decir aquello. Había decidido que mi mujer tenía razón.

—Creo que es mala idea... nuestros libros, me refiero. Yo escribo narrativa, no soy biógrafo, y no me siento cómodo escribiendo así. Lo siento, acabaré este... no tendré problema porque tengo todo el material. Pero voy a llamar a Hilda Starke y le voy a pedir que cancele el contrato del tercero.

Se le cambió la cara.

—Pero ¿qué sentido tiene eso?

—¡Pues lo que te acabo de decir! Hemos investigado juntos dos casos y en ambas ocasiones yo he dicho alguna tontería que lo ha enfangado todo, y las dos veces me las he arreglado para que casi me maten. Además, haber quedado como un tonto tampoco me hace mucha ilusión. Y me has utilizado; me la has jugado aposta para vengarte de Grunshaw, pero eso no es lo peor: lo peor es que me felicitaste, me convenciste de que había conseguido solucionarlo cuando no dije ni una cosa bien.

—Eso no es verdad. Lo he comprobado y es cierto que Adrian Lockwood tiene un problema ocular.

—¡Vete a la mierda! Yo lo reconozco: no soy lo suficientemente inteligente para ser Holmes, pero, si quieres que te diga la verdad, tampoco me lo paso muy bien haciendo de Watson. No creo que lo nuestro esté funcionando. Creo que es mejor que cada uno vaya por libre.

Se quedó un momento sin decir nada. Parecía agobiado.

—Lo dices solo porque te han herido —acabó mascullando—. Te han apuñalado, no sé ni cómo te han dejado salir tan pronto del hospital...

—No es solo por eso, es que...

—Y hace un día de perros —se apresuró a cortarme para que no le diera más razones—. Si hiciera un sol radiante, no pensarías lo mismo. —Me señaló con el dedo—. Eso es un ejemplo de esa cosa que ponen los autores en los libros cuando el tiempo influye en los sentimientos de la gente.

—La falacia patética —dije.

—¡Exacto! —Se le iluminó la cara—. De eso justamente es de lo que hablo. Tú sabes de esas cosas, eres escritor, y seguro que esta noche, cuando llegues a tu casa y te pongas a escribir tus notas, disfrutarás hasta de describir el tiempo de mierda que hace. El puente de Blackfriars, Farringdon Street. Utilizarás todas las palabras adecuadas y harás que cobre vida. Yo no podría hacer nada parecido. Y por eso hacemos tan buen equipo. Yo hago el trabajo de campo y tú haces el resto. —Sonrió—. *Un matrimonio de connivencia*. Así deberías de titular el libro.

—Ya hay un libro que se llama así, Hawthorne.[3]

—Bueno, me fío de ti, colega. Ya se te ocurrirá algo mejor.

Miré por la ventana. Seguía sin tenerlo claro, pero, por otra parte, la lluvia había parado por fin y me pareció que empezaban a abrirse paso unos cuantos rayos de sol.

APÉNDICE Una carta de Gregory Taylor

26 de octubre de 2013

Querida Susan:

Te escribo desde una cafetería del parque de Hampstead Heath. Acabo de salir de casa de Richard. Hemos tenido unas palabras, y yo he tomado una decisión; quiero que sepas desde el principio que no me siento tan mal. Te quiero una barbaridad, y adoro a las niñas de nuestros ojos, June y Maisie. Ojalá las cosas hubieran salido de otra forma, pero no ha podido ser y no pienso quedarme de brazos cruzados quejándome. Me he pedido una taza de té y un trozo gigante de tarta Bakewell. No está tan rica como la tuya. Esta mañana estaba lloviendo un poco pero ahora se ha despejado y hay niños jugando y perros dando vueltas y, en definitiva, el mundo no parece tan mal sitio.

Si estás leyendo esto, significa que he muerto. Nunca pensé que me vería escribiendo algo así, pero es la verdad y ambos debemos afrontarla. Ojalá pudiera mandártelo directamente, y estar contigo para consolarte. Pero eso no es posible por razones que seguramente entiendas. Tardarás seis meses en recibir esta carta. Espero que todo salga según lo planeado. Se la voy a enviar a mi hermana Gwendolyn con instrucciones para que no la abra y te la mande en abril del año que viene. ¡Espero no darte un susto! Pero sé que entenderás por qué he tenido que hacerlo así.

Es por el seguro. Cuando yo no esté, te darán un cuarto de millón de libras, que es bastante dinero. Suficiente para ti y para cuidar de las chicas durante el resto de vuestras vidas. Suficiente para que te vayas de Ribblehead si es lo que quieres. A lo mejor os volvéis a Leeds. Fui yo quien te arrastró hasta los Dales y a menudo pienso que fue muy egoísta por mi parte y que no nos trajo nada bueno. Pero con el dinero podrás tomar tú las decisiones. Espero que seas feliz. Es lo único en lo que pienso mientras estoy aquí sentado, tanto en ti como en las niñas.

Pero tienes que tener mucho cuidado con esta carta. Deberías deshacerte de ella en cuanto la leas. No se la enseñes a nadie. No se lo cuentes a nadie... ni a Dave. No he mirado bien la póliza, pero estas compañías de seguros están llenas de sabandijas y buscarán cualquier excusa para no pagar. Tienen que pensar que he muerto en un accidente. Eso sucederá en un momento. Esto no es fácil para mí, ni

para ti. Pero no puede ser de otra forma.

Espero que puedas perdonarme, tú siempre has sido mi único amor verdadero.

Tengo que remontarme a abril de 2007. Sí, todo se remonta al Hoyo Sin Fondo, y necesito contarte la verdad. No te enfades conmigo, Sue. No te conté la verdad en su momento no porque no quisiera, sino porque no fui capaz. Fue en gran medida porque, daba igual las vueltas que le diera, siempre era culpa mía. Yo era el responsable, yo planeé la excursión. Y yo fui el que dijo que no pasaba nada por seguir adelante. Cuando lo pienso ahora, creo que la única razón por la que hacía esas excursiones era porque me aferraba a algo que ya había desaparecido: Richard, Charlie y yo. Cuando estudiábamos en Oxford nos lo pasamos de miedo juntos y todos los años, cuando nos veíamos, revivíamos lo que teníamos antes, por mucho que supiéramos que, conforme nos habíamos hecho mayores, la cosa se había ido diluyendo, y eso iba a menos cada año y los tres teníamos que fingir un poco más. En los últimos tiempos Richard era ya el abogado pez gordo y a Charlie también le iba bastante bien en marketing, mientras que yo había acabado en el departamento de contabilidad de una empresa pequeña que nadie conocía, en el culo del mundo. En realidad nunca me sentía del todo a gusto cuando estaba con ellos y eso era algo que, por mucha cerveza que bebiéramos, no podíamos cambiar.

Sabía que no deberíamos habernos metido en el Hoyo Sin Fondo, y esa es la pura verdad. Cuando vi esas nubes, los cumulonimbos, tuve el presentimiento de que podíamos buscarnos un problema. El aire estaba inestable. Tenía claro que iba a haber tormenta, pero me convencí de que estaba lejos y no se dirigía hacia nosotros. A lo mejor fue porque era la primera vez que yo hacía de rutero. Richard y Charlie confiaban en mí. Había un largo de 18 metros junto a la cascada. Preparamos el equipo y bajamos.

Solo teníamos que recorrer poco más de tres kilómetros para llegar a la salida de Drear Hill, pero ya sabes cómo es el Hoyo Sin Fondo. Para empezar, el primer largo, y luego había que ir tirando cuerda y recogiendo porque no es una ruta circular y se sale por la otra punta. Luego había otro largo con cascada de 35 metros y un par de ascensos traicioneros, y todo eso antes de llegar al paso de Drake y al cruce del Espagueti. No es para pusilánimes. Pero cuando empezamos, íbamos con muy buen ánimo, todo risas y bromas, como en los viejos tiempos y eso.

No voy a entrar en muchos detalles. Estás más que harta de todo el tema y yo tampoco tengo tanto tiempo para acabar de escribir esto. Pero te lo resumiré: te mentí, y mentí en la investigación pericial. Charlie Richardson nunca se perdió y no murió como dijimos que

murió.

Lo que pasó fue que la tormenta cayó sobre nosotros cuando habíamos recorrido ya unos dos tercios del camino. Yo iba en cabeza, luego Richard y luego Charlie. Supimos al instante que estábamos metidos en un lío. En todos los años que he hecho espeleología no he vivido nada parecido. De entrada, cambió la presión del aire. Nuestras voces dejaron de sonar igual. Y oíamos esa especie de zumbido en los oídos, lo sentíamos hasta en los huesos. Todas las paredes resplandecían y el agua caía a chorros y se filtraba. Y eso fue solo el principio. Había un sonido reverberante, un murmullo que parecía provenir de las entrañas de la tierra, y cada vez era más fuerte y más fuerte, hasta que tuvimos que gritar para oírnos entre nosotros. Tienes que recordar que estábamos a 85 metros bajo tierra, solos, y era como si el mundo entero estuviese confabulándose contra nosotros. Debíamos tomar una decisión, y rápido.

Teníamos dos opciones: subir por las paredes del cruce del Espagueti (que es lo que yo habría hecho, porque habríamos estado más en alto y con suerte el agua de la inundación nos habría pasado por debajo), pero ellos dos no querían ni oír hablar de ello. Sabíamos que si subíamos hasta allí nos perderíamos y luego tendríamos que esperar en la oscuridad a los del rescate en cueva, y si se inundaban todas las galerías, ¿quién sabía cuánto tardarían? Y no podíamos tener la certeza de que estaríamos a salvo, ni siquiera en el cruce del Espagueti. Si el agua subía hasta el techo podíamos quedarnos allí atrapados. Nos habríamos acorralado a nosotros mismos y nos habríamos ahogado.

Solo tuvimos unos minutos para tomar la decisión. Sabíamos que el pulso de inundación venía pisándonos los talones. ¿Te haces una idea de lo que puede suponer la potencia del agua llegando por esos túneles? Los tres lo sentimos como si estuviera ya pegándonos: la cueva, el propio aire, todo vibraba. Se estaban desprendiendo trozos de piedra y nos caían encima. Era aterrador.

Ya sabes lo que decidimos: seguir adelante. Pensamos que si conseguíamos atravesar el paso de Drake, estaríamos a salvo. Si llegábamos a esa grieta vertical, podíamos subirla y dejar que el agua nos pasara por debajo. Era posible que nos quedáramos allí atrapados un rato, pero nos siguió pareciendo la mejor opción. Lo importante era que nos dejaba más cerca de la salida, que era lo que todos queríamos, los tres.

Yo iba en cabeza, con Richard detrás. No era tan difícil. Un largo de tres metros y luego un recodo en tirabuzón. Nosotros dos conseguimos pasar y llegamos a una gatera, no te podías poner de pie, y nos dimos cuenta de que Charlie no nos había alcanzado. Se había quedado enganchado y estaba gritando. Oímos su voz: «¡Tíos, eh,

tíos!». Y luego otra cosa, que no conseguíamos oír lo que decía porque el agua estaba demasiado cerca. Te he contado muchas veces que cuando estás bajo tierra, el agua puede sonar como la voz de una persona. Pues bien, en ese momento parecía que nos estuviera chillando el mundo entero.

Acerqué los labios a la oreja de Richard y le grité todo lo fuerte que pude: «¡Tenemos que volver a por él!». «¡No!» Yo creí que no le había oído bien. «¡No! —me gritó una segunda vez—. Es demasiado peligroso.» «¡Pero morirá!» «¡Que le den, déjalo!»

Yo no me lo creía, pero lo miré y vi que estaba cagado y llorando como un crío. Lo maldije y volví a rastras hasta la chimenea. Y allí estaba Charlie, de pie. No le veía la cabeza. Solo los pies y las piernas sobresaliendo del fondo de la chimenea y supuse que se le había quedado pillada la cola de vaca o algo del arnés y no conseguía soltarse. Necesitaba auparse de algún modo para soltarlo. Y yo podía haberle ayudado, pero entonces el agua empezó a salir a chorro y se me apagó el frontal y todas las paredes empezaron a temblar y pensé que si esperaba otro segundo más moriría allí y me di la vuelta y gateé todo lo rápido que pude, y dejé allí a Charlie ahogándose.

Eso es lo que pasó, cariño. No digo que hubiéramos podido salvarlo, pero sí intentarlo. Quién sabe, quizá habríamos conseguido sacarlo antes de que llegara la riada grande. Pero no fue así. Llegamos a la grieta y esperamos allí a que el agua pasara por debajo y luego seguimos hasta la salida. Estábamos los dos empapados y hechos polvo. Teníamos cortes por todas partes, supongo que de las piedras que caían. Tuvimos suerte de haber salido con vida aunque no lo sintiéramos así. Los dos nos sentíamos fatal por lo que habíamos hecho, tanto él como yo.

No voy a hacerte creer que me porté mejor que Richard, pero sí quiero que sepas que fue él quien decidió lo que íbamos a hacer en cuanto salimos. El que es abogado es abogado en todo momento. Yo sabía que era famoso por decir siempre la verdad, pero aquella vez no fue así, no cuando habría tenido que llevar ese peso el resto de su vida. ¡¡Y piensa lo que habría sido de su carrera!! Nada del Cuchillo de la Verdad, más bien el Llorón del Montón. Fue él quien se inventó la historia de que Charlie se había perdido en el cruce del Espagueti. Mentimos y dijimos que habíamos ido en su búsqueda, cuando en realidad fuimos directamente a lo de Chris, a la granja de Ing Lane, y le dijimos que avisara al equipo de rescate en cueva.

Esa es más o menos la historia. Me duele ya la mano de estar aquí escribiendo. Tengo que terminar esto y seguir con el plan. Así que seré breve.

En realidad nunca volví a hablar con Richard después de aquello. Sí, los dos comparecimos en la investigación pericial y tú nos viste un

par de veces juntos, pero yo era incapaz de mirarle a la cara, estaba indignado con él, me asqueaba. Aunque también sentía asco de mí mismo. Creo que si hubiéramos vuelto los dos juntos, podríamos haber sacado a Charlie, pero tardamos demasiado. Después de eso no volví a meterme en una cueva, ya lo sabes, y ahora entenderás por qué.

Y luego enfermé y en la sanidad pública no podían ayudarme y tú me dijiste que viniera a Londres a hablar con Richard. ¿No te has preguntado nunca por qué me opuse de esa manera? ¿Por qué me mantenía en mis trece? Todas esas peleas que tuvimos, y yo sabía que te estaba disgustando, pero no quería volver a verlo en mi vida y, de todas formas, sabía en mi fuero interno que seguramente no me ayudaría. Solo con verme ya estaría recordándole lo cobarde y lo mentiroso que había sido. Pero tú no aceptabas un no por respuesta, y prácticamente me arrastraste hasta el tren. Y este es el resultado. Aquí estoy.

¿Y sabes que a punto he estado de no ir siquiera a su mansión pija de Hampstead? Por poco no lo llamo para decirle que había cambiado de opinión, y pensaba decirte que se había negado a darme el dinero para el tratamiento y acabar con la historia. Pero no podía mentirte, Sue. Lo del Hoyo Sin Fondo ha sido la única vez que te he mentido en todos estos años que llevamos juntos y todavía se me encoge la barriga. Fui a verlo, como tú querías. Y como yo esperaba, me mandó a paseo directamente.

No se parecía en nada al Richard que yo recordaba, pero, en fin, cuando nos conocimos no era más que un chaval de diecinueve años. Fue muy educado, me invitó a pasar y me ofreció una taza de té. Pero en cuanto le conté la razón de mi visita, se negó a ayudarme. Me dijo que, en vista de lo ocurrido, no le parecía apropiado involucrarse en mis asuntos personales. Así hablaba. Lo raro es que con los años creo que se llegó a convencer de que la culpa había sido mía. Y sí, yo fui quien vio las nubes de tormenta. Eso quedó claro durante la investigación y hay constancia pública de que fui yo el que dio la luz verde. (Hasta utilizó esas mismas palabras... me dieron ganas de pegarle un puñetazo cuando las oí salir por su boca.) Pero no sé cómo ha conseguido darle la vuelta a todo para creer que la decisión de dejar atrás a Charlie fue tan mía como suya. Bueno, podría seguir escribiendo, podría seguir escribiendo hasta el día del Juicio. Pero el resumen es que me ha echado de su casa.

Ahora viene lo difícil, Susan. Esta es la parte que no quiero escribir. Y es por lo que voy a tener que esperar seis largos meses para que por fin sepas la verdad.

Me voy a suicidar. Sé que no valgo para ser un inválido. No me gustan ni los médicos, ni las pastillas ni todo el rollo del hospital, y no me gusta que ni tú ni las niñas tengáis que verme pasar por eso, y

sufrirlo. Quiero que me recuerdes como era antes —para lo bueno y para lo malo—, pero no como un inválido, pasándolo mal. Ya he pensado lo que voy a hacer y me aseguraré de que parezca un accidente para que las sabandijas del seguro paguen sí o sí.

Pero antes de nada voy a ir a contarle a Davina Richardson lo que le pasó en realidad a su marido. Puede que Richard respire aliviado cuando se entere de que he muerto, pero tampoco veo por qué él tendría que librarse de todo. No vive lejos de aquí y acabo de llamarla al teléfono de su casa. No hemos hablado, pero lo haremos. Le voy a pedir que me prometa que no le dirá a nadie que he estado allí y luego hará el trabajo sucio por mí: acabar con Richard y quitarle esa sonrisa de abogado de la cara.

No quiero terminar escribiendo sobre Richard. Cuando me serviste esa primera cerveza en Leeds, supe al instante que eras para mí. Eras hermosa y sigues siéndolo. Sé que hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero les pasa a todas las parejas y ahora, aquí sentado, solo me acuerdo de las cosas buenas. Para empezar, de nuestras niñas. Pero también de cuando fuimos a Skye, o cuando hicimos los Tres Picos corriendo, o de Coniston Water. El fin de semana que pasamos en París y se nos perdieron los pasaportes. Lo mucho que nos reímos. Espero que vuelvas a casarte, cariño. Deberías, porque eres la mejor.

Intenta perdonarme por lo que he hecho.

Tu marido que te quiere,

Greg

Esta carta fue enviada a Huddersfield a nombre de Gwendolyn James, quien se la entregó a la policía. Si la reproducimos aquí es gracias al permiso y la generosidad de Susan Taylor, la viuda de Gregory Taylor.

AGRADECIMIENTOS

UNO DE los aspectos más extraños de escribir sobre mis casos con Daniel Hawthorne es que acabo teniendo que darle las gracias a gente que aparece de verdad en el libro... aunque no a todos. Como habrá quedado de manifiesto, hubo quienes me complicaron la vida y quienes me pidieron que les cambiara el nombre o que directamente no escribiera sobre ellos. Una en concreto ha llegado incluso a amenazar con demandarme, aunque he de decir que la descripción que hago de su persona no podría ser más verídica.

Habría sido imposible escribir *Muerte es la sentencia* sin dos hombres en concreto. Por un lado, Dave Gallivan, el jefe del equipo de rescate en el Hoyo Sin Fondo, que me habló en profundidad sobre su trabajo. El otro ha sido Chris Jackson, que fue un paso más allá y me llevó a hacer espeleología con él, una vivencia de la que disfruté mucho más de lo esperado. Atravesamos el paso de Drake y me mostró el sitio exacto donde murió Charlie Richardson. Más adelante leyó el manuscrito y me señaló varios errores técnicos. Ha sido un placer haberlos conocido a ambos y no olvidaré el pudin de ternera e hígado que nos comimos en el pub de la estación de Ribblehead.

También menciono en el libro a Graham Hain, el contable forense de Navigant. Aunque nunca llegó a conocer a Richard Pryce, sí que me ilustró de manera brillante sobre cómo funcionan los divorcios de clase alta. Alex Woolley, abogado en Winkworth Sherwood, y Ben Wooldridge, del juzgado de Hare número 1, fueron ambos muy generosos con su tiempo y me aportaron un trasfondo legal muy completo. Cualquier error que haya, sin embargo, es mío, ni que decir tiene.

Vincent O'Brien, el gerente de Bodegas Octavian, y Andy Wadsworth, el conservador de dichas bodegas, me introdujeron en un negocio cuya existencia desconocía por completo. Cuidan de los vinos de diez mil coleccionistas privados de treinta y nueve países. También me gustaría darle las gracias al agente James McCoy y a todo el equipo de la Policía Británica de Transportes de la estación de Euston, por permitirme ver cómo trabajan. Como he dicho en el libro, esos mundos secretos nunca dejarán de fascinarme.

Vaya un agradecimiento especial para Vivek Gohil, que vive (y no sufre de, una aclaración que tuvo a bien hacerme notar) con distrofia muscular de Duchenne. Quise escribir con sensibilidad sobre la enfermedad y, por razones obvias, no podía abordar a Kevin Chakraborty. Vivek es un joven increíblemente inspirador, y, como Kevin, también tiene una madre muy buena. Estoy en deuda con Jane Mathews, la encargada de prensa de la Asociación de Distrofia

Muscular de Reino Unido, por habernos presentado.

Como siempre, ha sido un placer trabajar con Selina Walker y su equipo de Penguin Random House. La familia tan maravillosa que tengo —Jill Green y nuestros hijos Nicholas y Cassian— me ha apoyado en todo momento, a pesar de ver su intimidad hecha trizas, palabra por palabra. Hilda Starke es la mejor agente que se puede tener, con la colaboración de su ayudante, Jonathan Lloyd. Mi propia ayudante, Alison Edmondson, me ayudó a organizarme la vida y me presentó a la mayoría de personas que aparecen en estas páginas de agradecimiento. Y por último, supongo que no está de más darle las gracias a Daniel Hawthorne, por proponerme que escribiera esta serie sobre él. Puede que, después de todo, no fuera tan mala idea.

SOBRE EL AUTOR

ANTHONY HOROWITZ es uno de los escritores más prolíficos del Reino Unido. Ha trabajado en ámbitos muy diversos, desde la escritura de libros al mundo del periodismo, pasando por series de televisión, películas y obras de teatro. Es autor de más de 40 libros, entre los que se incluye la serie para adolescentes *Alex Rider*, de la que se han vendido cerca de 20 millones de ejemplares en todo el mundo y que fue llevada al cine en el año 2006.

También es conocido por haber devuelto a la vida al prestigioso detective Sherlock Holmes en *La casa de la seda*, libro que se vendió en más de 35 países. Junto a su secuela, *Moriarty*, gozó de una gran acogida de crítica y público. Además, es autor de sendas novelas de éxito que toman como protagonista al aclamado agente especial creado por Ian Fleming, James Bond, *Trigger Mortis* y *Forever and a Day*.

Magpie Murders, un gran homenaje a Agatha Christie, o este libro, señalan una nueva dirección en la carrera de este autor tan polifacético.

Ahora vuelve con su detective, Daniel Hawthorne, y su ayudante, él mismo. *Asesinato es la palabra* fue el primer caso de este atípico dúo.

Título original: *The Sentence is Death*
Diseño de la cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Mireia Barreras
© 2018 Anthony Horowitz (texto)
© 2020 Julia Osuna Aguilar (traducción)
© 2020 Catedral (edición)
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona
infocatedral@catedralbooks.com
Producción del ebook: booqlab.com
ISBN: 9788418059216

notes

Notas a pie de página

[1] Alusión a un juez, arquetipo de magistrado torpe, que aparecía en el programa de humor británico *The World of Beachcomber*. *[Todas las notas son de la traductora.]*

[2] Versión de Mariano Antolín Rato y Alfredo Embid en *Introducción al budismo zen*, De Bolsillo, Barcelona, 1972.

[3] El autor se refiere al título inglés *Partners in crime*, de Agatha Christie, que en español se tradujo como *Matrimonio de sabuesos*, pero que no nos servía para el juego que hace Hawthorne cuando trata de sugerir el título de este segundo libro de sus casos, si bien sí ha servido de inspiración.